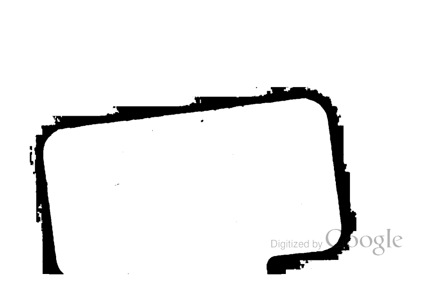
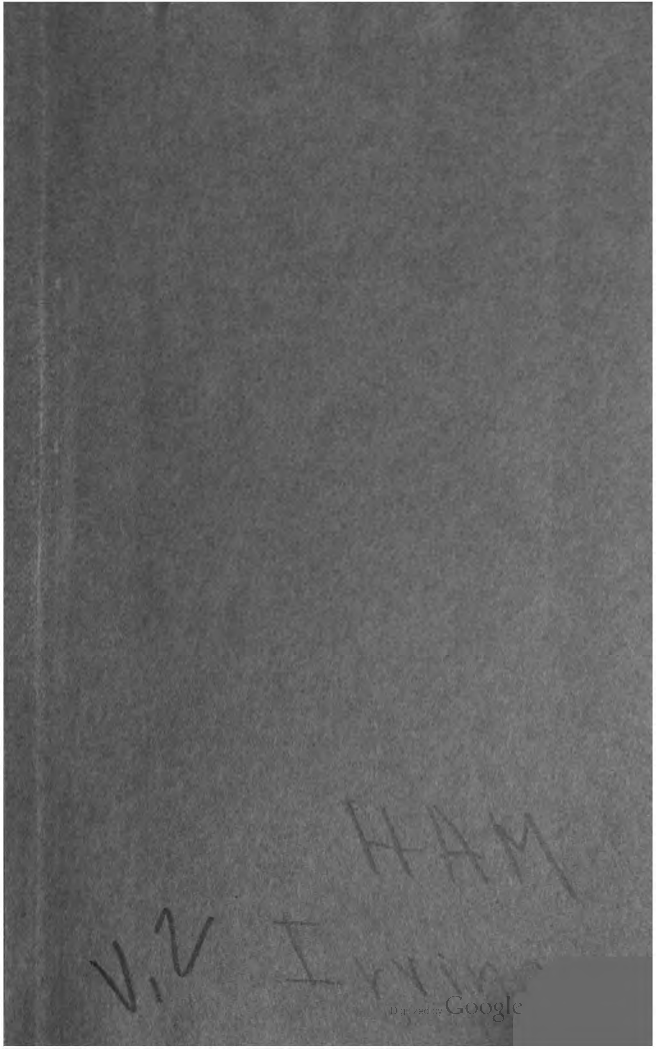

NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 08168928 7




HAM
v.2

VIDA Y VIAJES

DE

CRISTÓBAL COLON.

TOMO II.



Historia

DE LA VIDA Y VIAJES

DE

CRISTÓBAL COLON,

ESCRITA EN INGLES POR EL CABALLERO

WASHINGTON IRVING,

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

por Don José García de Villalta.

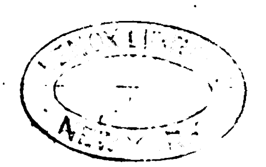
TOMO II.

MADRID: Enero de 1834.

Imprenta de D. José Palacios, *calle del Factor.*

Venient annis
Sæcula seris, quibus Oceanus
Vincula rerum laxet, et ingens
Pateat tellus, Typhisque novos
Detegat Orbes, nec sit terris
Ultima Thule.

SENECA: *Medea.*



VIDA Y VIAJES

DE

CRISTÓBAL COLON.

LIBRO VI.

CAPITULO I.

SALIDA DE COLON EN SU SEGUNDO VIAJE. —DESCUBRIMIENTO DE LAS ISLAS CARIBES.

[1493.]

La salida de Colon en su segundo viaje de descubrimientos presentaba un brillante contraste con su ominosa embarcacion en Palos. El 25 de setiembre al rayar el dia blanqueaba ya su flota en la bahía gaditana. Tres carracas de á cien toneladas, y catorce carabelas esperaban

prontas el cañonazo de leva. Se oian resonar en el puerto las entonaciones de los marineros, izando velas ó levando anclas; y el bullicio de muchas gentes de varias clases, despidiéndose de sus amigos y apresurándose á llegar á bordo, con la esperanza de un viaje feliz y de una triunfante vuelta. Alli estaba el hidalgo de corazon elevado que iba en busca de románticas empresas; el recio navegante que deseaba coger laureles por aquellas mares desconocidas; el vago aventurero que todo se lo promete de un cambio de lugar y de distancia; el especulador ladino, ansioso de aprovecharse de la ignorancia de las tribus salvajes; el pálido misionario de los claustros, consagrado á estender el dominio de la Iglesia, ó devotamente celoso por la propagacion de la fe; todos animados, y llenos de vivas esperanzas. En vez de mirarlos el populacho como víctimas de

una obscura y desesperada empresa, los contemplaba con envidia, como dichosos mortales destinados á vivir en doradas regiones y climas venturosos, donde los esperaban opulencia y delicias, y maravillas sin cuento. Colon se movia entre ellos, notable por su altura y su apariencia magestuosa. Le acompañaban sus dos hijos Diego y Fernando, el mayor muy jóven todavia, que orgullosos de la gloria de su padre, venian á presenciar su partida. Por donde quiera que pasaba, le seguian con admiracion todos los ojos, y todas las lenguas le colmaban de alabanzas y bendiciones. Antes de salir el sol estaba ya navegando la flota: el tiempo era sereno y propicio; y al observar el pueblo las henchidas velas, iluminándose á los rayos matutinos, les predecia gozosa vuelta, acompañadas de los tesoros del Nuevo-Mundo.

Segun las instrucciones de los sobe-

ranos, viró Colon al mar, fuera de la costa de Portugal y de sus islas, con rumbo al sud-oeste de las Canarias, adonde llegó el primero de octubre. Despues de tocar en la gran Canaria, anclaron el 5 en la Gomera, donde se proveyeron de agua y leña para el camino. Compraron ademas terneras, cabras y ganado lanar para naturalizarlo en la isla Española; y ocho cerdos, de donde, segun Las-Casas, se procrearon las numerosas manadas que abundaban posteriormente en las colonias españolas del Nuevo-Mundo. Tambien se proveyeron de gallinas y otras aves domésticas, origen de las especies de ellas en las recien halladas regiones; y lo mismo puede decirse de las semillas de naranjas, bergamotas, limones, melones y otros frutos (1), que fueron á las islas del occi-

(1) Las-Casas, Hist. Ind., l. i, c. 83.

dente, de las Hespérides, ó islas afortunadas del Mundo-Antiguo (1).

El 7, antes de darse á la vela, entregó Colon al comandante de cada buque un paquete cerrado y sellado, especificándole el camino del Puerto de la Navidad, residencia del cacique Guacanagarí. No debian abrirse estos pliegos, sino en caso de que por accidente se separase algun buque; pues queria en lo posible conservar oculto el verdadero rumbo á los paises recien descubiertos, no fuese que los marinos de otras naciones, y particularmente los portugue-

(1) Mr. de Humboldt es de opinion de que habia naranjas silvestres, pequeñas y amargas en el Nuevo-Mundo, antes del descubrimiento. Caldelengh dice tambien que los brasileños consideraban esta especie de naranja silvestre chica y amarga de orígen nativo. — Humboldt, Essai politique sur l'Ile de Cuba, t. i, p. 68.

ses, siguiesen sus huellas, y se mezclasen en sus empresas (1).

Despues de salir de la Gomera tuvieron calma por algunos dias entre las Canarias, hasta que el 13 de octubre se levantó una brisa fresca del oriente, que los llevó pronto fuera de la vista de Ferro. Colon siguió el rumbo del sudoeste, con intencion de mantenerse mucho mas al sur que en su primer viaje, esperando asi encontrar las islas de los caribes, de que tan vagas y maravillosas descripciones habia oido á los indios (2). Habiendo entrado en la region de los vientos constantes, siguió la brisa fresca é inmutable, con sosegada mar y apacible tiempo, y el 24 estaban á cuatrocientas cincuenta leguas oeste de la Gomera, sin haber visto aun ninguno de

(1) Las-Casas, ubi Sup.
(2) Carta del doctor Chanca.

aquellos campos de yerba que se encontraron á mucha menor distancia en el primer viaje, cuándo fue su casi milagrosa apariencia tan importante y útil, inspirando á los nautas contínuas esperanzas, é incitándolos á seguir adelante en su dudosa empresa. No necesitaban entonces semejantes señales; y al ver una golondrina voletear al rededor de los buques, ó caer inesperadamente un aguacero, empezaban á mirar alegremente si descubrian ya tierra.

Hácia el fin de octubre los alarmaron una noche súbitos aguaceros acompañados, como sucede en los trópicos, de intensos relámpagos y horrísonos y dilatados truenos. Duraron estos cuatro horas, y se consideraba la gente en mucho peligro, hasta ver las entenas y cordage iluminadas de aquellas luces fosfóricas que aparecen á veces en las tormentas, cuando se halla la atmósfera

recargada de electricidad. Como este singular fenómeno ocurre en momentos de inminente riesgo, ha sido siempre objeto de visionarias fantasías entre los mareantes. Fernando Colon describe su apariencia, y hace acerca de ella estas observaciones, muy características de la edad en que vivia. *El mismo sábado por la noche se vió San Telmo con siete luces encendidas en los topes de los mástiles: habia mucha lluvia y grandes truenos; quiero decir, que se vieron aquellas luces que los marineros dicen que son el cuerpo de San Telmo: al ver las cuales cantaron muchas letanías y oraciones, teniendo por cierto que en la tempestad en que se aparece, no hay nadie en peligro. Sea como quiera, yo refiero el hecho á ellos; pero si hemos de creer á Plinio, luces semejantes se han aparecido á veces á los romanos en las tempestades del mar, las cuales*

decian ellos que eran Castor y Polux, de las cuales tambien habla Séneca (1).

En la tarde del 2 de noviembre creia Colon indudable por la color del mar, la naturaleza de las ondas, la variedad de los vientos y frecuencia de los aguaceros, estar ya cerca de tierra, y dió

---

(1) Hist. del Almirante, c. 45. Tambien se hace mérito de una supersticion náutica semejante en el viaje de Magallanes. En aquellas grandes tormentas dicen que San Telmo se apareció en los mástiles con una vela encendida, y algunas veces con dos; por lo cual la gente derramó lágrimas de alegría, recibiendo mucho consuelo, y saludándolo segun la costumbre de los marineros. Permaneció visible por un cuarto de hora, y desapareció despues con un gran relámpago que deslumbró á la gente. — Herrera, dec. 2, l. iv, c. 10.

órdenes para acortar vela, y mantener vigilante guardia toda la noche. Habia juzgado con su sagacidad ordinaria. Al salir la aurora divisaron una magnífica isla al occidente, á cuya vista resonaron por toda la escuadra mil alegres aclamaciones. Colon llamó á la isla Dominica, por ser domingo aquel dia. Al seguir los bajeles su apacible rumbo, descubrieron nuevas islas, que se levantaban, por decirlo asi, del quieto Océano, cubiertas de verdes florestas; mientras hendian los vientos entre ellas grandes bandadas de loros y otras aves de los trópicos.

Subieron luego las tripulaciones á cubierta para dar gracias al Todopoderoso por su próspero viaje y feliz descubrimiento de tierra, y cantaron los marineros de la escuadra la salve y otras antífonas. De este modo piadoso celebraban Colon, y en general los viajeros españoles y portugueses, sus descubri-

mientos. ¡Cuán bella y solemne pintura para el ánimo! ¡Aquella congregacion de marineros, unidos en fervoroso jubileo en medio del tranquilo seno de las mares, y elevando al cielo cánticos de gratitud y de alabanza por la hermosa tierra que se estaba levantando á su vista!

CAPITULO II.

TRANSACCIONES EN LA ISLA DE GUADALUPE.

[1493.]

Las islas á que llegó Colon, forman parte de aquel hermoso piélago llamado las Antillas, que gira casi en semicírculo desde el término oriental de Puerto-Rico á la costa de Paria en el continente del sur, formando una especie de barrera entre la mar de los caribes y el resto del Océano.

El primer dia que llegó á estas islas, vió Colon nada menos que seis de diferentes magnitudes, revestidas de la magestuosa vegetacion de los trópicos; y cuando pasaba la brisa por ellas, se cargaba el aire de la fragancia de sus florestas.

Despues de buscar en vano buen anclaje en la Dominica, tuvo que ir á otra, á que puso Marigalante, nombre de su bajel. Desembarcó en ella, tremoló el estandarte real, tomando posesion en nombre de sus soberanos, así de esta isla como de las adyacentes. No se vieron vestigios de gente; parecia que estaba la isla desierta; la cubria una rica y densa floresta; algunos árboles estaban en flor, otros cargados de desconocidos frutos, y varios odoríferos, entre los cuales tenia uno la hoja del laurel y la fragancia del clavo.

De alli se dieron á la vela para otra

isla de mayor estension, adonde vieron una montaña bastante singular, pues tenia un elevadísimo pico de que manaban corrientes de agua; despues se reconoció que era el cráter de un volcan. A tres leguas de distancia distinguieron un inmenso torrente, despeñándose por un precipicio de tan inmensa altura, que usando las palabras del descriptor, parecia que se derrumbaba de los cielos; y de tal modo se rompia y se formaba su espuma al caer, que algunos le creyeron al principio un lecho de roca blanca (1). A esta isla, que llamaban los indios Turuqueira, le dió el Almirante el nombre de Guadalupe, habiéndoles prometido á los religiosos de Nuestra Señora de Guadalupe, en Estremadura, dar el nombre de su advocacion á alguna de las tierras que descubriese.

(1) Carta del doctor Chança.

Desembarcando el 4, visitaron un lugar cerca de la playa, cuyos habitantes huyeron á su vista, algunos abandonando de terror hasta sus hijos. Los españoles halagaron á estos con caricias, atándoles á los brazos cascabeles y otros dijes, para ganar la benevolencia de sus padres. Esta poblacion, como las mas de aquella isla, se componia de veinte ó treinta casas, edificadas al rededor de una especie de plaza pública. Las casas eran parecidas á las de Cuba y Española, y estaban tambien formadas de troncos de árboles alternados con cañas y ramas, y cubiertas con hojas de palma. Eran cuadradas, y no circulares como las de las otras islas (1), y cada una tenia su umbral ó pórtico que la defendiese del sol. La entrada de una de ellas estaba adornada con imágenes de

(1) Hist. del Almirante, c. 62.

serpientes, medianamente entalladas en madera. Los muebles eran los mismos; hamacas de redes de algodon, y utensilios de calabazas ó barro como los mejores de Española. Habia grandes cantidades de algodon crudo, en hilaza y hecho tela de mediana urdimbre, y muchos arcos y flechas, con las puntas de hueso. Parecia que abundaban las provisiones. Habia gansos domésticos como los de Europa, y loros tan grandes como gallinas, con plumage azul, verde, blanco y escarlata, pues eran de la espléndida especie llamada de guacamayos. Alli encontraron los españoles por la primer vez la deliciosa piña de Indias, ó anana, cuyo gusto y fragancia les causó tanta admiracion como regalo. Al examinar estas casas, vieron una sarten de hierro, lo cual les pareció estraño, por no haber enoontrado antes aquel metal en el Nuevo-Mundo. Fernando Colon supone

empero, que estaria fabricado de cierta especie de piedra pesada, que se halla en las islas, la que adquiere quemada la apariencia de hierro lustroso, y pudieron creerlo tal en su precipitado examen; aunque admite, que podia aquel utensilio haber venido de Española; pero en las islas nunca se encontró hierro nativo.

Otro objeto de especulacion y sorpresa fue un codaste, pieza de la popa de un buque, que tambien encontraron. ¿Cómo pudo alcanzar aquellas playas, que parecian no haber visto jámas los bajeles de hombres civilizados? ¿Seria acaso reliquia de alguna embarcacion de los paises del Asia, de que suponian estar cerca, ó parte quizá de la carabela que perdió Colon en su primer viaje en Española, ó bien algun fragmento de un barco europeo que habria flotado á traves del Atlántico? Esto último era

lo mas probable. Las corrientes constantes que empiezan casi desde las costas de Africa, producidas por la prevalencia de invariables vientos, deben á veces llevar los despojos del Antiguo-Mundo al Nuevo; y mucho antes del descubrimiento de Colon, los sencillos salvajes de las islas y costas pudieron haber mirado con asombro formidables fragmentos de barcos europeos que habian perecido en las regiones opuestas del Océano, y flotado poco á poco á las suyas.

Lo que mas vivamente hirió la atencion de los españoles, llenándolos de horror al mismo tiempo, fue la vista de varios huesos humanos, vestigios, segun creyeron, de los nefandos festines de aquellos salvages. Habia cráneos colgados por las casas, que servian aparentemente de vasos y utensilios domésticos. Estos tristes objetos les revelaron que estaban en las mansiones de los caniba-

les ó caribes, errantes y feroces guerreros, cuyas predatorias espediciones y sanguinario carácter los habian hecho el terror de aquellas mares. Habiendo vuelto el bote, continuó Colon su navegacion como dos leguas, y ancló al anochecer en un puerto bastante cómodo. La isla se estiende por aquel lado veinte y cinco leguas, diversificada con altas montañas y espaciosas llanuras. Se veian por la costa pequeños lugares y chozas, cuyos habitantes huian amedrentados al ver la escuadra rodeando sus tierras. Al amanecer permitió Colon desembarcar á varios capitanes, con algunos hombres, para que se esforzasen en abrir comercio con los habitantes. Se dividieron en partidas, y volvieron por la tarde con un muchacho y varias mugeres, algunas de la isla y otras cautivas. Estas últimas confirmaron á Colon en la idea de que estaba en las islas caribes.

Supo que los habitantes se habian aliado á los de dos islas vecinas, y que hacian juntos guerra á todas las otras. Iban á sus espediciones predatorias en canoas, hasta la distancia de ciento cincuenta leguas. Llevaban por armas arcos y flechas apuntadas con espinas de peces ó conchas de tortuga, y envenenadas con el jugo de cierta yerba. Así armados hacian sus irrupciones en las islas, saqueaban los pueblos, se llevaban á las mugeres mas jóvenes y hermosas, á quienes retenian como esclavas ó compañeras, y aprisionaban á los hombres para matarlos y comérselos.

Despues de oir tan formidable descripcion de los naturales de esta isla, sobrecogió á Colon grande inquietud por la noche, al ver que Diego Marquez, capitan de una de las carabelas, no volvia con ocho hombres que le acompañaban. Habia desembarcado sin licencia

por la mañana temprano, y estraviádose por los bosques, sin que se supiese mas de él. Al dia siguiente tampoco volvieron él ni sus marineros, y creció la solicitud del Almirante, que temia hubiesen caido en alguna emboscada de los salvajes; porque algunos de ellos eran tan espertos náuticos, que se suponia que habiéndose perdido, fácilmente sabrian volver, guiados por las estrellas. Se enviaron en su busca partidas, cada una con un trompetero que tocase llamadas y señales. Se dispararon cañonazos en los buques y arcabuces en las playas, pero sin efecto alguno; y por la noche volvieron las partidas cansadas de su infructuoso servicio. Habian visitado varias chozas, en que hallaron las que consideraban pruebas del canibalismo de los naturales, poco calculadas por cierto, para mitigar sus aprensiones, respecto á la suerte de sus compañeros.

Miembros humanos suspendidos en las vigas de las casas, y como curándose para hacer de ellos provisiones, y la cabeza de un jóven recien muerto y todavia desangrándose, con otras partes de su cuerpo, hirviendo, mezclada con carne de gansos y loros, y asándose al fuego (1).

Se habian visto aquel dia muchos naturales examinando los bajeles desde la costa; pero cuando se aproximaban los botes, huian á los bosques ó á las montañas. Algunas mugeres se presentaron á los españoles pidiéndoles amparo, diciendo que eran cautivas de otras islas. Colon mandó que se decorasen con cascabeles, sartas de cuentas y abalorios, y las envió á la playa, esperando por su medio atraer á visitarlo algunos de los

(1) Pedro Martyr, carta 147 á Pomponio Laetus. Idem, déc. i, l. ii.

isleños. Pronto volvieron á bordo implorando que se les recibiese de nuevo, y ya sin sus ornamentos, que los feroces isleños les habian quitado. Supo por ellas el Almirante, que los mas de los hombres de la isla estaban ausentes, habiendo salido poco antes el rey con diez canoas y trescientos guerreros á cruzar en busca de cautivos y botin. Cuando iban los hombres á tales espediciones, se quedaban las mugeres á defender de invasion sus costas. Eran espertas flecheras, participaban del espíritu marcial de sus maridos, y casi les igualaban en fuerza é intrepidez (1).

Ademas de las fugitivas que se habian refugiado á bordo, vinieron tambien algunos muchachos igualmente cautivos, y que aun gozaban vida por

(1) Pedro Martyr, déc. 3, l. ix.

un estraordinario refinamiento de la crueldad. Supieron los españoles, que acostumbraban los caribes criar los muchachos prisioneros hasta que fuesen hombres, y engordarlos entonces para sus fiestas, privándolos de virilidad, para que fuese su carne mas tierna y sabrosa (1). Es tan repugnante á la naturaleza humana la idea del canibalismo, que quisiéramos atribuir estos asertos á las equivocaciones, las interpretaciones erróneas y fábulas de los viajeros; pero los afirman positivamente escritores demasiado veraces, y son ellos en sí demasiado curiosos para pasarlos en silencio.

Colon estaba perplejo sobre el sistema que adoptaria. Ansiaba por un lado llegar á Española, y asegurarse del des-

---

(1) Carta del doctor Chanca. — Pedro Martyr, carta 147. — Hist. del Almirante, c. 46.

tino de la guarnicion que alli habia dejado, y le impacientaban todas las dilaciones: por el otro, darse á la vela sin los hombres que le faltaban, era abandonarlos á una muerte cruel en el poder de los caníbales. Dejar un bajel tripulado que esperase su vuelta, era esponerse á perderlo por mil accidentes que podian sucederle en aquellas salvajes costas y desconocidas mares. En esta emergencia, Alonso de Ojeda, aquel jóven y atrevido caballero, de quien se ha contado una anécdota relativa á la torre de la Catedral de Sevilla, se ofreció voluntariamente á penetrar con cuarenta hombres hasta el interior de la isla, y esplorar todas sus florestas en busca de la gente estraviada. Se aceptó este ofrecimiento, mandó el Almirante que mientras estuviese ausente, se proveyesen los buques de leña y agua, y dió permiso para que saliesen parte de las

tripulaciones á lavar su ropa y recrearse en la playa.

Alonso de Ojeda entró con los que le siguieron en todas las florestas vecinas, y marchó hácia el interior, descargando arcabuces, sonando trompetas por los huecos valles, y desde las cimas de montañas y precipicios; pero todo en vano; no replicaba voz ni sonido alguno, salvo los de sus propios ecos. Lo cerrado de las selvas y bosques, que florecian con todo el vigor y lujo de la vegetacion de los trópicos, hacian la marcha dificil y fatigosa. Ojeda lo veia todo con el ojo romántico de un jóven aventurero, y trajo las nociones mas exageradas acerca de los productos naturales del pais. En el olor aromático de los árboles y arbustos de las florestas imaginaba sentir la fragancia de ciertas gomas y especias preciosas. Vió muchos pájaros de los trópicos de desconocida especie; y tam-

bien halcones, garzas, milanos, palomos silvestres, tórtolas y cuervos. Creyó asi mismo ver perdices, que solo habia realmente en la isla de Cuba, y oir el canto del ruiseñor, desconocido en el Nuevo-Mundo. La isla, empero, abundaba en frutos, porque segun Pedro Mártir, siendo los caníbales gente salvaje y aventurera, y recorriendo todos los paises vecinos en sus escursiones, traian de ellos las semillas y raices de todas las plantas provechosas. Tambien dice que se hallaba miel en los árboles huecos y en las aberturas de las rocas. Tan abundantemente estaba regada la isla, que dice Ojeda, que vadeó veinte y seis rios en la distancia de seis leguas, aunque probablemente serian muchos de ellos vueltas de la misma corriente.

Colon dió al fin por perdidos á sus nueve hombres. Habian pasado ya muchos dias desde su desaparicion, en los

cuales, si viviesen, parecía imposible que ni hubiesen sido hallados, ni sabido volver á los buques. Iba pues á darse á la vela, cuando con universal alegría de la flota se vió en la costa una señal hecha por ellos. Cuando entraron á bordo, sus rostros flacos y descoloridos manifestaron desde luego sus sufrimientos. Habiéndose separado por acaso de la línea recta cuando entraron por los bosques, penetraron sin saberlo mas y mas en la isla, hasta verse del todo estraviados. Por muchos dias anduvieron perplejos por descaminadas florestas, tan densas, que casi escluian la luz del dia. Subieron montañas y rocas, vadearon rios, y lucharon al través de zarzales y espesuras. Algunos que eran espertos marineros, treparon por los árboles con la esperanza de ver las estrellas para tomar por ellas rumbo; pero la frondosidad de las ramas y follaje les cerraba

totalmente la vista del cielo (1). Los asediaban los mas tristes presentimientos, y temian que creyéndolos ya muertos, el Almirante se haria á la vela, dejándolos en aquel desierto, separados para siempre de sus casas, y de las moradas de los hombres civilizados. Al fin, ya casi reducidos á la desesperacion, llegaron por acaso á la orilla del mar, y siguiendo su márgen, vieron con inesplicable gozo, que estaba la flota anclada todavia. Trajeron con ellos varias mugeres y muchachos indios; pero no habian visto en su peregrinacion ningun hombre; pues la mayor parte de los guerreros estaba, como se ha dicho, ausente en una espedicion.

A pesar de los trabajos que habian sufrido, y del gozo que le causó á Colon

(1) Carta del doctor Chanca. — Hist. del Almirante, c. 46.



su vuelta, creyó importante, en servicio tan delicado, castigar toda falta de disciplina. Puso, pues, arrestado al capitan, y quitó parte de la racion á los marineros, por haberse separado de sus puestos sin permiso (1).

CAPITULO III.

CRUCERO POR ENTRE LAS ISLAS CARIBES.

[1493.]

Levando ancla el 10 de noviembre, navegó Colon por la costa de Guadalupe hácia el nor-oeste, en cuya direccion, segun sus propios cálculos y los informes de los indios, encontraria la isla Española. Las mugeres recientemente venidas á bordo le habian ha-

(1) Carta del doctor Chanca.



blado de otras islas al sur, y asegurádole que por el mismo punto se estendia tambien el continente; noticias que halló despues verdaderas: pero tal era entonces su deseo de llegar al puerto de la Navidad, que no quiso estender sus descubrimientos. Siguiendo por aquel hermoso archipiélago, dió nombre á las islas en el órden en que se le aparecian. Monserrate, Santa María de la Redonda, Santa María de la Antigua, y San Martin: otras varias islas se estendian hácia el noroeste y su-este, todas muy altas y montañosas y con magníficas florestas; pero el Almirante no quiso visitarlas. Estando el tiempo bastante tempestuoso, anclaron el 14 de noviembre en una isla llamada Ayay por los indios, á la que le dió Colon el nombre de Santa Cruz. Fue un bote á tierra con veinte y cinco hombres para procurar agua y noticias, acerca del rumbo que llevaban. Halla-

ron un lugar de que los hombres habian huido; pero pudieron asegurar algunas mugeres y muchachos, los mas de ellos cautivos traidos allí de otras islas; porque tambien era aquella morada de caribes. No tardaron en tener una prueba del valor y ferocidad de esta raza estraordinaria. Mientras estaba el bote en tierra, vino una canoa costeando de cierta parte distante de la isla, con dos mugeres y algunos indios; y al volver un cabo, se vieron de pronto en frente de la flota europea. Asombrados al aspecto de lo que debieron haber creido una terrífica y sobrenatural aparicion, se quedaron por algun tiempo mirando en silenciosa sorpresa. Tan absortos estaban en su contemplacion, que el bote que venia de la orilla, tuvo lugar de aproximarse á ellos sin ser visto. Tomaron al notarlo sus canaletes ó remos, y quisieron escaparse; pero aunque la li-

gera canoa volaba por la superficie de las ondas, el vogar seguido de los remos le fue sacando ventaja, y le cortó la retirada, poniéndose entre ella y la tierra. Viendo que era vana la huida, tomaron sus arcos y flechas, y se volvieron fieramente contra sus perseguidores. Las mugeres peleaban lo mismo que los hombres. A una de ellas la trataban con deferencia y veneracion, como si fuese su reina. Iba esta en compañía de su hijo, jóven (dice Pedro Mártir), de recia contestura, de terrible y sañudo entrecejo, y de rostro de leon (1). Armaban los arcos con admirable fuerza y agilidad. Aunque los españoles se cubrian con sus rodelas, quedaron dos heridos sin tardanza, y la flecha de una de las heroinas atravesó un escudo de parte á parte.

(1) Pedro Mártir, déc. i, l. ii.

Para evitar esta lluvia de saetas, que hacia mas formidable el temor de que estuviesen envenenadas, lanzaron los españoles violentamente su bote sobre la canoa, hundiéndola con el choque. Los fieros salvages, empero, continuaron peleando en el agua; y manteniéndose á veces en las sumergidas rocas, descargaban sus flechas tan diestramente como si estuviesen en tierra firme. Costó la mayor dificultad vencerlos y apresarlos. A uno de ellos le hallaron traspasado de un bote de lanza, y murió poco despues de subir á bordo; y el hijo de la reina estaba herido. Cuando entraron en los buques, no pudieron los españoles menos de admirar su indomable espíritu y fiero aspecto. Tenian el cabello largo y grueso, y los ojos rodeados de colores que les daban la espresion mas siniestra; ceñíanse firmemente con bandas de algodon los brazos y piernas, de-

jando descubiertas las partes musculares, para que se hinchasen y adquiriesen desmesurado bulto, lo cual consideraban ellos como grande belleza; costumbre que prevalecia entre algunas tribus del Nuevo-Mundo. Aunque cautivos y aherrojados, y en poder de sus enemigos, conservaban su aire impávido y amenazador. Pedro Mártir, que fue con frecuencia á verlos cuando estaban en España, dice por esperiencia propia y de los que le acompañaban, que era imposible mirarlos sin cierto sentimiento interno de horror: ¡de tan terrible y amenazador rostro los habia dotado naturaleza! Esta sensacion la causaria sin duda, ó contribuiria á producirla, la idea de que eran caníbales. En la escaramuza referida, segun el mismo escritor, usaron los indios flechas emponzoñadas, y uno de los españoles herido por mano de aquellas hembras

batalladoras, murió de la herida al poco tiempo (1).

Siguiendo su viaje encontró Colon apiñadas muchas islas de varias formas y apariencias. Algunas verdes y cubiertas de florestas, pero la mayor parte desnudas y estériles, y coronadas de escabrosas montañas, muchas de cuyas rocas eran de un azul brillante, y otras de resplandeciente blancura: estas supuso Colon con su acostumbrada viveza de imaginacion, que contendrian minas de ricos metales y piedras preciosas. Como las islas estaban muy cerca unas de otras, y se quebraba la mar violentamente en los estrechos canales que las dividian, era peligroso entrar en ellos

(1) Pedro Mártir, déc. i, l. ii. — Hist. del Almirante, c. 47. — Las-Casas, Hist. Ind., c. 85, MS. — Carta del doctor Chanca.

con bajeles grandes. Manteniéndose pues mar á dentro, envió Colon una carabela pequeña con vela latina á reconocerlas, la que volvió con noticia de que habia al parecer mas de cincuenta islas, pero todas desiertas. A la mayor del grupo le puso Colon Santa Ursola, y á todas las otras las once mil vírgenes (1).

Difiriondo el reconocimiento de ellas para lo sucesivo, continuó su rumbo hasta llegar una tarde á una grande isla vestida de hermosas florestas; y orillada de buenos puertos. Le llamaban los naturales Boricon; pero él le dió el nombre de San Juan Bautista, y es la misma que tiene hoy el de Puerto-Rico. Esta era la isla natal de casi todos los cautivos que se habian refugiado en los buques, huyendo de los caribes. Segun

(1) Pedro Mártir, déc. i, l. ii. — Carta del doctor Chanca.



su descripcion era fértil y populosa, y la regia un solo cacique. Los habitantes no eran muy emprendedores, y tenian pocas canoas. Estaban sujetos á frecuentes invasiones de los caribes, sus implaeables enemigos. Se habian hecho guerreros, por lo tanto, para defenderse, y usaban clavas y flechas; y en sus encuentros con las huestes caribes cometian con sus enemigos las mismas atrocidades que estos les habian enseñado, devorando los prisioneros en venganza.

Despues de seguir por todo un dia la hermosa costa de esta isla, anclaron al estremo occidental en una bahía abundante en pescado. Al desembarcar encontraron un lugar indio construido, como de ordinario, al rededor de la plaza, parecida á un mercado, y con una casa muy grande y bien concluida. Un espacioso camino llevaba de ella á la mar, con enrejados de caña en ambos lados,

y jardines frutales dentro de ellos. Al fin del camino habia una especie de azotea ó atalaya, que dominaba muchas leguas del mar. El todo tenia un aire de pulimento é ingenio superior al que se veia en la residencia comun de los indios, y parecia mansion de algun caudillo importante. Todo, empero, estaba desierto y silencioso. Ni un ente humano pudo verse mientras allí permanecieron. Habian huido los naturales, y ocultádose al ver la escuadra. Despues de dos dias se hicieron de nuevo á la vela para la isla Española. Asi acabó el crucero por entre las Caribes, la descripcion de cuyas fieras y salvages gentes recibieron con vehemente curiosidad los doctos europeos, que la consideraban como resolucion de un obscuro problema desventajoso á la humana naturaleza. Pedro Mártir, en su carta á Pomponio Laetus, anuncia el hecho con pavo-

rosa solemnidad. *¡Los cuentos de los Lestrigones y Polifemos que de carne humana se nutrian, ya no son dudosos!* *¡Leed, pero tened cuenta no se os ericen de horror los cabellos!*

Es altamente probable que muchas de las pinturas que se nos han dado de esta singular raza de gente, hayan derivado su triste colorido del miedo de los indios, y de las preocupaciones de los españoles. Eran los caribes constante terror de aquellos, y bravos y obstinados enemigos de estos. Las pruebas que se presentan de su canibalismo deben recibirse con mucha circunspeccion, por lo descuidado é inexacto de las observaciones de los marineros, y la preconcebida creencia del hecho que existia en los ánimos de los españoles. Era uso entre los naturales de muchas de las islas, y de otras partes del Nuevo-Mundo, conservar los restos de sus difuntos, parien-

tes y amigos. A veces todo el cuerpo; otras la cabeza solo, ó algun miembro disecado al fuego; y otras, en fin, nada mas que los huesos. Estos, cuando se encontraron en las moradas de los nativos de Española, contra quien no existia semejante preocupacion, se miraban correctamente como reliquias de los muertos, conservadas por afecto ó reverencia; pero cualquiera de semejantes restos, hallado entre los caribes, se miraba con horror, como prueba de su canibalismo.

El marcial y altivo carácter de aquellos isleños, tan diferente del de las pusilánimes naciones que los rodeaban, y el ancho campo que daban á sus empresas y espediciones, como las tribus errantes del Antiguo-Mundo, debian necesariamente distinguirlos. Se les educaba en las armas desde su infancia. Tan pronto como sabian andar, les ponian

sus intrépidas madres el arco y flechas en la mano, y los preparaban á tomar temprana parte en las arriesgadas empresas de sus padres. Sus distantes escursiones marítimas los hacian observadores é inteligentes. Los naturales de otras islas no sabian dividir el tiempo mas que en dia y noche, en sol y luna; mientras estos poseian algun conocimiento de las estrellas, por el que calculaban el tiempo y las estaciones (1).

Las historias tradicionales de su orígen, aunque necesariamente muy vagas, pueden hasta cierto punto verificarse por hechos geográficos, y abren una de las ricas venas de curiosas investigaciones de que abunda el Nuevo-Mundo. Se dice que emigraron de los remotos valles formados por las montañas Apalaquias. Las primeras noticias

(1) Hist. del Almirante, c. 62.

que de ellos tenemos, los representan con las armas en la mano, contínuamente empeñados en guerras, conquistando su camino, y mudando su morada, hasta que con el tiempo se encontraron al estremo de la Florida. Abandonando luego el continente del norte, se pasaron á las Lucayas, y de allí gradualmente en el discurso de los años, de isla en isla, por aquella verde y dilatada cadena que eslabona los estremos de la Florida y de la costa de Pária, en el continente del sur. El archipiélago que se estiende de Puerto-Rico á Tobago era su principal guarida, y la isla de Guadalupe su ciudadela. Desde ella hacian espediciones, y se estendia el terror de su nombre por los paises circunvecinos. Desembarcó multitud de ellos en el continente del sur, y se apoderó de algunas partes de tierra firme. Se han descubierto tambien sus huellas muy en el interior del pais

por donde fluye el Orinoco. Los holandeses hallaron colonias de ellos en las márgenes del Ikouteka, que desemboca en el Surinam, por el Esquivi, el Maroni y otros rios de Guayana, y en el pais que riegan las ondulaciones del Cayana; y aun pareceria que estendieron sus viajes á las costas del Océano del sur, donde, entre los indígenas del Brasil, habia algunos que se llamaban caribes, distinguidos de los otros indios por su valor, constancia, sutileza y empresas (1).

El trazar las huellas de estas tribus en sus emigraciones desde las montañas de Apalaquia en el continente del norte, por la piña de islas que esmalta el golfo Mejicano y mar Caribe, hasta la

---

(1) Rochefort, Hist. Nat. des Iles Antilles. — Rotterdam, 1645.

costa de Pária, y lo mismo al través de las vastas regiones de Guayana y Amazonia, á las remotas playas brasileñas, seria una de las investigaciones mas curiosas de historia primitiva, y podria ilustrar muchas cuestiones misteriosas sobre la poblacion del Nuevo-Mundo.

CAPITULO IV.

LLEGADA AL PUERTO DE LA NAVIDAD. — DESASTRE DE LA FORTALEZA.

[1493.]

El 22 de noviembre llegó la flota á una grande isla, que no tardó en reconocerse como la estremidad oriental de Haiti, ó segun la llamaba el Almirante, Española. Prevalecia la mayor escitacion en la armada, pensando todos que pronto acabarian su viaje. Colon anticipaba el

gozo del puñado de valientes que en aquel desierto habia dejado, esperando recibir de ellos inestimables noticias relativas á la isla y mares adyacentes, cuando no montones de tesoros. Algunos marineros que habian hecho el otro viaje, recordaban los agradables dias pasados en las deliciosas florestas de Hayti; y los otros aguardaban impacientes participar de la vida y escenas que se les habian pintado con todas las hechiceras ilusiones de la edad de oro.

Mientras la escuadra rodeaba lentamente las costas, fue á ellas un bote para enterrar á un marinero vizcaino, muerto de resultas de heridas ponzoñosas, cobradas en la escaramuza de los caribes. Dos carabelas se quedaron cerca para guardar la tripulacion del bote mientras se hacia el servicio fúnebre. Vinieron algunos indios á los buques con mensaje de un cacique de las cerca-

nías para el Almirante, convidándolo á ir á tierra, y prometiéndole grandes cantidades de oro; pero Colon, deseoso de llegar á la Navidad, rehusó la invitacion, regaló á los mensageros, y continuó su rumbo. Despues de navegar considerable trecho, llegó al golfo de las Flechas, el mismo en que habia tenido un encuentro con los naturales en el otro viaje. Allí envió á tierra uno de los jóvenes indios que le habian acompañado á España, adonde se convirtió á la fe cristiana. Iba bizarramente vestido, y colmado de regalos, y esperaba Colon favorables efectos de las descripciones que daria á sus compatriotas de las maravillas que habia visto, y de la bondad con que se le habia tratado. El indio prometió hacer mil amistosos esfuerzos en favor de los españoles; pero, ó bien olvidó estas promesas al entrar en sus montañas y libertad natales, ó fue víctima de

la envidia que debieron escitar su opulencia y su elegancia. Nunca mas se volvió á saber de él. Solo un indio de los que habian estado en España quedaba ya en la flota; un jóven lucayo, natural de la isla de Guanahaní, que se habia bautizado en Barcelona, llamándose como el hermano del Almirante, Diego Colon. Este continuó siempre leal amigo de los españoles.

El 25 ancló Colon en el puerto de Monte Christi, deseando elegir sitio propio para una colonia, cerca de la corriente que habia llamado en su primer viaje Rio del Oro. Al recorrer algunos marineros las costas, encontraron en la verde y húmeda orilla de un arroyo los cuerpos de un hombre y un muchacho; el primero, con una cuerda de esparto español atada al cuello, y los brazos estendidos y amarrados por la muñeca á un madero en forma de cruz. Los cuer-

pos estaban ya tan decaidos, que no fue posible conocer si eran de indios ó de europeos. Siniestras dudas, empero, comenzaron á circular, y se vieron confirmadas al otro dia; porque al visitar la playa hallaron á corta distancia de los primeros otros dos cuerpos, uno de los cuales teniendo barbas, era evidentemente el cadáver de un blanco.

Las agradables anticipaciones de Colon al acercarse á la Navidad, se tornaron entonces en tristes presentimientos. La fiereza que acababa de esperimentar en algunos de los habitantes de aquellas islas, le hacia dudar de la amistad de los otros; y empezó á temer que alguna desgracia hubiese acaecido á Arana y su guarnicion.

El modo franco, empero, con que muchos indios se presentaron en los buques, y la conducta libre y desembarazada que tenian, mitigó algun tanto sus

sospechas. Si hubiesen cometido violencias contra los blancos, no se pondrian tan confiadamente en manos de sus compañeros.

El 27 llegó al anochecer enfrente del puerto de la Navidad, y ancló á una legua de tierra; no determinándose á entrar en él de noche, temeroso de las rocas. Era ya demasiado tarde para distinguir los objetos. Impaciente de satisfacer sus dudas, mandó disparar dos cañonazos. Resonó el eco de ellos por la costa, pero no replicó el fuerte. Todos los ojos buscaban la luz de alguna señal; todos los oidos escuchaban esperando oir algun amistoso grito; pero ni se veian luces, ni se oian voces, ni se percibia señal de vida: todo era tinieblas y mortal silencio.

Muchas horas pasaron en tristísima suspension y desaliento. Se presentaban mil imágenes desastrosas del destino de

la guarnicion, y todos ansiaban por la luz de la mañana para terminar tan terrible incertidumbre. A media noche se acercó una canoa hácia la escuadra, y preguntaron los indios desde lejos que si venia alli el Almirante. Habiéndoles indicado su buque, se aproximaron mas, pero no quisieron subir á bordo hasta ver á Colon personalmente. Se mostró, pues, por un lado del bajel, y habiéndose levantado junto á su rostro una antorcha, no pudieron dudar de su presencia. Entonces entraron á bordo sin dificultad. Uno de los indios era primo del cacique Guacanagarí, y le traia al Almirante un regalo de dos máscaras adornadas de oro. Colon preguntó inmediatamente por los españoles que habian quedado en la isla: la respuesta fue algo confusa, ó quizá mal entendida; pues Diego Colon, solo intérprete indio que habia á bordo, era de las Lucayas,

cuyo lenguaje se diferenciaba del de Hayti. Le dijo á Colon, que muchos españoles habian muerto de enfermedades; otros en una querella ocurrida entre ellos mismos; y algunos retirádose á diversos parages de la isla, donde habian tomado cada uno muchas mugeres indias. Que Guacanagarí habia sido atacado por Caonabo, el fiero cacique de las auríferas montañas de Cibao, que le habia herido en la batalla y quemado su ciudad, y que estaba malo de la herida en una choza de las cercanías, lo cual le habia impedido apresurarse á dar al Almirante la bien venida (1).

Por melancólicas que fuesen estas nuevas, libraron á Colon de una obscura y grave sospecha. Aunque otros

---

(1) Carta del doctor Chanca. — Hist. del Almirante, c. 48. — Herrera, Hist. Ind., déc. i, lib. i, c. 9.

desastres hubiesen destruido su guarnicion, no habia sido ésta víctima de la perfidia de los naturales: su buena opinion de la gentileza y bondad de los indios no habia sido equivocada, ni habia perdido el cacique la admiracion que su benévola hospitalidad merecia. Asi se libertó su ánimo de la pena mas devoradora; porque para un espíritu generoso no hay amargura como la de descubrir la traicion, adonde su confianza y amistad reposaban. Tambien vivian algunos de la guarnicion, aunque diseminados por la isla; pronto oirian la llegada de los buques, y se apresurarian á presentarse en ellos, bien instruidos en las interioridades de ella.

Satisfecha de la amistosa disposicion de los naturales, recobró la gente de Colon parte de su alegría. Obsequiaron mucho á los indios que habian venido á bordo, y contentos con varios regalos se

volvieron en la misma noche, prometiendo venir otra vez por la mañana con el cacique Guacanagarí. Los marineros esperaban la aurora con mejor ánimo, creyendo que se renovarian el trato cordial y agradables escenas del primer viaje.

Lució y aun se pasó la mañana, y empezó á declinar el dia, sin que efectuase el cacique su prometida visita. Empezó á temerse que se hubiesen ahogado los indios que vinieron á bordo la noche anterior, por haber bebido demasiado vino, y ser tan frágil su canoa. Habia, empero, un silencio y apariencia de desercion por todas las cercanías, en estremo sospechosos. En el precedente viaje fue el puerto teatro de animacion contínua; canoas resbalando sin cesar por las claras aguas, y numerosos grupos de indios en la playa, bajo los árboles ó nadando á las carabelas. En este no se

veia una canoa, ni los saludaba un indio desde tierra, ni se levantaba humo alguno de entre los árboles, que diese indicios de habitacion humana. Despues de esperar por mucho tiempo en vano, envió Colon un bote á reconocer la costa. Desembarcó la tripulacion, apresurándose á llegar donde la fortaleza habia estado erigida: solo hallaron en su lugar algunas quemadas ruinas. Estaban abatidas las empalizadas, y presentaba el todo la apariencia del saqueo y la destruccion. De trecho en trecho encontraron cajones rotos, desperdiciadas provisiones, y desgarradas reliquias de trages europeos; tristes indicaciones de la suerte de sus compañeros. No se les acercó ni un indio. Vieron que dos ó tres los observaban por entre los árboles; pero desaparecieron al percibir que los habian visto los españoles. No encontrando quien pudiese esplicarles la

melancólica escena que tenian delante, volvieron con abatidos corazones á bordo, y contaron al Almirante lo que habian visto.

Mucho se turbó el ánimo de Colon al oir aquellas nuevas; y estando ya la escuadra en el puerto, desembarcó él mismo á la mañana siguiente. Halló las ruinas segun se le habian descrito, y buscó en vano los restos de los cadáveres. No se veian otras huellas de la guarnicion, que los rotos utensilios y desgarradas ropas dispersas por la yerba. Esto les hizo formar mil conjeturas y suposiciones. Si la fortaleza hubiera sido saqueada, podria aun sobrevivir algun indivíduo de la guarnicion, y haber huido de las cercanías, ó estar cautivo lejos de ellas. Se dispararon cañones y arcabuces con la esperanza de que si alguno de los que pudiesen haber escapado, estaba oculto entre las rocas y espe-

suras inmediatas, oyese la señal y viniese á ellos. Pero todo fue en vano. Un triste y funeral silencio reinaba en los alrededores. Revivieron las sospechas de traicion concebidas contra Guacanagarí, pero Colon nunca les dió asenso. Continuando su investigacion, vieron que la ciudad del cacique estaba reducida á un abrasado monton de escombros, lo que mostraba que él habia sido envuelto en el mismo desastre que acabó con la guarnicion.

Habia Colon dejado órdenes á Arana y á los otros oficiales, para que enterrasen los tesoros que procuráran, ó en caso de repentino peligro, los arrojasen al pozo de la fortaleza. Mandó, pues, que se hiciesen escavaciones por entre las ruinas, y se desaguase el pozo. Mientras se practicaba esta averiguacion, procedió con los botes á esplorar los alrededores, en parte con la esperanza de reci-

bir nuevas de algun disperso individuo de los suyos, y en parte buscando mejor posicion para otro fuerte. Despues de una legua de camino vió varias chozas, cuyos habitantes habian huido, llevándose consigo cuanto pudieron, y escondiendo lo demas entre las yerbas. Se hallaron en ellas artículos europeos, que ciertamente no se habian adquirido en cambio, tales como medias, piezas de tela, el ancla de la carabela perdida, y un rico trage morisco, que estaba aun doblado del mismo modo que habia venido de España (1).

Habiendo contemplado por algun tiempo aquellos dispersos documentos de una desastrosa historia, volvió Colon á las ruinas. Las escavaciones y desagüe del pozo habian sido infructuosos; no se

(1) Carta del doctor Chanca. — Cura de los Palacios, c. 120.

halló ningun tesoro. Pero cerca del fuerte descubrieron enterrados por diferentes lugares los cuerpos de once hombres, cuyos trajes mostraban ser europeos. Habian estado bastante tiempo en la tierra, pues habia crecido la yerba sobre sus huesas. En el discurso del dia empezaron á dejarse ver algunos indios, mostrándose tímidamente á largas distancias, y con mucha desconfianza. Sus aprensiones cedieron gradualmente á los signos amistosos de los españoles y algunos pequeños regalos, hasta hacerse perfectamente comunicativos. Sabian algunos de ellos unas pocas de palabras castellanas, y los nombres de todos los españoles que habian quedado con Arana. Por este medio, y con la ayuda del intérprete, pudo hasta cierto punto averiguarse la historia de la guarnicion.

Es digna de noticia esta primera huella de la civilizacion en el Nuevo-

Mundo. Los que habia dejado Colon en la isla, dice Oviedo, esceptuando el comandante don Diego de Arana, y otros dos ó tres, eran poco capaces de seguir los preceptos de tan prudente varon, ni de desempeñar los críticos deberes que se les habian impuesto. Se componia la pluralidad de ellos de gente soez, ó de marineros que no podian conducirse en tierra con sobriedad y moderacion (1). Apenas perdieron de vista la vela del Almirante, se les desvanecieron del ánimo todas sus órdenes y consejos. Aunque no eran mas que un puñado de hombres rodeados de tribus salvages, y sin otro amparo que su propia prudencia y la bondad de los naturales, empezaron á cometer desde luego los mas feroces y crueles abusos. Los incitaban á perpetrarlos su avaricia, y grosera sen-

(1) Oviedo, Hist. Ind., l. ii, c. 12.

sualidad. Queria cada cual juntar de por sí su cofre de oro; y no se contentaban con el buen éxito logrado entre las mugeres indias, á pesar de haberles dado Guacanagarí á cada hombre dos ó tres esposas por lo menos. Se apoderaban por ilícitos medios de los ornatos y propiedad de los indios, y les seducian sus mugeres é hijas. Ocurrian entre ellos mismos incesantes y fieras querellas sobre los mal ganados despojos, ó los favores de las beldades indias; y veian con asombro los sencillos isleños aquellos hombres á quienes habian adorado como venidos de los cielos, abandonados á las pasiones menos espirituales de la tierra, y acometiéndose los unos á los otros con ferocidad mas que brutal.

Pero ni estas disensiones hubieran sido peligrosas conservando el grande precepto de Colon, de no separarse de

la fortaleza, ni relajar la vigilancia militar; precauciones que pronto olvidaron. En vano interpuso su autoridad don Diego de Arana; en vano se presentaban cuantos motivos podian ligar á los hombres en un pais estrangero. Acabaron la subordinacion, la unanimidad y el órden. Muchos abandonaron el fuerte, y vivian descuidadamente y al acaso por las cercanías; cada uno existia solo para sí, ó se asociaba, cuando mas, con alguna pequeña partida de confederados, para injuriar y despojar á los otros. Asi empezaron las facciones, hasta que se levantó la ambicion para completar la ruina de aquel mímico imperio. Las dos personas que habia Colon dejado como lugar-tenientes ó sucesores en el mando en caso necesario, Pedro Gutierrez y Rodrigo de Escovedo, se aprovecharon de estos desórdenes, aspirando á participar de la autoridad, y aun á

egercer la supremacía (1). Acaecieron violentas contiendas, en que fue muerto un español llamado Jácome. No habiendo logrado su objeto, se marcharon del fuerte Escovedo y Gutierrez con nueve de sus partidarios y muchas mugeres; y todavía resueltos á mandar, volvieron sus pensamientos á distantes empresas. Habiendo oido maravillosas descripciones de las minas de Cibao, y de las doradas arenas de sus montañas y rios, salieron para aquel distrito, confiados en atesorar en él inmensas riquezas. Asi se desentendieron de otra importante órden de Colon, prohibiéndoles salir de los amistosos territorios de Guacanagarí. La region á que fueron, estaba en lo interior de la isla, en la provincia de Maguana, regida por el famoso Caonabo,

(1) Oviedo, Hist. Ind., l. ii, c. 12.

llamado el señor de la Dorada Casa. Este nombrado caudillo era caribe de nacimiento, y poseia la fiereza y genio emprendedor de su nacion. Habia venido á la isla como un aventurero, y adquirido por su valor y capacidad tanto ascendiente entre aquellas gentes sencillas y pacíficas, que llegó á ser uno de sus principales caciques. Se celebraban por toda la isla sus hazañas marciales, y le tenian los habitantes universal y pavoroso respeto por su origen caribe.

Caonabo habia por mucho tiempo mantenido grande importancia en la isla como héroe de aquel mundo salvage, cuando los bajeles europeos aparecieron inesperadamente en las costas. Las asombrosas pinturas de su poder y proezas llegaron hasta las montañas de Caonabo, que no carecia de razon para percibir que habia de declinar su consecuen-

cia ante tan formidables invasores. La partida de Colon le hizo esperar que solo fuese su intrusion pasagera; y las discordias y escesos de los que quedaron, movieron al par de su odio su confianza. Apenas llegaron á sus dominios Gutierrez y Escovedo con sus gentes, creyó seguro el triunfo que deseaba de los aborrecidos estrangeros. Se apoderó de los fugitivos, y les dió instantánea muerte. Juntó luego en secreto sus súbditos, y concertando planes con el cacique de Marion, cuyos territorios lindaban al occidente con los de Guacanagarí, determinó dar un repentino asalto á la fortaleza. Salió de sus montañas, atravesó silenciosamente vastísimas florestas, y llegó con su egército cerca del pueblo sin haber sido descubierto. Confiados en la suave y pacífica condicion de los indios, habian los españoles olvidado las precauciones militares, y vivian en la

mas descuidada segu
ban diez hombres er
na, y estos parece c
dia alguna. Los otr
por las cercanías. E
noche, cuando todo
tenebroso y profund
zaron Caonabo y sus
pantosos alaridos so
apoderaron de ella a
ñoles tuviesen lugar
y rodearon é incend
que los otros blancos
ron los europeos co
prendidos. Ocho huy
te de los salvages, y s
los demas fueron des
nagarí y sus súbditos
te en defensa de sus
siendo de carácter
con facilidad derrot
fue herido en la acci

bre del cacique viniese á visitarlo á tierra, á un pueblo donde se hallaba enfermo. Maldonado desembarcó sin tardanza con dos ó tres compañeros. Hallaron á Guacanagarí cojo en su hamaca, rodeado de siete de sus mugeres. Espresó el cacique mucho sentimiento de no haber podido visitar al Almirante, á quien estaba deseosísimo de ver. Contó varias particularidades respectivas á los desastres de la guarnicion, y á lo que él y sus súbditos habian hecho por defenderla, mostrando la pierna que aun tenia vendada de resultas de sus heridas. Sus noticias correspondian con las ya recibidas. Despues de tratar á los españoles con su acostumbrado respeto y hospitalidad, dió á cada uno al separarse algun adorno de oro.

A la mañana siguiente fue Colon en persona á visitar al cacique. Para darle á conocer bien su actual poderío y su

importancia, se presentó con una numerosa comitiva de oficiales superiores, ricamente vestidos, ó cubiertos de reluciente armadura. Hallaron á Guacanagarí reclinado en su hamaca de algodon. Mostró emociones profundas al ver al Almirante, y habló inmediatamente de la muerte de los españoles. Derramó muchas lágrimas contando los desastres de la guarnicion; pero se detenia con particularidad en esplicar lo que él mismo habia hecho en defensa de sus huéspedes, señalando muchos de los indios alli presentes, que habian sido heridos en la batalla. Al examinar las cicatrices, se vió que las heridas habian sido en efecto de armas indianas.

Colon quedó prontamente satisfecho de la buena fe de Guacanagarí. Cuando se acordaba de las muchas pruebas que en la época del naufragio le habia dado de ilimitada generosidad y franqueza,

Sus sentimientos estaban en favor del cacique, y su corazon rehusaba creer los supuestos crímenes. Aunque seguro de su inocencia, podia Guacanagarí haber temido las sospechas de los blancos, y exagerado los efectos de su herida; pero las de sus súbditos, abiertas con armas indias, y las ruinas de su ciudad, eran para Colon respetables pruebas de la verdad de la historia. Para satisfacer la suspicaz comitiva que le rodeaba, y pacificar al fraile sin saciar su amor por la persecucion, dijo que la verdadera policía dictaba una amigable conducta hácia Guacanagarí, á lo menos, hasta asegurarse plenamente de su delito. Tenian á la sazon demasiada fuerza para temer su hostilidad; pero toda medida violenta, en el principio del comercio europeo con los naturales, podia llenarlos de súbito terror, é impedir sus operaciones en la isla. Los mas de los ofi-

ciales concurrieron en esta opinion, y así se determinó, no obstante las sugestiones inquisitoriales del fraile, recibir la historia de los indios como verdadera, y continuar tratándolos con amistad.

A invitacion de Colon, el cacique, aunque al parecer sufriendo todavía de la herida (1), le acompañó á los buques aquella misma tarde. Se habia ya admirado del poder y grandeza de los blancos, cuando por primer vez visitaron sus costas con dos pequeñas carabelas; pero su admiracion creció sin término al ver la flota anclada en el puerto, y al subir al bajel del Almirante, que como se ha dicho, era de los mayores de aquel tiempo. Allí vió á los caribes hechos prisioneros en el viaje. Tanto temian los sencillos habitantes de Hayti á aquellos

(1) Hist. del Almirante, c. 89.

formidables bárbaros, que aunque los vieron encadenados, se apartaron de ellos temblando (1) sin poder resistir sus miradas amenazadoras. Que hubiese osado el Almirante invadir aquellos terribles guerreros en sus propias islas, y sacarlos arrastrando y atados de sus mismas cavernas, era una de las mayores pruebas de la irresistible proeza de los blancos.

Colon llevó al cacique por el buque, mostrándole á cada paso nuevas maravillas. Las varias obras de las artes, y las desconocidas producciones de la naturaleza; las plantas y frutos del Antiguo-Mundo; las aves domésticas de diferentes especies; el ganado mayor, el lanar, los cerdos y otros nunca vistos animales, destinados á poblar la isla de sus respec-

(1) Pedro Mártir, carta 153 á Pomponio Laetus.

tivas castas, le llenaron de sorpresa; pero lo que mas encanto le causó fue la apariencia de los caballos. Jamás habia visto cuadrúpedos que no fuesen de muy diminutiva talla; y así no se cansaba de admirar el tamaño de aquellos nobles animales, su grande fuerza, su terrífica apariencia y perfecta docilidad. Consideraba estos estraordinarios objetos como otros tantos entes milagrosos, bajados del cielo, que creia aun region natal de los blancos.

Iban á bordo del buque diez de las mugeres que se habian librado de la cautividad de los caribes. Eran las mas naturales de la isla de Boriquen, ó Puerto-Rico. Estas atrajeron desde luego la atencion del cacique, que se supone era de constitucion muy amorosa. Entró en conversacion con ellas; porque aunque los isleños hablaban diferentes lenguas, ó lo que es mas probable, diversos dia-

lectos del mismo idioma, pódian entenderse medianamente. Entre estas mugeres se distinguia por su elevacion de modales y su hermosura, una que admiraban mucho los españoles, y á quien habian puesto Catalina. El cacique le habló repetidas veces con estremada gentileza y modulacion de voz, mezclando quizá en su discurso la compasion con la cortesía; porque aunque libres ya de los caribes, estaban ella y sus compañeras hasta cierto punto cautivas en los buques.

Se obsequió despues con un refresco al caudillo, é hizo Colon cuantos esfuerzos estuvieron de su parte para revivir la antigua cordialidad y franqueza. Trató á su huésped con indicaciones de perfecta confianza, y habló de ir á vivir con él en su residencia, y de edificar casas por las cercanías. El cacique espresó mucha satisfaccion al oirlo; pero obser-

vó que el sitio era mal sano, como se echó de ver en lo sucesivo. A pesar de todas aquellas demostraciones amistosas, parecia que no se hallaba gustoso el cacique. El hechizo de la mútua confianza se habia roto. No podia ocultarse que la licenciosa conducta de la guarnicion habia disminuido mucho la reverencia de los indios hácia sus celestiales huéspedes. Hasta la veneracion por los símbolos de la fe cristiana, que inculcaba el Almirante como importantísimo medio de civilizacion, se frustró completamente por la concupiscencia de sus devotos. Aunque amigo de adornos, costó la mayor dificultad persuadir al cacique á que se dejase poner al cuello un escapulario de la Vírgen, cuando supo que era objeto de adoracion entre los cristianos (1).

(1) Hist. del Almirante, c. 49.

Las sospechas del crímen de Guacanagarí seguian fortaleciéndose entre los españoles. El padre Boil, particularmente, le miraba con odio, y aconsejaba en secreto á Colon que ya que lo tenia seguro á bordo, lo detuviese prisionero; pero el Almirante desechó la opinion del astuto fraile, como contraria á la buena fe, al honor y á la verdadera política. Es difícil, empero, ocultar la mala voluntad; habla el corazon en el semblante, aunque esté muda la lengua. El cacique, acostumbrado en su trato anterior con los españoles á ver todos los rostros resplandeciendo en gratitud y amistad, debió percibir la alteracion de las miradas, y las sospechas y hostilidad secretas. No obstante la franqueza y cordialidad del Almirante, pidió permiso pronto para volver á tierra (1).

(1) Pedro Mártir, déc. i, l. ii.

A la otra mañana se vieron ciertas apariencias de agitacion y misteriosos movimientos entre los indios de la costa. Los españoles no pudieron penetrar cuál seria la causa, pues ya no existia la fácil y libre comunicacion que habian gozado antes. Un mensagero del cacique preguntó al Almirante cuánto tiempo pensaba continuar en el puerto, á lo que contestó que se daria á la vela al otro dia. Por la noche vino á los bajeles el hermano de Guacanagarí, bajo pretesto de cambiar una cantidad de oro; y se observó que hablaba secretamente con las mugeres indias, y en particular con Catalina, cuya distinguida apariencia habia fijado la atencion de Guacanagarí. Despues de pasar algun tiempo á bordo, volvió á la costa. Puede inferirse de los sucesos posteriores, que la situacion de la belleza india inflamó el corazon del cacique, y que le cautivaron sus

gracias, y con una especie de innata galantería, intentó librarla de la servidumbre.

A media noche, cuando estaba la tripulacion sepultada en el primer sueño, despertó la intrépida Catalina á sus compañeras, y les propuso hacer un osado esfuerzo para recobrar la libertad. Estaba anclado el buque á tres millas de la playa, y la mar bastante agitada; pero las isleñas sabian luchar con las ondas, y consideraban el agua casi como su natural elemento. Descolgándose cauta y silenciosamente por un lado del bajel, se confiaron á la fuerza de sus brazos, y nadaron bizarramente hácia la orilla. Con toda su precaucion, oyó algun ruido el centinela. Resonó el alarma, se tripularon los botes, y les dieron caza en la direccion de una luz que relucia en la costa, manifiesto fanal para los fugitivos. Pero mal-

grado toda la fuerza del remo, tal era el vigor de las ninfas marítimas, que llegaron libres á tierra. Cuatro se aprisionaron de nuevo á la orilla; la heróica Catalina con el resto de sus compañeras se escapó en efecto por los bosques.

Al rayar el dia envió Colon á pedir los fugitivos á Guacanágarí, exigiendo que los buscase si no estaban en su poder. Pero la residencia del cacique se halló desierta y silenciosa, y no se pudo divisar un solo indio. O bien conociendo las sospechas de los españoles y temeroso de su hostilidad, ó bien queriendo gozar de su triunfo sin molestia, se ausentó el cacique con todos sus efectos, su familia y comitiva, refugiándose en el interior con su beldad isleña. Esta repentina y misteriosa desercion redobló la fuerza de las dudas anteriores, y quedó Guacanagarí infamado como traidor

á los blancos, y pérfido destructor de la guarnicion (1).

CAPITULO VI.

FUNDACION DE LA CIUDAD DE ISABELA. — ENFERMEDADES DE LOS ESPAÑOLES.

[1493.]

Las desgracias que por mar y tierra sufrieron los españoles en las cercanías del puerto de la Navidad, se las hacian mirar como tristes y desventurados parages. Las ruinas de la fortaleza, y las huesas de sus asesinados paisanos, estaban de contínuo ante los ojos de los marineros y tropa, y ya no les parecian

(1) Pedro Martyr, déc. i, l. ii. — Carta del doctor Chanca. — Cura de los Palacios, c. 120, MS.

bellas las florestas, desde que suponian se ocultase la traicion en sus sombras. El silencio y soledad causado por la ausencia de los naturales daba tambien siniestra apariencia á aquellos sitios. La crédula chusma empezaba á considerarlos sujetos á alguna destructora influencia ó maligna estrella. Ya eran estas suficientes razones para no fundar un establecimiento en aquella edad supersticiosa; pero habia otras de mas sólida naturaleza. La tierra de los alrededores era baja, húmeda y mal sana, y carecia de piedras con que edificar: Colon determinó, pues, abandonar del todo aquellos lugares, y fundar su proyectada colonia en mas favorable situacion. No debia perder tiempo: los animales que venian á bordo habian ya sufrido mucho con tan largo confinamiento, y necesitaban sus ejercicios revividores, y yerbas y pastos frescos: y la multitud de

gente no acostumbrada al mar, que se hallaba encerrada en la flota, deseaba ansiosamente saltar en tierra. Salieron, pues, los bajeles mas ligeros á reconocer las costas en todas direcciones, penetrando por todos los rios, y viendo todos los puertos en busca de algun sitio propio para la fundacion de la colonia. Tambien llevaban instrucciones para preguntar por Guacanagarí, de quien Colon, á pesar de toda sospechosa apariencia, conservaba todavía una opinion favorable. Los espedicionarios volvieron despues de haber examinado sin éxito grandes trechos de la costa. Habian encontrado hermosos rios y seguros puertos; pero la tierra era baja y lagunosa por todas partes, y carecia de piedra. Estaba el pais desierto; y si veian por acaso algun indio, huia este precipitadamente á los bosques. Melchor Maldonado procedió hácia el oriente, hasta

llegar á los términos de otro cacique, que al principio se presentó á la cabeza de sus guerreros, con aspecto amenazador, y hostil alarde; pero no tardó en suavizar su conducta, y aun en adoptar otra perfectamente amistosa. Por él se supo que Guacanagarí se habia retirado de la llanura á las montañas. Otra partida descubrió á un indio oculto cerca de una choza, el cual estaba inválido de un bote de lanza, recibido en el combate contra Caonabo. Su relacion del asalto de la fortaleza convenia con la de los indios del puerto, y concurrió á vindicar al cacique del cargo de traicion. Así continuaban los ánimos de los españoles, llenos de dudas y perplejidad, respecto á la perpetracion de aquella obscura y lamentable tragedia.

Convencido de que no habia por aquella parte de la isla sitio favorable para un establecimiento, levó ancla Co-

lon el 7 de diciembre con intencion de buscar el puerto de La-Planta. Pero en consecuencia del mal tiempo tuvo que refugiarse á otro, diez leguas al oriente de Monte-Christi; lugar que le pareció á primera vista ventajosísimo.

Era el puerto espacioso y dominado por una punta de tierra, que protegian de un lado un baluarte natural de rocas, y del otro una floresta impenetrable; el todo presentando ventajosísima posicion para una fortaleza. Dos rios, uno muy caudaloso y otro mas pequeño, regaban una verde y hermosa llanura, y ofrecian cómodos remansos para la ereccion de molinos. A un tiro de ballesta del mar, en las márgenes de uno de los rios, habia una poblacion india. El suelo parecia fértil; las aguas abundantes en escelente pescado, y el clima templado y suave; los árboles estaban en hoja; los arbustos en flor; y los pá-

jaros siempre cantando, aunque era á mediados de diciembre. Aun no conocian los españoles la temperatura de aquella isla favorecida, nunca visitada por los rigores del invierno, donde se suceden y aun se entremezclan perennemente los frutos y las flores, y brilla sin interrupcion la pompa vegetal de la naturaleza.

Otro poderoso motivo para formar allí su establecimiento, fueron los informes de los indios del lugar adyacente, asegurando que las montañas de Cibao, adonde se hallaban las minas de oro, no estaban á mucha distancia, y corrian casi paralelas al puerto. Se creyó, pues, que no podia haber situacion mas favorable para la colonia. Empezó entonces una escena interesante y animadísima. Desembarcaron las tropas y gente que pertenecia al servicio de tierra, con los trabajadores y artífices que habian de

emplearse en edificar. Las provisiones, artículos de tráfico, municiones y caño-nes para la defensa, é implementos de todas clases, vinieron á tierra, asi como los animales y aves que habian padecido mucho en el viaje, especialmente los caballos. Hubo general alegria al escapar de la fatigosa estrechez de los barcos, al pisar la verde y firme costa, y al respirar la fragancia de las praderías y florestas. Se formó campamento en los lindes de la llanura, al rededor de un pequeño lago, y al poco tiempo estaba ya todo en actividad. Asi se fundó la primer ciudad cristiana del Nuevo-Mundo, á la cual dió Colon el nombre de Isabela, en honor de su real patrona.

Se formó un plan proyectando calles y plazas, segun el cual debia edificarse la ciudad. Se emprendió con la mayor diligencia la ereccion de un templo, de un almacen de provisiones, y de una re-

sidencia para el Almirante. Estas se labraron de piedra, y las casas particulares de madera, mezcla, cañas y otros materiales, segun la exigencia del caso permitia; y por un corto tiempo todos se ejercitaban con el mayor celo.

Este animado teatro se anubló pronto por las enfermedades que empezó á padecer la gente. Los que no estaban acostumbrados al mar, habian padecido mucho por el encierro de los buques y el mareo incidente á la navegacion; tambien afectó la salud de otros el mantenerse por tanto tiempo de provisiones saladas, muchas de las que estaban ya en muy mal estado, asi como la galleta que se habia puesto mohosa y decaida. En tierra, antes que se labrasen las casas, tuvieron que resistir, ademas, grandes inclemencias atmosféricas. Las exhalaciones de un clima húmedo y cálido y de un suelo vírgen, los vapores de los

ríos y el aire parado de aquellas espesas y cerradas florestas, tornaban el lujo vegetal de la isla en severa prueba para las constituciones formadas en paises antiguos y prolijamente cultivados. Las labores necesarias para edificar la ciudad, desembarazar los campos, formar las huertas y plantar los jardines, como debian hacerse muy de prisa, agobiaban á unos hombres, que despues de pasar mucho tiempo de dura vida á bordo, necesitaban reposo y descanso. Las enfermedades del ánimo se mezclaron ademas con las del cuerpo. Muchos, como se ha dicho, habian entrado en la espedicion con las esperanzas mas visionarias y romancescas. Anticipaban estos el hallazgo de las doradas regiones de Cipango y de Cathay, donde amontonarian oro sin contradiccion y sin trabajo; aquellos una region de asiática opulencia, abundante en delicias y maravillas;

otros una espléndida carrera de aventuras bizarras y empresas caballerescas. ¡Cuál debió de ser su desengaño y abatimiento al verse confinados al márgen de una isla, rodeados de florestas impracticables, destinados á luchar con la rudeza de un desierto, á trabajar penosamente para procurarse el sustento, y á carecer de todo regalo, ó lograrlo á costa de los mas severos esfuerzos! En cuanto al oro, se le traian los indios de varias partes, pero en pequeñas cantidades, y manifiestamente se habia adquirido á fuerza de paciente y perseverador trabajo. Estas realidades penetraron muy adentro de sus corazones; se abatian los ánimos al desvanecerse sus dorados ensueños; y el dolor del abatimiento ayudaba á la voracidad de las enfermedades.

No se libró Colon de aquella especie de epidemia. La árdua naturaleza de su mision, la responsabilidad en que estaba,

no solo para con sus gentes y sus reyes, sino para con el mundo en general, tenian su ánimo en agitacion contínua. Los cuidados de tan grande escuadra; la vigilancia incesante que requeria, no solo para guarecerse de los ocultos peligros de aquellas desconocidas mares, sino de las pasiones y audacia de los que le seguian, inclinados á entregarse á todos los escesos y aventuradas empresas de toda especie; la angustia que le habia causado el fatal destino de su asesinada guarnicion, y la incertidumbre en que le tenia la conducta de las tribus bárbaras que le circuian; todo esto mortificaba su ánimo y le quitaba el sueño á bordo: desde que desembarcó le oprimian nuevos cuidados y fatigas, que juntas con la precisa esposicion á las injurias de un clima inculto, acabaron completamente con sus fuerzas. Todavia, y aunque obligado á pasar algunas sema-

nas de cama, su espíritu enérgico vencia los padecimientos del cuerpo, y continuaba dirigiendo la edificacion de la ciudad, y los negocios generales de la espedicion (1).

CAPITULO VII.

ESPEDICION DE ALONSO DE OJEDA PARA ESPLORAR EL INTERIOR DE LA ISLA. — VUELTA DE LOS BUQUES Á ESPAÑA.

[1493.]

Habiéndose ya descargado los buques, era necesario enviar la mayor parte de

(1) Hist. del Almirante, c. 50. — Herrera, Hist. Ind., décad. i, l. ii, c. 10. — Pedro Mártir, décad. i, l. ii. — Carta del doctor Chanca, &c.

ellos á España. Esto hacia que nuevas angustias oprimiesen el ánimo de Colon. Habia esperado encontrar tesoros y mercancías preciosas acumuladas por la gente que dejó en Española; ó á lo menos, averiguados exactamente los manantiales de un opulento tráfico, por el que hubiera podido fletar sus buques sin demora. El asesinato de la guarnicion acabó con todas sus esperanzas. Sabia tambien las muchas que los reyes y la nacion alimentaban. ¡Cuál seria su sorpresa si solo volviesen los buques con una desastrosa historia! Era menester tomar un medio, antes de que partiesen los bajeles, para conservar la fama de sus descubrimientos, y justificar la magnificencia de sus descripciones. Aun no tenia noticia cierta del interior de la isla; y su imaginacion sanguínea se la pintaba como abundantísima en riquezas. Si fuese en efecto la isla de Ci-

pango, debia contener populosas ciudades, probablemente en alguna region mas culta, al otro lado de las elevadas montañas que la interceptaban. Todos los indios concurrian en nombrar á Cibao como el lugar de donde sacaban el oro. Hasta el nombre del cacique Caonabo, que significaba *Señor de la casa dorada*, parecia indicar la riqueza de sus dominios. Los sitios que se decian abundantes en minas, no distaban mas que tres ó cuatro dias de viaje, directamente hácia el interior: Colon determinó, pues, enviar una espedicion á esplorarlos antes de que saliesen los buques. Si el resultado confirmaba sus esperanzas, podria enviar la flota á España con nuevas del descubrimiento de las doradas montañas de Cibao (1).

(1) Herrera, Hist. Ind., décad. i, l. ii, c. 10.

La persona que escogió para esta empresa, fue don Alonso de Ojeda, el mismo caballero cuyo audaz ánimo, y fuerza y agilidad corporal quedan ya referidas. Gustando de todo servicio peligroso y aventurado, miraba Ojeda con nuevo placer espedicion semejante, por el formidable carácter de Caonabo, el cacique de las montañas, cuyo territorio iba á penetrar. Salió del puerto á principios de enero de 1494, acompañado de una corta fuerza de gente resuelta y bien armada, muchos de ellos jóvenes y osados caballeros como él mismo. Marchó directamente al sur y hácia el interior. Los dos primeros dias fueron las jornadas trabajosas y difíciles, al traves de un pais que sus habitantes habian abandonado; pues el terror de los españoles se estendió por todas las costas. La segunda tarde llegaron á cierta elevada sierra, á que se ascendia por una vereda

india, ondulando entre rápidos y estrechos desfiladeros; y pasaron la noche en la cima. Desde alli vieron salir el sol siguiente con incomparable esplendor, derramando su luz por una vasta y deliciosa llanura, cubierta de nobles florestas, esmaltada de lugares y aldeas, y enriquecida por las lucientes aguas del Yagui.

Descendiendo al llano, entraron osadamente Ojeda y sus compañeros por los lugares indios. Los habitantes, lejos de mostrarse hostiles, los oprimian con su hospitalidad; y en efecto, les impidieron la marcha á fuerza de bondades. Tuvieron que vadear muchos rios antes de llegar al fin de la llanura, y asi tardaron cinco ó seis dias en alcanzar las sierras que encerraban, por decirlo asi, las doradas regiones de Cibao. Penetraron por este distrito, sin encontrar mas obstáculos que los de la ruda naturaleza

del pais. Caonabo, tan temido por su valor y ferocidad, estaria en algun lugar distante de sus dominios, pues no se presentó á disputarles el camino. Los naturales los recibian con bondad: estaban todos en cueros, y tan poco civilizados como los otros habitantes de la isla, y no se hallaban ni las mas remotas indicaciones de las ciudades que la imaginacion habia pintado. Vieron, empero, abundantes signos de natural riqueza. En las arenas de la montaña relumbraban las partículas de oro; estas las separaban con destreza los indios, y se las daban liberalmente á los españoles sin esperar recompensa alguna. Se encontraron tambien grandes pedazos de oro vírgen en los lechos de los torrentes, y piedras jaspeadas y con ricas venas del mismo metal. Pedro Mártir afirma haber visto un fragmento de oro en bruto de nueve onzas de peso, que Ojeda

se habia encontrado en uno de los arroyos (1).

Todas estas se consideraban como meras barreduras superficiales del suelo, indicativas de los ocultos tesoros que encerraban las profundas grietas y fragosos senos de las montañas, y que la mano del trabajo sacaria á luz fácilmente. Como el objeto de la espedicion no era otro que examinar la naturaleza del pais, Ojeda volvió con su pequeña comitiva al puerto, haciendo mil entusiasmadas descripciones de la dorada promision de las montañas. Un caballero jóven llamado Gorvalan, que habia ido al mismo tiempo á otra espedicion semejante, y esplorado otro ámbito diverso del pais, volvió con informes del mismo tenor. Estas lisonjeras nuevas reanimaron algun tanto á los abatidos

(1) Pedro Mártir, déc. i, l. ii.

colonos, é indujeron á creer al Almirante, que solo con esplotar las minas de Cibao se abririan inagotables fuentes de riqueza. Asi determinó, tan pronto como su salud lo permitiese, ir en persona á las montañas, y buscar sitio á propósito para un establecimiento de minas (1).

La estacion era propicia para la vuelta de las naos. Animado por las altas esperanzas que podia trasmitir á la corte, no perdió Colon tiempo en despachar nueve de sus naves para España, á las órdenes de Antonio de Torres; reteniendo solo cinco para el servicio de la colonia.

Envió con esta ocasion muestras del oro que se habia hallado en las montañas y rios de Cibao, y de los frutos y plantas curiosas ó de valor. Escribió

---

(1) Hist. del Almirante, c. 50.

con las mas vivas esperanzas de las espediciones de Gorvalan y Ojeda; el primero de los cuales volvió á España con la flota. Repitió la espresion de su confianza de poder enviar pronto abundantes cargos de oro, preciosas drogas y especias; no siéndole posible buscarlas por entonces á causa de su enfermedad y de las de su gente, y por los trabajos y cuidados que la edificacion de la ciudad exigia. Describió la belleza y feracidad de la isla; sus sierras y grupos de nobles montañas; sus anchas abundantes llanuras bañadas por caudalosos rios; la viva fecundidad del suelo, manifestada en la rica vegetacion de la caña dulce y de los varios granos y legumbres de Europa.

Pero como requiriesen bastante tiempo los campos, huertos y animales, para dar productos adecuados á la subsistencia de la colonia, en que habia mas

de mil personas no acostumbradas á los manjares indios, pedia Colon provisiones á España, anunciando que empezaban á escasear las suyas. Se habia perdido mucho vino, á causa de lo mal acabado de los cascos; y padecian los colonos en sus enfermedades, por faltarles los acostumbrados alimentos. Habia pues inmediata necesidad de medicinas, ropas y armas. Tambien se requerian caballos, asi para las obras públicas, como para el servicio militar; animales de mucho efecto para imponer sumision á los indios, que no los veian sin profundo espanto. Suplicaba del mismo modo se le enviasen mas trabajadores y mecánicos, y gente diestra en minas, y en la fundicion y purificacion de los metales. Recomendó varios sugetos al favor de los soberanos; y entre ellos á Pedro Margarite, caballero aragonés del órden de Santiago, que tenia muger é hijos á quien soste-

ner, y al cual pedia Colon le diesen por sus buenos servicios alguna encomienda de su órden. Tambien pedia patrocinio para Juan Aguado, que iba á volver en la flota, haciendo particular esposicion de sus méritos. De ambos favorecidos estaba decretado que habia de recibir la ingratitud mas señalada. Envió ademas en los buques los hombres, mugeres y niños tomados en las islas caribes, recomendando que se les instruyese atentamente en la lengua española y fe cristiana. Por la naturaleza aventurada y emprendedora de esta gente, y su conocimiento general de los muchos idiomas de aquel archipiélago, pensaba él, que cuando los preceptos religiosos y los usos de la vida civil hubiesen reformado sus costumbres y propensiones caníbales, podian ser eminentemente útiles como intérpretes, y fáciles medios de propagar las doctrinas de la cristiandad.

Entre las muchas sugestiones saludables y acertadas de esta carta, hay una de muy perniciosa tendencia, escrita bajo los erróneos principios del derecho natural de entonces, y origen de incalculables males y miserias para los hombres. Considerando que mientras mas de aquellos caníbales paganos se transfiriesen al suelo católico de España, mayor seria el número de almas encaminadas hácia la salvacion, propuso cambiarlos como esclavos por ganados, que podria enviar el comercio á la colonia. Los buques que lo trajesen no debian desembarcarlo en otro lugar que en Isabela, á donde encontrarian prontos ya para la entrega los caribes cautivos. Se debian poner sobre los esclavos derechos para beneficio del tesoro real. Asi se proveeria sin gasto la colonia de toda especie de ganados y aves; se libraria á los pacíficos isleños

de sus feroces vecinos; se enriqueceria la corona, y se arrancarian de la perdicion vastas multitudes de almas, llevándolas al cielo á la fuerza. Tan estrañas sofisterías engañan á veces á los hombres mas rectos y magnánimos. Colon temia desazonar á los reyes con el poco producto de su empresa, y deseaba hallar algun modo de aligerar los gastos de ella, hasta que pudiese abrir manantiales de ámplias ganancias. La conversion de los infieles por medios buenos ó malos, por persuasion ó por violencia, era una de las máximas populares de su tiempo; y al recomendar la esclavitud de los caribes, creia Colon obedecer los dictados de su conciencia, cuando solo escuchaba las insinuaciones de su interes. Debe añadirse en justicia, que no aprobaron los soberanos sus ideas, mandando que se convirtiesen los caribes como el resto de los isleños; órden que

Tales eran los comentos de los hombres bondadosos é inteligentes que saludaban con entusiasmo el descubrimiento del Nuevo-Mundo, no por la riqueza que traeria á la Europa, sino por el campo que abria á las empresas benévolas y gloriosas, y por las bendiciones y mejoras de la vida civilizada, que dispensaria profusamente por sus bárbaras é incultas regiones.

CAPITULO VIII.

DESCONTENTO EN ISABELA. — MOTIN DE BERNAL DIAZ DE PISA.

[1494.]

El embrion de la ciudad de Isabela iba rápidamente adquiriendo forma. La rodeaba un muro de piedra para protegerla de repentinos ataques de los natu-

rales; aunque los indios de la vecindad mostraban muy amistosa disposicion, trayendo provisiones que cambiaban contentos por bagatelas europeas. El dia de la epifanía, 6 de enero, estando la iglesia casi acabada, celebraron misa con gran pompa y solemnidad el padre Boil y los doce eclesiásticos. Asi parecia que iban los negocios de la colonia en buen órden; y Colon, aunque todavía en cama, empezó á tomar medidas para su proyectada espedicion á las montañas de Cibao, cuando una circunstancia inesperada absorvió toda su atencion por algun tiempo.

La salida de la flota para España fue un melancólico espectáculo para aquellos cuyo empeño les obligaba á permanecer en la isla. Frustradas sus esperanzas de inmediata riqueza, cansados del trabajo á que se les obligaba, é intimidados por las enfermedades pre-

valentes, empezaron á mirar con horror aquel desierto, considerándolo como tumba de todas sus anticipaciones, y de ellos mismos. Cuando desapareció la última vela que llevaba á sus camaradas á España, se sintieron completamente separados de su pátria, y las tiernas memorias de la mansion paterna, reprimidas accidentalmente por la novedad y bullicio en que estaban, se precipitaron con lastimoso vigor en sus ánimos. La vuelta á España llegó á ser su primer deseo; y la misma falta de reflexion que los aguijó á entrar en la empresa sin conocerla apenas, los incitaba entonces á desenredarse de ella, valiéndose de cualesquiera medios, por desesperados que fuesen. A donde prevalece el descontento popular, rara vez falta algun espíritu osado que le dé una direccion peligrosa. Bernal Diaz de Pisa, hombre de cierta influencia, que habia ejercido un oficio

civil en la corte, vino de contador en la espedicion: parece que valiéndose de su poder oficial, habia tenido tempranas disensiones con el Almirante. Mal satisfecho de su empleo en la colonia, no tardó en formar una faccion entre los descontentos, y propuso que se aprovechasen de la enfermedad de Colon para apoderarse de uno ó de todos los cinco buques que estaban en el puerto, y volver en ellos á España. Fácil seria justificar su clandestina vuelta, profiriendo quejas contra el Almirante, representando la falacia de sus empresas, y acusándolo de usar groseros engaños y exageraciones en sus informes acerca de los paises que habia descubierto. Es probable que le creyesen algunos de aquellos hombres real y verdaderamente culpable de los delitos que ellos mismos fabricaban en su contra; porque al frustrárseles sus avariciosas esperanzas,

no reflexionaban acerca del verdadero valor de aquellas fértiles islas que habian de enriquecer naciones enteras con los productos de su suelo. Todo pais era estéril é inaprovechable á sus ojos, si no estaba preñado de oro. Aunque por las muestras que traian los indios á la ciudad, y por las que Ojeda y Gorvalan suministraron, tenian contínuas pruebas de que los rios y montañas del interior abundaban en oro, no querian dar fe al testimonio de sus sentidos. Un tal Fermin Cado, hombre de obstinado y perverso entendimiento, que habia venido como ensayador y purificador de metales, contrajo acerca de la espedicion las mismas preocupaciones que Bernal Diaz. Defendia pertinazmente que no se hallaba oro en la isla; ó á lo menos que se encontraba en tan cortas cantidades, que no pagaba su busca. Sustentaba que los grandes granos de oro virgen que

los indios traian, estaban ya fundidos, y eran la lenta acumulacion de muchos años que habian ido pasando de generacion en generacion en las familias indias. Otras muestras de grande tamaño decia que eran de muy inferior calidad, y que las habian ligado con bajo metal los naturales. Asi acallaban las palabras de este hombre la evidencia de los hechos; y muchos adoptaron su dictámen, y creyeron que en efecto estaba la isla destituida de oro. Hasta algun tiempo despues no se conoció el verdadero carácter de Fermin Cado, cuando se supo que era su ignorancia igual, por lo menos, á su terquedad y presuncion, cualidades que suelen entrar con abundancia en el compuesto de un hombre intrigante y dañino (1).

(1) Cura de los Palacios, c. 120 y 122, MS.

Animados por cooperacion tan sustancial, concertaron algunos espíritus turbulentos de la colonia llevar el plan á ejecucion inmediata, apoderarse de los buques y salir para Europa. La influencia con que contaba Bernal Diaz de Pisa en la corte, le obtendria favorable recepcion; y esperaban con sus representaciones unánimes malquistar á Colon en la opinion del público, siempre veleidoso en sus sonrisas, y pronto siempre á abandonar súbita y caprichosamente á sus mas idolatrados favoritos.

Por fortuna se descubrió el motin antes de su complexion. El Almirante mandó arrestar sin tardanza á los cabecillas. Al hacer investigaciones, se encontró un memorial contra él, lleno de calumnias y falsedades, y escondido en la boya de un barco. Estaba escrito de letra de Bernal Diaz. Colon se condujo con ejemplar moderacion. Por respeto

al rango y empleo de Diaz se abstuvo de imponerle ningun castigo personal; pero le destinó á bordo de uno de los buques, para enviarlo á que se le procesase en España, en vista de la sumaria de su delito, y del sedicioso documento que se le habia hallado. A los cabecillas inferiores los castigó segun el grado de su culpabilidad, pero no con el rigor que merecia la ofensa. Para precaver la recurrencia de semejantes atentados, mandó Colon que se sacasen de cuatro de los bajeles las armas y municiones, poniéndolas en el principal buque, cuyo mando le dió á gente de su implícita confianza (1).

Esta fue la primer vez que ejerció Colon el derecho de castigar los delin-

(1) Herrera, Hist. Ind., déc. i, l. ii, c. ii. — Hist. del Almirante, c. 50.

cuentes en su nuevo gobierno, y no tardó en despertar las mas violentas animadversiones. Sus medidas, aunque necesarias para la seguridad general, y caracterizadas por una lenidad estrema, se censuraron como actos arbitrarios y vengativos. Ya se manifestó claramente la desventaja de ser estrangero entre las gentes á quienes gobernaba. Tenia que combatir las preocupaciones nacionales, que son quizá las mas estendidas y serviles. Carecia de amigos naturales que le rodeáran; mientras tenian los amotinados parientes en España, amigos en la colonia, y simpatía en todos los descontentos. Así se engendró contra el Almirante una hostilidad temprana que continuó acrecentándose toda su vida; y así se sembraron las semillas de la série de facciones y motines que distrajeron el gobierno en lo sucesivo.

CAPITULO IX.

ESPEDICION DE COLON Á LAS MONTAÑAS DE CIBAO.

[1494.]

Habiéndose al fin restablecido de su larga enfermedad, y suprimido del todo el motin de Bernal Diaz, se preparó Colon para marchar inmediatamente á Cibao. Confió durante su ausencia el mando de la ciudad y buques á su hermano don Diego, señalando personas de idoneidad que le aconsejasen y ayudasen. Don Diego está pintado por Las-Casas, que lo conocia personalmente, como un hombre de mucho mérito y discrecion, de pacífico y suave carácter, y mas distinguido por su sencillez que por su astucia. Era muy moderado en sus

vestidos, usando casi los de un sacerdote; y Las-Casas piensa que tenia secretas esperanzas de obtener dignidades eclesiásticas (1); indicacion que tambien hace el Almirante en su testamento. Como intentaba Colon erigir una fortaleza en las montañas, y formar un establecimiento para la esplotacion de las minas, llevó consigo los artífices, trabajadores, mineros, municiones é implementos necesarios. Tambien iba á entrar en los territorios del temido Caonabo; y le importaba, por consiguiente, llevar bastante fuerza, no solo para vencer cualquier obstáculo militar que pudiera ponérsele, sino tambien para propagar por el pais una formidable idea del poder de los blancos, y contener á los indios

(1) Las-Casas, Hist. Ind., lib. i, c. 82, MS.

en la perpetracion de actos de violencia contra los cuerpos ó indivíduos aislados que pudiesen caer en sus manos. Salieron cuantas personas no eran indispensables en el establecimiento y se hallaban con salud, y toda la caballería que pudo reunirse; adoptando mil medios para dar á los salvages muestra del esplendor militar de Europa.

El 12 de marzo se puso Colon á la cabeza de cuatrocientos hombres bien armados y equipados, con relumbrantes yelmos y coseletes; con arcabuces, lanzas, espadas y arcos, y seguidos por una multitud de los indios vecinos. Salieron de la ciudad en órden de batalla, con banderas desplegadas, y al son de tambores y trompetas. Fue su marcha el primer dia por la llanura situada entre el mar y las montañas, vadeando dos rios, y atravesando verdes y hermosos prados. Pasaron la noche acampados en

ellos, al pie de una fragosa montaña.

El paso de aquellos ásperos desfiladeros presentó bastantes dificultades á la tropa, embarazada ya con implementos y municiones. Solo habia una vereda india, serpeando por entre rocas y precipicios, ó al través de eriales y espesuras enmarañadas con la rica vegetacion de una floresta de los trópicos. Varios caballeros jóvenes y animosos se ofrecieron á abrir un camino á la hueste. Los jóvenes de España se habian acostumbrado á esta especie de servicio en las guerras moriscas, donde repentinamente solia ofrecerse abrir paso para las tropas y artillería á través de las montañas de Granada. Arrojándose, pues, á la vanguardia con algunos zapadores, á quienes estimulaban con el ejemplo y promesas de liberal premio, pronto construyeron el primer camino que tuvo el Nuevo-Mundo; y que se llamó el Puer-

to de los Hidalgos, en honor de los bizarros caballeros que lo habian hecho.

Al dia siguiente se fatigó el ejército en el ascenso de aquel rápido desfiladero, llegando á donde las gargantas de la montaña dominaban el interior. Allí inesperadamente llenó su vista una tierra de promision; aquella gloriosa perspectiva que tanto habia deleitado á Ojeda y sus compañeros; vasta y rica llanura, esmaltada con la variedad y gala de la vegetacion de los trópicos. Presentaban sus magníficas florestas una mezcla de magestad y belleza en las formas vegetales, conocida solo en aquellos generosos climas. Palmas de prodigiosa altura, y dilatados caobales levantaban sus frentes al cielo por entre el inacabable y vario follage. Mantenian universal frescura las opulentas corrientes que hendian con sus lucientes aguas el seno de la tierra; y mil villas y aldeas que se di-

visaban por entre los árboles, y el humo de otras que ascendia en diversos puntos de las selvas, daban señales de una numerosa poblacion. Se dilataba este suntuoso paisage por cuanto alcanzaba la vista, y parecia desvanecerse en la lejanía del horizonte. Los españoles miraban con éxtasis aquella suave y voluptuosa llanura que parecia realizar las ideas del paraiso terrestre; y Colon, viendo tanta grandeza, le dió el nombre de Vega Real (1).

Habiendo bajado por un breñoso paso, entró el ejército en el llano, con mucha pompa militar y estrépito de belijeros instrumentos. Cuando vieron los indios salir de las montañas aquella resplandeciente banda de guerreros cubier-

(1) Las-Casas, Hist. Ind., lib. i, c. 90. MS.

tos de acero, galopando en sus briosos caballos, y dando al aire sus banderas; y cuando por la vez primera oyeron resonar sus rocas y florestas con el ruido de clarines y tambores, no es estraño que creyesen tan maravilloso alarde vision mas que natural.

Así dispuso Colon sus fuerzas al acercarse á las grandes poblaciones, llevando la caballería en la vanguardia, porque inspiraban los ginetes no menos terror que admiracion. Las-Casas dice que creian los indios al principio fuesen un solo animal el caballo y caballero, y nada podia esceder su asombro cuando veian que este se apeaba; circunstancia que muestra, que el supuesto origen de la antigua fábula de los centauros está á lo menos fundado en la naturaleza. Al aproximarse el ejército, huian aterrados casi todos los naturales, refugiándose en sus casas. Y tal era su sencillez, que

solo ponian una ligera puerta de cañas á los umbrales, y se consideraban perfectamente seguros con el amparo de tan frágil fortificacion. Colon, contento de ver aquella candidez, mandó que se respetasen escrupulosamente estas barreras, permitiendo á los habitantes permanecer en su imaginada seguridad (1). El miedo de los indios se mitigó gradualmente por medio de los intérpretes, y de la distribucion de pequeños regalos. Su bondad y gratitud eran sin igual; y la marcha del ejército se retardaba contínuamente por la hospitalidad de los numerosos pueblos por donde pasaba. Tal era la franca comunion de aquellas gentes, que los indios que iban en el ejército entraban sin ceremonia en las ca-

(1) Las-Casas, Hist. Ind. l. i, c. 90. MS.

sas, tomando en ellas lo que necesitaban, sin escitar sorpresa ó indignacion en los habitantes: estos querian hacer lo mismo con respecto á los españoles, y parecian admirados cuando no se les permitia. Probablemente se limitaba semejante liberalidad á los alimentos; porque se dice que no eran los indios descuidados en sus nociones de propiedad, y que el latrocinio era uno de los pocos crímenes que se castigaban entre ellos severamente. Los comestibles, empero, estaban en general abiertos á la libre participacion en la vida india, y rara vez eran objeto de cambio, hasta que los blancos introdujeron en ella sus costumbres mercantiles. El ignorante salvaje, en casi todos los paises del mundo, desdeña hacer tráfico de la hospitalidad.

Despues de una marcha de cinco leguas al través de aquella llanura, llegaron á las márgenes de un ancho y

magestuoso rio, llamado por los naturales el Yagui, y por el Almirante el rio de las Cañas. No sabia que era esta la misma corriente, que despues de serpear por la Vega, desemboca en la mar cerca de Monte-Christi, y á la cual en su primer viaje puso rio de Oro. En sus verdes orillas pasó el ejército la noche, animado y gustosísimo con las bellas escenas que habia visto. Se bañaron y recrearon los soldados en las aguas del Yagui, gozando de la amenidad del paisage, y de las deliciosas brisas que reinaban en aquella suave estacion. *Porque aunque hay poca diferencia*, observa Las-Casas, *de un mes á otro en todo el año en esta isla, y en la mayor parte de estas Indias, en el periodo desde setiembre á mayo es como vivir en el Paraiso* (1).

(1) Las-Casas, Hist. Ind., l. i, c. 90. MS.

A la siguiente mañana atravesaron el rio por medio de canoas y balsas, y pasaron los caballos á nado. Por dos dias continuaron su marcha al través del mismo llano, encontrando diversidad de robustas florestas y abundantes rios, muchos de los cuales bajaban de las montañas de Cibao, y se decia que llevaban polvos de oro, mezclados con sus arenas. A uno de estos, cuyas cristalinas aguas fluian sobre lechos de redondas y lisas chinas, puso Colon Rio-Verde por la frescura y verdosidad de sus orillas. En el discurso de la marcha pasaron por muchas poblaciones, donde esperimentaron generalmente el mismo recibimiento. Huian los simples habitantes al verlos, poniéndoles delante sus frágiles baluartes de caña; pero se les atraia fácilmente, y una vez amigos, apuraban sus escasos medios en bien de los estrangeros.

Penetrando asi por medio de aquella grande isla, que por todas partes presentaba escenas grandiosas de inculta pero bella naturaleza, llegaron por la noche del segundo dia á una sierra de encumbradas y riscosas montañas, especie de barrera de la Vega. Aquellas le dijeron á Colon que eran las doradas montañas de Cibao, cuyas regiones comenzaban en sus ásperas cimas. Empezaba á volverse el pais breñoso y dificil; y estando la gente cansada, se acampó para pasar la noche al pie de un rápido desfiladero, mandando delante á los zapadores á que abriesen camino. Desde alli enviaron las mulas á la colonia por pan y vino, habiendo empezado á escasear las provisiones; pues no estaban aun acostumbrados á los alimentos de los indios, que se hallaron despues muy nutritivos y propios para aquel clima.

A la otra mañana continuaron la

marcha por un estrecho y fragoso camino, en que tenian que llevar del diestro los caballos. Desde la cima gozaron otra vez la perspectiva de la deliciosa Vega, que presentaba desde alli apariencia todavía mas noble, estendiéndose ancha y dilatadamente por ambos lados como una verde y vasta laguna. Es la Vega, segun Las-Casas, de ochenta leguas de largo, de veinte á treinta de ancho, y de incomparable belleza.

Al fin entraron en Cibao, famosa region de oro, la cual, como si la naturaleza se complaciese en contradicciones, presentaba la miseria esterior de los avaros, proporcionada en general á sus ocultos tesoros. En vez de la suave voluptuosa perspectiva de la Vega, solo contenia sierras de empinadas estériles montañas, apenas vestidas de solitarios pinos. Y los árboles de los valles, lejos de poseer la rica frondosidad y lozanía de los de otras

partes de la isla, eran débiles y enanos, á no ser los que por acaso crecian á las márgenes de los rios. Hasta el nombre del pais indicaba la naturaleza del suelo; pues Cibao, en la lengua india, significa una piedra. Pero todavía algunos recesos de las montañas y umbrosas aberturas de los valles, regados por claros arroyos, presentaban con su verdura y giros de arboledas mas agradable vista por la esterilidad que las rodeaba. Lo que sirvió, empero, á los españoles de consuelo por la aspereza de la tierra, fue observar las partículas de oro que relucian entre las arenas de aquellas cristalinas corrientes, que aunque en cortas cantidades se miraban como anuncios de las que encerraban en sí las montañas.

Los naturales, que ya habian recibido la anterior visita de Ojeda, vinieron á felicitar á los soldados con mucha ale-

gría, trayéndoles comestibles, y sobre todo, granos y partículas de oro, que habian juntado en los arroyos y torrentes, viendo con cuánta vehemencia deseaban los españoles adquirir aquel metal. Por las cantidades de oro que brillaban en todas las corrientes, conjeturó Colon que habria muchas minas en las cercanías. Se hallaron tambien muestras de ámbar y lapiz lázuli, aunque en pequeñas cantidades, y pensó Colon haber descubierto una mina de cobre. Se hallaba en el entretanto á diez y ocho leguas de su colonia; y la áspera naturaleza de las montañas hacia la comunicacion difícil. Abandonó pues la idea de penetrar mas al interior del pais, y determinó establecer un fuerte en las cercanías, con presidio suficiente, para labrar las minas, y esplorar el resto de la provincia. Eligió para ello una agradable eminencia, rodeada casi entera-

mente por el rio Janique, cuyas aguas eran tan puras como si estuvieran destiladas, y el murmullo de su corriente harmonioso al oido. En su lecho se hallaban raras piedras de varios colores, grandes masas de precioso marmol, y piezas de esquisito jaspe. De las faldas de la colina se estendia una de aquellas lindas y verdes llanuras, llamadas sábanas por los indios, refrescada y fertilizada por el rio (1).

En esta eminencia mandó erigir Colon una fortificacion de madera, capaz de resistir cualquier ataque de los indios, y protegida por un profundo foso en el lado en que el rio no la aseguraba. Le dió al fuerte el nombre de Santo Tomás, como agradable y piadoso chiste, reprobando la incredulidad de Fer-

(1) Las-Casas, Hist. Ind., l. i, c. 90. MS.

min Cado y sus escépticos adherentes, que rehusaban con obstinacion creer que produjese oro la isla, hasta verlo con sus ojos y tocarlo con sus manos (1).

Habiendo sabido los indios la llegada de los españoles á sus montañas, vinieron á bandadas de varias partes, deseosos de obtener juguetes europeos. El Almirante les significó que les daria lo que quisiesen en cambio de oro; oyendo lo cual muchos de ellos, corrieron al rio inmediato, y juntando y escogiendo en sus arenas, volvieron al poco tiempo con cantidades considerables de oro en polvo. Un anciano trajo dos piezas de oro vírgen que pesaban una onza, y se creyó ricamente pagado al recibir por ellas un cascabel. Y como viese que admiraba el Almirante su tamaño, afectó tratarlas

(1) Las-Casas, Hist. Ind., l. i, c. 90. MS.

con desprecio, como insignificantes, diciendo por señas, que en su pais, que solo distaba medio dia de camino, se hallaban piezas de oro tamañas como naranjas. Otros indios trajeron granos de diez y doce dracmas; y aseguraban, que en el pais adonde los habian adquirido, se hallaban masas de mineral tan grandes como cabezas de muchachos (1). Mas como de ordinario sucede, estaban aquellos sitios dorados en algun remoto valle, ó pedragosa y oculta corriente; y el mas rico punto cada vez á mayor distancia; porque la tierra de promision se halla siempre del otro lado de los montes.

(1) Pedro Mártir, déc. i, l. iii.

CAPITULO X.

ESCURSION DE JUAN DE LUJAN POR LAS MONTAÑAS. — COSTUMBRES Y CARACTERES DE LOS NATURALES. — VUELVE COLON Á ISABELA.

[1494.]

Mientras permanecia el Almirante en las montañas inspeccionando la edificacion de la fortaleza, fue un caballero jóven de Madrid, llamado Juan de Lujan, con una pequeña banda de guerreros, á recorrer el pais y esplorar la provincia toda, la que, segun los informes de los indios, debia ser igual en estension al reino de Portugal. Volvió Lujan despues de algunos dias, dando la relacion mas satisfactoria de su viaje. Habia atravesado gran parte de Cibao, pais mas capaz de

cultura que se creyó al principio. Era generalmente montañoso, y cubierto de pedrezuelas azules, pero tenia buenos pastos en algunos valles. Tambien las montañas, humedecidas por frecuentes aguaceros, producian yerba de viva y robusta vegetacion, que llegaba con frecuencia á las sillas de los caballos. Las florestas le parecian á Lujan llenas de especias; habiéndolo engañado el olor de las yerbas y plantas aromáticas que abundan en los bosques de los trópicos. Se veian trepar grandes viñas hasta las cimas de los árboles, cargadas de racimos enteramente maduros, llenos de jugo, y de agradable gusto. Cada valle ó llano tenia sus corrientes grandes ó chicas, segun la corpulencia de la vecina montaña, y todas daban mas ó menos oro en pequeñas partículas, mostrando la universal prevalencia de aquel precioso metal. Se suponia, que hubiese

aprendido Lujan de los indios muchos de los secretos de sus montañas, y visitado los sitios donde se hallaban los mas ricos minerales, y las corrientes mas abundantes en oro. Pero en todos estos puntos observó un discreto misterio, comunicando las particularidades solo al Almirante (1).

Estando ya la fortaleza de santo Tomas casi concluida, le dió Colon su mando á Pedro Margarite, el mismo caballero que habia recomendado antes al favor de los soberanos; y le dejó una guarnicion de cincuenta y seis hombres. Luego emprendió su marcha para volver á Isabela. Al llegar á las márgenes de Rio-Verde en la Vega Real, se encontró á los españoles que traian provisiones para el fuerte. Por esto se detuvo algunos dias por aquellos sitios, buscando el mejor

(1) Pedro Mártir, déc. i, l. iii.

ellos, si alguna vez ocurrian, eran cortas y no acompañadas de grande efusion de sangre. Por lo comun se mezclaban unos con otros cordial y amistosamente.

Colon se habia tambien lisonjeado con la equivocacion de que los naturales de Haiti estaban destituidos de toda idea religiosa, creyendo que seria fácil, en consecuencia, introducir en sus ánimos las doctrinas de la cristiandad; porque sin duda ignoraba que es mas dificultoso encender el fuego de la devocion en el pecho helado de un ateo, que dirigir su llama hácia otro nuevo objeto, despues que ya está encendida. Pocos entes hay empero de tan poca inteligencia, que no sientan en sí mismos la conviccion de una deidad gobernadora. Jamas ha existido una nacion de ateos. Pronto se descubrió, pues, que tenian los isleños su religion, aunque de vaga y sencilla naturaleza.

Creian en un númen supremo, que habitaba los cielos, era inmortal, omnipotente é invisible; le suponian un origen determinado, dándole madre, pero no padre (1). Nunca usaban de culto directo, sino que se valian como mensajeras ó mediatrices de otras deidades inferiores llamadas zemis. Cada cacique poseia su dios tutelar de este órden, á quien invocaba y fingia consultar en sus empresas públicas, y á quien todos sus súbditos reverenciaban. Tenian casas aparte, como templos de estas deidades, en que habia imágenes de los zemis entalladas en madera ó piedra, ó hechas de barro, y generalmente de monstruosa y repugnante forma. Cada familia y cada individuo tenia tambien su zemi particular ó genio protector, como los La-

(1) Escritura de frai Roman. — Hist. del Almirante.

res y Penates de los antiguos. Los ponian por toda la casa, ó en sus muebles; algunos eran de pequeño tamaño, y se los ceñian los indios á la frente cuando iban á la guerra. Creian que fuesen transferibles los zemis con todo su poder, y frecuentemente se los robaban unos á otros. Cuando se presentaban los españoles entre ellos, escondian los ídolos, porque no se los llevasen. Imaginaban que todos los objetos de la naturaleza estuviesen presididos por los zemis, de los cuales cada uno tenia un encargo ó gobierno especial. Influian en las estaciones y los elementos, causaban la abundancia ó esterilidad de los años, escitaban los huracanes y torbellinos, las tempestades y el trueno, las dulces y templadas brisas, y las fructíferas lluvias. Gobernaban las mares y las selvas, los manantiales y fuentes, como las Nereidas, las Driadas y Sátiros de la antigüe-

dad. Distribuian la fortuna en la caza y pesca, guiaban las aguas de las montañas por seguros cauces, y las conducian á discurrir pacíficamente las llanuras en gentiles arroyuelos, ó mansos y caudalosos rios; pero en su enojo las hacian tambien precipitarse en indomables torrentes é inundaciones, desvastando con ellas los valles y praderías.

Tampoco les faltaban á los indios sus bucios, ó sacerdotes, que pretendian comunicarse con los zemis. Practicaban éstos rigurosos ayunos y abluciones, y aspiraban el polvo, ó bebian la infusion de cierta yerba que les producia ebriedad y delirio. En el discurso de tales procedimientos sufrian, segun ellos, trances y visiones, en que los zemis les revelaban los sucesos futuros, ó los instruian en la cura de las enfermedades. Eran generalmente grandes herbolarios, y muy instruidos en las propiedades medicina-

les de los árboles y las plantas. Curaban las enfermedades usando de algunos simples, y de muchos ritos y ceremonias misteriosas, que suponian fuesen hechizos; cantaban y quemaban teas en el cuarto del paciente, y pretendian exorcisar la enfermedad, espelerla de la mansion, y lanzarla al mar ó á las montañas (1).

Llevaban el cuerpo teñido ó pintado de figuras de los zemis, que miraban con horror los españoles, como otras tantas representaciones del demonio; y los bucios, estimados como santos por los naturales, eran aborrecidos por los europeos como nigromantes. Asistian estos sacerdotes frecuentemente á los caciques, en la práctica de engañar á sus súbditos, pronunciando oráculos

(1) Oviedo, Cronic. l. v, c. i.

al través de los zemis, por medio de tubos vacíos; inspirando á los indios valor guerrero con la prediccion del buen éxito, ó prometiéndoles lo que el caudillo deseaba, ó atemorizándolos con amenazas.

No hay recuerdo mas que de una de sus principales ceremónias religiosas. El cacique proclamaba dia para celebrar una especie de festividad en honor de su zemi. Acudian los indios de todas partes, y formaban una procesion solemne; los hombres casados y sus mugeres se decoraban con los mas preciosos ornamentos que poseian; las vírgenes iban enteramente en cueros. El cacique ó el principal personage marchaba á la cabeza, tocando una especie de tambor. Asi continuaban hasta el templo ó casa sagrada, en que estaban las imágenes de los zemis. Llegados á la puerta, se sentaba fuera de ella el cacique, y seguia

tocando su tambor mientras la procesion entraba, llevando las hembras canastos de tortas adornados de flores, y marchando al son de su propio canto. Recibian los bucios los presentes con desmesurados gritos ó mas bien alaridos. Quebraban las tortas despues de ofrecidas á los zemis, y repartian los fragmentos entre las cabezas de familia, que los conservaban cuidadosamente todo el año, como impedítivos de adversos accidentes. Hecho esto, se adelantaban las mugeres á una señal dada, cantando himnos en honor de los zemis, ó en prez de las heróicas hazañas de sus antiguos caciques. Toda la ceremonia concluia con una invocacion á los zemis, pidiéndoles que vigiláran por la patria y la protegieran (1).

---

(1) Charlevoix, Hist. Sto. Domingo, l. i, p. 56.

Ademas de los zemis tenia cada cacique très ídolos ó talismanes, que no eran otra cosa que meros pedazos de piedra, muy venerados por ellos y sus súbditos. Al uno suponian el poder de producir abundantes cosechas; al otro el de quitar los dolores del parto; y al tercero el de traer el sol ó la lluvia, segun se necesitaba. Colon envió tres de ellos á los soberanos.

Las ideas de los indios respecto á la creacion eran vagas é indefinidas. Daban á su isla de Haiti prioridad de existencia sobre todas las otras; y creian que el sol y la luna habian salido originalmente de una caverna de la isla, para dar luz al mundo. Esta caverna existe todavia á siete ú ocho leguas de cabo François. Tiene ciento cincuenta pies de longitud, y casi lo mismo de altura, pero es muy estrecha. No recibe mas luz que la de la entrada, y de un

agujero redondo del techo, por donde dicen que salieron el sol y la luna á tomar su lugar en los cielos. La bóveda es tan regular y proporcionada, que mas bien parece obra del arte que de la naturaleza. En tiempo de Charlevoix se veian aun entalladas en las rocas las figuras de varios zemis, y los restos de nichos para recibir estátuas. Esta caverna se tenia en grande veneracion. Estaba pintada, y adornada con ramos verdes y otras decoraciones sencillas. Habia dos imágenes ó zemis. Cuando se necesitaba lluvia, iban los indios en peregrinacion á ellas, cantando y bailando, y llevándoles ofrendas de frutos y de flores (1).

Creian que salió el género humano

(1) Charlevoix, Hist. de Sto. Domingo, l. i, p. 60.

de otra caverna; los hombres corpulentos por una abertura, y los pequeños por un agujerillo. Vivieron mucho tiempo sin hembras; pero vagando en una ocasion cerca de un lago, vieron ciertos animales por las ramas de los árboles, que se supo despues ser mugeres. Al querer cojerlas, se les escurrian como las anguilas, de modo que no fue posible retener ninguna. Al fin emplearon en aquella singular caza unos hombres cuyas manos habia puesto muy ásperas la lepra. Estos pudieron asegurar cuatro de aquellas hembras resbaladizas, con quienes se pobló el mundo.

Mientras habitaban los hombres la caverna, solo se atrevian á salir de ella por la noche; porque la vista del sol les era fatal, y los convertia en árboles ó en piedras. Hubo un cacique, llamado Vaganiona, que envió á uno de sus súbditos á pescar fuera de la caverna; y ha-

biéndose detenido este hasta despues que salió el sol, se convirtió en aquel pájaro de melodioso canto que equivocaba Colon con el ruiseñor. Añadian que anualmente, por el tiempo que sufrió la transformacion, venia por la noche á lamentar su infortunio con dolorosos trinos, causa por la que siempre aquel pájaro canta de noche (1).

Lo mismo que las mas de las naciones salvajes, tenian su tradicion del diluvio universal, tan fantástica como las que preceden; y es de advertir, que siempre el ingenio humano, en su natural estado, se inclina á esplicar los grandes sucesos por medio de causas pueriles y familiares. Decian pues, que habia vivido una vez en la isla un poderoso cacique, el cual

(1) Frai Roman.—Hist. del Almirante.—P. Mártir, d. i, l. ix.

mató á su único hijo por haber conspirado contra él. Despues juntó y limpió sus huesos, y los puso en una calabaza para conservarlos, como se acostumbraba hacer con las reliquias de los parientes. Mas adelante el cacique y su muger abrieron un dia la calabaza para contemplar los huesos del hijo, cuando vieron con sorpresa salir de ella muchos peces grandes y pequeños. El cacique cerró la calabaza al instante, y la puso encima de su casa, y empezó á vanagloriarse de que tenia la mar encerrada en ella, y que podia comer pescado cuando quisiese. Cuatro hermanos mellizos, curiosos y entremetidos, habiendo oido hablar de la tal calabaza, vinieron durante la ausencia del cacique á ver lo que contenia. La dejaron caer al suelo por descuido, y habiéndose hecho pedazos, salió de ella un poderosísimo torrente, con delfines, tiburones

y mucha abundancia de ballenas; y se estendió el agua hasta anegar la tierra, y formar el Océano, dejando solo las cumbres de las montañas descubiertas, que son las llamadas islas (1).

Tenian singular modo de tratar los muertos y los agonizantes. Cuando se desesperaba de la vida del cacique, le ahogaban por respeto, para que no muriese como las gentes vulgares. A estas se las estendia en sus hamacas, poniéndoles á la cabecera pan y agua, y abandonándolas para que muriesen en soledad. A veces las llevaban delante del cacique, y las ahogaban si este lo permitia. Despues de muerto se abria el cuerpo del cacique, se secaba al fuego, y se conservaba; de otros solo atesoraban

---

(1) Escritura de Fr. Roman, pobre heremita.

por memoria la cabeza ó algun miembro. A veces se enterraba todo el cuerpo en una caverna, con una calabaza de agua y un pan; otras lo quemaban en la casa del muerto.

Tenian inciertas y confusas nociones de la existencia del alma, separada de la carne. Creian que se apareciesen los espíritus de los difuntos por las noches, ó de dia en lugares retirados, ó á solitarios individuos; á veces se presentaban con aire amenazador, pero si les pegaba el viajero, se desvanecian, y observaba este que solo habia herido las rocas ó los árboles. Solian tambien mezclarse con los vivientes; mas se diferenciaban de estos, en que no tenian ombligos. Los indios, temerosos de encontrar aquellas apariciones, repugnaban ir solos á sitios obscuros. Tenian ideas de un lugar de premio, á donde iban despues de la muerte los espíritus de los hombres

buenos á reunirse á los de aquellos que mas habian amado en vida, y á los de todos sus ascendientes. Allí gozaban, no interrumpidos y en su verdadera perfeccion, todos los placeres que constituian su felicidad en la tierra. Vagaban por umbrosos y fructíferos vergeles, en compañía de vírgenes muy hermosas, con quienes tenian banquetes de esquisitos frutos. El paraiso de aquellos bienaventurados se situaba diversamente, y cada tribu le señalaba algun lugar favorito de su provincia nativa. Muchos, empero, se convenian en pintar esta region, como establecida cerca de un lago en la parte occidental de la isla, en la bella provincia de Jaragua. Alli habia deliciosos valles cubiertos de un delicado fruto llamado el *mamey*, del tamaño de un melocoton. Imaginaban que se mantenian ocultas las almas de los muertos todo el dia por entre las altas é inaccesi-

bles cúspides de las montañas, y descendian por las noches á los valles para regalarse con aquel sagrado fruto. Los vivos se abstenian por lo tanto de comerlo, no fuese que las almas de sus parientes padeciesen por falta de alimento (1).

Los bailes, á que parecian los indios inmoderadamente aficionados, y que consideraban al principio los españoles como mero pasatiempo, se vió despues que eran ceremonias de sério y místico carácter. La danza forma, en efecto, parte singular y característica de todas las costumbres de los indígenas del Nuevo-Mundo. En ellos están ejemplificados, por signos bien conocidos á los iniciados, ó de otro modo, por acciones ge-

---

(1) Hist. del Almirante, c. 61. —Pedro Mártir, déc. i, l. ix. — Charlevoix, Hist. Sto. Domingo, l. i.



roglíficas, sus fastos históricos, sus proyectadas empresas, sus cacerías, emboscadas y batallas, pareciéndose bajo algunos aspectos á la danza Pírrica de los antiguos. Hablando de la prevalencia de estos bailes entre los indios de Hayti, dice Pedro Mártir, *que los ejecutaban al son de ciertos metros y romances que descendian de generacion en generacion, y en que se recitaban las proezas de sus antepasados. Estas rimas ó romances*, añade, *se llaman areytos; y como nuestros músicos estan acostumbrados á cantar al harpa y al laud, ellos del mismo modo cantan sus cantares y danzan á la música de ellos, tocando panderos hechos de conchas de peces. A estos panderos les llaman* maguey. *Tienen tambien canciones y romances amorosos, y otros de luto y lamentacion, y tambien para animarse en la guerra, todos cantados con mú-*

sicas propias del asunto. Para estos bailes, como ya se ha dicho, deseaban con tanto ahinco los cascabeles que se suspendian en el cuerpo, y armonizaban con las cadencias de los cantores. Este modo de bailar al compás de los romances se ha comparado á los bailes de verano de los labradores flamencos, y á los que se usan en España al son de las castañetas, y romances que se dicen moriscos, los cuales existian, empero, antes de la dominacion de los moros, entre los godos que habitaban en la península (1).

La historia primitiva de casi todas las naciones se ha conservado en las rimas y romances heróicos de bardos y trovadores; y así sucedia con los areytos de los indios. *Cuando moria un cacique,* dice Oviedo, *cantaban en lúgubres notas*

(1) Mariana, Hist. de España, l. v, c. i.

su vida y acciones, y recordaban todo el bien que habia hecho. Así formaron los romances ó areytos, que constituian su historia (1). Algunos de ellos eran de carácter sagrado, y esplicativos de sus nociones tradicionales de teología, y de las fábulas y supersticiones comprendidas en su creencia religiosa. Pero estos no se les permitian cantar á otros que á los hijos de los caciques, instruidos en el modo de hacerlo por los bucios. Se entonaban delante del pueblo en las festividades solemnes, acompañados por un tamboril de madera hueca (2).

---

(1) Oviedo, Crónica de las Ind., l. v, c. 3.

(2) Fr. Roman, Hist. del Almirante, c. 61. —Pedro Mártir, déc. i, l. ix. —Herrera, Hist. Ind., déc. i, l. iii, c. 4. —Oviedo, l. 5, c. i.

Estas son algunas de las particularidades características de aquel pueblo sencillo, esterminado de la faz de la tierra antes que se creyese que merecian sus costumbres y creencia investigacion ni exámen. La obra presente no tiene por objeto entrar en circunstanciadas relaciones de los paises y gentes descubiertas por Colon, sino en cuanto estas puedan ser útiles á la ilustracion de su historia; quizá las precedentes se han estendido mas de lo necesario, pero servirán siempre para dar interés y claridad á las transacciones posteriores de la isla.

Muchos de los espresados pormenores los observaron, como ya se ha dicho, el Almirante y sus oficiales en la escursion que hicieron á las montañas, y durante su residencia en la llanura. Los naturales les parecian una raza singularmente perezosa, impróvida, é indiferente á los

mas de los objetos del humano trabajo y codicia. Les incomodaba toda labor, y apenas se tomaban la molestia de cultivar la yuca, el maiz y la patata, artículos principales de su subsistencia. Pero abundaban sus aguas en peces; cogian fácilmente la útia, el guanaco y varias aves; y tenian perpétuo banquete en los frutos que espontáneamente les daban sus arboledas. Aunque el aire era á veces frio en las montañas, antes querian sufrirlo que tejer ropas del algodon que abundaba en las florestas. Así pasaban su existencia en inactiva vaciedad, sentados á la sombra de los árboles, ó divirtiéndose en varios juegos y danzas.

En efecto, estaban destituidos de los poderosos motivos que conducen al trabajo, pues carecian de las mas de las necesidades que fuerzan á los hombres en la vida civilizada, ó en menos templados climas, á una fatiga incesante.

No tenian crudo invierno contra que proveerse, especialmente en los valles y llanuras, donde, segun Pedro Mártir, *la isla gozaba perpétua primavera, y continuo verano y cosechas. Los árboles conservaban todo el año sus hojas, y los prados sus verdes yerbas. No hay allí provincia ni region*, añade, *que no sea notable por la magestad de sus montañas, por lo fructífero de sus valles, lo agradable de sus colinas, y lo delicioso de sus llanuras, con abundancia de hermosos rios que las atraviesan. No se han hallado en ella animales dañinos, ni cuadrúpedos carnívoros, ni leones, ni osos, ni fieros tigres, ni astutas zorras, ni lobos devoradores, sino todo venturoso y afortunado* (1).

---

(1) P. Mártir, déc. 3, l. ix. Traduc. inglesa de R. Eden, Londres 1555.

A las suaves regiones de la Vega traian las sucesivas estaciones cada una su fruto; y mientras se recogian los maduros, otros que se iban ya sazonando por las ramas, y los botones y flores de que se hallaban estas cubiertas, prometian y aseguraban la futura abundancia. ¿Qué necesidad tenian, pues, de almacenar y proveer ansiosamente para lo venidero hombres que vivian en cosecha perpétua? ¿Qué necesidad de hilar y urdir penosamente en los telares, cuando reinaba todo el año una temperatura clemente, y ni la naturaleza, ni las costumbres les prescribian la obligacion de vestirse?

La hospitalidad característica de gentes que gozan tan sencilla y fácil existencia, la esperimentaron Colon y sus compañeros mientras estuvieron en la Vega. A dondé quiera que iban, hallaban escenas de no interrumpida festivi-

dad y regocijo. Se apresuraban de todas partes los indios á recibirlos con ofrendas, poniendo los tesoros de sus arboledas, de sus montañas y corrientes á los pies de aquellos hombres que creian aun bajados de los cielos para traer la felicidad á su isla.

Habiendo cumplido el objeto de su residencia en la Vega, se despidió Colon al cabo de algunos dias de sus benévolos habitantes, y continuó la marcha para el puerto, volviendo con su reducido ejército por las elevadas y breñosas gargantas del paso de los Hidalgos. Al acompañarle la imaginacion por aquella riscosa altura, desde donde la vez primera se apareció la Vega á los ojos de los europeos, no puede menos de dirigir una mirada de lastimosa admiracion á tan bellas regiones. El sueño dulcísimo de la libertad natural, de la contenta ignorancia, de la ociosidad vaga y

agradable, aun no se habia interrumpido; pero estaba ya pronunciado el fatal *fiat:* los blancos habian penetrado en sus tierras; la avaricia, la ambicion, el orgullo, los cuidados consumidores, el trabajo sórdido, iban á seguirlos de cerca, y el indolente paraiso del indio á desaparecer para siempre.

CAPITULO XI.

LLEGADA DE COLON Á ISABELA. — ENFERMEDADES EN LA COLONIA.

[1494.]

El 29 de marzo llegó Colon á Isabela, altamente satisfecho de su espedicion al interior de la isla. La apariencia de todos los objetos vecinos al puerto aumentó sus esperanzas de prosperidad futura. Las semillas de varios frutos ha-

bian ya producido plantas; la caña dulce prosperaba maravillosamente; una viña indiana, cultivada á la europea, habia dado racimos de mediano gusto; y los vástagos de las viñas españolas empezaban á formar los suyos. El 30 de marzo le trajo á Colon un labrador espigas de trigo sembrado al fin de enero. Las hortalizas pequeñas llegaban á sazon en diez y seis dias; y los frutos mayores, tales como calabazas, pepinos y melones, podian servirse á la mesa un mes despues de haber puesto en la tierra sus semillas. El suelo, humedecido por arroyos, rios y frecuentes lluvias, y estimulado por un sol ardiente, poseia aquellos principios prolíficos que sorprenden con la prontitud y prodigalidad de su vegetacion, á los estrangeros acostumbrados á vivir en climas menos vigorosos.

Apenas habia vuelto el Almirante á

Isabela, cuando llegó un mensagero de Pedro Margarite, gobernador del fuerte de Santo Tomas, dándole parte de que los indios de las cercanías habian manifestado sentimientos hostiles, abandonando sus lugares, y evitando todo trato con los blancos; y que Caonabo juntaba secretamente sus guerreros, y hacia preparativos para atacar la fortaleza. El hecho era, que no bien hubo partido el Almirante, cuando los españoles, ya sin el freno de su presencia, se entregaron, como era de temer, á sus pasiones, y exasperaron á los indios, quitándoles el oro que traian, é injuriándolos con respecto á sus mugeres. Caonabo habia tambien visto con impaciencia aquellos intrusos aborrecidos plantar sus estandartes en el corazon de las montañas que él mandaba, y sabia que nada le quedaba que esperar de ellos mas que venganza.

Mas no causaron grande inquietud en el ánimo de Colon aquellas nuevas. Por lo que habia esperimentado del carácter indio, tenia en poquísimo su hostilidad. Eran débiles, temerosos de los blancos, y sobre todo miraban con terror y espanto los caballos, imaginándolos fieras obedientes á los españoles, pero prontas á devorar á sus enemigos. Se contentó pues con enviar á Margarite un refuerzo de veinte soldados, algunas provisiones, y treinta hombres mas que abriesen un camino entre el puerto y la fortaleza.

Lo que sí daba á Colon verdadera y profunda inquietud, eran las enfermedades, el descontento y el abatimiento que se aumentaban en la colonia. Los mismos principios de calor y humedad que fecundizaban los campos, eran fatales á las gentes. Las exhalaciones de las estancadas lagunas y vastas flores-

tas circunvecinas, y la accion de un sol abrasador en aquel suelo vaporoso, produjeron fiebres intermitentes, y otras enfermedades muy peligrosas para las constituciones europeas en los incultos paises de los trópicos. Muchos españoles sufrian los tormentos de una enfermedad hasta entonces desconocida, azote de su licencioso comercio con las hembras indias. Asi, los mas de los colonos, ó estaban del todo enfermos, ó reducidos á mucha debilidad. Pronto se concluyeron las medicinas, y hacian grandísima falta, no solo estas, sino la cuidadosa asistencia, quizá mas importante para el enfermo que los mismos medicamentos. Los que estaban buenos, ó se ocupaban en las labores públicas, ó en suplir sus propias necesidades; teniendo que ejecutar cada uno el trabajo menial que necesitaba hasta para el guiso de sus provisiones. Las obras públicas desma-

yaban mucho en consecuencia, y era imposible cultivar la tierra lo bastante para que produjese frutos. Empezaban tambien á faltar provisiones, por haberse echado á perder muchas á bordo, y corrompídose otras en tierra con la humedad y el calor. Parecia imposible habituar á los colonos á los alimentos indios, y en sus enfermedades requerian aquellos á que estaban acostumbrados. Para impedir una hambre absoluta, fue necesario poner la gente á corta racion, hasta de las dañadas y malsanas provisiones restantes. Esta medida causó ruidosas murmuraciones, en que tomaron activa parte algunas de las principales personas, que debian haber defendido las providencias de Colon: entre estas se contaba el padre Boil, fraile tan turbulento como astuto. Se habia irritado, dicen, por la rígida imparcialidad de Colon, que no hizo en sus ór-

denes distinciones de rangos ni personas, y puso al padre y su familia á media racion como el resto de la comunidad.

En medio del general descontento comenzó á escasear el pan. La harina se habia acabado, y no se podia moler el trigo mas que por el tedioso é insuficiente medio de los molinos de mano. Era, pues, necesaria la inmediata ereccion de un molino, y se requerian ademas otras obras igualmente importantes para el pro comunal. Muchos de los trabajadores estaban malos; algunos aparentaban mayor enfermedad de la que sufrian; pues repugnaba generalmente todo trabajo que no daba inmediata riqueza. En esta emergencia quiso valerse Colon de todas las personas robustas; y como los caballeros y hombres de suposicion consumian los comestibles al par de la gente ordinaria, se les llamó á que contribuyesen al trabajo comun.

Se consideró esta medida como una degradacion cruel por muchos hidalgos jóvenes de ilustre sangre y altivo espíritu, y rehusaron someterse á ella. Pero era Colon estricto observador de la disciplina, y sintió la importancia de hacer respetar su autoridad. Asi se valió de medios compulsivos, obligándolos á la obediencia. Esta fue otra causa de la arraigada y duradera hostilidad que muchos formaron contra él. Escitó su conducta la indignacion de los principales personages de la colonia, y le atrajo el resentimiento de muchas familias distinguidas de España. Se decia de él que era un estrangero arrogante, levantado del polvo de la tierra, enorgullecido con la adquisicion repentina del poder, solo atento á proporcionarse caudales y grandeza, pronto á hollar la dignidad de la caballería española, y á insultar así el honor de la nacion.

Pudo haber sido Colon demasiado estricto y severo en sus regulaciones. Hay casos en que hasta la justicia llega á ser opresiva, y en que se ha de templar con la indulgencia el rigor de las circunstancias. El mero trabajo de un hombre ordinario le consideraba el gentilhombre como degradante y humillador. Los mas de aquellos jóvenes no habian ido á buscar riquezas á las Indias, sino que inspirados por visiones románticas esperaban sin duda distinguirse en proezas heróicas y aventuras caballerosas, y continuar la carrera de las armas, comenzada con tanto esplendor en los campos granadinos. Otros se habian educado en suave y opulenta comodidad, en el seno de las mas distinguidas familias, y eran poco á propósito para los rudos peligros del mar, las fatigas de tierra, y la penuria, esposicion y privaciones consiguientes á una colonia acabada de

formar en el desierto. Cuando caian malos, pronto se hacia su enfermedad incurable. La tristeza y el abatimiento aumentaban los desôrdenes físicos. Padecian la irritacion del herido orgullo, y la mórbida melancolía de las engañadas esperanzas; estaban sus lechos destituidos de la ternura, cuidados y atenciones que los hubieran rodeado en España; y se hundian desesperados en la huesa, maldiciendo el dia en que abandonaron su patria.

El venerable Las-Casas, y Herrera despues de él, recuerdan con mucha solemnidad una creencia popular generalizada en la isla al tiempo de su residencia en ella, y relativa á la prematura muerte de aquellos caballeros.

En los años posteriores, cuando la sede de la colonia tuvo que mudarse de Isabela, por lo mal sano de su situacion, no tardó en arruinarse la ciudad,

y quedar del todo abandonada. En el discurso de los tiempos se convirtió, como otros lugares desiertos y ruinosos, en objeto de superstición y terror para el populacho, y no habia quien se atreviese á llegar á sus puertas. Los que pasaban por cerca de ellas, ó andaban á caza de cerdos silvestres, muy abundantes en los alrededores, afirmaban que de noche y de dia resonaban tristísimas voces dentro de las murallas. Los labradores no osaban, en consecuencia, cultivar los campos adyacentes. Decia la historia recibida, añade Las-Casas, que dos españoles atravesaban por acaso un dia los derruidos edificios de la ciudad; al entrar por una de sus solitarias calles, vieron dos líneas de hombres que mostraban por su porte magestuoso ser hidalgos, de sangre noble, y caballeros de la corte. Estaban ricamente vestidos á la española antigua, con estoques á la

cintura, y sombreros anchos de camino, como se usaban en aquel tiempo. Los dos españoles estraviados se admiraron de ver tantas personas de aquella apariencia y rango, desconocidas en la isla, y viviendo en aquel desolado sitio. Saludaron, pues, respetuosamente á los hidalgos, y les preguntaron cuándo y de dónde habian venido. Los caballeros conservaron un ominoso silencio, pero cortesmente volvieron el saludo, quitándose los sombreros, y pegadas á ellos tambien las cabezas, de modo que quedaron los cuerpos decapitados. Inmediatamente despues se desvanecieron todos. Tan grande fue la sorpresa y horror de los dos espectadores, que estuvieron para perecer de asombro, y no pudieron recobrarse en muchos dias (1).

(1) Las-Casas, Hist. Ind., l. i, c. 92. MS. — Herrera, Hist. Ind., déc. i, l. ii, c. 12.

La precedente leyenda es notable ilustracion del carácter supersticioso de aquel siglo, y especialmente del de los hombres que acompañaban á Colon. Tambien prueba la impresion profunda y tenebrosa que causó en el ánimo de la gente comun la muerte de aquellos caballeros, la cual ayudó mucho á aumentar la impopularidad del Almirante; pues se dijo tan gratuita como falsamente, que él los habia seducido y arrancado de sus casas con engañosas promesas, sacrificándolos inhumanamente á sus intereses particulares.

CAPITULO XII.

DISTRIBUCION DE LAS FUERZAS ESPAÑOLAS EN EL INTERIOR. — PREPARATIVOS PARA UN VIAJE Á CUBA.

[1494.]

El descontento general y cada vez mayor de la poblacion de Isabela, y el rápido consumo de las cortas provisiones que quedaban, eran motivos de la mayor inquietud para Colon. Deseaba hacer otro viaje de descubrimientos; pero le era imposible verificarlo antes de asegurar la tranquilidad de la isla. Determinó por lo tanto enviar al interior toda la gente que pudiese sacar de Isabela, con órden de visitar los territorios de los diferentes caciques, y de esplorar la isla. Esto los animaria, acostumbrándo-

los tambien al clima y alimentos de los naturales; y presentando tal fuerza en la isla, que ni Caonabo, ni ningun otro cacique osara en adelante continuar las maquinaciones hostiles que podian haber comenzado. Con arreglo á este plan, todas las personas saludables, no del todo necesarias para cuidar de la ciudad ó de los enfermos, tomaron las armas, reuniendo un ejército de doscientos cincuenta ballesteros, ciento y diez arcabuces, diez y seis caballos y veinte oficiales. Se dió el mando general de las fuerzas á Pedro Margarite, en quien Colon tenia grande confianza, por ser caballero noble y del órden de Santiago. Alonso de Ojeda debia conducir la hueste á la fortaleza de Santo Tomas, donde sucederia en el mando á Margarite, y este con el cuerpo de ejército recorreria en un paseo militar la provincia de Cibao y el resto de la isla.

Colon escribió una séria y larga carta de instrucciones á Margarite, por las que debia gobernarse en un servicio que tanta circunspeccion demandaba. Le previno sobre todo que observase la mas imparcial justicia y discrecion respecto á los indios, defendiéndolos de todo insulto é injuria, y tratándolos de modo que asegurase su amistad y su confianza. Al mismo tiempo debian los indios respetar la propiedad de los blancos, castigándose con severidad el robo. Las provisiones que se necesitasen para la subsistencia del ejército, debian comprarse equitativamente por personas destinadas al efecto por el Almirante; haciéndose las compras en presencia del agente del contador. Si los indios rehusaban vender provisiones, debia Margarite obligarlos á ello, obrando empero con la suavidad posible, y mitigando el vigor de la fuerza con bondad y caricias.

No se permitiria tráfico alguno entre los indios y los individuos particulares, siendo esto desagradable á los soberanos é injurioso al servicio; y habia siempre de tenerse presente, cuánto mas deseosos estaban sus Magestades de la conversion de los indios, que de las riquezas que se podian sacar de su comercio.

Debia mantenerse una estricta disciplina en el ejército, y castigar severamente todo desórden, no permitiendo que sola ni en pequeñas partidas se separase persona alguna del resto del ejército, esponiéndose á que las apartasen de él los indios; pues aunque se habia observado que eran aquellas gentes pusilánimes, nadie es mas inclinado á la crueldad y á la perfidia que los cobardes, que rara vez perdonan la vida de un enemigo que tienen en su poder (1).

(1) Carta de Colon, Navarrete, Colecc. t. ii, doc. núm. 71.

Estas juiciosas instrucciones, que observadas hubieran conservado un amistoso trato con los naturales, merecen particular noticia, porque Margarite las desobedeció todas, atrayendo asi disturbios á la colonia, reprobacion á su patria; destruccion sobre los indios, y no merecida censura para Colon.

Ademas de las anteriores órdenes habia otras disponiendo el modo de prender y asegurar las personas de Caonabo y sus hermanos. El carácter marcial de aquel caudillo, su artificiosa policía, estensivo poder y hostilidad implacable, le hacian peligroso enemigo. Las medidas propuestas no eran las mas abiertas ni caballerosas, pero Colon se creia justificado en oponer estratagema á estratagema con antagonista tan sutil y sangriento.

El 9 de abril salió Alonso de Ojeda de Isabela, á la cabeza de cerca de cua-

trocientos hombres. Al llegar al rio del Oro, en la Vega Real, supo que tres españoles que venian del fuerte, habian sido robados de sus efectos por cinco indios, que les dió un cacique de las inmediaciones, para que los ayudasen á vadear el rio; y que el cacique, lejos de castigar á los ladrones, los habia protegido, y participado del botin. Ojeda era vivo é impetuoso soldado, cuyas ideas de legislacion se limitaban á la de especie militar. Habiéndose apoderado de uno de los ladrones, mandó que por sumaria jústicia le cortasen las orejas acto contínuo en la plaza pública del lugar: aseguró despues al cacique, á su sobrino y su hijo, y los mandó cargados de cadenas al Almirante. Esto hecho, continuó su camino hácia la fortaleza.

Entretanto llegaron los prisioneros á Isabela en profundo abatimiento. Los acompañaba un cacique de los alrededo-

res, que, confiado en los méritos de varios actos de bondad manifestada á los españoles, venia á pedir por sus paisanos. Fue su intercesion en vano. Colon sentia cuán importante era aterrar á los indios con respecto á la propiedad de los blancos. Mandó en consecuencia que se llevasen los prisioneros á la plaza pública, con las manos atadas á la espalda, que proclamase el pregonero su crímen y castigo, y se les cortase la cabeza. Ni era esta pena desproporcionada á las ideas indias de justicia, pues se supone que tenian en tal aborrecimiento el latrocinio, que aunque en lo demas no eran sangrientas sus leyes, empalaban al que le cometia (1). No es probable, empero, que Colon quisiese llevar á cabo la sentencia. En el lugar de la ejecucion las plegarias y lágrimas del

(1) Oviedo, Hist. Ind., l. v, c. 3.

amistoso cacique se redoblaron, saliendo él responsable de que no se repetiria la ofensa. El Almirante hizo al fin mérito de ceder á su súplica, y mandó soltar los prisioneros. A este mismo instante llegó un ginete de la fortaleza, que al pasar por el pueblo del cacique cautivo, habia encontrado cinco españoles en poder de los indios. La vista del caballo puso la multitud en fuga, aunque constaba de mas de cuatrocientos hombres. El caballero persiguió á los fugitivos, hiriendo á muchos con la lanza, y trayendo en triunfo á sus cinco compatriotas.

Convencido por esta circunstancia, de que nada habia que temer de la hostilidad de aquellas gentes pusilánimes, en tanto que se obedecieran sus órdenes, y confiando en la distribucion que habia hecho de sus fuerzas, tanto para la tranquilidad de la colonia, como para

la de la isla, se preparó Colon á continuar sus descubrimientos. Para dirigir en su ausencia los negocios públicos formó una junta, de que era presidente su hermano don Diego, y vocales el padre Boil, Pedro Fernandez Coronel, Alonso Sanchez Carvajal, y Juan de Lujan. Dejó en el puerto los dos buques mayores, por ser demasiado grandes para esplorar costas y rios, y llevó consigo tres carabelas, la Niña ó Santa Clara, San Juan, y la Cordera.

LIBRO VII.

CAPITULO I.

VIAJE AL ESTREMO ORIENTAL DE CUBA.

[1494.]

Colon se dió á la vela con su pequeña escuadra en 24 de abril, y tomó el rumbo del occidente. El plan de su espedicion era visitar de nuevo la costa de Cuba en el punto donde la habia dejado en el primer viaje, y esplorar luego el lado del sur. Como ya se ha dicho, suponia Colon que fuese aquel un continente y estremo oriental del Asia; en cuyo caso, siguiendo sus costas en la direccion propuesta, debia arribar á Cathay y á los demas ricos y comerciales aunque semibárbaros paises, des-

critos por Mandeville y Marco Polo (1).

Despues de tocar á Monte-Christi, ancló el mismo dia en el desastroso puerto de la Navidad. Su objeto, al visitar aquellos melancólicos lugares, era obtener una entrevista con Guacanagarí, que sabia haber vuelto á su primera residencia. No podia persuadirse de la perfidia de aquel cacique; tan profunda impresion habian causado en su pecho las pasadas bondades: asi confiaba en que una franca esplicacion borraria toda penosa duda restableciendo aquel benévolo comercio, que tan útil podria ser á los españoles en el estado de padecimiento y escasez en que se hallaban. Guacanagarí, empero, mantuvo su conducta equívoca, ocultándose á vista de los buques; y aunque muchos de sus súdditos aseguraron á Colon que pronto le ha-

(1) Cura de los Palacios, c. 123. MS.



ria una visita, no creyó este deber detener su viaje por tan incierta promesa.

Siguiendo su curso, interrumpido á veces por vientos contrarios, llegó el 29 al puerto de San Nicolás, desde donde vió el estremo de Cuba, á que habia dado en el precedente viaje el nombre de Alfa y Omega; pero al que llamaban los naturales Bayatiquiri, y se conoce hoy con el nombre de punta Maysi. Habiendo atravesado el canal que tiene unas diez y ocho leguas de latitud, navegó Colon por la costa del sur de Cuba como veinte leguas, y ancló en un puerto, al que por su tamaño le puso Puerto-Grande, en el dia Guantanamo. La entrada era estrecha, curvilínea y profunda; y el puerto se dilataba dentro como un hermoso lago, en el seno de un pais salvaje y montañoso, cubierto de árboles, algunos en fruto y otros en flor. No lejos de la costa habia dos

chozas de caña; y varias hogueras que resplandecian en diversos puntos, daban señales de habitacion. Desembarcó, pues, el Almirante con algunos hombres armados, y el intérprete indio Diego Colon, natural de la isla de Guanahaní, y bautizado en España. Al llegar á las chozas las encontró desiertas, los fuegos abandonados; no se veia un ente humano. Los indios habian todos huido á los bosques y montañas. La repentina llegada de los buques causó un terror pánico en todos los alrededores, é interrumpió los preparativos que se estaban haciendo para un rústico pero abundante banquete. Habia muchos peces utias y guanacos, unos colgados por los árboles, y otros asándose al fuego.

Los españoles, que hacia mucho estaban á corta racion, se aprovecharon sin ceremonia de aquella epípara mesa, aparecida en el desierto. Se abstuviéron,

para que no se desmejorase en el viáje. Parecian dél mismo natural suave y pacífico que los naturales de Haiti. La devastacion que los hambrientos europeos habian causado en sus provisiones, no pareció apesadumbrarlos; porque decian, que una noche de pesca compensaria toda la pérdida. Pero Colon, con su acostumbrado espíritu de justicia, mandó que se les retribuyese ampliamente, y dándose las manos se separaron ambas partes, mútuamente satisfechas (1).

Dejó el Almirante este puerto el primero de Mayo, y tomó el rumbo del occidente costeando un pais montañoso, adornado de hermosos rios y lleno de cómodos puertos. Los naturales, hombres, mugeres y niños, contemplaban con admiracion los buques, que no lejos iban cortando las ondas. Levantaban

(1) Pedro Mártir, ubi sup.

por el aire frutas y provisiones, convidando á desembarcar á los españoles; otros venian á ellos en canoas, trayendo pan de casava, pescado y calabazas de agua, no para venderlas, sino por via de ofrendas hechas á los estrangeros, á quienés, como de ordinario, creian bajados de los cielos. Colon distribuyó entre ellos algunos regalos, que fueron recibidos con transportes de gratitud y gozo. Despues de costear por algun tiempo, llegó á otro golfo, ó profunda bahía, estrecha á la entrada, dilatada por dentro y circuida de un rico y agradable paisage. Se levantaban desde las mismas aguas altísimas montañas por un lado, y muchas poblaciones indias alegraban la costa por el otro, teniendo las orillas del mar tan bien cultivadas que parecian huertas y jardines. En este puerto, probablemente el mismo que hoy se llama Santiago de Cuba, ancló Colon y pasó una noche

agobiado, como solia, con la sencilla hospitalidad de los indios (1).

Al preguntar por oro á las gentes de esta costa, señalaban uniformemente al sur, intimando que habia en aquella direccion una grande isla adonde era muy abundante. Colon habia recibido en el primer viaje noticia de la misma isla, que algunas de sus gentes pensaban fuese Babeque, objeto de tan ansiosa busca y quimérica esperanza. Habia sentido grande deseo de separarse de su rumbo para ir á buscarla, y este deseo crecia con cada nuevo informe. Al dia siguiente (el 3 de mayo), despues de tomar el rumbo de occidente hasta un alto promontorio, viró al sur, y abandonando la costa de Cuba, entró mar adentro en busca de la anunciada isla.

---

(1) Cura de los Palacios, c. 124, MS.

CAPITULO II.

DESCUBRIMIENTO DE JAMÁICA.

[1494.]

No habia Colon navegado muchas leguas antes de que empezasen á descubrirse en el horizonte las cimas azules de las montañas de Jamáica. Tardó, sin embargo, dos dias y dos noches en llegar á la isla, admirando al acercarse su vasta estension, la belleza de sus montañas, la magestad de sus florestas, la fertilidad de sus valles, y el gran número de poblaciones que animaban todo el pais.

Al aproximarse mas á tierra, salieron á recibirle por lo menos setenta canoas llenas de salvajes pintados y adornados con plumas. Se adelantaron en for-

macion guerrera, con grandes alaridos, y blandiendo lanzas de aguzada madera. La mediacion del intérprete, y varios regalos hechos á la tripulacion de una canoa, que se acercó á los bajeles mas que las otras, apaciguaron aquella iracunda escuadra, y la de Colon siguió pacíficamente su rumbo. Ancló en un puerto casi al centro de la isla, al que, por la belleza de la campiña que le rodeaba, dió el nombre de Santa Gloria: hoy se llama bahía de Santa Ana.

Al amanecer del otro dia levó anclas, y costeó occidentalmente en busca de algun puerto abrigado, en que carenar y calafatear su buque que hacia mucha agua. Despues de algunas leguas de navegacion, encontró uno aparente para su objeto. Envió botes á sondear la entrada; pero fueron acometidos por dos grandes canoas llenas de indios, que salieron á impedir el desembarco, arro-

jándoles lanzas, aunque desde tan lejos, que no alcanzaban á los españoles. No queriendo proceder á ningun acto de hostilidad que pudiese impedir en lo futuro un comercio amistoso, mandó Colon que volviesen los botes á bordo; y viendo que habia profundidad bastante para su buque, entró y ancló en el puerto. Inmediatamente se vió toda la costa cubierta de indios, pintados de varios colores, pero los mas de negro, vestidos en parte de hojas de palma, y con topes y coronas de plumas. Diferentes de los hospitalarios isleños de Cuba y Hayti, participaban estos del carácter marcial de los caribes, como lo manifestaron lanzando con fiera hostilidad misiles á los buques, y haciendo resonar las playas con sus alaridos y gritos de guerra.

Creyó el Almirante que podrian equivocar su miramiento por cobardía. Le era forzoso carenar el buque y en-

viar la gente á tierra por agua; pero antes era preciso aterrar á los salvajes, para impedir toda molestia sucesiva. Como las carabelas no podian acercarse lo bastante á donde los indios estaban, despachó los botes llenos de gente bien armada. Estos, remando junto á la orilla, hicieron una descarga de flechas con que hirieron á muchos indios, llenándolos de confusion á todos. Los españoles se lanzaron entonces á tierra, poniendo en fuga aquella multitud con otro disparo de flechas, y soltándoles un perro que los persiguió con sanguinaria furia (1). Este es el primer ejemplo del uso de los perros contra los naturales, imitado despues con cruel efecto por los españoles en las guerras indias. Colon desembarcó despues, tomó formal posesion de la isla,

(1) Cura de los Palacios, c. 125.

y le dió el nombre de Santiago. Al puerto, por su comodidad, llamó Puerto-Bueno; era de forma de herradura, y corria por cerca de él un rio.

Todo aquel dia se mantuvieron los alrededores silenciosos y desiertos. Al siguiente, muy de mañana, se vieron seis indios en la costa, haciendo señales de amistad. Eran enviados de los caciques, y venían á proponer paz. Los recibió con mucha cordialidad el Almirante, regalándoles juguetes para los caudillos; y algunos momentos despues ya estaba de nuevo la orilla cubierta de la desnuda y pintada multitud, trayendo abundantes provisiones de la misma especie, pero de mejor calidad que las de las otras islas.

En los tres dias que permanecieron los buques en el puerto, se conservó siempre el mas amistoso trato con los naturales. Parecian estos mas ingeniosos

y mas osados que sus vecinos de Cuba y de Hayti. Las canoas tenian mejor construccion, y adornos entallados en las popas y en las proas. Muchas eran de grande tamaño, aunque cada una formada del tronco de un solo árbol, en general de la especie de la caoba. Colon midió una de noventa y seis pies de longitud y ocho de ancho, ahuecada de uno de aquellos magníficos árboles que se levantan como verdes torres, en medio de las ricas florestas de los trópicos. Cada cacique se picaba de poseer una grande canoa de esta especie, que miraba como su bajel de estado. Es de notar la innata diferencia que parecia existir entre aquellas tribus insulares. Las de Puerto-Rico, aunque rodeadas de las islas y sujetas á las frecuentes invasiones de los caribes, eran de carácter pacífico, y apenas tenian canoas; mientras Jamáica, separada por la dis-

tancia del trato de las otras islas, libre, por la misma razon, de invasiones, y esmaltada, por decirlo así, en medio de un apacible mediterráneo, sobrepujaba todas las otras islas en sus armadas. Habiendo hecho provision de agua, y reparado el buque, se dió Colon á la vela, y siguió costeando hácia el occidente, tan cerca de tierra, que iba la pequeña escuadra siempre rodeada de canoas, no hostiles, sino deseosas de cambiar cualquiera de las cosas que poseian por dijes europeos. Habiendo navegado veinte y cuatro leguas, llegaron al estremo occidental de la isla, á donde, doblándose hácia el sur la costa, empezó el viento á ser contrario para navegar cerca de tierra. Como no habia hallado oro en Jamáica, y la brisa fuese favorable para volver á Cuba, determinó Colon hacerlo así, y no abandonar la esploracion de sus costas, hasta averiguar si era isla ó tier-

ra firme. Al último punto á que tocó en Jamáica le dió el nombre de golfo del Buen-Tiempo, por el próspero viento que le llevaba á Cuba. Al irse á dar á la vela se presentó un jóven indio en los buques, pidiendo le llevasen los españoles consigo á su tierra. Le seguian sus parientes y amigos, pidiéndole encarecida y afectuosamente desistiése de su propósito. Vaciló por algun tiempo entre el dolor que le causaba la angustia de su familia, y el ardiente deseo que le aguijaba de ver las mansiones natales de aquellos estrangeros que le pintaba su imaginacion como morada de celestiales delicias. La curiosidad y propensiones juveniles vencieron; se arrancó de los brazos de sus amigos, y para no ver llorar á sus hermanas, se escondió en un sitio oculto del barco. Conmovido por aquella escena de afectos naturales, é interesado por el espíritu franco y em-

prendedor del jóven, mandó Colon que se le tratase con distincion particular.

Hubiera sido interesante saber algo mas de la vida de aquel jóven isleño, y de la impresion que en ánimo tan vivo debieron causar á primera vista las maravillas de la civilizacion: si igualaba el pais de los blancos á sus esperanzas, ó si, como sucede generalmente á los salvajes, lamentaba enmedio del esplendor de las ciudades la pérdida de sus florestas, ó si volvió al fin á los brazos de su familia. Los historiadores primitivos de América se han interesado muy poco en averiguar la suerte de los que primero vinieron del Nuevo-Mundo á visitar el Antiguo. No hay mas particularidades de este jóven aventurero.

CAPITULO III.

VUELTA Á CUBA. — NAVEGACION POR ENTRE LAS ISLAS LLAMADAS LOS JARDINES DE LA REINA.

[1494.]

Dándose á la vela desde el golfo del Buen-Tiempo, llegó la escuadra otra vez á la isla de Cuba, y el 18 de mayo á un grande promontorio, á que puso Colon Cabo de la Cruz, como se llama todavía. Habiendo desembarcado cerca de una poblacion grande, fue bien recibido por el cacique y sus súbditos, que hacia mucho tenian noticia de él y de los buques. En efecto, supo Colon por la relacion de este caudillo, que los indios que habian visitado sus bajeles en el crucero que en el primer viaje verificó por la costa del

norte, habian difundido la noticia de aquellos asombrosos entes bajados del cielo, llenando la isla de rumores y admiracion. Preguntó Colon á este cacique y sus gentes, si era Cuba isla ó tierra firme. Replicaron que era isla, pero de infinita estension, pues no conocian á nadie que hubiese visto su fin. Esta respuesta, al paso que manifestaba su ignorancia de la naturaleza de un continente, dejaba la cuestion en duda y oscuridad. El nombre indio de aquella provincia de Cuba era Macacar.

Continuando su rumbo occidental al otro dia, llegó Colon á donde la costa gira repentinamente al nord-este por muchas leguas, y se dobla despues de nuevo al occidente formando una inmensa bahía, ó mas bien golfo. Allí le acometió una violenta tempestad, acompañada de espantosos truenos y relámpagos, que en aquellas latitudes parece

que desgarran los cielos. Por fortuna no duró mucho la tormenta, ó su situacion hubiera sido en estremo peligrosa; pues habia numerosos cayos y bancos de arena, que hacian la navegacion dificil.

Parecian crecer estos á medida que adelantaban los buques; hasta que el marinero de vigía vió que en cuanto la vista alcanzaba estaba el mar tachonado de islas. Algunas eran bajas, desnudas y arenosas; otras cubiertas de verdura, y otras coronadas de bellas arboledas. Eran de varios tamaños, de una á cuatro leguas, y mas fértiles y lozanas miéntras mas cerca de Cuba. Viendo que crecian tanto en número, que era imposible dar un nombre á cada una, llamó el Almirante á aquellos laberintos de islas, que esmaltaban de diversos verdes el Océano, los Jardines de la Reina. Pensó al principio dejar este archipiélago á la derecha, y salir mas al

mar; pero se acordó de que Sir John Mandeville y Marco Polo habian dicho que la costa del Asia estaba guarnecida de muchos millares de islas. Creyó, pues, que se hallaba entre ellas, y resolvió no perder de vista el continente, siguiendo el cual, si verdaderamente estaba en el Asia, pronto llegaria á los dominios del gran Khan.

No tardó Colon en verse empeñado por medio de aquellas islas en la mas dificil navegacion, y espuesto á contínuos peligros y obstáculos por los bancos de arena, las contracorrientes y hundidas rocas. Tenian los buques que tantear hasta cierto punto el camino, llevando marineros en los mástiles y sin dejar de usar la sonda. A veces seguian y variaban en una hora todos los rumbos de la brújula; otras se veian encerrados en un canal estrecho donde, para no varar, tenian que ir á remol-

que, no obstante estas precauciones, tocaron en muchos bancos de arena, y costó grande dificultad salir de ellos. Las variaciones del tiempo aumentaban el embarazo de la navegacion; aunque despues de algunos dias empezó á seguir algun método en sus mismos caprichos. Por la mañana se levantaba el viento con el sol en el oriente; y siguiendo todo el dia aquel astro, se desvanecia por la noche en el occidente. Grandes y recargadas nubes se juntaban al obscurecer, despidiendo raudales de relámpagos, resonando sus distantes truenos, y amenazando furiosas tempestades; pero al salir la luna se deshacia toda aquella masa, parte en aguaceros y parte dispersa por la brisa de tierra que se levantaba entonces.

El carácter del paisage favorecia la idea de Colon, que suponia fuese el archipiélago asiático. Al resbalar los baje-

les por los suaves y cristalinos canales que separan aquellas verdes islas, la magnificencia de su vejetacion, la fragancia que sus flores y aromáticas yerbas y arbustos despedian, y el espléndido plumage escarlata de las cigüeñas y flamencos que abundaban en sus campos, con los de otras aves de los trópicos que volaban por las arboledas, se parecia á lo que se describe de los climas orientales.

Todas las islas estaban en general desiertas. Pero en una de las mayores hallaron una poblacion considerable, adonde desembarcaron el 22 de mayo. Las casas las habian abandonado sus habitantes, cuya subsistencia parecia depender principalmente del mar. Se hallaron grandes cantidades de pescado en las habitaciones; y las playas inmediatas estaban cubiertas de conchas de tortuga. Tambien habia loros domésticos, cigüeñas escarlatas, y numerosos

perros mudos, que se supo despues los engordaban como artículo de alimento. A esta isla le puso el Almirante Santa María.

En el discurso de su viaje por entre las islas vió Colon un dia muchos indios en la quieta superficie de uno de los canales, ocupados en pescar con estraordinario modo. Tenian un pececillo, cuya cabeza chata estaba armada de muchas trompas ó chupadores, con los que se pegaba tan firmemente á cualquier objeto, que antes le harian pedazos que conseguir que le abandonase. Atando una cuerda muy larga á la cola de este pez, le dejaban los indios nadar á su gusto; se mantenia generalmente cerca de la superficie del agua, hasta percibir su presa, y arrojándose rápidamente sobre ella, se pegaba con las trompas al cuello del pescado, ó á la concha inferior de la tortuga, y no la abandonaba

hasta que el pescador los sacaba á los dos fuera del agua. Así vieron coger los españoles una tortuga de inmenso tamaño; y Fernando Colon asegura que vió él mismo pescar así un tiburon en la costa de Veragua. Han corroborado este hecho varios navegantes; y se dice que el mismo modo de pescar se emplea en la costa oriental del Africa, en Mozambique y en Madagascar. Así se ve que varios pueblos salvajes, que probablemente no han tenido la menor comunicacion entre sí, se valen sin embargo de los mismos medios para imperar sobre los animales. Los pescadores vinieron á bordo de los buques de modo franco é impávido. Proveyeron de pescado á los españoles, y les hubieran dado gustosamente cuanto poseian. A las preguntas del Almirante respecto á la geografia de aquellas partes, respondieron que la mar estaba llena de islas hácia el

sur y el occidente: pero en cuanto á Cuba, continuaba estendiéndose sin límites al occidente.

Habiendo salido al fin de este archipiélago, se dirigió Colon hácia un distrito montañoso de la isla de Cuba, que distaria de allí catorce leguas, á donde desembarcó en una poblacion grande el 3 de junio. Fue recibido con aquella bondad agasajadora que distinguia á los habitantes de Cuba, los mas suaves y apacibles de todos los isleños. Hasta sus animales, dice Colon, eran mas mansos, y tambien mayores y mejores que los de las otras islas. Entre los varios comestibles que con gozosa celeridad traian los indios de los contornos para los españoles, habia palomas de estraordinario tamaño, y esquisito gusto. Percibiendo en este diferencia esencial del de las otras aves, mandó Colon que abriesen los buches de algunas que se

acababan de coger, en los que se hallaron ricas especias, indicacion favorable de las producciones del pais.

Mientras procuraban agua y provisiones los marineros, hizo Colon algunas preguntas al venerable cacique y otros ancianos del pueblo. Le dijeron que el nombre de su provincia era Ornofay; que mas allá, hácia el occidente, estaba la mar cubierta tambien de innumerables islas, y tenia poco fondo. En cuanto á Cuba nadie habia oido decir que tuviese lindes y término hácia el occidente. Cuarenta lunas no bastarian para llegar á su estremidad; en efecto, la consideraban inacabable. Dijeron, empero, que recibiria el Almirante mas amplios informes de los habitantes de Mangon, provincia adyacente occidental. La viva fantasía del Almirante observó desde luego la semejanza de aquel nombre con el de Mangui, provincia la mas rica que

tenia el gran Khan, en las márgenes del Océano. Preguntó otras particularidades acerca de las regiones de Mangon, y entendió que decian los indios, que sus habitantes tenian colas como los animales, y llevaban vestidos para ocultarlas. Se acordó entonces de que sir John Mandeville, en su descripcion de las partes mas remotas del oriente, traia una anécdota de la misma especie, corriente entre ciertas tribus desnudas del Asia, que la relataban ridiculizando los trages de sus civilizados vecinos, que solo podian creer útiles para ocultar faltas personales (1). Asi se confirmó mas que nunca en la idea de que siguiendo aquella costa hácia el occidente, llegaria á los paises ilustrados del Asia. Se lisongeaba con la esperanza de hallar en Mangon las ricas provincias de Mangui,

(1) Cura de los Palacios, c. 127.

y en sus gentes con colas y vestidos las de las ropas talares del imperio tártaro.

CAPITULO IV.

COSTEO DEL SUR DE CUBA.

[1494.]

Animado por estas agradables ilusiones de su fantasía, siguió Colon el viaje con próspera brisa por el supuesto continente del Asia. Se hallaba en aquella parte del sur de Cuba, á donde por espacio de casi treinta y cinco leguas está la navegacion desembarazada de islas y bancos. A la izquierda tenia las anchas y no terminadas mares, cuyo azul obscuro daba pruebas de grande profundidad; á la derecha se estendian las selváticas provincias de Ornofay, levantándose hasta mezclarse con las mon-

tañas del interior, y las verdes costas regadas por innumerables corrientes, y esmaltadas de lugares indios. La vista de los bajeles llenó las playas de admiracion y de alegria. Saludaron los naturales con aclamaciones el arribo de aquellos entes prodigiosos, cuya fama habia circulado mas ó menos por toda la isla, y que traian con ellos las bendiciones celestiales. Venian nadando ó en sus canoas á ofrecer los frutos y producciones de la tierra, y miraban á los blancos casi con adoracion. Despues de la lluvia vespertina, al levantarse la brisa de tierra cargada de fragancia, traia tambien á los bajeles los distantes cantares de los indios, y el son de su ruda música, mientras celebraban con himnos y bailes nacionales la llegada de los blancos. Tan deliciosos le eran aquellos sonidos y olores á Colon, dispuesto, como lo estaba entonces, á todas las in-

fluencias agradables, que dice, que se le pasó la noche como una hora.

Es imposible prescindir de los estraños contrastes que se presentan á veces al entendimiento. La costa aquí descrita tan poblada y contenta, regocijándose por la visita de los descubridores, es la que se estiende al occidente de la Trinidad por el golfo de Jagua. Todo está ahora silencioso y desierto: la civilizacion que ha cubierto algunos sitios de Cuba de brillantes ciudades, ha reducido esta á tristísima soledad. La raza toda de los indios hace ya mucho que pereció bajo el dominio de los estrangeros que tan gozosa recibió en sus playas. Tengo delante la narrativa de una noche recientemente pasada en aquella misma costa por un célebre viajero; pero ¡con cuán diversos sentimientos de los de Colon! *Pasé*, dice, *gran parte de la noche sobre cubierta. ¡Qué costas*

tan solitarias! ¡Ni una luz que anunciase la choza de un pescador! De Batabano á la Trinidad, en cincuenta leguas de distancia, no existe ni una sola poblacion. En los tiempos de Colon estaba habitada esta tierra hasta las mismas márgenes del mar. Cuando se hacen escavaciones, ó abren los torrentes la superficie de la tierra, se encuentran á menudo hachas de piedra y vasos de cobre, reliquias de los antiguos isleños (1).

Por la mayor parte de dos dias siguieron los buques aquella costa atravesando el ancho golfo de Jagua. Al fin llegaron á donde súbitamente se emblanquece la mar como la leche, enturbiándose al mismo tiempo, cual si se hubiese mezclado harina con el agua.

---

(1) Humboldt, Essai pol. sur l'île de Cuba, t. ii, p. 25.

Son causa de este fenómeno las arenas finas ó partículas calizas que levantan del fondo á ciertas distancias las ondas y las corrientes. Se alarmaron mucho los marineros, y mas aun al verse rodeados de bancos y cayos, y con poca agua. Mientras mas lejos iban, mas peligrosa se hacia su situacion. Se hallaban en un estrecho canal sin amplitud para virar ni salir de él, sin agarradero para las anclas; combatidos violentamente por los vientos, y en peligro inminente de encallar. Al fin llegaron á una pequeña isla, donde habia mediano surgidero. Alli pasaron la noche en grande angustia; muchos opinaban que se abandonase la empresa, pensando que podrian creerse afortunados, si conseguian volver al punto de donde salieron. Colon, empero, no consintió en retroceder cuando se creia en camino de hacer un brillante descubrimiento. A la mañana si-

guiente mandó á la carabela mas pequeña, que esplorase aquel nuevo laberinto de islas, penetrando hasta tierra firme en busca de agua, de que necesitaban mucho los buques. La carabela volvió con el informe de que los canales y cayos de aquel grupo eran tan numerosos é intrincados como los de los Jardines de la Reina; que la tierra firme estaba rodeada de profundas lagunas y cenagosas costas, en que crecian los árboles dentro del agua, y tan juntos, que formaban una impenetrable barrera; que por dentro parecia la tierra fértil y montañosa; y las columnas de humo que se levantaban por varias partes, daban señales de numerosa poblacion. Se aventuró Colon entonces á penetrar aquel pequeño archipiélago bajo la guia de la carabela; abriéndose camino con mucha precaucion, trabajo y peligro, entre los angostos canales que separaban las islas,

bancos y barras en que varó repetidas veces. Al fin llegó á una punta baja de Cuba, á la que llamó la punta del Serafin; dentro de la cual giraba la costa tanto al oriente, y formaba una bahía tan vasta, que no se le distinguia el fondo. Hácia el norte se veian lejanas montañas, y al sur y occidente algunas islas, estando claro y abierto todo el espacio intermedio; descripcion que parece la de la grande bahía de Batabano. Colon puso la proa hácia las montañas con buen viento y tres brazas de agua, y al otro dia ancló en la costa cerca de un bello palmar.

Salieron algunos hombres á tierra por leña y agua, y hallaron un rico manantial entre las palmas. Mientras se empleaban en cortar leña y llenar sus toneles, entró un ballestero con sus armas en la floresta en busca de caza; pero pronto volvió huyendo con terror

grandísimo, y pidiendo ayuda á sus compañeros. Les dijo que apenas se habia separado de ellos algunos pasos, cuando divisó repentinamente al traves de la abertura del bosque un hombre vestido de largas y blancas ropas talares, tan parecido á un fraile de la Merced, que á primera vista creyó que fuese el capellan del Almirante. Le seguian otros dos con túnicas blancas que les llegaban á la rodilla; y todos tres eran blancos como los europeos. Detras de estos venian hasta treinta ó mas, armados de clavas y lanzas. No manifestaron hostilidad aunque se detuvieron, y el hombre del largo vestido blanco se adelantó solo para hablarle; pero á él le espantó tanto el número de los aparecidos, que huyó cómo queda dicho. Toda la partida se apresuró á volver á los buques. Cuando oyó Colon este suceso, recibió grandísimo gozo, creyendo que serian aquellos los

vestidos habitantes de Mangon, de quien recientemente le habian hablado; y que al fin se iba ya aproximando á los confines de los paises civilizados, si acaso no estaba ya en los lindes de la rica provincia de Mangui. Al otro dia mandó una partida bien armada á tierra, para que buscase aquella gente vestida de blanco, penetrando para ello, si necesario fuese, hasta cuarenta leguas al interior, ó hasta encontrar algunos de los habitantes; porque creia que las regiones mas pobladas y cultas podrian hallarse lejos de la mar, y existir las mejores ciudades mas allá de las montañas y bosques de la costa. Penetró la partida al traves de una banda de espesas florestas que guarnecia las playas, y entró en una llanura verde, cubierta de yerba rancia, tan alta como el trigo, y sin vereda ni camino alguno. Alli se vieron tan fatigados en su marcha por las yer-

bas y otros vegetales que se la obstruian, que tuvieron que abandonar su intento antes de penetrar á una milla de distancia, volviendo á bordo cansados infructuosamente. La mañana próxima salió otra partida por camino diverso. No habian ido muy lejos, cuando descubrieron las huellas de algun grande animal con garras, que unos suponian de leon, y otros de grifo, pero que serian verosimilmente de los caimanes de que abundan aquellas cercanías. Desanimados á la vista de estas señales, se apresuraron á volver á la orilla del mar. Por el camino pasaron por una floresta llena de prados y campos en que habia grandes bandadas de cigüeñas doble mayores que las de Europa. Muchos árboles y arbustos despedian aquellos olores aromáticos que engañaban de contínuo á los europeos con la esperanza de encontrar especias orientales. Tambien ha-

bia parras que trepaban á las cimas de los árboles mas altos, ocultándolos con su follage, y enredándose de ramo en ramo con ponderosos racimos de jugosas uvas. Volvió esta partida á los buques con tan mal éxito como la otra, diciendo que era el pais salvage é impenetrable, aunque estremadamente fértil. Como prueba de su abundancia trajeron algunos racimos de uvas silvestres, que Colon remitió despues á los soberanos con muestra del agua del mar blanco por donde habia pasado.

Como jamas se descubrieron en Cuba tribus ningunas que llevasen vestidos, es probable que el cuento de los hombres blancos se originó en algun error del ballestero, que penetrado de la idea de los misteriosos habitantes de Mangon podia haberse sobresaltado en su solitario paseo por las florestas, á vista de una de las manadas de cigüeñas

que abundaban en ella. Estas aves, como los flamencos, comen juntas, con una puesta de centinela á cierta distancia. Cuando se ven por las aberturas de los bosques, formadas en línea en un prado, su altura y continente les dan á primera vista la apariencia de figuras humanas. Séase que esta fábula hubiese nacido de error ó de engaño, de todos modos hizo una profunda impresion en el ánimo de Colon, que estaba predispuesto á equivocarse, y á creer todo lo que favoreciese la idea de hallarse cerca de paises civilizados. Despues de esplorar la bahía hácia el oriente, y de cerciorarse de que no era un brazo de mar, continuó al occidente, y á las nueve leguas de navegacion llegó á una costa habitada, donde habló con muchos de los naturales. Estaban en cueros como de ordinario, lo cual él atribuyó á la casualidad de ser meros pescadores, ha-

bitantes de una costa salvage; pues presumia que las regiones civilizadas estuviesen hácia el interior. Como su intérprete lucayo no entendia el idioma, ó mas bien dialecto de aquella parte de Cuba, todos los informes que pudo obtener de los naturales, eran necesariamente erróneos, como comunicados por signos y gesticulaciones inexactas. Deslumbrado con sus hipótesis favoritas, les entendió que en las montañas que se veian lejos al occidente, habia un rey poderoso que mandaba muchas y muy pobladas provincias; que llevaba hábitos blancos tan largos que le arrastraban por el suelo; que le llamaban santo; que nunca hablaba, comunicando las órdenes por signos que obedecian implícitamente sus súbditos. En todo esto vemos la activa imaginacion del Almirante interpretando las cosas segun sus preconcebidas ideas. Las-Casas nos ase-

gura, que jamas hubo cacique alguno vestido en la isla, ni que de otro modo respondiese á esta descripcion. Quizá este rey de santo título no era mas que el reflejo de una imágen viva en el ánimo de Colon, representativa del misterioso potentado Preste Juan, largo tiempo personage de las narraciones de los viajeros orientales, ora como soberano, ora como sacerdote, y la situacion de cuyo imperio y corte era siempre objeto de dudas y contradicciones, y en los últimos tiempos de curiosa investigacion.

Las noticias derivadas de aquella gente respecto á la costa occidental, fueron del todo vagas. Decian que continuaba lo menos por veinte dias de camino, ignorando si tenia fin. Parecian poco instruidos de cuanto no estaba cerca de ellos. Tomando consigo, en calidad de guia, á un indio de este lugar, salió Colon para las distantes montañas indi-

cadas, esperando que serian los confines de tierras mas cultas. No hubo navegado mucho, cuando se vió otra vez envuelto en los ordinarios peligros de cayos, canales y bancos. Los buques removian frecuentemente la arena y cal del fondo; otras veces se veian encajonados en estrechos canales, de donde tenian que sacarlos tirando de ellos con los cabrestantes. Una vez llegaron á donde el mar estaba cubierto de tortugas; otra obscurecieron el sol inmensas bandadas de corvejones y palomas silvestres, y otro dia se llenó el aire de nubes de lucientes mariposas, que disipó luego la lluvia de la tarde.

Cuando se acercaron á las regiones montañosas, vieron que estaban rodeadas de pantanos y terrenos anegados, y amuralladas por tan espesas florestas, que era imposible penetrar al interior. Buscaron por muchos dias agua dulce,

de que necesitaban, y que descubrieron al fin en el centro de un palmar. Habia cerca de ella conchas de madreperla, de donde infirió Colon que podrian pescarse allí con abundancia. Aunque separados así de la comunicacion de las regiones interiores por las florestas y tierras ahogadas que las circuian, vieron que estaba el pais bastante poblado. Ascendian columnas de humo de varias partes, aumentándose tanto su número á medida que los buques se aproximaban, que al fin salian ya de todas las rocas y bosques altos. No podian los españoles determinar si era aquel humo de villas y ciudades, ó bien señales para alarmar á las gentes de las cercanías, como se acostumbraba hacer en las costas de Europa al descubrirse fuerzas enemigas.

Por muchos dias estuvo Colon esplorando aquella desamparada y dificil cos-

ta, cuyos intrincados canales rara vez reciben hoy otras visitas que las de la solitaria barca del contrabandista. Continuando su navegacion, vió que la costa se volvia hácia el sud-oeste, del mismo modo que describe Marco Polo las costas remotas del Asia. Entonces se persuadió del todo de que estaba en aquella parte del continente asiático, mas allá de los límites del antiguo mundo, segun le describe Ptolomeo. Pensaba que continuando su rumbo, llegaria seguramente al punto en donde acaban aquellas costas con el Aureo Quersoneso de los antiguos (1).

La ardiente fantasía de Colon iba siempre de descubierta, sugiriéndole espléndidas empresas. Combinando aquellas congeturas con la imperfecta luz de la geografia de entonces, concibió

(1) La actual península de Malaca.

volver á España triunfante por un nuevo camino. Doblando el Aureo Quersoneso, entraria en las mares que los antiguos frecuentaban, y á que servian de límites las naciones orientales. Estendiéndose á traves del golfo del Ganjes, podia pasar por Trapobana, continuar por el estrecho de Babelmandel, y llegar á las playas del mar Rojo. De allí iria por tierra á Jerusalen, se embarcaria en Jope, y atravesaria el Mediterráneo para volver á España. Ó si hiciesen las tribus salvajes demasiado peligroso el camino de Etiopia á Jerusalen, ó no quisiese desamparar sus buques, podia navegar al rededor de todo el continente africano, pasar en triunfo por junto á los portugueses, que hallaria á mitad de su lento camino por las playas de Guinea, y habiendo asi circunnavegado el globo, recoger sus audaces velas en las columnas de Hércules, *ne plus ultra* del Antiguo

Mundo. Tales eran las elevadas meditaciones de Colon, segun las recuerda uno de sus íntimos asociados (1); ni debe estrañarse su ignorancia de la real magnitud del globo. La medida mecánica de un arco nos ha hecho familiar su circunferencia; pero en su tiempo era todavia un problema para los mas profundos filósofos.

CAPITULO V.

VUELTA DE COLON POR LA COSTA DEL SUR DE CUBA.

[1494.]

La opinion de Colon de que iba costeando el continente del Asia, y acercándose á los confines de la civilizacion

(1) Cura de los Palacios, c. 123, MS.

oriental, era tambien la de todos sus compañeros de viaje, entre quienes habia muchos navegantes de habilidad y esperiencia; pero estaban estos muy lejos de participar de su entusiasmo. No esperaban derivar gloria del buen éxito de la empresa, y temblaban al contemplar sus cada vez mayores peligros y dificultades. Los buques estaban averiados por la dura navegacion que habian hecho, y tenian gastados los cables y cordaje, al paso que se disminuian los víveres, habiendo el agua del mar destruido tambien gran parte de la galleta. Las tripulaciones estaban rendidas del incesante trabajo, y desanimadas al ver que la mar que tenian delante continuaba manifestando un mero desierto de islas. Así pidieron que no se continuase el viaje. Ya habian seguido la costa lo bastante para cerciorarse de que era de un continente; y aunque no dudaban que hu-

biese regiones civilizadas por el camino que seguian, podrian acabárseles las provisiones, y perecer los bajeles antes de llegar á ellas.

Colon conoció tambien al refrescarse un poco su fantasía, lo inadecuado de sus buques para el propuesto viaje; pero creyó importante para su fama y para la popularidad de sus empresas dar pruebas satisfactorias de que era un continente la tierra que habia descubierto. Persistió, por lo tanto, cuatro dias mas en la esploracion de la costa, segun se doblaba hácia el sur-este, hasta que todos declararon que ya aquella cuestion no admitia duda, porque era imposible que tan vasta continuacion de tierra perteneciese á una mera isla. El Almirante determinó, empero, que no descansase este hecho solo en su autoridad, teniendo recientes pruebas de la tendencia que habia á contradecir sus

opiniones, y á menospreciar sus descubrimientos. Envió, pues, á Fernan Perez de Luna, escribano público, á todos los buques, acompañado de cuatro testigos, que preguntaron oficialmente á cuantas personas habia en ellos, desde los capitanes hasta los grumetes, si tenian alguna duda de que aquel pais era en efecto un continente, principio y fin de las Indias, por el cual se podia volver por tierra á España, ó llegar pronto siguiendo sus costas entre gentes civilizadas. Si sobre el particular dudaba alguno, debia espresarlo sin reparo. Habia á bordo de los buques navegantes de mucha esperiencia, y hombres muy versados en la geografia de aquellos tiempos. Examinaron los mapas y cartas, y los cálculos de los diarios del viaje, y despues de madura deliberacion declararon bajo juramento, que no les quedaba la menor duda de que aquel fuese

un continente. Fundaban su creencia en haber costeado trescientas treinta y cinco leguas (1), inaudita longitud para una isla; mientras seguia la tierra dilatándose sin fin, é inclinándose hácia el sur, segun las descripciones de las costas remotas de las Indias.

Para que por malicia ó capricho no se contradijese en adelante una opinion tan solemnemente manifestada, se proclamó por el escribano, que quien cometiese tal ofensa, si era oficial, pagaria una multa de diez mil maravedises; si grumete, ó persona de semejante rango,

(1) Este cálculo evidentemente incluye toda la navegacion de los buques por las varias sinuosidades de la isla. Colon no pudo haber cometido el error de dar estension tamaña al sur de Cuba, aun cuando hubiese incluido las inflexiones de la costa.

recibiria cien azotes, y se le cortaria la lengua. Despues se formó un espediente por el escribano, incluyendo las declaraciones y nombre de cada individuo. Este documento existe todavía (1). Se ejecutó tan singular proceso cerca de la bahía llamada por unos Filipina y por otros de Cortés. Se ha observado, que al momento mismo hubiera podido un muchacho ver desde las gábias el grupo de islas del sur, y mas allá la alta mar. Dos ó tres dias de navegacion habrian llevado á Colon al rededor de los estremos de Cuba, desvaneciendo sus ilusiones, y dando diferente giro á sus descubrimientos posteriores. Vivió, empero, y murió en la conviccion que formó entonces, creyendo hasta la última hora que Cuba era el principio y el fin del continente asiático.

(1) Navarrete, Colec. t. ii.

Asi abandonó el reconocimiento de la costa, y viró al su-este el 13 de junio, llegando poco despues á vista de una grande isla con encumbradas montañas, que se elevaban magestuosamente en medio de aquellos laberintos de bancos y cayos. Le dió el nombre de la isla Evangelista, ahora llamada la de los Pinos, y célebre por su escelente caoba.

Ancló en ella para proveerse de leña y agua. Luego viró al sur, á lo largo de las costas de la misma isla, esperando al doblar su estremo, encontrar al oriente camino abierto para Española, y meditando esplorar á la vuelta la costa del sur de Jamáica. Al comenzar su navegacion arribó á una especie de canal que se abria al su-este, entre la Evangelista y alguna isla opuesta. Pero despues de penetrar á cierta distancia, se vió encerrado en la profunda bahía ó

seno de Siguanca que penetra muy al interior de la isla.

Observando el desmayo pintado en los rostros de sú gente, rodeadas asi de tierra y casi sin provisiones, las animaba Colon con lisonjeras esperanzas, y determinó salir de aquellas confusas mares, siguiendo la misma derrota con que habia entrado en ellas. Dejó pues las aguas de Siguanca y volvió á su último surgidero; y dándose á la vela desde él, el 25 de junio, atravesó los grupos de islas entre la Evangelista y Cuba, y el trecho de mar blanca, que tanto habia acobardado á su gente. Alli sufrió una repeticion de las zozobras, peligros y trabajos que lo rodearon en su progreso anterior por las costás. Se alarmaba la tripulacion al ver los diferentes colores del agua, á veces verde, otras casi negra, y á menudo tan blanca como la leche; un momento se creian rodeados

de rocas, y al otro les parecia la mar un vasto banco de arena. El 30 de junio encalló el buque del Almirante con mucha violencia: todos los esfuerzos fueron inútiles para sacarle con anclas por la popa, y fue preciso arrastrarlo por la proa sobre la arena. Al fin se desenredaron de los racimos de isletas llamados los jardines y los jardinillos, y llegaron á la parte abierta de la isla de Cuba. Otra vez circuyeron entonces las costas de la bella y fértil provincia de Ornofay, y gozaron de nuevo la delicia de los fragantes y dulces aires de tierra. Entre aquellos melífluos olores creyó Colon sentir el del estoraque, procedente de los fuegos que ardian en la costa (1).

---

(1) Humboldt (en su Ensayo político, t. ii, p. 24) habla de la deliciosa fragancia de miel y flores que la misma costa

En ella buscó Colon un puerto conveniente para procurarse leña y agua, y permitir á las tripulaciones el reposo y la recreacion de tierra. Se hallaban muy debilitados con las fatigas y padecimientos del viaje. Casi dos meses habian estado luchando con perpétuos peligros y dificultades, y sufriendo escasez de provisiones. Por entre los desiertos cayos é inundadas playas que acababan de visitar, no habian recibido de los indios comestibles, sino precariamente y á distantes intérvalos; ni estas provisiones podian conservarse ni durar mas que un dia, á causa del calor y humedad del clima. Lo mismo era con el pescado que accidentalmente se procuraban; y asi dependian casi del todo de la racion

---

exhala, y que se disfruta desde la mar á considerable distancia.

diaria del buque, reducida á una libra de pan mohoso, y á una corta cantidad de vino. Con grande alegría anclaron pues el 7 de julio en la entrada de un rio de aquella abundante y voluptuosa region. El cacique de las cercanías, gefe de dilatados territorios, recibió al Almirante con demostraciones de mezclada alegría y reverencia, y sus súbditos vinieron con cuanto el pais daba, útias, pájaros de varias especies, pan de casava, y frutas de rico y aromático gusto.

Acostumbraba Colon erigir una cruz en cada sitio notable que visitaba, para denotar el descubrimiento del pais, y su sumision á la verdadera fe. Mandó pues que se elevase una grande cruz de madera en la orilla de este rio. Se ejecutó la órden un domingo por la mañana, con mucha ceremonia y una solemne misa. Cuando desembarcó Colon con este objeto, encontró en la playa al caci-

que, y á su principal favorito; un anciano octogenario de grave y elevado continente. Este venerable indio traia una sarta de cuentas, á que daban sus paisanos cierto valor místico, y una calabaza de delicados frutos, que presentó en señal de amistad al Almirante; despues le asió una mano, y el cacique la otra, y asi fueron á la arboleda, adonde se habia de celebrar la misa, seguidos por una multitud de indios. Mientras se consumaba el santo sacrificio en aquel sencillo templo de la naturaleza, observaban los indios con temor y reverencia las gesticulaciones y palabras del sacerdote, las velas encendidas, el humo del incienso y devocion de los españoles; coligiendo del todo, qué seria aquella sagrada y misteriosa ceremonia. Cuando se acabó el servicio, el anciano octogenario que le habia contemplado con profunda atencion, se

acercó al Almirante, y le dirigió un discurso en el estilo indio.

Lo que has estado haciendo, le dijo, *está bien, porque parece que es tu modo de dar gracias á Dios. Me han dicho que has venido últimamente á estas tierras con una poderosa fuerza, y que has subyugado muchos paises, y estendido el terror por los pueblos; pero no por eso te llenes de vanagloria. Sabe, que segun nuestra creencia, las almas de los hombres tienen dos viajes que hacer despues que se han separado de sus cuerpos. Uno á un lugar triste, sucio y tenebroso, preparado para los que han sido injustos y crueles con sus semejantes; otro á una mansion agradable y deliciosa para los que han promovido la paz sobre la tierra. Si, por lo tanto, tú eres mortal, y esperas fenecer, y crees que á cada uno se premiará segun sus obras, mira que no da-*

ñes injustamente al hombre, ni hagas mal á los que á ti no te lo han hecho (1). Esta alocucion se la esplicó al Almirante su intérprete lucayo. Y como fuese Colon varon de sincera piedad y tiernos sentimientos, se conmovió mucho al oir la simple elocuencia de aquel inculto salvaje. Le dijo en contestacion que se regocijaba de oir su doctrina respecto al estado futuro del alma, porque habia supuesto que no existiese tal creencia entre los habitantes de aquellos paises. Que su soberano le enviaba entre ellos para enseñarles la verdadera religion, para protegerlos contra todas las injurias, y especialmente para sub-

---

(1) Herrera, d. i, l. xi, c. 14. — Hist. del Almirante, c. 57.—Pedro Mártir, déc. i, l. iii. — Cura de los Palacios, c. 130.

yugar y castigar á sus enemigos y crudos perseguidores los caribes. Que por consecuencia, todos los hombres inocentes y pacíficos le miraban confiados como á seguro protector y amigo.

Recibió el anciano estas palabras con indecible alegría y no menor admiracion, al saber que el Almirante, á quien tan grande y potente consideraba, no era mas que un vasallo. Creció su maravilla cuando le habló el intérprete de las riquezas, esplendor y poder de los monarcas españoles, y de las cosas asombrosas que habia visto en su visita á Europa. Viendo que la multitud le escuchaba con incansable curiosidad, continuó pintando el intérprete los objetos que mas sorpresa le habian causado en el pais de los blancos. La magnificencia de las ciudades, la robustez y altura de las torres y templos, las tropas de caballería, los formidables y desmesurados

animales de varias especies, los pomposos festines y torneos de la corte, los resplandecientes ejércitos, y sobre todo, las corridas de toros. Los indios le escuchaban con mudo entusiasmo, y especialmente el anciano. Era curioso y emprendedor por naturaleza, y grande viajero; pues habia visitado en su juventud á Jamáica y Española, y las regiones mas remotas de Cuba. Le sobrecogió al oir tales descripciones un vivo deseo de ver los gloriosos paises que representaban; y aunque viejo, se ofreció á embarcarse con el Almirante. Su muger é hijos, empero, le asediaron con tantas súplicas y lamentos, que al fin, aunque con dolor suyo, tuvo que desistir de su empresa; preguntando repetidamente si no era el cielo el pais de que hablaban, pues le parecia imposible que pudiese contener la tierra tantas maravillas.

CAPITULO VI.

COSTEO Á LO LARGO DEL SUR DE JAMÁICA.

[1494.]

La flota permaneció surta por algun tiempo en aquel rio, al que puso Colon de la Misa, en memoria de la que con tanta solemnidad se habia celebrado en sus márgenes. Al fin, en 16 de julio se despidió amistosamente del cacique y de su anciano consejero, que vieron con tristes semblantes la partida. Se llevó consigo de aquel lugar un indio jóven, que envió despues á los soberanos españoles. Dejando á la izquierda la grande piña de islas llamada por él Jardines de la Reina, viró al mar para poder tomar el rumbo de Española, cuando se viese libre de aquellos bancos y cayos. Pero

apenas habia salido de las islas, le asaltaron furiosas rachas de viento acompañadas de lluvia, que combatieron por dos dias sus quebrantados buques y débiles tripulaciones. Cerca del cabo de la Cruz una violenta y repentina ráfaga de viento hirió los buques, y casi les hizo tocar el agua con las entenas. Afortunadamente pudieron recoger vela, echar ancla, y pasar así el temporal. El buque del Almirante estaba tan quebrantado despues de la navegacion de las islas, que recibia agua por casi todas las junturas, y á pesar de los inauditos esfuerzos de su cansada tripulacion, estaba cada vez en mayor peligro. Al fin, pudieron llegar al cabo de la Cruz, donde anclaron el 18 de julio, y permanecieron tres dias, recibiendo de los naturales la misma hospitalidad y socorros que habian esperimentado en su anterior visita. Como el viento continuase contra-

rio para volver á Española, salió Colon el 22 de julio para Jamáica, con ánimo de completar la circunnavegacion de aquella isla. Por cerca de un mes continuó en su costa del sur esforzándose en navegar hácia el oriente, pero detenido por los mismos vientos variables y lluvias vespertinas que prevalecian en las costas de Cuba. Todas las noches se veia obligado á anclar cerca de tierra, y con frecuencia en el mismo sitio de donde habia salido por la mañana. Los indios no manifestaban ya hostilidad, sino que seguian los buques en sus canoas, trayendo provisiones. Agradaron tanto á Colon el verdor, la frescura y fertilidad de aquella hermosa isla, que si el estado de sus bajeles y tripulaciones lo hubiera permitido, habria gustoso detenídose á esplorar el interior. Hablaba con admiracion de sus varios y escelentes puertos, y en particular de una grande ba-

hía con siete islas y numerosas poblaciones al rededor. Habiendo anclado en ella, le visitó el cacique residente en cierta grande villa edificada sobre una de las mas escelsas y feraces eminencias de la isla. Vino seguido de una comitiva numerosa, y trajo varios refrescos. Este caudillo manifestó grande curiosidad en sus preguntas respecto á los españoles, sus bajeles y las regiones de donde venian. El Almirante le dió las respuestas acostumbradas, ponderando la fuerza y benignidad de los soberanos españoles. El intérprete lucayo se estendió de nuevo sobre los prodigios que habia visto en España, las proezas de los españoles, los paises que habian subyugado, y sobre todo, las incursiones en las islas de los caribes, derrotando sus formidables habitantes y llevándose algunos cautivos. El cacique y su comitiva se quedaron escuchando con atencion profunda aque-

llas descripciones, hasta que era muy de noche.

A la otra mañana estaban ya á la vela los bajeles, cuando vieron salir tres canoas de entre las islas de la bahía. Se aproximaron con mucho órden : una muy grande y bien pintada y entallada venia entre las otras dos, que navegaban un poco mas atrás, como si la sirvieran y guardáran. En la principal venia sentado el cacique con su familia, compuesta de dos hijas, dos hijos, cinco hermanos y su muger. Una de las hijas tenia diez y ocho años, y era de bello rostro y forma; su hermana parecia mas jóven : ambas en cueros, segun la costumbre de aquellas islas, pero de modesto porte. En la proa venia el confaloner ó porta-estandarte del cacique, vestido con una especie de manto formado de plumas, con una corona de ellas en la cabeza, y una banderola blanca en la mano. Dos

indios con cascos ó yelmos de pluma, de uniforme hechura y color, y con los rostros pintados del mismo modo, venian tocando unos tamboriles; otros dos, con sombreros curiosamente trabajados de plumas verdes, tenian en las manos trompetas de madera negra, muy bien entalladas; y últimamente, venian otros seis con grandes sombreros y plumas blancas que parecian huéspedes del cacique. Esta bizarra escuadra llegó al lado de la capitana europea, á donde entró el cacique con toda su comitiva. Venia el caudillo de gala completa. Traia en la cabeza una banda de piedras pequeñas de varios colores, pero principalmente verdes, simétricamente arregladas, con otras piedras blancas que llenaban los intérvalos, y enlazadas todas enfrente por medio de una joya de oro. Tambien traia dos láminas del mismo metal colgadas á las orejas, por me-

dio de sortijas de piedrezuelas verdes. De un collar de cuentas blancas, estimadas preciosas entre los indios, tenia suspendida una grande flor de lis de oro inferior; y un cinturon de varias piedras semejantes á las de la cabeza completaba sus decoraciones régias. Su muger venia adornada de un modo semejante, y cubierta ademas con un pequeño delantal de algodon, y bandas de lo mismo al rededor de los brazos y piernas. Las hijas no traian adornos, escepto un cinturon de piedras pequeñas que ceñia á la mayor y mas hermosa, del que pendia una tableta del tamaño de una hoja de yedra, compuesta de varias pedrezuelas, prendidas sobre algodon.

Al subir el cacique á bordo distribuyó varios regalos entre los oficiales y marineros. El Almirante estaba á la sazon en su camarote rezando sus devociones. Cuando apareció sobre cubierta, se

apresuró el caudillo á recibirlo con muy animado semblante. *Mi amigo*, le dijo, *he determinado dejar mi patria y acompañarte. Me han esplicado los indios que estan contigo, el poder irresistible de tus reyes, y las muchas naciones que tú has sometido á su nombre. Quien quiera que rehuse obedecerte, ha de sufrir por ello. Tú has destruido las canoas y mansiones de los caribes, dando muerte á sus guerreros, y llevándote en cautividad sus mugeres y sus hijos. Todas las islas viven en temor tuyo. Pues ¿ quién podrá resistirte ahora que ya sabes los secretos de estas tierras, y la debilidad de sus gentes? Antes, pues, que tú me quites mis dominios, yo me embarcaré con toda mi familia en tus buques, é iré á hacer homenage á tu rey y reina, y á contemplar aquel pais prodigioso de que tan asombrosa cuenta dan los indios.* Cuando se tradujo este discurso á

Colon, y vió la muger, los hijos é hijas del cacique, y reflexionó sobre los peligros á que su ignorancia y sencillez los espondrian, determinó no arrancarlos de su pais nativo. Respondió al cacique que le recibia bajo su proteccion, como vasallo de su rey; pero teniendo muchas tierras que visitar antes de volver á España, no podia por entonces satisfacer sus deseos. Despidiéndose luego con muchas espresiones de amistad, volvieron el cacique, su familia y comitiva á embarcarse, aunque de mala gana, en sus canoas, y los buques continuaron por el rumbo que llevaban (1).

---

(1) Para la narrativa de este viaje de Colon por la costa de Cuba, me he guiado principalmente hasta aquí por la historia manuscrita del Cura de los Palacios. Su esposicion es la mas clara y

CAPITULO VII.

VIAJE POR LA COSTA DEL SUR DE ESPAÑOLA, Y VUELTA Á ISABELA.

[1494.]

El 19 de agosto perdió Colon de vista la estremidad oriental de Jamáica, á la que le llamó cabo Farol, hoy Point-Mo-

---

satisfactoria en cuanto á nombres, datas y rumbos, y contiene muchas particularidades que ninguna otra historia inserta. Las fuentes de donde sacó sus conocimientos, no podian ser mas puras. El mismo Colon fue huésped suyo cuando volvió á España en 1496, y le dejó manuscritos diarios y memorias: de estos sacó sus estractos, asi como de las car-

rant. Tomando el rumbo de oriente, vió al otro dia la prolongada península de Española, conocida con el nombre de cabo del Tiburon. No sabia aun que pertenecia á la isla de Hayti, hasta que costeando por el lado del sur, vino un cacique á bordo el 3 de agosto, le llamó por su título, y le dirigió varias palabras en castellano. Su sonido llenó de alegría los buques, y los fatigados marineros oyeron con placer infinito que se hallaban en la costa del sur de Españo-

---

tas del doctor Chanca, y de otras personas de nota que habian acompañado al Almirante.

Yo he tenido á la vista dos copias del manuscrito del Cura de los Palacios, ambas de la propiedad de Mr. O'Rich. Una, escrita en la letra antigua del principio del décimo sesto siglo, varía de la otra, pero solo en puntos triviales.

la. Pero aun les quedaban que pasar muchos trabajosos dias. El tiempo estaba tempestuoso, el viento contrario é incierto, y los buques separados. Al fin de agosto ancló Colon en una pequeña isla, ó mas bien roca, que se levanta solitaria enmedio de las mares, enfrente de un estendido promontorio á que llamó cabo de la Beata. La roca espresada tenia desde lejos la apariencia de un buque á la vela, por lo cual le puso el Almirante Alto-Velo. Algunos marineros treparon á la cima de la isla, desde donde se dominaba mucha parte del Océano, á ver si descubrian los otros buques; pero nada pudo distinguirse. A su vuelta mataron ocho lobos marinos que estaban durmiendo en la arena; tambien cazaron á palos pichones y otros pájaros, y aun cogieron algunos con las manos; porque en aquella solitaria isla parecian carecer los animales de la timi-

dez que la hostilidad humana produce.

Habiéndosele juntado las dos carabelas, continuó por la costa pasando el bello pais que los brazos del Neiva riegan, desde donde se estiende hasta el interior una fértil llanura, cubierta de villas y florestas. Despues de navegar corto trecho hácia el oriente, supo el Almirante por los indios que solian venir á bordo, que varios españoles de la colonia habian penetrado hasta su provincia. De lo que pudieron comunicarle aquellas gentes, infirió que iban las cosas bien en la isla. Animado con la tranquilidad del interior, mandó desembarcar á nueve hombres, con órden de atravesar la isla, y dar noticia de su llegada á la costa.

Continuando hácia el oriente, envió á tierra un bote por agua, cerca de una poblacion que se veia enmedio de la llanura. Pero los habitantes salieron con

arcos y flechas á dar batalla, mientras otros se proveian de cuerdas con que atar los prisioneros. Eran estos los naturales de Higuey, provincia oriental de Española. Se consideraban como los mas belígeros de aquellos isleños, habiéndolos acostumbrado á las armas las frecuentes incursiones de los caribes. Tambien se decia que usaban saetas emponzoñadas. En el caso de que hablamos, su hostilidad fue solo de apariencia. Cuando desembarcó la tripulacion, arrojaron á tierra las armas, trajeron provisiones, y preguntaron por el Almirante, en cuya justicia y magnanimidad parecia que depositaban los indios toda su confianza. Despues de salir de aquel sitio, el tiempo, que por tantos dias se habia manifestado variable y adverso, empezó á adquirir amenazadora apariencia. Un desmesurado pez, tan grande como una ballena mediana, se manifestó un dia

por cima del agua, con una concha en el cuello como la de una tortuga, con dos grandes aletas en el lomo, y una cola como la de un atun. Al ver aquel mónstruo y las indicaciones de las nubes y del cielo, conoció Colon la proximidad de la tormenta, y se apresuró á buscar seguro puerto. Encontró un canal que se abria entre Española y una pequeña isla, llamada por los indios Adamaney, y por él Saona, adonde tomó refugio, anclando cerca de una isleta ó roca enmedio del canal. En la noche de su llegada hubo eclipse de luna; y haciendo una observacion, encontró que la longitud entre Saona y Cádiz era de cinco horas y veinte y tres minutos. Esto escede en mas de diez y ocho grados la verdadera longitud; error que resultaria de la inexactitud de sus tablas (1).

---

(1) Cinco horas, veinte y cinco mi-

Ocho dias permaneció el Almirante en el canal con su buque, lleno de cuidado por el destino de los otros dos bajeles que no pudieron entrar, y se quedaron en la mar espuestos á la violencia de la tormenta. Escaparon, empero, libremente, y se le volvieron á reunir cuando se moderó el tiempo. Dejando el canal de Saona, alcanzarón el 24 de setiembre el estremo oriental de Española, á que dió Colon el nombre de cabo de San Rafael, hoy conocido con el del Engaño. De alli salieron para el su-este, tocando á la isla de Mona, ó como le llamaban los indios Amona, situada entre Puerto-Rico y Española. Pensaba el Almirante, á pesar de la mala condicion de los buques, seguir hácia el orien-

---

nutos, valen 80° 45′; pero la verdadera longitud de Saona es de 62° 20′ occidente de Cádiz.

te y continuar el descubrimiento de las islas caribes; pero su fuerza física no correspondia á los esfuerzos de su elevado ánimo. Las estraordinarias fatigas que de cuerpo y espíritu padeciera durante un penoso y dificil viaje de cinco meses, habian secretamente debilitado su salud. Participaba de todos los trabajos y privaciones del último marinero; vivia limitado á la misma racion, y espuesto á la misma intemperie; y tenia ademas otros cuidados de que la gente comun estaba exenta. Cuando el marinero cansado de los trabajos de su guardia dormia profundamente al silvar espantoso de los vientos, el inquieto comandante mantenia su perenne vigilia una y otra noche, sufriendo el azote de la tempestad y la humedad de las ondas. La seguridad del buque dependia de su cuidado; pero sobre todo se acordaba de que una nacion, un mundo entero,

esperaban con impaciencia el resultado de su empresa. En casi todo aquel viaje le habian estimulado la constante esperanza de llegar sin demora á las regiones conocidas de la India, y el deseo ó fantasía de volver triunfante á Europa por los paises del oriente, despues de circunnavegar el globo. Cuando perdió esta perspectiva, escitaba todavía su mente un conflicto de interminables trabajos y peligros al retroceder en su rumbo contra tormentas, vientos y barras. El momento en que se vió libre de toda solicitud en una mar pacífica y conocida, cesó repentinamente el incitamiento, y cuerpo y espíritu cayeron agobiados por el peso de aquellos esfuerzos casi sobrehumanos. El mismo dia en que salió de Mona, le acometió una enfermedad repentina que le privó de la memoria, de la vista y de todas sus facultades. Quedó sumergido en un

profundo letargo, semejante á la muerte. Los marineros, alarmados al ver aquella estupefaccion, creyeron que en efecto no estaba lejos su última hora. Abandonaron por consiguiente la prosecucion del viaje; y estendiendo las velas á la brisa del oriente, tan general en aquellas aguas, llevaron á Colon en estado de insensibilidad absoluta al puerto de Isabela.

LIBRO VIII.

CAPITULO I.

LLEGADA DEL ALMIRANTE Á ISABELA. — CARÁCTER DE BARTOLOMÉ COLON.

[Setiembre 4, 1494.]

La vista de la pequeña escuadra de Colon, una vez mas anclada en el puerto, causó grande gozo á los habitantes de Isabela que aun le eran fieles. El mucho tiempo que habia pasado desde su salida en tan arriesgado viaje sin recibir noticias suyas, dió lugar á las mas sérias aprensiones, y empezó á temerse que habria perecido, víctima de su ánimo emprendedor, en alguna remota parte de aquellas ignotas mares. Una dulce

sorpresa esperaba al Almirante á su llegada, hallando á la cabecera de su lecho á su hermano Bartolomé, el compañero de su juventud, su coadjutor de confianza, y de quien tantos años habia vivido ausente. Podrá recordarse que por el tiempo que salió el Almirante de Portugal, envió á su hermano Bartolomé á Inglaterra para proponer sus proyectados descubrimientos al rey Enrique VII. No se conocen los pormenores de su instancia á la corte inglesa. Fernando Colon dice, que fue su tio robado y hecho prisionero en este viaje por un corsario, y reducido á tanta pobreza, que tenia que trabajar mucho en hacer cartas ó mapas marítimos para poder alimentarse; así se pasaron muchos años antes que presentase instancia alguna al monarca inglés. Las-Casas piensa que no fue inmediatamente á Inglaterra, habiendo encontrado una memoria escrita

de su letra, por la cual se da á entender que acompañó á Bartolomé Diaz en 1486 en su viaje por la costa de Africa al servicio del rey de Portugal, cuando se descubrió el cabo de Buena-Esperanza (1).

(1) La memoria citada por Las-Casas (Hist. Ind., l. 1, c. 7.) es curiosa, aunque no conclusiva. Dice que la encontró en un libro viejo perteneciente á Cristóbal Colon, que contenia las obras de Pedro Aliaco, célebre geógrafo y astrónomo. Estaba escrita al márgen de un tratado de la forma del globo, de letra de Bartolomé Colon, bien conocida por Las-Casas, que poseia muchas cartas suyas, y redactada en una mezcla bárbara de latin y español: hé aqui su significado:

En el año de 1488, en diciembre, llegó á Lisboa Bartolomé Diaz, capitan de tres carabelas que el rey de Portugal en-

Es justo decir en honor de la memoria de Enrique VII, que cuando oyó esta proposicion, la acogió mas favorablemente que ningun otro soberano. Llegó á celebrar con Bartolomé un pacto para la prosecucion de la empresa, y partió este para España en busca de su hermano. Al llegar á Paris recibió las

---

vió á descubrir á Guinea; y trajo noticias de que habia descubierto seiscientas leguas de territorio, 450 *al sur, y* 150 *al norte, hasta un cabo llamado por él de Buena-Esperanza; y que halló por el astrolabio, que estaba el cabo* 450 *mas allá de la línea equinoccial. Este cabo distaba* 3.100 *leguas de Lisboa; lo cual el dicho capitan dice que apuntó legua por legua en una carta marítima presentada al rey de Portugal, en todo lo cual,* añade el escritor, *yó me hallé presente.* Las-Casas duda si Bartolomé escribiria esta nota por él mismo ó por su hermano; pero

alegres nuevas de que el descubrimiento ya estaba hecho, de que su hermano habia vuelto en triunfo á España, y se hallaba en la actualidad en la corte, honrado por los reyes, acariciado por la nobleza, é idolatrado por el pueblo.

La gloria de Colon ilustró con su es-

---

infiere que uno ó ambos estuvieron en la espedicion. La inferencia puede ser correcta con respecto á Bartolomé; pero Cristóbal se hallaba entonces en la corte española.

Las-Casas esplica la diferencia de datas entre la nota anterior y las crónicas del viaje: aquella pone la vuelta de Dias en el año de 88; esta en el de 87. Lo cual observa puede originarse en que algunos comienzan la cuenta del año despues de navidad, y otros el primero de enero: la espedicion se dió á la vela al fin de agosto de 86, y volvió en diciembre de 87, despues de una ausencia de 17 meses.

plendor á toda la familia, y Bartolomé se convirtió inmediatamente en una persona de importancia. Quiso verlo el rey de Francia Cárlos VIII; y sabiendo que se hallaba pobre, le mandó dar cien escudos para sufragar los gastos de su viaje á España. Llegó á Sevilla precisamente cuando su hermano acababa de emprender el segundo viaje; por lo cual se presentó en la corte, á la sazon en Valladolid, llevando consigo á sus dos sobrinos Diego y Fernando, que iban á ser pages del príncipe Juan (1). Le recibieron con distinguido favor los reyes, y viendo que era habilísimo marino, le dieron el mando de tres buques cargados de provisiones para la colonia, y le enviaron á que ayudase á su hermano en aquellas vastas empresas. Pero tambien llegó á Isabela demasiado tar-

(1) Hist. del Almirante, c. 60.

de, pues el Almirante acababa de salir para la costa de Cuba.

La vista de este hermano sirvió de imponderable alivio á Colon, cargado como se hallaba de atenciones, y rodeado de estraños. No habia tenido hasta entonces mas simpatía ni verdadero auxilio que el del otro hermano don Diego, cuya disposicion apacible y suave le hacia poco apto para manejar los negocios de una turbulenta colonia. Bartolomé era de diverso y mas eficaz carácter; pronto, activo, de impávido y decidido espíritu: cuanto determinaba ponia en inmediata ejecucion, sin mirar en dificultades ni peligros. Su persona correspondia á su ánimo; era alto, muscular, vigoroso y lleno de autoridad. Tenia en su elevada apariencia y conducta quizá severidad escesiva, y carecia de la dulzura con que templaba el Almirante su porte. Puede aun añadirse que era de

genio áspero, y que dominaba una sequedad y despego en sus modales, que le atrajo muchos enemigos; no obstante estos defectos esternos, tenia generosa disposicion, libre de malevolencia y arrogancia, y pecho tan aplacable como valiente.

Era perfecto mareante, instruido en la teoría y en la práctica de su profesion, habiéndose formado hasta cierto punto bajo la enseñanza del Almirante, á quien era poco inferior en las ciencias. Le escedia en el manejo de la pluma, segun Lás-Casas, que tenia cartas y manuscritos de ambos en su posesion. Sabia el latin; pero parece que sus conocimientos, como los de su hermano, se derivaban antes de atentas observaciones y propia esperiencia, que de una educacion esmerada. Tan vigoroso de ánimo y tan penetrante como el descubridor, pero menos entusiasta, menos sublime de fanta-

sia, y de corazon menos sencillo, le ganaba en sutileza y habilidad para el manejo de los negocios, atendia mas á sus intereses, y poseia mayor porcion de aquella sabiduría mundana, que tanto importa en los asuntos ordinarios de la vida. Su ingenio no le hubiera escitado jamas á entrar en aquellas grandiosas especulaciones que produjeron el descubrimiento de un mundo; pero su sagacidad práctica hubiera sabido sacar de él muchas ventajas. Tal es la pintura de Bartolomé Colon, segun nos la da el venerable Las-Casas que le conocia personalmente; se verá que conviene con todas sus acciones en la historia de su hermano, en cuyos sucesos tomó notable parte.

Deseoso de librarse de la fatiga de los negocios públicos que le oprimian demasiado en su enfermedad, invistió Colon desde luego á su hermano Barto-

Tomé con el título y funciones de adelantado ó gobernador militar y político de la provincia. Se consideraba autorizado á hacerlo por los artículos del pacto con los soberanos; pero miró aquel hecho el rey Fernando como una indebida usurpacion de poder, ofendiendo mucho al desconfiado monarca, que, como amante tenaz de las prerogativas de la corona, creia que dignidades de tanto efecto é importancia debian conferirse solo por nombramientos reales (1). Colon, empero, no habia dado aquel empleo meramente por engrandecer su familia. Conocia cuánto le importaba el auxilio de su hermano en el estado crítico de la colonia, y que este auxilio seria ineficaz sin el sello de una autoridad superior. En efecto, en los pocos meses que duró su ausencia, habia sido

(1) Las-Casas, Hist. Ind., l. i, c. 104.

la isla teatro de violentas discordias, en consecuencia de la violacion de las reglas que él habia prescrito para mantener la tranquilidad pública. Un sucinto retroceso hácia los negocios recientes de la colonia no será inadecuado para esplicar la confusion en que se hallaba. En él se verá uno de los muchos casos en que tuvo Colon que recoger el fruto de las malas semillas sembradas por sus contrarios.

CAPITULO II.

MAL COMPORTAMIENTO DE DON PEDRO MARGARITE, Y SU SALIDA DE LA ISLA.

[1494.]

Debe tenerse presente, que antes de empezar Colon su viaje, habia dado el mando de las tropas á don Pedro Mar-

garite, con órdenes de ejecutar un paseo militar por la isla, que al par que aterraria á los naturales con la muestra de aquel poder guerrero, le proporcionaria medios de conciliar su benevolencia por medio de un trato amistoso y equitativo.

La isla estaba entonces dividida en cinco señoríos gobernados por caciques soberanos, de absoluto y hereditario poder, á quienes numerosos caciques inferiores prestaban tributo y homenaje. El primero y mas importante de estos estados comprendia el centro de la Vega Real. Era pais rico y delicioso, cultivado segun el imperfecto modo de los naturales, cubierto en parte de nobles florestas, esmaltado de ciudades indias, y regado por numerosos rios, muchos de los cuales precipitándose por las fronteras occidentales de las montañas de Cibao, llevaban polvos de oro mezclados con sus arenas. El nombre del cacique

era Guarionex, cuyos antepasados habian regido por muchos años la provincia.

El segundo, llamado Marien, estaba bajo el dominio de Guacanagarí, en cuya costa naufragó Colon en el primer viaje. Era un ámplio y fértil territorio estendido á lo largo de la costa del norte, desde el cabo de san Nicolas á la estremidad occidental de la isla, hasta el grande rio Yagui, despues llamado Monte-Christi, é incluia la parte del norte de la Vega Real, nombrada posteriormente llanura del cabo François.

El tercero tenia por nombre Maguana, y le mandaba el cacique caribe Caonabo, el mas fiero y poderoso de los caudillos salvajes, y el mas inveterado enemigo de los blancos. Las minas de oro de Cibao pertenecian á sus dominios.

El cuarto tomaba su nombre del grande lago de Jaragua, y era el mas

poblado y estendido de todos. Comprendia la costa occidental, incluso el promontorio de cabo Tiburon, y se estendia considerablemente por la costa del sur de la isla. Los habitantes tenian muy buena forma, un aire mas noble, una elocucion mas agradable, y mas ameno y suave trato que los naturales de otras partes de la isla. El soberano se llamaba Behechio: su hermana Anacaona, célebre beldad en aquella isla, era la muger favorita del vecino cacique Caonabo.

El quinto señorío era el de Higuey, y ocupaba toda la parte oriental de la isla, acabando en el norte en el rio Yagui, y en el sur en el Ozama. Los habitantes eran los mas activos y marciales de la isla, habiendo aprendido á usar el arco y flechas de los caribes, que hacian frecuentes desembarcos en sus costas: se decia que usaban tambien armas envenenadas. Su valor, empero, no era

mas que comparativo, y se vió que valia poco contra el terror de las armas europeas. Los mandaba un cacique llamado Cotabanama.

Estas eran las cinco divisiones territoriales de la isla al tiempo del descubrimiento. No se sabe la suma exacta de sus gentes; algunos la han llevado hasta un millon de almas, cálculo que parece exagerado. Siempre debe haber sido muy numerosa, y suficiente en caso de hostilidad general para poner en inminente peligro á un puñado de europeos. Colon esperaba su seguridad en parte del terror que inspiraban las armas y caballos de los españoles, y la idea de su naturaleza sobre humana; pero mas principalmente de las medidas que habia adoptado para conciliar la benevolencia de los indios, tratándolos benigna y suavemente.

Margarite salió en su espedicion con

la mayor parte de las fuerzas, dejando á Alonso de Ojeda el mando del fuerte de Santo Tomás. En vez, empero, de comenzarla esplorando las fragosas montañas de Cibao, como segun sus instrucciones debia haber hecho, descendió de motu propio á las llanuras voluptuosas de la Vega. Allí se detuvo por las populosas y hospitalarias villas indias, olvidado del objeto de su mision, y de las órdenes que le habia dejado el Almirante. El gefe que relaja sus propios deberes, y cede á los halagos de las pasiones, es poco idóneo para mantener la disciplina entre sus subordinados. Imitaban estos la sensualidad desenfrenada de Margarite, y no tardó el ejército en convertirse en una banda de ruidosos libertinos. Los indios, por algun tiempo, les suministraron provisiones con su acostumbrada hospitalidad; pero los cortos acopios de aquellos hombres

abstinentes é imprévidos no podian durar mucho en manos de los españoles; uno solo de los cuales, segun afirmaban los indios, consumia mas en veinte y cuatro horas de lo que bastaba á un indio para mantenerse todo el mes. Si no les daban comestibles, ó si no se los daban en abundancia, los arrebataban violentamente; y sin querer recompensar tampoco á los indios, ni aun apaciguarlos en la irritacion que tales estorsiones les causaban. La codicia del oro dió tambien márgen á mil actos de opresion é injusticia; pero con lo que mas ultrajaron los españoles los sentimientos de los indios, fue con su licenciosa conducta respecto á las mugeres. En efecto, en vez del de huéspedes tomaron el tono de imperiosos dueños; en vez de ilustrados bienhechores, se tornaron en sórdidos y lascivos tiranos.

Las nuevas de estos escesos, y del

disgusto é impaciencia que despertaban en los indios, llegaron á don Diego Colon. Con la concurrencia del consejo escribió este á Margarite, reprendiendo su conducta, y pidiéndole procediese á la ejecucion de su paseo militar, segun las órdenes del Almirante, El orgullo de Margarite se inflamó al recibir el pliego. Se consideró, ó mas bien dijo que se consideraba independiente en su mando, y que no podia el consejo exigirle responsabilidad alguna por su conducta. Y siendo de una familia antigua y distinguida, y uno de los favoritos del rey, afectaba mirar con desprecio la nobleza de nuevo cuño de los Colones. Sus cartas en contestacion á las órdenes del presidente y consejo, no contenian mas espresiones que de altanera contumacia ó de desden militar. Asi continuó con sus gentes acuartelado en la Vega, persistiendo en un sistema de ultrajes y

opresiones, fatal á la tranquilidad de la isla.

Le segundaban en su arrogante oposicion á la autoridad los caballeros y aventureros de noble cuna que habia en la colonia, y que estaban profundamente heridos en el puntillo que un español guarda tan celosamente. No podian olvidar ni perdonaban la equidad severa que ejerció con ellos el Almirante, cuando en tiempos difíciles los hizo someterse á las privaciones, y participar del trabajo de las gentes ordinarias. Menos aun querian reconocer la autoridad de su hermano Diego, destituido de las recomendaciones personales que distinguian al Almirante. Formaron, pues, una especie de faccion aristocrática en la colonia, afectando considerar á Colon y su familia como meros mercenarios y estrangeros alzados del polvo de la tierra, que estaban labrando su fortuna

á espensas de los trabajos y sufrimientos de la comunidad, y de la degradacion de los hidalgos y caballeros españoles.

Ademas de estos partidarios tenia Margarite un aliado poderoso en su paisano el Padre Boil, cabeza de la fraternidad religiosa, miembro del consejo, y vicario apostólico del Nuevo-Mundo. No es fácil penetrar la causa primitiva de la hostilidad de este santo religioso contra el Almirante, que nunca trataba al clero sin grande respeto: pero habian tenido varios altercados. Dicen algunos que quiso intervenir el fraile en las estrictas medidas que juzgaba el Almirante necesarias para la seguridad de la colonia; otros que se resintió del ultrage recibido por él y por su comunidad, puestos á media racion como la demas gente. De todos modos se echa de ver, que le disgustó el empleo que la colonia le ofrecia, y que se acordaba con

dolor del Antiguo-Mundo. Carecia de aquel celo entusiasta, y de aquella devocion, desinteres y perseverancia que indujo á tantos misioneros españoles á soportar todos los trabajos y privaciones del Nuevo-Mundo, esperando convertir á la verdadera fe sus habitantes.

Animado y fortificado por tan poderoso partidario, empezó Margarite á considerarse real y verdaderamente superior á todas las autoridades temporales de la isla. Cuando venia á Isabela, se desentendia absolutamente de don Diego Colon, desdeñaba al consejo, y se conducia como si tuviese superior y principal autoridad. Formó una sociedad secreta de los mas inveterados enemigos de Colon, y de los que mas descontentos estaban con vivir en la colonia. De estos era el Padre Boil el agitador mas activo. Se concertó entre los cabecillas apoderarse de los buques que

don Bartolomé Colon habia traido, y volverse en ellos á España. Margarite, y el Padre Boil, ambos poseian el favor del rey, y creian que les fuese fácil justificar su abandono del mando militar y religioso que ejercian, á pretesto del bien público: apresurándose á llegar á España, pintarian al rey el desastroso estado del pais, á causa de la tiranía y opresion de sus gobernantes. Algunos atribuyeron la repentina partida de Margarite al miedo de que hiciese el Almirante á su vuelta una severa investigacion militar de la conducta que habia observado; otros, al haber contraido en el discurso de sus licenciosos amores cierta enfermedad desconocida aun á los europeos, que la creian hija del clima, y fácil de curar en España. Cualquiera que fuese la causa, tomó sus providencias del modo mas precipitado, sin consultar las propias autoridades, ni acor-

darse de las consecuencias de su partida. Acompañados de una banda de mal contentos, se apoderaron él y el padre Boil de algunos de los buques del puerto, y se hicieron á la vela para España, dando asi vergonzoso ejemplo de la desercion de sus puestos, el primer general, y el primer apóstol del Nuevo-Mundo.

CAPITULO III.

ENCUENTROS CON LOS NATURALES.—ALONSO DE OJEDA ASEDIADO POR CAONABO.

[1494.]

La salida de Pedro Margarite dejó al ejército sin cabeza, y puso fin á la poca unidad y disciplina que ya quedaban. No hay gente tan licenciosa como la soldadesca; abandonada á sí misma en un

país desarmado. Andaban pues errantes en bandadas ó solos, segun el capricho de cada uno, repartiéndose por las poblaciones indias, y entregándose á todos los escesos que les sugeria su avaricia ó su concupiscencia. Los naturales, indignados de ver su hospitalidad tan mal pagada, rehusaron seguir dándoles provisiones. Al poco tiempo empezaron los españoles á esperimentar la dureza del hambre, y á apoderarse de los comestibles que en cualquier parte hallaban, acompañando estos latrocinios con actos de gratuita violencia. Al fin, por una série de vergonzosos ultrages se encendió el resentimiento de aquella gente suave y apacible, y de generosos huéspedes se convirtieron en encarnizados enemigos. Todas las precauciones de Colon se despreciaron; y los males que habia previsto, no tardaron en dejarse sentir. Aunque los indios, naturalmente tími-

dos, no osaban acometer á los españoles mientras conservaban estos su disciplina y fuerza combinada, tomaban sangrienta venganza cuando los veian en pequeñas partidas, ó separados individualmente, vagando en busca de alimentos. Animados por estos pequeños triunfos y la impunidad con que los lograban, tomaron cada vez mas cuerpo sus hostilidades. Guatiguana, cacique de una populosa ciudad situada en las márgenes del gran rio de la Vega, y feudatario de Guarionex, dió muerte á diez españoles que se habian alojado en su poblacion, y humillado los naturales con actos de libertinage. Continuó esta carnicería poniendo fuego á una casa en que estaban cuarenta españoles enfermos (1).

(1) Herrera, Hist. Ind., déc. i, l. ii, c. 16.

Enorgullecido con el buen éxito de semejante atentado, amenazó atacar un pequeño fuerte recien erigido, llamado la Magdalena; de modo, que su gobernador Luis de Arriaga, teniendo una guarnicion muy débil, se vió obligado á encerrarse dentro de los muros hasta recibir socorros de Isabela.

Pero el mas formidable enemigo de los españoles era Caonabo, el cacique caribe de Maguano, el mismo que habia sorprendido y asesinado la guarnicion de la Navidad. Tenia natural talento para la guerra, é inteligencia superior á la que suele hallarse en la vida salvaje. Le instigaba á acometer sus empresas un ánimo altivo y audaz; le ayudaban en ellas tres valientes hermanos; y le obedecia una tribu numerosa. Siempre habia estado celoso de la intrusion de los blancos en la isla; pero cuando vió el fuerte de Santo Tomás, levantado

en el centro mismo de sus dominios, llegó su indignacion al estremo. En tanto que se hallaba el ejército en la Vega, se abstuvo de venir á las manos con los enemigos: cuando á la salida de Margarite se dispersaron sus gentes, le pareció tiempo de dar un golpe memorable. Quedaba aislada la fortaleza con una guarnicion de solos cincuenta hombres. Por medio de un movimiento secreto y repentino podia supeditarlos, y repetir en ellos los horrores que habia ya descargado sobre la Navidad.

El astuto cacique tenia, empero, diferente enemigo con quien contender en el gobernador de Santo Tomás. Alonso de Ojeda se habia educado en las guerras moriscas. Conocia á fondo toda clase de estratagemas, emboscadas, ataques falsos y asaltos de los salvajes. Poseia valor vehemente é indómito; hijo en parte del calor y violencia natural de

su temperamento, y en parte de la superstición religiosa. Habia hecho la guerra á los moros y á los indios; se habia batido en funciones de guerra y en duelos, en feudos y pendencias, y en toda especie de encuentros á que le inclinaban un ánimo fiero é inflamable, y el amor de las aventuras; y en tanta quimera y peligro jamás habia recibido herida ni aun contusion alguna. Empezaba á dudar si tendrian las armas poder para ofenderle, y se consideraba bajo la especial proteccion de la Vírgen María. Llevaba siempre consigo, por via de talisman religioso, una pintura pequeña de la Vírgen que le habia dado su patron Fonseca, obispo entonces de Badajoz. Jamás desamparaba esta imágen, ni en la poblacion ni en el campo, haciéndola objeto de frecuentes rezos y oraciones. En las ciudades y campamentos se veia siempre suspendida en su tienda ó en su

sala; en sus arriesgadas espediciones por los desiertos la llevaba en la maleta; y cuando tenia lugar para ello la fijaba en un árbol, y le rezaba una salve como á su patrona militar (1). En una palabra, juraba por la Vírgen; la invocaba en el campo de batalla ó en las bulliciosas querellas; y contando con su favor, se hallaba pronto siempre para toda clase de empresas y aventuras. Tal era Alonso de Ojeda: supersticioso en sus devociones, descuidado de vida, é impávido de espíritu, como muchos de los caballeros aventureros españoles de aquellos tiempos. Aunque pequeño de cuerpo, poseia estraordinaria fuerza y arrojo; y las crónicas de los primeros descubrimientos relatan maravillas de su valor y proezas.

Habiendo reconocido el fuerte, juntó

(1) Herrera, Hist. Ind., déc. i, l. viii, c. 4. — Pizarro, Varones ilustres, c. 8.

Caonabo diez mil guerreros, armados de clavas, arcos, flechas y lanzas endurecidas al fuego; y abriéndose camino secretamente por las florestas, se apareció por aquella vecindad á deshora, esperando sorprender la guarnicion en un estado de descuidada seguridad. Pero vió que estaban las fuerzas de Ojeda cautamente formadas dentro de la torre, la cual, construida en una eminencia casi aislada, con un rio que defendia la mayor parte de su circuito, y un profundo foso el resto, era inaccesible á los ataques de aquellos desnudos guerreros.

Burlado así en su intencion primera, esperaba Caonabo tomarla por hambre. Para esto estendió su ejército por las florestas adyacentes, y ocupó todos los pasos, con el objeto de interceptar las provisiones que pudiesen traer los indios, y acometer las partidas que saliesen del fuerte. Este sitio ó bloqueo duró treinta

dias, en cuyo tiempo se vió la guarnicion reducida á la mayor estrechez. Existe aun una anécdota tradicional que cuenta Oviedo de Pedro Margarite, primer gobernador de Santo Tomás, pero que se puede atribuir con mas probabilidad á Alonso de Ojeda, por haber ocurrido en este asedio. Cuando la mayor escasez apuraba á la guarnicion, pudo un indio llegar hasta el fuerte con un par de palomos silvestres que traia para la mesa de su comandante. Se hallaba este en uno de los apartamentos de la torre, en compañía de varios oficiales. Observando que miraban las aves con ojo famélico y codicioso: *Es lástima,* dijo, *que no haya aquí bastante para darnos á todos una comida; en cuanto á mí, no consentiré en regalarme mientras los demas tienen hambre*; diciendo lo cual, echó á volar los palomos por una ventana de la torre.

En este sitio desplegó Ojeda el ánimo mas activo, y la mayor fertilidad de recursos. Burló todas las artes del caudillo caribe, concertando estratagemas de varias especies para aliviar la guarnicion y dañar al enemigo. Hizo desesperadas salidas cuando presentaban los indios grandes fuerzas; siempre el primero de la vanguardia, con aquel valor ciego que tanto le distinguia; ejecutando grande matanza con su propia mano, y saliendo ileso, como se ha dicho, de entre espesas lluvias de flechas y saetas.

Caonabo vió perecer muchos de sus mas intrépidos guerreros. Sus fuerzas se disminuian diariamente, porque los indios, no acostumbrados á aquellas lentas operaciones de la guerra, se cansaban del sitio, y comenzaron á dispersarse, volviéndose diariamente centenares de ellos á sus casas. Abandonó, pues, la fortaleza, retirándose lleno de admi-

racion de las proezas y hazañas de Alonso de Ojeda (1).

No abatido el inquieto cacique con el mal éxito de esta empresa, meditó planes de mas audaz y grandiosa especie. Espiando secretamente las cercanías de Isabela, se enteró á fondo de la debilidad de la colonia (2). Muchos de sus habitantes se hallaban enfermos; y los que podian manejar las armas andaban dispersos en varias comisiones fuera del establecimiento. Entonces concibió el proyecto de formar una liga general entre los caciques, de reunir sus fuerzas, sorprender la colonia y acabar con ella y con los españoles, á donde quiera que los encontrase. El esterminio de aquel puñado de intrusos seria bastante, en su

(1) Oviedo, Crónica de las Ind., l. iii, c. i.

(2) Hist. del Almirante, c. 60.

sentir, para librar á la isla de toda sucesiva molestia; no imaginando cuán desesperada era para él la contienda, ni sabiendo que á donde llega á poner el pie el hombre civilizado, perece sin remedio alguno el poder de los salvajes.

Habian circulado por toda la isla rumores acerca de la licenciosa conducta de los españoles, é inspirado aborrecimiento y hostilidad para con ellos, aun entre las tribus que jamás los habian visto ni sufrido sus escesos. Caonabo supo que tres de los caciques soberanos se hallaban inclinados á cooperar con él, aunque temian intensamente el poder sobrenatural de los españoles, y sus aterradoras armas y animales. La liga, empero, tuvo no esperada oposicion en el quinto cacique Guacanagarí, soberano de Marien. Su conducta en los instantes de peligro manifestó completamente la injusticia de aquellas sospechas que de

él habian tenido los españoles. Rehusó unirse con sus fuerzas á los otros caciques, ó violar las leyes de hospitalidad que le obligaban á proteger y ayudar á los blancos desde que naufragaron en sus costas. Permaneció, pues, tranquilo en sus dominios, manteniendo á sus espensas cien soldados enfermos, cuyas necesidades satisfacia con su acostumbrada generosidad. Esta conducta le atrajo el aborrecimiento de los otros caciques, particularmente del fiero caribe Caonabo, y de su cuñado Behechio. Invadieron sus territorios y le hicieron muchas injurias. Behechio mató á una de sus mugeres, y Caonabo se llevó á otra cautiva (1). Pero nada pudo resfriar la fe de Guacanagarí para con los españoles; y como sus dominios estaban

(1) Hist. del Almirante, c. 60.

inmediatos á la colonia, y los de algunos de los otros caciques lejos de ella, la falta de su cooperacion impidió por mucho tiempo los designios de los confederados (1).

Esta era la posicion crítica á que estaban reducidos los negocios de la colonia, y esta la amarga hostilidad que se engendró entre los dóciles y manejables isleños durante la ausencia de Colon, solo por haber violado sus reglamentos. Margarite y el padre Boil se habian apresurado á llegar á España, para hacer falsas pinturas de la miseria de la isla. Si hubieran permanecido fielmente en sus puestos, y llenado con celo sus deberes, se habrian fácilmente remediado aquellas miserias, ó quizá prevenídose del todo.

---

(1) Herrera, Hist. Ind., déc. i, l. ii, c. 16.

CAPITULO IV.

MEDIDAS DE COLON PARA RESTABLECER LA QUIETUD EN LA ISLA. — ESPEDICION DE OJEDA CON EL DESIGNIO DE SORPRENDER Á CAONABO.

[1494.]

Inmediatamente despues de la vuelta de Colon á Cuba, mientras se hallaba aun indispuesto y en cama, recibió una visita voluntaria de Guacanagarí. Aquel bondadoso caudillo manifestó mucho sentimiento por su enfermedad; siempre conservó, al parecer, una afectuosa reverencia por el Almirante. Habló de nuevo y llorando del asesinato de la Navidad, estendiéndose en la descripcion de sus esfuerzos para librar á los españoles. Informó á Colon de la liga secre-

ta en que se habian unido los caciques, de su oposicion á ella, y de la persecucion que en consecuencia habia sufrido; de la muerte de una de sus mugeres, y de la cautividad de la otra. Aconsejó al Almirante que estuviese siempre prevenido contra los designios de Caonabo, y ofreció salir con sus súbditos al campo y pelear al lado de los españoles, no solo por amistad, sino tambien en venganza de sus propias injurias (1).

Colon conservaba siempre una gratitud profunda por la antigua bondad de Guacanagarí, y le repugnaba dudar de su fe y de su amistad; así se llenó de regocijo al ver todas las sospechas tan eficazmente desvanecidas. Se renovó, pues, entre los dos el amistoso trato de

(1) Herrera, Hist. Ind., déc. i, l. ii, c. 16.

antes, con esta diferencia, que el hombre á quien Guacanagarí habia una vez socorrido como estrangero náufrago en sus costas, se hallaba convertido súbitamente en árbitro de su suerte y de la de todos sus compatriotas.

El modo con que aquella pacífica isla se habia exasperado y revuelto por la conducta licenciosa de los europeos, era materia de profundo sentimiento para Colon. Vió acabados todos sus planes para proporcionar una renta pronta y permanente á los monarcas. El volver la isla á su primitiva paz exigia hábil y vigoroso manejo. Sus fuerzas eran cortas, y la veneracion y temor que los naturales habian tenido á sus gentes, como venidas del cielo, se habia disipado mucho. Estaba demasiado enfermo para tomar personalmente parte en ninguna empresa militar: su hermano Diego no era de carácter guerrero, ni Bartolomé

conocido aun entre los españoles, cuyos gefes le miraban con rivalidad. Colon imaginaba la combinacion de los caciques imperfecta todavía; confiaba en su falta de habilidad y esperiencia en la guerra, y esperaba que por medio de prontas medidas, castigando á unos, reconciliándose con otros, y uniendo la fuerza con la suavidad y la estratagema, lograria desvanecer aquella tormenta amenazadora.

Su primer cuidado fue el de enviar gente al socorro del fuerte de la Magdalena, cuya destruccion intentaba Guatiguana, el cacique del Gran Rio, y el homicida de los españoles que vivian en su ciudad. Habiendo socorrido el fuerte, salieron las tropas por los territorios de Guatiguana, matando muchos de sus guerreros, y llevándose otros cautivos; el caudillo solo pudo escaparse. Era tributario de Guarionex, soberano de la

Vega-Real. Como este príncipe indio reinaba en un dilatado y populoso trecho de la isla, era su amistad importantísima para la prosperidad de la colonia, al paso que debia temerse su aversion á causa de la desenfrenada conducta de los españoles que habian visitado sus dominios. Colon le hizo venir á su presencia, y le esplicó que aquellos escesos se habian cometido en violacion de sus órdenes, y contra sus buenas intenciones para con los indios, á quienes deseaba favorecer y agradar de todos modos. Tambien le dijo que la espedicion contra Guatiguana era un acto de mero castigo individual, y no dirigido contra los territorios de Guarionex. El cacique era de tranquila y aplacable disposicion, y su rencor se apaciguaba fácilmente. Para relacionarlo en cierto modo con los españoles, le pidió Colon que diese su hija en matrimonio á un intérprete in-

dio, nativo de las islas Lucayas, que habia estado en España, y bautizádose en Barcelona con el nombre de Diego Colon (1). Tomó otra medida mas trascendental todavía para librarse de las hostilidades del cacique, y asegurar la tranquilidad de la importante region de la Vega, mandando erigir una fortaleza enmedio de sus territorios, á que le puso fuerte de la Concepcion. Este manejable cacique permitió sin repugnancia llevar á cabo una providencia que encerraba su ruina, y la futura esclavitud de sus súbditos.

---

(1) Pedro Mártir, d. i, l. iv. Gio. Battista Sportono, en su memoria de Colon, ha cometido un error á que le llevó el nombre de este indio, y observa que tenia Colon un hermano llamado Diego, de quien parecia avergonzarse, y al que casó con la hija de un gefe indio.

Pero quedaba que disponer del mas formidable enemigo, de Caonabo, el genio marcial de la isla, el activo y audáz enemigo de los blancos, que con ideas superiores de política era capaz de formar peligrosas cábalas y conspiraciones. Sus territorios ocupaban la parte central y montañosa de la isla, y los hacian de dificil acceso fragosas rocas, espesas florestas y frecuentes y caudalosos rios. Combatir aquel astuto y feroz caudillo en el seno de sus salvages é intrincados territorios, y en la aspereza de sus mismos breñales, donde á cada paso habria peligro de caer en una celada, era obra de mucho tiempo y peligro, y de muy incierto éxito. Se hallaba Colon oprimido con estos pensamientos, cuando vino á sacarlo de perplejidad una osada proposicion de Alonso de Ojeda, que se ofreció á apoderarse por estratagema del gefe caribe, y entregár-

solo vivo en sus manos. El proyecto era audaz, arriesgado y romántico, propio del impávido y aventurado ánimo de Ojeda, que se complacia en distinguirse por medio de las mas estraordinarias proezas y hechos de un valor desesperado.

Escogió diez valientes y fuertes compañeros, bien armados y montados, é invocando la proteccion de su patrona la Vírgen, cuya imágen, como siempre, llevaba consigo de salva-guardia, se lanzó Ojeda á las florestas, abriéndose por ellas mas de sesenta leguas de camino que distaban los territorios de Caonabo, á donde halló al cacique en una de sus mas populosas ciudades. Se acercó Ojeda á Caonabo con mucha deferencia y respeto, tratándolo como á príncipe soberano. Le dijo que habia venido en amistosa embajada de parte del Almirante, que era Guamiquina, ó gefe de

los españoles, y que le enviaba un inapreciable regalo.

Caonabo habia visto á Ojeda en los combates, habia presenciado sus proezas, y concebido por él la admiracion de un guerrero. Le recibió pues con cierta especie de caballerosa cortesía, si tal frase puede aplicarse al estado salvage y ruda hospitalidad de un héroe de las florestas. El libre é impávido porte, la mucha fuerza personal, la admirable destreza y la agilidad de Ojeda en todos los ejercicios varoniles y en el manejo de todas las armas, eran cualidades propias para deleitar á un salvage, y pronto le grangearon el distinguido favor de Caonabo.

Ojeda usó todo su influjo para persuadir al cacique á hacer un viaje á Isabela, con el objeto de tratar con Colon, y hacerse aliado y amigo de los españoles. Se dice que le ofreció para atraerlo

la campana de la capilla de Isabela. Era este instrumento la admiracion de la isla. Cuando oian los indios resonar su melodía por las selvas y bosques para tocar á misa, y veian á los españoles dirigirse á la capilla, imaginaban que hablase la campana, y que la obedeciàn los blancos. Con el mismo sentimiento supersticioso con que miraban todos los objetos de los españoles, creian que era cosa sobrenatural la campana, y decian de ella en su frase acostumbrada, *turey* ó venida del cielo. Caonabo habia oido desde lejos aquel maravilloso instrumento en el discurso de sus observaciones secretas al rededor de la ciudad, y deseaba verlo; pero cuando se le ofrecia como símbolo de paz, no pudo resistir la tentacion.

Se convino pues el cacique á ir á Isabela; mas cuando llegó el tiempo de la partida, vió Ojeda con sorpresa una

multitud de guerreros juntos y prontos á marchar. Preguntó por qué motivo se llevaba tan grande ejército para una amistosa visita; á lo que contestó altaneramente el cácique, que no convenia á tan gran príncipe como él ir á parte alguna con escasa comitiva. Poco satisfecho quedó Ojeda con esta réplica; conocia el carácter marcial de Caonabo, y su profunda sutileza, alma de la guerra india; temia por lo tanto algun designio siniestro, y que el caudillo meditase sorprender la fortaleza de Isabela, ó cometer algun atentado contra la persona del Almirante. Sabia tambien que deseaba Colon, ó bien hacer la paz con el cácique, ó apoderarse de su persona sin recurrir á una guerra abierta. Se valió pues de una estratagema, que tiene apariencia de fábula y romance, pero que con triviales variaciones recuerdan todos los historiadores contemporáneos,

y que asegura Las-Casas circulaba con absoluto crédito en la isla cuando él llegó á ella, unos seis años despues del suceso. Tambien conviene con el osado y estravagante carácter del hombre á quien se atribuye, y con las singulares hazañas de la guerra india.

En el discurso de la marcha, habiendo hecho alto cerca del rio Jegua, sacó Ojeda un juego de esposas de acero tan perfectamente bruñidas que parecian de plata. Estas, le dijo á Caonabo, que eran ornamentos régios que habian venido del cielo, ó del *turey* de Vizcaya; que las llevaban los monarcas de Castilla para los bailes solemnes y otros grandes festines, y estaban destinadas para regalárselas al cacique. Propuso que se fuese Caonabo á bañar con él al rio, despues de lo cual le decoraria con aquellos adornos, montaria en el caballo de Ojeda, y volveria con la pompa del rey de

España á sorprender y admirar á sus súbditos. El cacique, que como todos los salvages, amaba los adornos relumbrantes, quedó embelesado al ver aquellos; su orgulloso espíritu militar se lisonjeó tambien con la idea de cavalgar en uno de aquellos tremendos animales que sus compatriotas respetaban tanto. Acompañó á Ojeda y su gente al rio, llevando pocos indios consigo, pues nada podia temer de nueve ó diez estrangeros rodeados de todo su ejército. Despues que se hubo bañado el cacique, le ayudaron á subir detras de Ojeda á las ancas de su caballo, y le pusieron las esposas. Esto hecho, salieron galopando por entre los salvajes, que vieron admirados con tan resplandecientes galas al cacique, y montado en uno de aquellos temibles animales. Ojeda dió varias vueltas por el campo para ganar terreno, seguido por su pequeña banda de caballeros, de

quienes se separaban precipitadamente los amedrentados indios. Al fin llegó á penetrar por la floresta en uno de los círculos, y cuando le ocultaban bien los árboles, cerraron al rededor suyo sus compañeros, desnudaron las espadas, y amenazaron á Caonabo con inmediata muerte si hacia la menor resistencia ó el menor ruido, aunque las esposas le impedian moverse ó resistir. Le ataron con cuerdas á Ojeda para que no se cayese, ó pudiese escapar de cualquier otro modo; y poniendo espuelas á los caballos, se lanzaron al Jegua con su presa, y de alli se entraron con ella por los bosques (1).

---

(1) Las-Casas recuerda con detencion esta proeza romántica de Ojeda: tambien lo hacen su copista, Herrera (déc. i, l. ii, c. 16); Fernando Pizarro en sus Varones ilustres del Nuevo-Mundo; y Char-

Tenian cincuenta ó sesenta leguas de desiertos que atravesar hasta Isabela, y algunas ciudades indias. Ya estaba el cautivo mas allá de donde pudieran socorrerle sus súbditos; pero se requeria la mayor vigilancia para que no pudiera evadirse en aquel largo y trabajoso viaje, y para evitar la hostilidad de los caciques confederados. Tenian que huir de los lugares mas populosos, y que pasar á galope tendido por las ciudades. Sufrieron mucha fatiga, hambre y vigilia, vencieron muchas dificultades y peligros, atravesaron á nado los numerosos rios de la llanura, lucharon con los obstáculos de espesas florestas y encumbradas rocas, pero acabaron felizmente

---

levoix en su historia de Santo Domingo. — Pedro Mártir y otros lo hacen con mas concision, aludiendo á los pormenores sin insertarlos.

su empresa, y entró Ojeda triunfante en la colonia con el salvaje guerrero indio cautivo y atado al rededor de su cuerpo.

No pudo menos Colon de espresar grande satisfaccion al ver en sus manos tan peligroso enemigo. El altivo caribe se presentó á él con elevado y orgulloso semblante, desdeñando conciliarse con la sumision su agrado, ó detener la venganza que le amenazaba por haber derramado la sangre de los blancos. Jamás doblegó su espíritu en la cautividad; al contrario, aunque completamente á la merced de los españoles, manifestó siempre aquella constancia provocadora que forma parte del heroismo indio, y que mantiene el salvaje delante de sus opresores aun enmedio de las agonías de un lecho de fuego. Se vanagloriaba de haber sorprendido y quemado el fuerte de la Navidad, y dado á su guarnicion la

muerte; añadiendo que habia reconocido secretamente á Isabela con ánimo de descargar sobre ella la misma desolacion.

Colon, aunque sorprendido del heroismo de aquel guerrero indomable, le consideró enemigo peligroso, á quien por el bien de la isla era necesario guardar cuidadosamente. Determinó enviarlo á España; y en el entretanto mandó que se le tratase con bondad y respeto en un cuarto de su misma casa, á donde le tenia, sin embargo, encadenado, probablemente con las espléndidas esposas que le habian servido de señuelo. Esta precaucion debió haber sido necesaria por la poca seguridad de la carcel; pues observa Las-Casas, que por no ser espaciosa ni tener muchos compartimentos la habitacion del Almirante, se veia desde el portal el cautivo gefe (1).

(1) Las-Casas, Hist. Ind., l. i, c. 102.

Caonabo mantuvo siempre su altivo porte hácia Colon, al paso que no manifestó nunca la menor animosidad contra Ojeda por el artificio de que habia sido víctima. Antes aumentaba su admiracion aquella circunstancia, teniéndole por consumado guerrero, y creyendo proeza de ingenio sublime la de haberle arrancado y traido en cadenas de en medio de sus huestes. Nada admira mas á un indio en la guerra, que una profunda y bien ejecutada estratagema.

Acostumbraba Colon á conducirse con mucha elevacion y dignidad como Virey y Almirante que era, y exigia mucho respeto personal. Cuando entraba en la sala donde estaba Caonabo aprisionado, se levantaban, como es de costumbre, todos los circunstantes en señal de reverencia. Solo el cacique quedaba inmoble. Al contrario, cuando entraba Ojeda, aunque pequeño de cuerpo y sin

pompa esterna, se levantaba inmediatamente Caonabo, y le saludaba con profundo respeto. Habiéndole preguntado la razon de esto, y díchole que era Colon Guamiquina ó grande gefe de todos, y Ojeda uno de sus subalternos, respondió el orgulloso caribe, que jamas habia osado el Almirante venir personalmente á sacarlo de su casa; que solo por el valor de Ojeda era prisionero; á Ojeda pues le debia reverencia y no al Almirante.

La cautividad de Caonabo fue muy lamentada por sus súbditos; parece que eran aquellos isleños sumamente leales, y muy afectos á sus caciques. Uno de los hermanos de Caonabo, guerrero de grande ánimo y astucia, y muy querido de los indios, juntó un ejército de mas de siete mil hombres, y los llevó secretamente á las cercanías de Santo Tomas, á donde mandaba de nuevo Ojeda. Era

su intencion sorprender algunos españoles, esperando lograr por ellos el cangeo de su hermano. Ojeda tuvo, como solia, noticia de su designio; pero no era aquella ocasion de encerrarse de nuevo en la fortaleza. Habiendo recibido un refuerzo del Adelantado, dejó suficientes tropas de guarnicion, y con el resto y su escasa caballería salió osadamente en busca de los salvajes. El hermano de Caonabo cuando vió acercarse á los españoles, mostró algun arte militar, dividiendo su ejército en cinco columnas. Pero el impetuoso ataque de Ojeda, que segun su costumbre se arrojó furiosamente á la vanguardia con su puñado de caballos, llenó á los indios de repentino y pánico terror No pudieron resistir la terrible apariencia de aquellos entes vestidos de luciente acero, que blandían flamígeras, ruidosas y asoladoras armas, y regian animales, ó mas bien

mónstruos tan furiosos y fieros. Arrojaron pues las flechas, y se pusieron ellos mismos en derrota: muchos perecieron huyendo; mas fueron hechos prisioneros, y entre estos el hermano de Caonabo, peleando bizarramente en una noble aunque desesperada causa (1).

CAPITULO V.

LLEGADA DE ANTONIO DE TORRES CON CUATRO BUQUES DE ESPAÑA. — SU VUELTA CON ESCLAVOS INDIOS.

[1494.]

La colonia padecia mucho aun por falta de provisiones; los comestibles eu-

(1) Oviedo, Crónica de las Indias, l. iii, c. 1. — Charlevoix, Hist. Sto. Domingo, l. ii, p. 131.

repeos estaban ya casi todos consumidos; y tal era la pereza é improvidencia de los colonos, ó la confusion que habia nacido de la hostilidad de los indios, ó tal su esclusivo deseo de acumular metales preciosos, que habian abandonado la verdadera riqueza de la isla, su activo y feraz suelo, viviendo en constante peligro de perecer de hambre enmedio de la fertilidad. Al fin se remediaron sus padecimientos con la llegada de cuatro buques mandados por Antonio de Torres. Venian llenos de provisiones, y causó su arribo universal gozo. Tambien llegaron en ellos un médico y un boticario, de cuyo auxilio habia grande necesidad en la colonia; pero sobre todo, venian mecánicos, molineros, pescadores, hortelanos y labradores, la verdadera y sana especie de poblacion para una colonia, la única que sacaria de ella sus mejores recursos, produciendo aquel

cambio de útiles trabajos por los objetos necesarios de la vida, que hace á la comunidad venturosa é independiente.

Las cartas de los soberanos que traia Torres (de fecha de 16 de agosto de 1494), eran del mas halagüeño contenido, espresando mucha satisfaccion de haber recibido los favorables informes del Almirante, y confesando que en el discurso de sus descubrimientos todo habia sido conforme á sus predicciones. Manifestaban vivo interes en los negocios de la colonia, y deseos de recibir frecuentes noticias de su situacion, proponiendo que todos los meses saliese un buque de Isabela para España. Le decian que acababan de arreglarse amistosamente todas las diferencias con Portugal, esplicándole el acuerdo convencional relativo á la línea geográfica que habia de separar las recien descubiertas posesiones, y pidiéndole que respetase

aquel convenio en sus descubrimientos sucesivos. Como al concluir el tratado con Portugal, y al tirar la propuesta línea, era importante tener el mejor consejo, le pedian los soberanos que volviese á España para presenciar aquel acto, ó en caso de que no fuese conveniente por el momento, enviase á su hermano Bartolomé, ó á otra persona que creyera del todo competente, suministrándole aquellos mapas, cartas y diseños que pudiesen ser útiles en la negociacion.

Habia otra carta dirigida á los habitantes de la colonia, y en general á todos los que hiciesen viajes de descubrimientos, mandándoles que obedeciesen á Colon tan implícitamente como obedecerian á los mismos soberanos, bajo pena de su alta reprobacion, y de diez mil maravedises de multa por cada ofensa.

Tal era la bien merecida confianza

que hacian entonces de Colon los soberanos, pero que marchitaron pronto los insidiosos informes de hombres indignos. Sabia el Almirante las quejas y falsas representaciones que ya habian salido de la colonia para España, y que iban á fortalecer Margarite y el Padre Boil. Sabia que estaban reducidos sus defensores á los pocos con que puede contar el estrangero al servicio de una nacion estraña, donde no tiene amigos ni parientes que lo defiendan, y donde hasta sus mismos méritos aumentan el encono, la envidia y deseo de derribarlo. Sus esfuerzos para promover los trabajos de las minas, y esplorar los recursos de la isla, habian sido frustrados por la mala conducta de Margarite y la desordenada vida de los españoles en general; y temia, con razon, que los mismos males que ellos causaron, se alegaran contra él, citando la falta de provechosas ga-

nancias para desacreditar y estorbar sus espediciones.

Deseando contrapesar semejantes calumnias, apresuró Colon el retorno de los buques, y hubiera vuelto en ellos, no solo para satisfacer los deseos de los soberanos y hallarse presente al tirar la línea geográfica, sino para vindicarse él y sus empresas de las censuras de sus enemigos. Pero la enfermedad que le tenia en cama, impidió su partida; y su hermano Bartolomé era del todo necesario para ayudar con su sana razon y ánimo resuelto á la regulacion de los desordenados negocios de la isla. Se determinó pues enviar á España á don Diego, para que atendiese á los deseos de los soberanos, y cuidase de sus intereses en la corte. Al mismo tiempo hizo los mayores esfuerzos para mandar por los buques satisfactorias pruebas del valor de los descubrimientos. Envió en

ellos todo el oro que pudo recoger, con varias muestras de otros metales, frutos y plantas que se habian juntado en Española y en otras islas. En su vehemente deseo de producir inmediata ganancia é indemnizar á los soberanos de los gastos que habia hecho el real tesoro, envió tambien mas de quinientos prisioneros indios, que sugirió podian venderse como esclavos en Sevilla.

Repugna ver el brillante renombre de Colon manchado con accion tan fea; y la clara gloria de sus empresas obscurecida con violacion tan fragante de los derechos de la humanidad. Las costumbres de aquellos tiempos son su única apología. Los españoles y los portugueses habian dado ya hacia mucho este precedente en sus descubrimientos africanos; el tráfico de esclavos fue una de las mas ricas fuentes de sus ganancias. En efecto, la mas alta autoridad

sancionaba esta práctica, la autoridad de la Iglesia misma; y los mas doctos teólogos pronunciaron que todas las naciones bárbaras é infieles, que cierran sus oidos á las verdades de la cristiandad, eran objetos propios de guerra y de rapiña, de cautividad y de esclavitud. Si hubiese Colon necesitado ilustraciones prácticas de esta doctrina, en la conducta de Fernando mismo las hubiera hallado, en las últimas guerras contra los moros de Granada, adonde estaba siempre rodeado de una nube de consejeros espirituales, y pretendia obrar solo por la gloria y progresos de la fe. En aquella guerra santa, como solian llamarla, era práctica comun hacer entradas por tierra de moros, y llevarse *cavalgadas*, no solo de ganados, sino de gente humana; y no de los guerreros que se habian hecho prisioneros con las armas en la mano, sino de pacíficos labra-

dores, industriosos aldeanos y desvalidas mugeres y niños. Estos iban al mercado de Sevilla, ó de otra ciudad grande, y se vendian como esclavos. La captura de Málaga suministró un ejemplo memorable de tales procedimientos; despues de ella, por castigo de una obstinada é intrépida defensa, que debiera haber causado admiracion en vez de venganza, once mil personas de ambos sexos, y de todos rangos y edades, muchas de las cuales de alta y delicada educacion, se vieron repentinamente arrancadas de sus hogares, separadas unas de otras, y sujetas á mísera esclavitud, aun cuando ya habian pagado la mitad de su rescate. Estas circunstancias no se recuerdan para vindicar, sino para paliar la conducta de Colon. Obraba en conformidad á las costumbres de su tiempo, y santionaba sus disposiciones el ejemplo del soberano á quien servia. Las-Casas,

celoso y entusiasta abogado de los indios, que no deja escapar ocasion alguna de esclamar vehementemente contra su esclavitud, habla sobre este punto con indulgencia acerca de Colon. Si aquellos hombres doctos y piadosos, dice, á quienes tomaron los reyes por guias é instructores, eran tan ignorantes de la injusticia de esta práctica, ¿qué mucho que el Almirante desconociese su impropiedad? (1)

(1) Las-Casas, Hist. Ind., l. i, c. 122. MS.

CAPITULO VI.

ESPEDICION DE COLON CONTRA LOS INDIOS DE LA VEGA. — BATALLA.

[1494.]

A pesar de la derrota de los indios por Ojeda, todavía conservaban intenciones hostiles hácia los españoles. La idea de que su cacique estaba prisionero y encadenado indignaba á los naturales de Magana, y la simpatía de todas las otras tribus de la isla mostraba con cuánta difusion habia aquel inteligente salvaje estendido su influencia, y cuánto le admiraban los isleños. Aun le quedaban activos y poderosos parientes que intentasen su rescate, ó vengasen su muerte. Uno de sus hermanos llamado Maricaotex, tambien caribe, y tan osa-

do y belíjero como él mismo, sucedió en el mando del prisionero. Su muger favorita, Anacaona, de célebre hermosura, tenia grande influjo con su hermano Behechio, cacique de las populosas provincias de Jaragua. Por estos medios se suscitó en la isla una violenta y general hostilidad contra los españoles, y la formidable liga de los caciques, que Caonabo habia en vano querido formar mientras estaba libre, se efectuó en consecuencia de su cautividad. Guacanagari, el cacique de Marien, quedó solo amigo de los españoles, dándoles oportunos informes de la tormenta que iba á estallar, y ofreciéndoles, como fiel aliado, salir al campo con ellos.

La continuada enfermedad de Colon, la escasez de su fuerza militar, y el miserable estado de los colonos, reducidos por la hambre y las enfermedades á grande debilidad corporal, le ha-

bian hasta entonces inducido á valerse de todos los medios de la conciliacion y del estratagéma para impedir y disolver la liga. Pero ya habia recobrado la salud, y su gente se hallaba algo repuesta y vigorizada con las provisiones venidas en los buques. A este tiempo recibió nuevás de que los caciques aliados estaban reuniendo grandes fuerzas en la Vega, á dos dias de marcha de Isabela, con la intencion de dar un asalto general á la colonia, y hacerla sucumbir á fuerza de gente. Colon resolvió salir de una vez al campo, y llevar la guerra á los territorios enemigos, antes que recibirla en sus propios dominios.

El total de la fuerza efectiva que pudo juntar, en el mal sano estado de la colonia, no escedia de doscientos infantes y veinte caballos. Iban las tropas armadas de flechas, espadas, lanzas y espingardas, ó grandes arcabuces, que se

usaban entonces con descansos de hierro, y hasta solian montarse sobre ruedas como los cañones. Con estas formidables armas, un puñado de europeos vestidos de acero, y protegidos por sus escudos, podia bién combatir con millares de desnudos salvajes. Pero llevaban tambien ayuda de otra especie, que consistia en veinte perros de presa, animales casi tan terribles para los indios como los caballos, pero infinitamente mas fatales. Eran impávidos y feroces; nada los amedrentaba, ni cuando llegaban á hacer presa bastaba fuerza alguna para obligarlos á abandonarla. Los cuerpos desnudos de los indios no ofrecian defensa contra sus ataques. Se lanzaban á ellos, los postraban por tierra y los despedazaban.

Iba el Almirante acompañado en la espedicion por su hermano Bartolomé, cuyo consejo y auxilio buscaba en todas

ocasiones; y el cual tenia, no solo estraordinaria fuerza física y valor indomable, sino un ánimo decididamente militar. Guacanagarí tambien sacó al campo sus gentes; ni él, ni ellas eran de carácter guerrero, ni aptos para prestar mucha ayuda. La principal ventaja de su cooperacion consistia en que por ella se separaba del todo de los demas caciques, y aseguraba para siempre su fidelidad y la de sus súbditos. En el débil estado de la colonia dependia su seguridad principalmente de los celos y disensiones sembradas entre los soberanos nativos de la isla.

El 27 de marzo de 1495 salió Colon de Isabela con su pequeño ejército, aproximándose al enemigo por marchas de diez leguas diarias. Subieron de nuevo al paso de los Hidalgos, desde donde la vez primera habian descubierto la Vega. ¡Con cuán diversos sentimientos la con-

templaban entonces! Las viles pasiones de los blancos habian convertido ya aquella risueña, hermosa y una vez apacible y hospitalaria region en tierra de rencores y hostilidades. A donde quiera que se levantaba el humo de una poblacion india rizándose por el aire, allí habia una horda de exasperados enemigos; y en aquellas estendidas y ricas florestas se ocultaban mirriadas de ofendidos guerreros. En la pintura que su fantasía bosquejaba de la condicion suave y dulce de aquella gente, se habia lisonjeado con la idea de gobernarlos como padre y bienhechor; pero se vió al fin forzado á revestirse del carácter de conquistador.

Supieron los indios la marcha por sus espías; y aunque tenian ya alguna ligera esperiencia del guerrear de los blancos, los llenaba de confianza la vasta superioridad de su número, que se

dice subia á cien mil hombres. Esta es probablemente una exageracion; porque como los indios nunca se forman en el campo en órden de batalla, sino que espían por entre los árboles de las florestas, es muy difícil averiguar su fuerza. Tambien la rapidez de sus movimientos y contínuas salidas y retiradas por varias partes, junto con los alaridos y gritos que hacen resonar por los bosques, podrian dar equivocada idea de su número. El ejército, empero, debió haber sido grande, pues se componia de la fuerza combinada de casi todos los caciques de aquella populosa isla. Mandaba en gefe Manicaotex, hermano de Caonabo. Los indios, poco hábiles en la numeracion, y que no sabian contar mas que hasta diez, tenian un sencillo modo de averiguar y describir la fuerza de un enemigo, contando un grano de maiz por cada guerrero. Cuando los espías que

habian vigilado la marcha de Colon desde las rocas y las espesuras, volvieron á los reales indios con un solo puñadillo de maiz, representando la suma total de el ejército enemigo, se mofaron los caciques de la presuncion de los blancos, en pensar que tan reducido número pudiese resistir los esfuerzos de una multitud innumerable.

Colon se acercó al enemigo por cerca del sitio donde se edificó despues la ciudad de Santiago. Habiendo averiguado la mucha fuerza de los indios, aconsejó don Bartolomé que se dividiese en destacamentos el pequeño ejército, y que se atacase al mismo instante por varios puntos: este plan se adoptó. La infantería separada en varios cuerpos avanzó repentinamente y en diversas direcciones con mucho estruendo de tambores y trompetas; y una destructiva descarga de armas de fuego, cubriéndo-

cion quedó por entonces completamente rota y disuelta.

Guacanagarí habia acompañado á los españoles al campo, segun su promesa; pero apenas fue mas que espectador de esta batalla ó mas bien derrota. No era de marcial espíritu; y él y su gente debieron haberse estremecido de terror, al ver aquel pavoroso alarde de la guerra, aun cuando de la parte de sus aliados. Su participacion en la hostilidad de los blancos no la olvidaron ni perdonaron jamás los otros caciques; y él volvió á sus dominios acompañado del odio y execraciones de toda la isla.

CAPITULO VII.

SUBYUGACION DE LOS NATURALES. — IMPOSICION DEL TRIBUTO.

[1494.]

Colon siguió su victoria, ejecutando un paseo militar por varias partes de la isla, y reduciéndola á su obediencia. Los naturales hacian interrumpidos esfuerzos para resistirse, pero eran todos en vano. La tropa de caballería que mandaba Ojeda, fue de grande eficacia en este servicio por la rapidez de sus movimientos, la activa intrepidez de su gefe, y con especialidad por el mucho terror que los caballos inspiraban. No habia para Ojeda servicio demasiado arriesgado ni penoso. Si se notaba la menor apariencia de guerra en alguna distante

region de la isla, penetraba su pequeño escuadron por la espesura de las florestas, y caia como un rayo sobre el enemigo, desconcertando todas sus combinaciones y forzándolo á una sumision absoluta.

No tardó la Vega real en quedar sujeta. Siendo una llanura inmensa, perfectamente plana, la recorrian fácilmente los caballos, cuya presencia llenaba de terror las mas populosas ciudades. Guarionex, el cacique soberano, era de templado y suave carácter; y aunque habia salido al campo, á instigacion de los caudillos vecinos, se sometió fácilmente al dominio de los españoles. Manicaotex, el hermano de Caonabo, se vió tambien obligado á solicitar la paz; y siendo el mótor de la liga, siguieron los otros caciques su ejemplo. Behechio solo, el cacique de Jaragua, y cuñado de Caonabo, rehusó someterse.

Sus territorios estaban lejos de Isabela, al estremo occidental de la isla, al rededor de una profunda bahía y de la larga península llamada Cabo-Tiburon. Eran de dificil acceso, y no los habian aun visitado los blancos. Se retiró, pues, á sus dominios, llevándose consigo á su hermana, la bella Anacaona, muger de Caonabo, á quien con fraternal afecto acogió en su desgracia. No tardó esta en adquirir tanta influencia como el mismo cacique entre los súbditos de este, y tuvo alguna parte en los asuntos posteriores de la isla.

Habiéndose visto obligado á tomar las armas por la confederacion de los caciques, se revistió Colon de los derechos de conquistador, y reflexionó mucho sobre el modo de sacar mas ventajas de su conquista. El deseo que constantemente le dominaba, era el de enviar riquezas á España, para indemnizar á los

soberanos de sus gastos, para satisfacer las esperanzas públicas tan estravagantemente escitadas; y sobre todo, para acallar las calumnias de los que sábia que volvieron á España, resueltos á dar tristísimos informes de sus descubrimientos. Trató, pues, de sacar una pronta y abundante renta de la isla, imponiendo graves tributos á las sujetas provincias. En las de la Vega, en Cibao, y en toda la region de las minas, cada indivíduo de mas de catorce años quedaba obligado á pagar la medida de un cascabel flamenco, lleno de polvos de oro, por trimestre (1). Los caciques de-

(1) Un cascabel, segun Las-Casas (Hist. Ind., l. i, c. 105), contiene como tres castellanos de oro en polvo, igual á cinco pesos; y estimando el superior valor del oro en aquellos dias, equiva-

bian satisfacer sumas mucho mayores por via de tributo personal. Manicaotex, el hermano de Caonabo, quedó obligado individualmente á pagar cada tres meses media calabaza de oro, que montaba á ciento cincuenta pesos. En los distritos lejanos de las minas y que no producian oro, cada individuo debia pagar una arroba de algodon por trimestre. Al entregar los indios el tributo, se les daba por via de recibo una medalla de cobre, que debian llevar suspendida al cuello; los que se encontrasen sin este documento, quedarian sujetos á prision y castigo.

---

lente á quince pesos fuertes de ahora. Una cantidad de oro del valor de ciento y cincuenta castellanos, valia setecientos noventa y ocho pesos de hoy.

Las contribuciones y tributos asi impuestos eran durísimos para los naturales, que estaban acostumbrados á que les exigiesen sus caciques muy poco trabajo; y los caciques mismos hallaron aquella exaccion intolerablemente gravosa. Guarionex, el soberano de la Vega real, representó á Colon las dificultades que tenia en cumplir con los términos de su tributo. Su fértil y rica llanura no producia oro; y aunque las montañas que la limitaban estuviesen llenas de minas, y los arroyos y torrentes trajesen polvos de oro á las arenas de los rios, sus súbditos no eran diestros en el arte de cojerlo. Preferia, en vista de estas circunstancias, antes que pagar el tributo, cultivar con granos una banda de tierra que atravesase de mar á mar la isla, bastante, dice Las-Casas, para proveer de trigo con cada cosecha á toda la Castilla por diez años.

Se rehusó su ofrecimiento. Sabia Colon que solo el oro podia satisfacer los codiciosos deseos escitados en España, y asegurar la popularidad y buen éxito de sus empresas. Viendo, empero, la dificultad que tenian muchos indios en juntar la suma de oro que se les exigia, disminuyó la demanda á la mitad de un cascabel. Es circunstancia notable, y que podria tal vez suministrar algun concepto poético, que las miserias de los pobres indios se midiesen, asi con los mismos juguetes que primero los fascinaron.

Para forzar al pago de los tributos y mantener la sujecion de la isla, puso Colon sus fortalezas en estado de defensa, y erigió otras nuevas. Ademas de las de Isabela, y de la de Santo Tomás en las montañas de Cibao, se edificaron las de la Magdalena en la Vega real, tres ó cuatro leguas del sitio donde existió des-

ó á trabajar en los campos bajo el ardor de un sol equinoccial, para dar alimento á sus señores, ó producir el tributo que se les habia impuesto. Si por acaso se juntaban á recrearse con sus bailes nacionales, los cantares con que los acompañaban eran melancólicos y lastimeros. Hablaban de la felicidad de los tiempos pasados, de aquellos dias en què aun no habian introducido los blancos entre ellos el dolor, la esclavitud y el molesto trabajo; recitaban fingidas profecías de sus antepasados, anunciando la venida de los españoles; que llegarian estranjeros á sus islas, cubiertos de duros trajes, con espadas capaces de dividir á un hombre de un tajo, bajo cuya servidumbre viviria su posteridad sujeta. Estos romances, ó areytos, cantaban con funeral voz y cadencia, lamentando la pérdida de su libertad y su esclavitud trabajosa.

Se habian lisonjeado por algun tiempo de que la visita de los blancos seria pasajera, y de que estendiendo sus anchas velas, volverian otra vez los buques á llevarlos al cielo. En su sencillez preguntaban repetidas veces cuándo pensaban volver á Turey. Ya los veian, arraigándose en la isla. Ya veian sus buques ociosos y pudriéndose en el puerto, y repartidas las tripulaciones por los contornos, edificando casas y fortalezas, cuya sólida construccion, diferente de la de sus ligeras cabañas, daba indicios de permanente residencia (1).

Viendo cuán vano era querer librarse por las armas de aquellos invencibles intrusos, concertaron un triste y desesperado modo de incomodarlos. Sabiendo que padecia mucho la colonia por

(1) Las-Casas, Hist. Ind., l. i, c. 106.

falta de provisiones, que contaba para subsistir con las que ellos le darian; y que las fortalezas del interior y los españoles acuártelados por las ciudades estaban en el mismo caso, se convinieron en no cultivar los frutos, maiz y raices que formaban sus principales artículos de manutencion, y en destruir los que ya estaban creciendo; y esperaban asi producir tal hambre, que echase á los estrangeros de la isla. *No conociendo*, dice Las-Casas, *la propiedad de los españoles, los cuales cuanto mas hambrientos, tanto mayor teson tienen, y mas duros son de sufrir y para sufrir* (1). Llevaron en general su plan á efecto, abandonando las habitaciones, devastando los campos y arboledas, y retirándose á las montañas, adonde ha-

(1) Ibidem.

bia abundancia de raices y yerbas para su subsistencia, y tambien de aquella especie de conejos llamados utias.

Esta medida produjo en efecto grande miseria entre los españoles, quienes, sin embargo, tenian recursos del estrangero, y podian soportarla, economizando las provisiones que de cuando en cuando traian sus buques; los más desastrosos efectos de ella cayeron sobre los mismos naturales. Viendo los españoles que guardaban las varias fortalezas, que no solo no habia esperanza de tributo, sino que estaban en peligro de perecer de hambre por efecto de aquella bárbara tala y desercion repentina, persiguieron á los indios, y los obligaron á volver al trabajo. Los que podian escapar se refugiaban en las mas estériles y áridas alturas; huyendo de una en otra guarida, las mugeres con sus hijos en brazos ó á la espalda, y todos desfa-

llecidos de hambre y de cansancio, y agitados con perpétuas alarmas. En los contínuos rumores de la floresta ó la montaña creian oir el paso de sus perseguidores; se ocultaban en húmedas y tristes cavernas, ó en breñosas playas y en las márgenes de los torrentes; y no osando cazar ni pescar, ni aun aventurarse á salir en busca de raices y yerbas, tenian que satisfacer su hambre con alimentos mal sanos. Asi finaron miserablemente millares de ellos de hambre, terror, fatiga, y las varias enfermedades contagiosas que los padecimientos engendran. Al fin se esterminó todo espíritu de oposicion. Los indios que quedaron, se vieron obligados á volver á sus habitaciones, y someterse humildemente al yugo. Tan profundo terror concibieron de sus conquistadores, que se dice que podia ir un español solo y seguro por toda la isla, y aun que lo

llevarian los indios á cuestas de un lugar á otro (1).

Antes de pasar á otros sucesos, será propio dar aqui noticia del destino de Guacanagarí, de quien no se vuelve á tratar en esta historia. La amistad que profesaba á los españoles, le separó de la de todos sus compatriotas, pero no le exoneró de los males comunes de la isla. Quedaron sus territorios, como los de los otros caciques, sujetos á un tributo, que su gente con la general repugnancia al trabajo podia dificilmente satisfacer. Colon, que conocia su mérito y hubiera podido protegerlo, estuvo ausente mucho tiempo, ó en el interior de la isla, ó sufriendo tambien injusticias en Europa. En los intérvalos olvidaron los

(1) Las-Casas, Hist. Ind., l. i, c. 106. — Hist. del Almirante, c. 60.

españoles la hospitalidad y servicios de Guacanagarí, y exigieron ásperamente el tributo. Se vió pues cargado del oprobio de sus compatriotas, y asediado por los clamores y lamentos de sus súbditos. Los estrangeros á quien habia socorrido en el infortunio, y recibido en el seno de su isla nativa, se habian vuelto sus opresores y sus tiranos. Los cuidados, el trabajo, la pobreza y la mano asoladora de la opresion, habian vertido su ponzoña en aquel suelo, y creia Guacanagarí que era él mismo el evocador de tantos males como cayeron sobre su raza. No pudiendo ya resistir el odio de los otros caciques, las quejas de sus súbditos y las estorsiones de sus ingratos aliados, se refugió al fin en las montañas, adonde murió obscura y miserablemente (1).

(1) Charlevoix, Hist. de Sto. Domingo, l. ii.

Oviedo ha hecho un esfuerzo para difamar el carácter de este príncipe indio; pero es indigno de españoles querer disculpar su propia ingratitud mancillando el nombre ageno. Siempre manifestó Guacanagarí á sus huéspedes aquel afecto verdadero que brilla con mayor lustre en los dias obscuros de la adversidad. Hubiera podido seguir mas noble senda en los negocios de la isla, poniéndose de parte de los otros caciques, y consagrándose á arrojar de su suelo natal á aquellos intrusos; pero parece que lo fascinarian su admiracion por los estrangeros, y el afecto personal de Colon. Era magnánimo, liberal, hospitalario y de bello corazon, capaz de gobernar su apacible y sencillo pueblo en los dias felices de la isla, pero no apto, á causa de la suavidad de su carácter, para prosperar en los duros tumultos que se siguieron á la llegada de los blancos.

CAPITULO VIII.

INTRIGAS CONTRA COLON EN LA CORTE DE ESPAÑA. — COMISION DE AGUADO PARA INVESTIGAR LOS NEGOCIOS DE ESPAÑOLA.

[1495.]

Mientras se esforzaba Colon en remediar los males producidos por la mala conducta de Margarite y sus compañeros, aquel infiel comandante, y su capcioso coadjutor el padre Boil, estaban activamente ocupados minando su reputacion en la corte de Castilla. Le acusaron de haber engañado á los soberanos y al público con estravagantes descripciones de los paises que habia descubierto; aseguraron que era la isla Española antes objeto de dispendio que de provecho, é hicieron una triste pintura

de los padecimientos que esperimentaban los colonos, ocasionados, segun decian, por las opresiones de Colon y de sus hermanos. Le acusaban de haber obligado á la comunidad á ejecutar escesivos trabajos en épocas de debilidad y enfermedades; de detener las raciones de los indivíduos bajo triviales pretestos, y en perjuicio de su salud; de imponer severos y despóticos castigos corporales á la gente comun, y de amontonar indignidades sobre los caballeros distinguidos. No hablaban, empero, de las exigencias que habian ocasionado aquellos trabajos estraordinarios; no del ocio y libertinage de la comunidad, que pedia coercion y castigo; ni de las cábalas sediciosas de los caballeros españoles que habian sido tratados mas bien con indulgencia que con severidad. En adicion á estas quejas, pintaban el mal estado y confusiones de la isla, á causa de

la ausencia del Almirante, y lo dudoso de su destino, intimando que probablemente habria perecido en sus locas empresas de esplorar mares desconocidas é inútiles paises.

Estas exageradas y aun falsas representaciones derivaban mucho peso del carácter oficial de Margarite y del padre Boil. Sustentaban el testimonio de estos, otros muchos individuos; los descontentos y facciosos holgazanes de la colonia que habian vuelto con ellos á España. Muchos de ellos tenian respetables parientes, prontos á resentirse con española altanería de los que juzgaban abusos de un arrogante é ignoble estrangero. Asi recibió la popularidad de Colon un vital golpe, y empezó á declinar desde luego. Tambien se minoró la confianza de los soberanos, y se tomaron providencias que manifiestan bien la cautelosa y suspicaz policía de Fernando.

Se determinó comisionar alguna persona de entera confianza, que se encargase del gobierno de la isla, si la ausencia del Almirante continuaba; y que aun en el caso de que hubiese vuelto, examinase los supuestos males y abusos para remediar los que verdaderamente existiéran. La persona propuesta para este dificil cargo fue Diego Carrillo, comendador de una de las órdenes militares; pero por no hallarse preparado para salir inmediatamente con la flota de carabelas que iba á llevar provisiones, escribieron los soberanos á Fonseca, superintendente de los negocios de Indias, mandándole que enviase en los buques algun sugeto de probidad, encargado de las provisiones que llevaban. Estas debia distribuirlas entre los colonos, bajo la supervision del Almirante, ó en su ausencia, de las autoridades de la isla. Tambien debia enterarse del mo-

do con que la isla habia sido gobernada, de la conducta de los funcionarios, de las causas y autores de los supuestos males, y de las medidas que podrian remediarlos. Con estos informes debia volver inmediatamente para presentárselos á los soberanos; pero en caso de que hallase al Almirante en la isla, todo quedaria sujeto á su intervencion. Tambien tomaron los soberanos por aquel tiempo otra providencia que indica el descenso de la reputacion de Colon. El 10 de abril de 1495 se publicó una pragmática, permitiendo á los súbditos españoles establecerse en la isla Española, y emprender viajes particulares de tráfico y descubrimientos á las regiones del Nuevo-Mundo. Para esto se exigian ciertas condiciones.

Todos los buques debian salir esclusivamente del puerto de Cádiz, y bajo la inspeccion de los funcionarios señala-

dos por el gobierno. Los que se embarcasen para Española sin paga y á su propio coste, recibirian tierras, y provisiones para un año, con derecho de retener las tierras y casas que se erigiesen en ellas. De todo el oro que pudieran recoger, podrian conservar la tercera parte, dando las otras dos á la corona. De todos los demas artículos de comercio que la isla producia, solo quedaban obligados á dar la décima parte al estado. Debian hacer sus compras en presencia de los oficiales de la corona, y entregar la contribucion real al funcionario destinado para recibirlas.

Cada buque que se diese á la vela por especulacion de particulares, quedaba obligado á recibir á bordo uno ó dos personas nombradas por el gobierno. La décima parte del tonelage del buque tambien debia quedar á disposicion del gobierno, así como la décima

parte de cuanto trajesen de los recien descubiertos países. Estas regulaciones incluian los bajeles que llevasen provisiones á Española.

Por cada buque particular que saliese, Colon, en consideracion al derecho de la octava parte de que gozaba, quedaba autorizado para fletar otro por su cuenta.

Esta licencia general para hacer viajes de descubrimientos, se concedió á instancia de Vicente Yañez Pinzon y de otros hábiles é intrépidos navegantes, muchos de los cuales habian navegado con Colon. Se ofrecian á hacer los viajes á su propio riesgo y coste. Su ofrecimiento era halagüeño y oportuno. Estaba pobre el gobierno, y las espediciones de Colon, aunque gravosas, tenian objeto demasiado importante para abandonarlas. Por el propuesto medio se presentaba una ocasion propia de obtener

aquellas ventajas, no solo de valde, sino con cierta ganancia. Se concedió pues el permiso sin consultar la opinion ni sentimientos del Almirante. En vano se quejó éste de tal medida, como de una infraccion de sus privilegios, que dañaria á la sucesion de progresivos y bien organizados descubrimientos, por la licenciosa opresion que ejercerian tantos audaces aventureros. Sin duda mucha parte del odio con que se miran los descubrimientos de los españoles en el Nuevo-Mundo, se ha originado en la codicia y vicios de indivíduos particulares.

Precisamente en esta coyuntura, al principio de abril, cuando los intereses de Colon estában en tan crítico estado, llegaron á España los buques mandados por Torres. Traian noticias de la vuelta del Almirante á Española, de su viaje por las costas de Cuba, con las declaraciones y auto que mostraba ser aquel el

estremo del continente asiático, y que habia llegado hasta los confines de los mas ricos paises del oriente. Tambien traian muestras de oro y varios animales y curiosidades vegetales, procuradas en el discurso de este viaje. No podia haberse imaginado mas oportuno arribo. Con él acabaron todas las dudas respecto á la existencia del Almirante, y la necesidad de parte de las medidas de precaucion que iban á tomarse. Los supuestos descubrimientos de las ricas costas del Asia dieron tambien pasagero esplendor á sus empresas, y despertaron de nuevo la amortecida gratitud de los soberanos. El efecto apareció desde luego en sus providencias. En vez de dejar á la direccion de Juan Rodriguez de Fonseca nombrar á quien gustase para la comision de investigaciones que habia de ir á Española, retractaron aquel poder, y nombraron á Juan Aguado.

Fue elegido, porque al volver de Española le habia Colon recomendado altamente al favor real. Se creyó, pues, una prueba de consideracion hácia el Almirante, nombrar para la comision la misma persona de quien él habia espresado opinion tan ventajosa, y que debia suponerse tendria para con su protector un agradecido miramiento.

Fonseca; en virtud de su empleo de superintendente de los negocios de las Indias, y probablemente para halagar su propia animosidad contra Colon, habia detenido una cantidad de oro que don Diego, el hermano del Almirante, traia por su propia cuenta. Los soberanos le escribieron repetidas veces, mandándole no detener el oro, ó si lo habia hecho, que lo volviese sin demora con esplicaciones satisfactorias, y que le escribiese á Colon en términos que pudiera apaciguar la carta el resentimiento

que debió haberle causado su conducta. Se le mandó tambien consultar á los recien venidos de Española sobre el modo de complacer al Almirante, y que tratase de conseguirlo en todas sus disposiciones. Sufrió Fonseca una de las mas severas humillaciones que pueden herir á la arrogancia; la de verse obligado á dar satisfaccion por la altivez de sus procedimientos. Pero esto mismo avivó la malicia que habia concebido contra el Almirante y su familia. Por desgracia, su cargo público y la confianza real que tan injustamente gozaba, le dieron ocasiones de satisfacerla despues por mil insidiosas vias.

Mientras se esforzaban así los soberanos en evitar todo acto que pudiera descontentar á Colon, tomaron ciertas medidas para procurar la tranquilidad de la colonia. Mandaron en una carta al Almirante que se limitase á quinientas

el número de las personas que debian quedar en la colonia, siendo estas bastantes para su servicio, y las demas un inútil fardo y gravámen. Para impedir el descontento futuro respecto á los víveres, mandaron que se repartiesen los comestibles cada quincena; y que no se continuase castigo alguno acortando ó quitando las raciones, por ser injurioso para la salud de los colonos, que necesitaban buenos alimentos para fortificarse y precaverse de las enfermedades incidentes á un clima estraño.

Un hábil y esperimentado metalúrgico, llamado Pablo Belvis, fue á ocupar la plaza del necio Fermin Cado. Llevaba consigo todas las máquinas é implementos necesarios para minar, ensayar y purificar los metales preciosos; y se le concedieron liberal sueldo y muchos privilegios. Tambien se embarcaron varios eclesiásticos para ocupar el

puesto del padre Boil, y de algunos de sus sacerdotes que deseaban salir de la isla. La enseñanza y conversion de los indios continuaba llamando mas y mas la generosa atencion de la reina. En los buques de Torres llegaron muchos de ellos, apresados en las recientes guerras de los caciques. Una real órden mandó que se vendiesen como esclavos en los mercados de Andalucía, segun era costumbre hacer con los negros de la costa de Africa y los prisioneros hechos en la guerra de Granada. Isabel, empero, se habia interesado profundamente en las descripciones del carácter hospitalario y suave de aquellos isleños y de su mucha docilidad. Los descubrimientos se hicieron bajo sus auspicios; se creia patrona especial de los pueblos del Nuevo-Mundo, y anticipaba con piadoso entusiasmo la gloria de conducirlos desde las tinieblas á los senderos de la luz. Se re-

sistia su ánimo compasivo á tratarlos cómo esclavos, aunque lo sancionasen las costumbres de aquel tiempo. Cinco dias despues de la real órden para la venta, escribieron los soberanos al obispo Fonseca, suspendiendo aquel mandato hasta que se averiguase la causa por que habian sido los indios hechos prisioneros, y se consultase á los teólogos si seria su venta lícita á lós ojos de Dios (1). Muchas opiniones diversas emitieron los doctos sobre este asunto; la reina lo decidió segun el dictámen de su pura conciencia y caritativo corazon. Mandó que se volviesen los indios á su pais nativo, y que se conciliase la benevolencia de los isleños por medios suaves, en vez de tratarlos con severidad. Desgraciadamente llegaron sus órdenes

(1) Carta de los soberanos á Fonseca. — Navarrete, Colec. t. ii, doc. 92.

demasiado tarde á Española para conseguir el deseado efecto. Las escenas de guerra y violencia producidas por las pasiones de los colonos y la venganza de los naturales no se habian olvidado. Una mútua desconfianza é intensa animosidad ardia entre ellos, que ningunas medidas posteriores pudieran apagar.

CAPITULO IX.

LLEGADA DE AGUADO Á ISABELA. — SU CONDUCTA ARROGANTE. — TEMPESTAD EN EL PUERTO.

[1495.]

Salió Juan Aguado de España al fin de agosto con cuatro carabelas, bien provistas de comestibles de todas clases para la colonia. Don Diego Colon volvió á Espa-

ñola en la misma flota. Llegó á Isabela el mes de octubre, mientras estaba ausente el Almirante, ocupado en el restablecimiento de la tranquilidad interior. Aguado, como ya se ha dicho, debia favores al Almirante que le habia distinguido entre sus compañeros, recomendándole á los soberanos. Era, empero, uno de aquellos hombres débiles, cuyas cabezas se trastornan á la menor elevacion. Engreido con aquella poca de autoridad personal, se olvidó, no solo del respeto y gratitud debidas á Colon, sino de la naturaleza de su propio cometido. En vez de obrar como agente empleado para recoger informes, tomó el mismo tono autoritativo que si las riendas del gobierno se hubiesen puesto en sus manos. Intervenia en los asuntos públicos; mandó arrestar varias personas; exigió cuentas de los oficiales empleados por el Almirante; y se desentendió de la auto-

ridad de don Bartolomé Colon, que habia quedado de gobernador, durante la ausencia de su hermano. El Adelantado, sorprendido de ver aquella presuncion, pidió le permitiese ver la patente con que obraba; pero Aguado, tratándolo con la mayor altanería, le replicó que solo pensaba mostrársela al Almirante. Mas habiéndolo pensado mejor, para que no quedasen dudas en el espíritu público sobre el derecho de intervencion que usaba, mandó que las credenciales de los soberanos se proclamasen pomposamente al son de trompeta. Eran breves, pero comprensivas, y del tenor siguiente: *Caballeros, escuderos y otras personas que por nuestras órdenes estais en las Indias; os enviamos á Juan Aguado, nuestro caballerizo, que os hablará de parte nuestra. Os mandamos darle entera fe y crédito.*

Entonces circularon los rumores de

que estaba pronta la caida de Colon y su familia, y de que habia llegado un auditor, con poderes para oir y remediar los males públicos. Originó esta voz el mismo Aguado, amenazando hacer rígidas investigaciones, y señalados castigos. Llegó, pues, el tiempo del júbilo de los malvados. Cada criminal se convertia en un acusador; todos los que por culpa ó negligencia habian sufrido las saludables correcciones de las leyes, clamaban altamente contra el despotismo de Colon. Habia hartos males en la colonia; unos incidentes á su situacion, otros producto del mal comportamiento de los colonos; todos se atribuyeron á la defectuosa administracion del Almirante. Le hacian igualmente responsable de los males que causaban ellos mismos, y de sus severos medios de curarlos. Todas las quejas antiguas se reiteraron contra él y sus hermanos, dicien-

do, como de ordinario, que eran estrangeros, y que solo buscaban su propio engrandecimiento á espensas del padecer de los españoles.

Destituido de talentos para conocer lo que era verdadero y lo que era falso en aquellas quejas, y ansioso solo de condenar, veia Aguado por todas partes testimonios conclusivos de la culpabilidad de Colon. Dió á entender, y aun quizá pensaba, que se mantenia el Almirante lejos de Isabela por miedo de sus investigaciones. En la plenitud de su presuncion se determinó á salir con un cuerpo de caballería pára buscarlo. El hombre débil y váno, cuando llega á lograr poder, suele emplear para ejercerlo satélites de su propio género. Los arrogantes y necios subalternos de Aguado estendian la voz por todas partes entre los indios, de que tenia su caudillo grande importancia, y de que pensaba castigar

á Colon severamente. En poco tiempo circuló por toda la isla el rumor de que habia llegado un nuevo Almirante para gobernarlos, y que al antiguo se le iba á dar la muerte.

Las nuevas del arribo é insolente conducta de Aguado llegaron á Colon en el interior de la isla: inmediatamente se dirigió á Isabela para buscarlo, y tambien volvió Aguado sabiendo su venida. Como todos conocian el elevado ánimo de Colon, la alta opinion que justamente tenia de sus propios servicios, y el celo con que mantenia su dignidad pública, anticipaban una violenta esplosion en la próxima entrevista. Aguado tambien pensaba lo mismo; pero, seguro con sus credenciales régias, contemplaba las resultas con la imbécil audacia de los ánimos pequeños. Las consecuencias mostraron cuán dificil es para las almas bajas y estrechas prever la con-

ducta de un hombre como Colon, en situaciones dificiles. Su calor é impetuosidad natural se habian templado en una vida de pruebas y desengaños; habia aprendido á sujetar las pasiones al juicio; tenia un concepto demasiado verdadero de su propia dignidad para entrar en contestaciones con un ligero charlatan como Aguado: sobre todo, reverenciaba profundamente la autoridad de sus soberanos, porque en su ánimo ardiente, inclinado á respetuosos sentimientos, su lealtad era inferior solo á su religion. Recibió á Aguado, pues, con la mas grave y puntillosa cortesía. Este repitió la ruidosa ceremonia de antes, mandando que se proclamasen de nuevo sus credenciales al son de trompetas y en presencia del populacho. Colon las escuchó con solemné deferencia, y aseguró á Aguado de su disposicion y deseo de cumplir, cualquiera que esta

fuese, la voluntad de sus soberanos.

Esta moderacion inesperada sorprendió á los espectadores y desconcertó á Aguado. Iba dispuesto á entrar en una escena de altercaciones, y habia esperado que Colon, en el calor é impaciencia del momento, diria ó haria algo que pudiese construirse como injurioso á la autoridad de los soberanos. Quiso, en efecto, algunos meses despues, procurar de los escribanos públicos que se hallaban presentes, un informe capcioso de la entrevista; pero la deferencia del Almirante por las cartas reales habia sido demasiado notable para poderse disputar, y todos los testimonios le fueron altamente favorables (1). Aguado continuó mezclándose en los negocios públi-

(1) Herrera, Hist. Ind., déc. i, l. ii, c. 18.

cos, y el respeto con que uniformemente le trató Colon, y la blandura de este en todas sus medidas para apaciguar la colonia, se miraron como evidencias de su falta de valor moral. Le consideraba el público como á un hombre decaido, y á Aguado como al númen de los que ascendian. No quedó espíritu bajo en la isla, no quedó cobarde que teniendo real ó imaginaria causa de queja, no se apresurase á pronunciarla; advirtiendo que al paso que daban vado á su malicia, promovian sus intereses; y que disfamando al Almirante, se ganaban la amistad de Aguado.

Tambien los pobres indios, oprimidos por el dominio de los blancos, se alegraban de cambiar de gobierno, esperando vanamente alguna mitigacion en sus padecimientos. Muchos de los caciques que habian prometido sumision al Almirante despues de la derrota de la

Vega, se juntaron en casa de Manacaotex, el hermano de Caonabo, cerca del rio Yagui, desde donde dieròn una queja formal contra Colon, á quien consideraban causa de todos los males que originaron la desobediencia y vicios de sus subalternos.

Aguado considerò concluido el grande objeto de su mision. Habia juntado suficientes informes, segun él creia, para asegurar la ruina del Almirante y de sus hermanos, y se preparó para volver á España. Colon resolvió hacer lo mismo. Conocia que era tiempo de presentarse en la corte, y de disipar la tormenta que la calumnia estaba formando contra él. Tenia activos adversarios de peso é influencia, que buscaban toda ocasion de desacreditarlo á él y á sus empresas. Y como estrangero, carecia de verdaderos amigos en la corte, que se opusiesen á estas maquinaciones. Te-

mia que produjesen en el ánimo real efectos fatales á los progresos de sus descubrimientos: se hallaba, pues, deseosísimo de volver, para esplicar las causas verdaderas de que no hubiesen producido aun sus empresas las ventajas que se esperaban de ellas. No es uno de los rasgos menos singulares de su historia, que despues de haber estado por tantos años persuadiendo al género humano de que habia un mundo que descubrir, tuviese casi igual trabajo en convencerle de que era útil el descubrimiento.

Cuando los buques estaban prontos para marchar, descargó sobre la isla una terrible tormenta: uno de aquellos pavorosos torbellinos que á veces se levantan entre los trópicos, y que llamaban los indios *furicanes*, nombre que con corta variacion conservan todas las lenguas. A la hora del medio dia se le-

vantó un furioso viento del oriente, conduciendo por delante de él densas masas de nubes y vapores. Encontrándose con otro viento tempestuoso del occidente, pareció seguirse un violento conflicto y choque. Desgarraban las nubes incesantes relámpagos, ó mas bien corrientes de fuego eléctrico. A veces se apilaban en altas pirámides hácia los cielos; otras bajaban á la tierra llenando el aire de una temerosa oscuridad mas cerrada que las tinieblas de la media noche. Por donde quiera que pasaba el torbellino arrasaba trechos enteros de las florestas, desnudándolos de hojas y ramas: troncos de formidable tamaño, que resistian á su impulso, los arrancaba de raiz lanzándolos á grandes distancias. Arboledas enteras bajaron de los precipicios de las montañas, trayendo consigo enormes y pedragosos fragmentos de ellas, que con terrífico estruendo se sepultaban en los

valles atajando la corriente de los rios. Los estallidos aterradores del aire y de la tierra, el retumbar de los truenos, el estrépito de las piedras y árboles y rocas que se hundian, puso temor en todos los corazones, y muchos creyeron que hubiese llegado la postrimera hora del mundo. Algunos huyeron por refugio á las cavernas, porque ya no existian sus frágiles mansiones; y estaban llenos los aires de ramas, árboles y aun rocas que en su seno llevaba la furiosa tempestad. Cuando llegó el huracan al puerto, hirió los buques que estaban al ancla, rompió sus cables, y echó tres de ellos á pique con cuanto tenian á bordo. Otros chocaron entre sí, y salieron despedazados á la playa sobre las henchidas olas, que en algunos sitios penetraron tres ó cuatro millas por la tierra. Duró el temporal tres horas. Cuando hubo pasado, y salió el sol de nuevo, se miraban

los indios unos á otros con muda admiracion y horror. Nunca en su memoria, ni en las tradiciones de sus antepasados, visitó á su isla tan terrífica tormenta.—Creian que la Deidad enviaba aquel terrible azote para castigar las crueldades y crímenes de los blancos; y afirmaban que ellos habian movido el aire mismo, el agua y la tierra para perturbar su vida apacible y desolar su isla (1).

CAPITULO X.

DESCUBRIMIENTO DE LAS MINAS DE HAINA.

[1496.]

En el recien pasado huracan perecieron las cuatro carabelas de Aguado, con

(1) Ramusio, t. viii, p. 7. — Pedro Mártir, déc. i, l. 4.

otras dos que habia en el puerto. El solo buque que sobrevivió fue la Niña, y este quedó en malísimo estado. Colon dió órdenes para que se reparase inmediatamente y se construyese otra carabela, de las reliquias que quedaban de las antiguas. Mientras esperaban que estuviesen prontas para darse á la vela, le llegaron nuevas de ciertas ricas minas de oro en el interior de la isla, cuyo descubrimiento se debia á un incidente bastante romántico. Un aragonés jóven, llamado Miguel Diaz, que militaba á las órdenes del Adelantado, habiendo tenido desavenencias con otro español, lo desafió é hirió peligrosamente. Temeroso de las consecuencias, huyó de la colonia, acompañado de cinco ó seis camaradas que habian tenido parte en la querella, ó eran amigos suyos. Errando sin guia por la isla, llegaron por fin á un lugar indio, en la costa del sur, cer-

ca de la desembocadura del Ozema, donde está hoy la ciudad de Santo Domingo. Los recibieron bondadosamente los naturales, hospedándolos por algun tiempo. Estaba la ciudad mandada por una muger, que no tardó en concebir tierno afecto por el jóven aragonés. Diaz no fue insensible á su cariño; se relacionaron mas, y vivieron una temporada juntos y dichosos. La memoria de su patria y de sus amigos empezó sin embargo á insinuarse en los pensamientos del español. ¡Era melancólica suerte la de estar desterrado de la vida social, y de la comunion de sus compatriotas! Deseaba volver al establecimiento, pero temia el castigo que le esperaba de la austera justicia del Adelantado. Su esposa india, viéndolo con frecuencia triste, penetró con la viveza de una muger amante la causa de su descontento. Temerosa de que la abandonaria para vol-

ver con sus compatriotas, se esforzó en buscar medios de atraer á los españoles á aquella parte de la isla. Y como supiese que era el oro el grande señuelo de los blancos, informó á Diaz de ciertas minas ricas que habia en la vecindad. Le propuso que persuadiese á sus paisanos á abandonar las estériles y mal sanas cercanías de Isabela, y á establecerse en las fértiles márgenes del Ozema, prometiéndole que su nacion los recibiria con la mayor satisfaccion y hospitalidad. Agradó aquella sugestion á Diaz. Hizo averiguaciones acerca de las minas, y se convenció de que abundaban en oro. Observó la feracidad y belleza del pais, la escelencia del rio y la seguridad del puerto á donde desembocaba. Se lisonjeó de que la comunicacion de tan buenas nuevas haria su paz en Isabela, y obtendria su perdon del Adelantado. Lleno de estas esperanzas, se procuró

guias de entre los naturales, y despidiéndose por un corto tiempo de su amada, salió con sus compañeros al través de los desiertos para la colonia, que distaba unas cincuenta leguas. Supo al llegar con gozo suyo, que su adversario habia curado de la herida; entonces se presentó desenfadadamente al Adelantado, pensando, como hemos dicho, que sus noticias le procurarian el perdon. No estaba equivocado. No pudo llegar mas oportuna nueva. El Almirante deseaba mudar la colonia á situacion mas sana y ventajosa. Tambien queria llevar á España pruebas conclusivas de la riqueza de la isla, como medio el mas eficaz de acallar las cavilaciones de sus enemigos. Si eran correctas las representaciones de Miguel Diaz, podia cumplir entonces ambos deseos. Tomó inmediatamente medidas para averiguar la verdad. Salió el Adelantado en persona para visitar el

rio Ozema, acompañado de Miguel Diaz, Francisco de Garay, los guias indios, y alguna tropa bien armada. Fueron de Isabela á la Magdalena, y de allí, atravesando la Vega real, al fuerte de la Concepcion. Continuando despues hácia el sur, llegaron á una sierra que atravesaron por un desfiladero de dos leguas de largo, y descendieron á la bella llanura de Bonao. De allí á corta distancia llegaron al rio Hayna, que atravesaba un fértil pais, cuyas corrientes contenian todas mucho oro. En la márgen occidental de este rio, á ocho leguas de su embocadura, hallaron oro mas abundante y en partículas mayores que habian visto en parte alguna de la isla, sin esceptuar la provincia de Cibao. Hicieron esperimentos en varios lugares á unas seis millas en contorno, y siempre con buen éxito. El suelo parecia generalmente impregnado de aquel metal;

de modo que un trabajador comun, con moderados esfuerzos, podria juntar tres dracmas en un dia. En muchos sitios observaron profundas escavaciones en la forma de pozos, que parecian indicar que se habian esplotado las minas en tiempos antiguos; circunstancia que causó mucha especulacion entre los españoles, por no conocer los naturales la mineralogia, y contentarse con las partículas que hallaban en la superficie del suelo, ó en los lechos de los rios.

Los indios de los contornos recibieron á los blancos con su prometida amistad, y se verificaron bajo todos aspectos los informes de Miguel Diaz. No sólo fue perdonado, sino que se le recibió en alto favor, empleándole en várias funciones en la isla, en todas las cuales se condujo con mucha fidelidad. Guardó constante fe á su muger india, de quien, segun Oviedo, tuvo dos hijos. Charlevoix su-

pone que estaban legalmente desposados, porque parece que se bautizó la potentada, á quien siempre se nombra con el apelativo cristiano de Catalina.

Cuando volvió el Adelantado con tan favorable informe, y con las muestras de oro que habia traido, descansó el agitado pecho del Almirante. Dió órdenes para que se erigiese desde luego una fortaleza en las márgenes del Hayna, en las cercanías de las minas, y para que se esplotasen estas diligentemente. Las imaginarias trazas de antiguas escavaciones engendraron una de sus acostumbradas venas de doradas congeturas. Ya habia creido antes que podia ser Española el antiguo Ofir. Entonces se lisonjeaba de haber descubierto las idénticas minas de donde sacaba el rey Salomon el oro para la edificacion del templo de Jerusalen. Suponia que sus buques habrian pasado por el golfo de Per-

sia, y al rededor de Trapobana para llegar á esta isla, que segun su idea, estaba enfrente del estremo del Asia, porque tal creia firmemente que fuese Cuba.

Es probable que permitió Colon en estas congeturas libre vuelo á la fantasía por el lustre que á sus empresas daban, y porque podrian vivificar el amortiguado interés del público. Concediendo, empero, la correccion de su dictámen de hallarse cerca del Asia, error muy natural en el imperfecto estado de la ciencia geográfica, todas sus consiguientes suposiciones estaban muy lejos de poderse llamar estravagantes. El antiguo Ofir se creia situado en el oriente; pero era su posicion precisa punto de controversia entre los doctos, y es aun una de aquellas dudosas cuestiones, sobre las que se ha escrito demasiado, para que sea posible aclararlas jamás.

LIBRO IX.

CAPITULO I.

VUELTA DE COLON Á ESPAÑA CON AGUADO.

[1496.]

La nueva carabela, la Santa Cruz, estando ya concluida, y recompuesta la Niña, tomó Colon disposiciones para su inmediata partida, ansioso de verse libre de la arrogancia de Aguado, y de sacar de la colonia una turba de hombres facciosos y descontentos. Nombró á su hermano don Bartolomé comandante de la isla, con el título que ya le habia concedido de Adelantado: en el caso de su muerte debia sucederle su hermano don Diego. El 10 de marzo salieron para

España las dos carabelas, en una de las cuales se embarcó Colon, y en la otra Aguado. En consecuencia de las órdenes de los soberanos, toda la gente que no era necesária en la isla, y algunos que tenian parientes á quienes deseaban visitar en España, volvieron en aquellas carabelas, que traian doscientos y veinte pasageros, enfermos, ociosos, libertinos y turbulentos habitantes de la colonia. Jamás volvió de tierra de promision chusma mas miserable ni desengañada.

Tambien iban á bordo treinta indios, entre quienes el una vez temible cacique Caonabo, y un hermano y un sobrino suyos. El cura de los Palacios dice que Colon habia prometido al cacique y á su hermano volverlos á su pais y á su poder, cuando hubiesen visitado á los reyes de Castilla. Es probable que esperase, manifestándoles las maravillas de España, la grandeza y fuerza de sus so-

beranos, y por medio de un trato benévolo, grangearse su amistad, y convertirlos en importantes instrumentos para lograr un pacífico y seguro dominio en la isla. Caonabo, empero, era de aquella orgullosa naturaleza, llena de vigor, aunque salvaje, que no puede ser domada. Permaneció, pues, indignado y melancólico cautivo. Tenia demasiada inteligencia para no percibir que su gloria se habia obscurecido para siempre; pero conservó su altanería enmedio de su despecho.

Careciendo aun de esperiencia en la navegacion de aquellas mares, en vèz de tomar Colon el rumbo del norte, para llegar al término de los vientos occidentales, tomó el rumbo del oriente al dejar la isla. Fue la consecuencia haber pasado casi todo el viaje luchando tediosa y trabajosamente contra los vientos constantes y las calmas que prevalecen

entre los trópicos. El 6 de abril estaba aun en la vecindad de las islas caribes, con sus tripulaciones fatigadas y enfermizas; y las provisiones disminuyendo rápidamente. Viró al sur, por consiguiente, para tocar á la mas importante de aquellas islas, y buscar en ella provisiones. El sábado 9 ancló en Marigalante, y al otro dia se dió á la vela para Guadalupe. Era contra la costumbre de Colon levar anclas en domingo cuando se hallaba en el puerto; pero murmuraba la gente, y decia, que para buscar que comer, no era oportuno andar considerando escrúpulos de dia de fiesta.

Anclando en la isla de Guadalupe, se envió á tierra el bote bien armado, para resguardarse de algun ataque de aquellas marciales gentes. Antes de que llegase á tierra, salió de los bosques una multitud de resueltas mugeres, arma-

das con arcos y flechas, y decoradas con plumajes, para oponerse al desembarco. Como la mar estuviese alta, y fuese grande la resaca, se mantuvieron lejos los botes, y dos indios de Española fueron nadando á la orilla. Habiendo esplicado á las Amazonas que los españoles solo buscaban provisiones, en cambio de las cuales darian artículos de mucho valor, se refirieron las mugeres á sus maridos, que estaban al estremo norte de la isla. Al ir alli los botes, se vieron numerosas bandadas de los naturales en la costa, manifestando grande ferocidad, lanzando terribles alaridos, y descargas de saetas, que, sin embargo, caian al agua mucho antes de llegar al bote. Pero como el bote seguia acercándose á tierra, se ocultaron en la floresta vecina, precipitándose con horribles gritos sobre los españoles al momento en que desembarcaban. Una descarga de

armas de fuego los hizo retroceder aterrados á los bosques y montañas, y no halló el bote mas oposicion. Entraron en sus desiertas habitaciones los españoles, y empezaron á destruir y robar, contra las invariables órdenes del Almirante. Entre otros artículos hallaron en ellas miel y cera, que supone Herrera habria venido de tierra firme; pues aquellas gentes aventureras traian en el discurso de sus espediciones los productos de distantes paises. Fernando Colon dice que tambien habia hachas de hierro en sus casas: estas, empero, debian haber sido de una espécie de piedra dura y pesada, que, como ya se ha dicho, se asimilaba al hierro; ó las habrian procurado de sitios visitados préviamente por los españoles, pues está generalmente admitido que no habian jamas los indios usado hierro antes del descubrimiento. Los marineros dijeron tambien, que en una

de las casas habian visto un brazo humano asándose al fuego en un asador, otro de aquellos hechos repugnantes á la humanidad, y que requieren autoridad mas sólida para recibir crédito: los marineros habian cometido odiosas devastaciones en aquellas moradas, y pudieron haber buscado un pretesto para disculpar sus ultrajes á los ojos del Almirante.

Mientras se empleaba alguna gente en tierra acopiando leña y agua, y haciendo pan de casaba, despachó Colon á cuarenta hombres bien armados, que esplorasen el interior de la isla. Volvieron al dia siguiente con diez mugeres y tres muchachos que habian capturado. Las mugeres eran de robusta y poderosa forma y de notable agilidad. Venian en cueros, y llevaban el cabello largo y suelto por la espalda. Entre ellas se hallaba la esposa de un cacique, muger

de grandes fuerzas y altivo ánimo. Al acercarse los españoles, habia huido con tal ligereza, que presto dejó muy distantes á sus perseguidores, escepto á un natural de las Canarias, célebre por su estremada velocidad en la carrera. Hubiera á pesar de todo escapado; pero viendo que la perseguia un hombre solo, se volvió repentinamente contra él, le asió con maravillosa fuerza, y le hubiera ahogado, á no llegar los españoles, que la apresaron empeñada en la lucha, como suele un halcon con su presa. El espíritu belígero de las mugeres caribes, y la circunstancia de hallarlas en tropas armadas defendiendo las fronteras en ausencia de sus maridos, inspiraron á Colon repetidas veces la errónea idea de que algunas de aquellas islas estaban habitadas solo por mugeres; error para el cual, como se ha visto, estaba preparado por los cuentos de Marco Polo, res-

péctivos á la isla de las Amazonas, cerca de la costa de Asia.

Habiendo permanecido varios dias en estas islas, y juntado pan de casaba para tres semanas, se preparó Colon á levar anclas. Como era Guadalupe la mas importante de las islas caribes, y en cierto modo el pórtico ó entrada de las otras, queria asegurar la amistad de sus habitantes. Libertó á todos los prisioneros con muchos regalos para compensar los destrozos que se habian hecho. La muger del cacique, emperо, rehusó volver á tierra, prefiriendo quedarse en compañía de los naturales de Española que iban á bordo, y conservando consigo á una hija jóven. Se habia apasionado de Caonabo, cuando supo que era natural de las islas Caribes. Su carácter é historia, que contaban los indios, habian ganado la simpatía y admiracion de aquella muger intrépida.

Dejando á Guadalupe el 20 de abril, y manteniéndose en unos veinte y dos grados de latitud, de nuevo se abrieron las carabelas su trabajoso camino contra la corriente de los vientos constantes, de modo que el 20 de mayo, despues de un mes de grande labor y fatiga, aun les quedaba que hacer grande parte de su viage. Las provisiones estaban ya tan reducidas, que Colon puso á todos los individuos á bordo á una racion de seis onzas de pan y cuartillo y medio de agua al dia: á medida que avanzaban, era mayor y mas severa la escasez, la cual parecia doblemente terrible por no saberse á bordo la verdadera situacion de los buques. Iban muchos pilotos en las carabelas; pero estando principalmente acostumbrados á la navegacion del Mediterráneo, ó de las costas Atlánticas, se hallaban del todo confundidos, y no supieron hacer sus cálculos al atravesar

el ancho Océano. Cada uno tenia su opinion particular, y se desentendia de la de Colon. A principios de junio habia una hambre general á bordo de los buques. En la estremidad de sus padecimientos, cuando la muerte los miraba cara á cara, propusieron algunos españoles, como desesperada alternativa, dar la muerte á los prisioneros indios, y mantenerse con su carne; otros sugirieron que se arrojasen al mar, cual otras tantas dispendiosas é inútiles bocas. Solo la autoridad de Colon pudo impedir la ejecucion de este último consejo. Les recordó que los indios eran sus prójimos, muchos cristianos como los españoles, y todos con derecho á recibir el mismo trato. Los exhortó á la paciencia, asegurándoles que pronto verian tierra, pues segun los cálculos no podian estar lejos del cabo de san Vicente. Todos se mofaron de tal dictámen, por creerse aun

muy lejos de su deseada patria; afirmando unos que estaban en el canal de Inglaterra, y otros cerca de las costas de Galicia. Cuando el Almirante, seguro de su opinion, mandó que se acortasen velas por la noche, para no llegar en la obscuridad á tierra, murmuraba la tripulacion diciendo que era mejor fracasar en las costas que perecer de hambre en la mar. A la otra mañana vieron con inesplicable gozo la tierra que Colon habia predicho. Desde entonces le miraban los marineros casi como un oráculo en materias de navegacion, y confesaban estar el Almirante profundamente versado en los misterios del Océano.

El 11 de junio anclaron los bajeles en la bahía de Cádiz, despues de un penoso viaje de ocho meses, en el discurso del cual espiró el desgraciado Caonabo. Solo se sabe esta circunstancia, por alguna observacion casual de los escrito-

su importancia se desvaneció con su libertad: apenas se habla de él durante su cautiverio; y aunque adornado de las cualidades innatas de una heróica y alta naturaleza, pereció aherrojado y obscuramente, como pudiera el último hombre del vulgo.

CAPITULO II.

DESCENSO DE LA POPULARIDAD DE COLON EN ESPAÑA. — RECIBIMIENTO QUE LE HICIERON LOS SOBERANOS EN BURGOS. — PROPONE OTRO VIAJE.

La envidia y la malicia habian tenido demasiado buen éxito al barrenar la popularidad de Colon. Es imposible retener vivo por mucho tiempo el interes del público, aun cuando fuese con milagros. El mundo se halla pronto al prin-

cipio á prodigar su admiracion; mas presto se resfria, duda de la justicia del pasado entusiasmo, y sospecha que se le ha defraudado de los aplausos que concedió tan liberalmente. Entonces el caviloso, á quien la general aclamacion hubo acallado, lanza simuladamente una sujestion insidiosa, mina é infama el mérito del favorito, y logra al fin hacerle objeto de censura y sospechas cuando no de absoluta aversion. En menos de tres años se habia familiarizado el público con los estupendos prodigios del recien descubierto mundo, y estaba ya preparado para recibir cualquier insinuacion derogatoria de la fama del descubridor y de sus empresas. . . . . . .

Las circunstancias que acompañaban la actual llegada de Colon, eran poco á propósito para disminuir las preocupaciones del populacho. Cuando la confusa turba de marineros y aventureros,

que se habian embarcado con tan ardientes y estravagantes esperanzas, salió á tierra, en vez de un gentío alegre, que salta de gozo por la playa, lisonjeado con su buen éxito, y cargado de los despojos de las doradas Indias, se vió desembarcar una débil comitiva de miserables, estenuados por las enfermedades de la colonia y las fatigas del tránsito, y sellados los amarillos rostros, dice un escritor antiguo, con el escarnio de aquel oro objeto de su busca; nada mas contaban del Nuevo-Mundo que historias de enfermedades, pobreza y desengaños.

Colon se esforzó, en cuanto le fue posible, en detener el efecto de aquellas desfavorables apariencias, y vivificar el lánguido entusiasmo del público. Habló con detencion de la importancia de sus recientes descubrimientos por la costa de Cuba, donde, segun él, habia llegado

cerca del Aureo Querso neso de los antiguos, y á los lindes de algunas de las mas ricas provincias del Asia. Y sobre todo, se jactaba de su descubrimiento de las abundantes minas del sur de Española, persuadido de que eran las del antiguo Ofir. El público escuchaba estas narraciones con burladora incredulidad; ó si se escitaba un instante al oirlas, pronto apagaban su entusiasmo las tenebrosas pinturas de los desengañados aventureros.

En el puerto de Cádiz encontró Colon tres carabelas mandadas por Pedro Alonso Niño, que iban á darse á la vela con provisiones para la colonia. Casi un año habia pasado sin recibir socorro de esta especie, por haberse perdido en la costa de la península cuatro carabelas que salieron en enero anterior. Habiendo leido las cartas y despachos reales de que era portador Alonso Niño, é infor-

mádose de los deseos de los soberanos y del estado del espíritu público, escribió Colon por los mismos buques, instando al Adelantado á que por todos los medios posibles pusiese la isla en pacífico y productivo estado, tranquilizando las conmociones y descontento, y apresando y enviando á España los caciques y súbditos indios que tuviesen parte en la muerte de algun colono. Le recomendaba la mas infatigable diligencia en esplorar y esplotar las minas recien descubiertas cerca del rio Hayna; y que escogiese aparente lugar en sus inmediaciones, y fundase un puerto de mar. Pedro Alonso Niño se dió á la vela con sus tres buques en 17 de junio.

Habiendo tenido los soberanos noticia del arribo de Colon, le escribieron una favorable carta en 12 de julio de 1496, dándole la bien venida, y convidándolo á pasar á la corte cuando hu-

biese descansado. Los espresivos términos en que estaba concebido este despacho, consolaron el ánimo de Colon, que desde la mision del arrogante Aguado se consideraba fuera del favor de los soberanos, y caido ya en desgracia. Como prueba del abatimiento de su espíritu se refiere, que cuando se presentó aquella vez en España, venia en humildísimo traje, con solo una túnica franciscana y una cuerda ceñida por la cintura; y que se habia dejado crecer la barba, de modo que parecia un fraile. Seria esto probablemente en cumplimiento de algun voto hecho en momentos de angustia ó de peligro: costumbre admitida en aquellos dias, y con frecuencia observada por Colon. Indicaba, empero, mucha humildad y depresion de ánimo; y hacia notable contraste con su apariencia al volver en triunfo del primer viaje. Estaba destinado, en efecto, á dar con-

tínuas pruebas de los reveses á que quedan sujetos los que se han llegado á lanzar desde las seguras costas de la obscura medianía á las ondas fluctuantes de la opinion popular. Por indiferente que le hubiese sido á Colon su porte ó traje, ansiaba mantener vivo el interes de sus descubrimientos, temiendo contínuamente que los detuviera la tibieza que empezaba á manifestarse. Por el camino de Burgos, adonde le esperaban los soberanos, hizo estudiada muestra de lás curiosidades y tesoros que traia del Nuevo-Mundo. Entre estos habia collares, brazaletes, amuletos y diademas de oro, despojos de varios caciques, y que se consideraban como tröfeos ganados á los bárbaros príncipes de la costa del Asia, y de las islas del mar indio. Es evidente ejemplo del mezquino compas con que ya se media el sublime descubrimiento de Colon, que

tuvo que valerse de estos medios para deslumbrar la grosera percepcion de la multitud con el mero resplandor del oro.

Llevaba consigo muchos indios, decorados segun su estilo salvaje, y cubiertos de ornamentos de oro: entre estos, el hermano y sobrino de Caonabo, aquel de edad de treinta años, este de solos diez. Venian á visitar al rey y á la reina, para que tuviesen viva idea del poder y grandeza de los soberanos españoles; despues de lo cual se les volveria libremente á su pais. Cuando pasaban por alguna ciudad principal, mandaba Colon poner un collar y maciza cadena de oro al hermano de Caonabo, como legítimo cacique del dorado pais de Cibao. El cura de los Palacios, que hospedó al Almirante y los cautivos algunos dias, dice que tuvo esta cadena de oro en sus manos, y que pesaba seis-

cientos castellanos (1). Tambien hizo mérito el buen cura de las máscaras indias, é imágenes de algodon y madera, labradas con fantásticos rostros de animales, todas las cuales suponia representaciones del demonio, que pensaba seria el objeto de adoracion de aquellos isleños (2).

Recibieron á Colon los soberanos de diverso modo que él habia anticipado; pues le trataron con distinguido favor, sin hacer indicacion alguna de las quejas de Margarite y Boil, ni de las investigaciones judiciales de Aguado. Aunque estas hubiesen tenido pasajero efecto en el ánimo de los reyes, conocian muy bien los muchos méritos del Almirante y las estraordinarias dificultades de su

(1) Equivalentes á 3.195 pesos fuertes del dia.

(2) Cura de los Palacios, c. 131.

situacion, para no tolerar los que pudieron haber considerado como errores suyos.

Animado por esta favorable acogida, y el interes con que escuchaban los soberanos las narrativas de su reciente viaje por las costas de Cuba, y de los descubrimientos de las minas de Hayna, que no se olvidó de representar como el Ofir de los antiguos, les propuso Colon otra empresa, por la que prometia hacer mas estensos descubrimientos, y unir la tierra firme á sus dominios, pues suponia que fuese Cuba parte de un rico y espléndido continente. Para esto pidió ocho buques; dos que debian salir para Española con provisiones; seis á sus órdenes en un viaje de descubrimientos. Los soberanos le prometieron desde luego satisfacer su deseo, y eran probablemente sinceras estas promesas, aunque estuvo despues la peticion sujeta

á intolerables dilaciones, en parte á causa de la multiplicidad de negocios públicos, en parte por consecuencia de las intrigas de algunos funcionarios: dos adversos ajentes que sin cesar paralizan y deshacen los designios de los príncipes.

Los recursos de España estaban á la sazon agotados por Fernando, cuyo genio ambicioso prodigaba las rentas del estado en guerras y en subsidios. Mientras mantenia contestaciones de profunda y astuta policía con la Francia, para apoderarse al fin del cetro de Nápoles, estaba echando los cimientos de un poder incalculable, por medio de negociaciones, acerca de los matrimonios de sus hijos, que ya iban teniendo la competente edad. Entonces se formó aquella alianza de familia, que despues consolidó tan inmenso imperio bajo su nieto y sucesor Cárlos V.

Al paso que se sustentaba en Italia una grande hueste bajo Gonzalo de Córdoba, para asistir al rey de Nápoles en el recobro de su trono, de que le habia repentinamente desposeido Cárlos VIII de Francia, se requerian otros ejércitos en las fronteras españolas. Amenazada una invasion por los franceses, era necesario tener empleadas escuadras, que guardasen ambas costas de la península; en tanto que una poderosa flota de mas de cien buques, con veinte mil personas á bordo, muchas de la primera nobleza, se despachó acompañando á la princesa doña Juana á Flandes, para celebrar boda con Felipe, archiduque de Austria, y traer á España á su hermana Margarita, destinada para esposa del príncipe don Juan.

Estas estensivas operaciones de amistad y guerra ponian en requisicion todas las fuerzas marítimas y terrestres,

Agotaban el tesoro real y absorvian los pensamientos de los soberanos, obligándolos á viajar de una parte á otra de sus dominios. Con tan importantes é inmediatos cuidados se olvidaban ó posponian fácilmente las empresas de Colon. Habian los descubrimientos sido, hasta entonces, fuente de dispendios antes que de ventajas; y no faltaban artificiosos consejeros siempre prontos á murmurar al oido real, que probablemente continuarian lo mismo. ¿Qué era para el ambicioso Fernando la adquisicion de algunas salvajes, incultas y distantes islas, comparada con la del brillante trono de Nápoles; ó el comercio de príncipes bárbaros y desnudos, comparado con el de los mas poderosos soberanos de la cristiandad? Colon sufrió, pues, la mortificacion de ver formar ejércitos y emplear escuadras en ociosas contiendas sobre diminutos terrenos de Europa, y una

vasta flota de mas de cien velas destinada al fastuoso servicio de convoyar una princesa; mientras solicitaba en vano algunas carabelas para continuar los descubrimientos de un mundo.

Al fin, ya entrado el otoño, se le mandaron adelantar seis millones de maravedises (1) para equipar su prometida escuadra. Precisamente cuando iba á recibir esta suma, llegó carta de Pedro Alonso Niño, que acababa de arribar á Cádiz con tres carabelas de vuelta de la isla Española. En vez de presentarse á la corte en persona, ó de enviar los despachos del Adelantado, fue á visitar su familia á Huelva, llevando los papeles consigo, y escribiendo solo en jactanciosa frase, que tenia una grande su-

(1) Equivalentes á 86.956 pesos fuertes.

ma de oro á bordo de sus buques (1).

Fueron lisonjerísimas estas nuevas para Colon, que infirió de ellas que se estaban ya esplotando las minas, y á punto de realizarse los prometidos tesoros del Ofir. La carta de Niño, empero, estaba destinada á producir el mas injurioso efecto en sus negocios.

Necesitaba el rey en aquel momento caudales para reparar la fortaleza de Salza, en el Rosellon, que habian saqueado los franceses; los seis millones de maravedises que iban á entregarse al Almirante, se mandaron apropiar al reparo del destrozado castillo, dando órden para que se reintegrase aquella suma con parte del oro que traia Niño. Hasta el fin de diciembre que llegó Niño

---

(1) Las-Casas, Hist. Ind., l. i, c. 123, MS.

á la corte, y entregó los despachos del Adelantado, no se descubrió que el oro de que hablaba era una mera locucion figurativa, y que venian cargadas las carabelas en efecto de prisioneros indios, de cuya venta habian de resultar los dichos tesoros.

Es dificil describir los efectos de aquella absurda hipérbole. Las esperanzas de Colon, de grandes é inmediatos provechos sacados de las minas, se apagaron súbitamente; se resfrió el celo de sus amigos, y sus enemigos señalaban con escarnio el ridículo y miserable cargo de las carabelas, como indicativo de las espléndidas riquezas del Nuevo-Mundo. Los informes de Niño y de sus gentes representaban la colonia en condicion desastrosa, y los despachos del Adelantado repetian la necesidad de inmediato socorro; pero á proporcion de la urgencia de esta necesidad eran cor-

tas las medidas que se tomaban para remediarla. Todas las manifestaciones adversas que se habian hecho hasta entonces, respecto á los descubrimientos, parecian corroborarse; y el grito envidioso de *mucho gasto y poco provecho* se repitió de nuevo por aquellos políticos de mezquina sagacidad y ojo microscópico, que pueden discernir en las grandes empresas los dispendios inmediatos, sin tener vista bastante para divisar las ganancias futuras.

CAPITULO III.

PREPARATIVOS PARA EL TERCER VIAJE. — CONTRARIEDADES Y DILACIONES.

[1497.]

Hasta la siguiente primavera de 1497 no recibieron los negocios de Colon y

del Nuevo-Mundo séria atencion de parte de los soberanos. La flota habia vuelto de Flandes con la princesa Margarita de Austria. Sus esponsales con el príncipe don Juan, heredero aparente, se habian celebrado en Burgos, capital de Castilla la Vieja, con esplendor estraordinario. Todos los grandes, dignatarios y nobleza de España, juntos con los embajadores de los principales potentados de la cristiandad, se juntaron en aquella ocasion solemne. Fue Burgos por algun tiempo teatro de suntuosas funciones régias, y todo el reino celebraba con públicos regocijos aquella poderosa alianza, que parecia asegurar á los soberanos de España la continuacion de su prosperidad sin ejemplo.

En medio de estas festividades, Isabel, cuyo materno ánimo estuvo hasta entonces ocupado del establecimiento de sus hijos, ya que se veia libre de aque-

llas tiernas y domésticas atenciones, entró en los negocios del Nuevo-Mundo con un espíritu que manifestaba su determinacion de fijarlos sobre bases sólidas, definiendo al mismo tiempo claramente la autoridad, y premiando los servicios del Almirante. A su patrocinio pueden atribuirse todas las provisiones en favor de Colon; porque el rey empezaba á mirarlo friamente, y todos los consejeros reales, que tenian mas influencia en los negocios de las Indias, eran sus enemigos.

Varias reales órdenes de este tiempo manifiestan la generosa y considerada disposicion de la reina. Los derechos, prerogativas y dignidades concedidas á Colon en Santa Fe, se confirmaron de nuevo: se le ofreció una heredad en Española de cincuenta leguas de longitud y veinte y cinco de latitud, con el título de duque ó de marqués. Tuvo Colon

la moderacion de no aceptar este obsequio, diciendo que solo serviria para aumentar la envidia, ya tan activa contra él, y que le acusarian los colonos de atender mas á la mejora de sus propias posesiones, que al arreglo y felicidad de la isla (1).

Como los gastos de las espediciones habian escedido las ganancias, Colon estaba empeñado por la parte que se le habia permitido tomar en ellas; se le libertó por lo tanto de la obligacion de satisfacer la octava parte del coste de las pasadas empresas, escepto la suma adelantada para el primer viaje; pero tampoco debia pedir porcion alguna de lo que hasta entonces habia venido de las islas. Los tres años siguientes recibiria la octava parte de los productos totales

(1) Las-Casas, Hist. Ind., l. i., c. 123.

de cada viaje, y la décima, ademas, de los productos netos. Al fin de los tres años se continuaria el pacto original.

Para satisfacer la honrosa ambicion del Almirante, y perpetuar en su familia la distincion que sus ilustres hechos habian merecido, se le concedió el derecho de establecer un mayorazgo que descendiese con sus títulos de nobleza. Usó de este derecho poco despues en un solemne testamento ejecutado en Sevilla al principio de 1498, por el cual dejaba sus estados á sus descendientes, varones por línea recta; y en defecto de estos, á los varones descendientes de sus hermanos; en defecto de los cuales, á las hembras de su linage.

El heredero debia usar siempre las armas del Almirante, sellar con ellas, adoptar su rúbrica, y no usar otra antefirma que el sencillo título de *El Almirante*, cualesquiera que fuesen los otros

títulos que le concediesen los reyes, y gozase en otras ocasiones. Tal era el noble orgullo con que miraba este timbre de su verdadera grandeza. En el testamento dejó ámplias mandas á su hijo Fernando, y á sus hermanos el Adelantado y don Diego, intimando que este último tenia deseo de entrar en la vida eclesiástica. Mandó que la décima parte de las rentas de su mayorazgo se dedicase á objetos piadosos y caritativos, y al socorro de las personas pobres de su familia. Dejó tambien mandas para dotar vírgenes pobres de su casa. Ordenó que una persona casada de su familia, hija de su ciudad natal de Génova, se mantuviese en ella con decencia y comodidad, para conservar alli el domicilio de la familia: dispuso que quien quiera que heredase su mayorazgo, hiciese cuanto estuviese á sus alcances por el honor, prosperidad y aumento de la

ciudad de Génova, con tál de que no fuese contrario al servicio de la Iglesia, ni al interés de la corona de España. Entre otras provisiones de este testamento hay un legado solemne para ayudar al rescate del santo Sepulcro. Manda á su hijo Diego, ó á quien herede su estado, depositar cuanto numerario le sea posible en el banco de san Jorge, en Génova, para formar una renta permanente con que hallarse pronto en cualquiera ocasion para seguir y servir al rey en la conquista de Jerusalen. O si no emprendiese el soberano aquella guerra, cuando se hubiesen acumulado bastantes fondos, formar una cruzada á su propio coste y riesgo, con la esperanza de que, viendo su determinacion los reyes, se moviesen á seguir la cruzada ellos mismos, ó á autorizarle á él para seguirla en su nombre.

Ademas de esta empresa en favor de

la fe católica, encarga á su heredero, que en caso de que se levante algun cisma en la Iglesia, ó alguna violencia que amenace su prosperidad, se arroje sin dilacion á los pies del papa, y consagre su persona y bienes á defenderla de todo insulto ó despojo. Despues del servicio de Dios le encarga lealtad al trono, mandándole se halle pronto en todo tiempo á servir á los soberanos y sus herederos, fiel y celosamente, hasta perder por ellos, si es necesario, vida y hacienda. Para asegurar la constante memoria de su testamento, manda á su heredero que antes de confesar se lo entregue á su director espiritual para que lo lea, y examine si se han cumplido fielmente sus condiciones.

Como Colon se habia resentido de la licencia general concedida en abril de 1495 para hacer descubrimientos en el Nuevo-Mundo, considerándola con-

traria á su prerogativa, se publicó un edicto real en 2 de junio de 1497, retractando cuanto pudiese ser perjudicial á sus intereses, ó á las prévias concesiones que por la corona se le habian hecho. Nunca fue nuestra intencion, decian los soberanos en su edicto, afectar de modo alguno los derechos del espresado don Cristóbal Colon, ni permitir que las convenciones, privilegios y favores que le hemos dispensado, se invadiesen ni violasen; sino al contrario, en consecuencia de los servicios que nos ha hecho, pensamos conferirle todavía nuevas gracias. Tal debe por todos títulos creerse era la sincera intencion de la magnánima Isabel; pero la corriente de su régia munificencia se turbó y llenó de ponzoña en los viles é inmundos cauces por donde fluia. Las distinciones concedidas á Colon se estendieron tambien á su familia. Los títulos y preroga-

tivas de Adelantado, con que habia investido á su hermano don Bartolomé, provocaron al principio el descontento del rey, que celosamente queria que todas las altas dignidades de aquella especie se concediesen esclusivamente por la corona. Por una patente real se dió á don Bartolomé aquel empleo, como gracia espontánea de los reyes; sin hacer alusion á su prévio ejercicio de él.

Mientras se tomaban estas medidas para satisfaccion del Almirante, se adóptaron otras en pro de los intereses de la colonia. Se le concedió permiso para llevar á ella trescientas treinta personas pagadas por el tesoro público, de las cuales debian ser cuarenta caballeros, ciento soldados de á pie, treinta marineros, treinta grumetes, veinte mineros, cincuenta labradores, diez hortelanos, veinte artesanos de varios oficios, y treinta mugeres. Posteriormente se per-

mitió aumentar el número hasta quinientos; pero los indivíduos adicionales debian pagarse de los productos y mercancías de la colonia. Tambien se le autorizó para que concediese tierras á los que se hallasen dispuestos á cultivar viñas, huertas, cañas dulces y otros productos rurales, bajo condicion de que habian de permanecer en la isla por cuatro años despues de la concesion hecha; y de que los metales preciosos y palo de brasil que se hallasen en sus tierras, quedasen reservados para la corona.

Ni olvidó el compasivo corazon de Isabel los intereses de los desgraciados indios. A pesar de los sofismas por los cuales se queria hacer su cautividad y servidumbre de derecho divino, y á pesar de sancionarla los políticos prelados de entonces, no consintió Isabel sin la mayor repugnancia en que se esclavizasen ni aun los indios cogidos con las ar-

mas en la mano; mientras se consagró esmeradamente á la proteccion de la parte pacífica de aquella indefensa y desgraciada raza. Mandó que se tuviese el mayor miramiento en la instruccion religiosa de los indios, y la mayor lenidad en recoger los tributos que se les habian impuesto, con toda la indulgencia posible para los que no los pagasen. En efecto, las ordenanzas dadas en los reales edictos con respecto al modo de tratar á indios y europeos, son las solas indicaciones de haber dado oido á las quejas emitidas contra Colon por la severidad de su gobierno. Los soberanos recomendaban generalmente que cuando la pública seguridad lo permitiese, se gobernase sin rigor y con liviano freno.

Al paso que se manifestaban tan favorables intenciones por parte del gobierno, para despachar las espediciones á la colonia, nacieron inesperados obs-

táculos de parte del público. Se habia disipado el encanto que atrajo en el precedente viaje todos los aventureros al servicio de Colon, creando de industria cierto odio hácia sus empresas; y su recien encontrado mundo, en vez de una region de opulencia y maravillas, se consideraba ya como tierra de pobreza y de desastres. Habia dificultades en procurar buques ni gente para el viaje. La primera de estas faltas no pudo remediarse sin uno de aquellos decretos arbitrarios, tan opuestos á nuestras presentes ideas de política mercantil, autorizando á los oficiales de la corona para hacer entrar por fuerza en el servicio los buques que juzgasen convenientes, y sus patrones y pilotos, remunerándolos con la paga que creyesen justa. Para suplir la falta de reclutas voluntarios, se tomó una providencia sugerida por Colon, que muestra la desesperada alter-

nativa á que le habia reducido la reaccion del espíritu público. Fue esta la de conmutar las sentençias de los criminales destinados al destierro, las galeras ó minas, por la de transportacion á las nuevas colonias, á donde deberian trabajar sin paga para el público. Aquellos cuyas sentencias anteriores eran de destierro ó presidio perpétuo, irian solo por diez años; los que estaban sentenciados con plazos fijos, por la mitad del tiempo de su condena. Se publicó un perdon general para todos los malhechores que dentro de un cierto término se presentasen al Almirante y se embarcasen para las colonias; los que habian perpetrado delitos que mereciesen la muerte, servirian en ellas solo por dos años; los de menor culpabilidad, por uno. Unicamente se esceptuaban de este indulto los que habian cometido crímenes especificados, como heregía, traicion, asesinato, etc.;

cte. Esta perniciosa medida, propia para emponzoñar en su misma matriz la poblacion de una comunidad naciente, fue para Colon fructífera causa de turbaciones y de miseria, y de detrimento para la colonia. Frecuentemente se ha imitado despues por varias naciones, cuya superior esperiencia debiera haberles mostrado mejor camino; siempre ha sido la ruina de los establecimientos de esta especie. Tan inhumana accion es para la metrópoli arrojar sus crímenes y vicios á las colonias, como lo seria para una madre ingerir la enfermedad, al propósito, en el cuerpo de sus hijos; ni debe causar sorpresa, si las semillas del mal que así se siembran, producen amarga retribucion algun dia.

A pesar de estos espedientes violentos, todavía hubo ruinosas dilaciones al preparar la propuesta espedicion. Quizá consistieron en el cambio de algunas de

las personas que intervenian en los asuntos de las Indias. Este negociado se consignó por algun tiempo á Antonio de Torres, en cuyo nombre, conjuntamente con el de Colon, estan estendidos muchos de los documentos oficiales. En consecuencia de las altas y exageradas pretensiones de Torres, se le quitó aquel destino, reinstalando en él á Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Badajoz. Tuvieron que hacerse de nuevo los documentos, y formarse los contratos. Mientras lentamente se atendia á estos negocios, hirió una repentina y grave afliccion á la reina, con la muerte de su único hijo el príncipe don Juan, cuyos nupciales se habian celebrado con tanto esplendor en la primavera. Aquella fue la primera de una série de calamidades domésticas que asaltaron su corazon afectuoso, y llenaron de amargura el resto de sus dias. En su infortunio, empero, pensaba

todavía en Colon. En consecuencia de sus vehementes representaciones de la miseria á que la colonia debia ya estar reducida, se despacharon dos buques al principio de 1498, bajo el mando de Pedro Fernandez Coronel, cargados de comestibles. Adelantó la reina misma los fondos necesarios para ello del dote destinado para su hija doña Isabel, apalabrada entonces con don Manuel, rey de Portugal. Tambien dió ejemplo de su deferencia hácia Colon en el tiempo mismo de su infortunio: sus dos hijos Diego y Fernando habian sido pages del difunto príncipe; la reina los recibió con el mismo empleo á su servicio.

Con todo este celo por parte de la reina, todavía sufria Colon las mas injuriosas y mortificadoras dilaciones en los preparativos de los seis buques que aun necesitaba para su viaje. Su frio de corazon y artificioso enemigo Fonseca

tenia la intervencion de los negocios de Indias, y se deleitaba en contrariar y retardar todos sus planes. Los varios empleadillos y agentes que se ocupaban del armamento, eran por la mayor parte dependientes y aduladores del obispo, y sabian que le agradaban con vejar á Colon. Miraban á este como hombre ya sin popularidad, y que podia ser ofendido impunemente; así no escrupulizaban en ponerle delante todas las dificultades imaginables, y aùn le trataban á veces con aquella arrogancia que suelen usar los hombres ignobles y despreciables cuando se ven con un empleo.

Parece en el dia casi increible, que tan importantes y gloriosas empresas hubiesen estado sujetas á estas mezquinas molestias. Colon las sufria con silenciosa indignacion. Era estrangero en la tierra que estaba beneficiando; veia que el aura popular se habia desvanecido, y

que necesitaba tolerar muchas injurias para efectuar sus grandes proyectos. Pero tan cansado y desanimado llegaron á ponerle los impedimentos que á cada paso encontraba, y tanto le disgustaron las preocupaciones del voluble público, que pensó una vez abandonar para siempre los descubrimientos. Solo le indujeron á perseverar su gratitud hácia la reina, y su deseo de hacer algo que pudiese alegrarla y consolar su afliccion. Al fin, despues de toda especie de provocadoras dilaciones, se aprestaron para el mar los seis bajeles, aunque no se pudo conquistar la repugnancia pública lo bastante para alistar el número señalado de gente. Ademas de las personas de que ya se ha hablado, iban tambien en la espedicion un médico, un cirujano, un boticario y varios sacerdotes para reemplazar al padre Boil y á otros frailes descontentos; y tambien hizo embarcar el

Almirante un cierto número de músicos, para alegrar y vivificar el espíritu de los colonos.

La insolencia que Colon habia sufrido de los agentes de Fonseca en todo el dilatado tiempo de los preparativos, le siguió vejando hasta el último instante que pasó en España, y le persiguió hasta la misma orilla del agua. Entre los indignos y bajos entes que tenian por ocupacion injuriarlo, el mas bullicioso y arrogante era un tal Jimeno de Briviesca, tesorero ó contador de Fonseca. Dice el venerable Las-Casas, que no era cristiano viejo; tenia insultador semblante y desenfrenada lengua; y repitiendo los sentimientos de su patron el obispo, habia mal dicho sin límites del Almirante y de sus empresas. A la hora misma en que iba la escuadra á levar anclas, se vió Colon insultar de nuevo por este insolente Jimeno, ó al punto de

embarcarse, ó al acabar de entrar á bordo. En la precipitacion del momento, olvidó el Almirante su apacibilidad ordinaria; se inflamó la indignacion que tanto tiempo habia reprimido; arrojó al suelo al vil adulador, é hiriéndolo con el pie repetidas veces, dió salida en aquel repentino paroxismo á las acumuladas injurias y vejaciones que por tanto tiempo habian atormentado su espíritu.

Nada puede demostrar mejor lo que Colon debia de haber sufrido por las maquinaciones de hombres indignos, que aquella pasion involuntaria, tan rara en su bien concertado ánimo. Sintió mucho semejante ocurrencia; y en una carta escrita algun tiempo despues á los soberanos, les suplica que no permitan le injurie en su opinion, como podria, pues estaba ausente, y era envidiado y estrangero. Las aprensiones manifestadas de este sencillo modo no eran gratuitas;

y Las-Casas atribuye á la mala impresion que produjo este negocio, las humillantes medidas que poco despues tomaron los soberanos respecto á Colon, Habia sucedido cerca, y por decirlo así, bajó el ojo de los reyes; habló por lo tanto á sus sentimientos con mas viveza que pudieran distantes alegaciones. El castigo personal de un empleado público se representó como ejemplo del vengativo carácter de Colon, y una prueba de los cargos de crueldad y despotismo que venian de la colonia. Como Jimeno era criatura del pérfido Fonseca, se presentó el asunto á los reyes bajo un odioso punto de vista. Así las intenciones generosas de los príncipes, y los altos servicios de sus súbditos, suelen deshacerse por la intervencion de egoistas y astutos empleados. Por su implacable hostilidad hácia Colon, y las secretas obstrucciones con que embarazaba la

mas ilustre de las empresas humanas, aseguró Fonseca perpetuidad á su nombre, unida con el desprecio de todos los ánimos generosos.

LIBRO X.

CAPITULO I.

SALIDA DE COLON DE ESPAÑA EN SU TERCER VIAJE. — DESCUBRIMIENTO DE LA TRINIDAD.

[1498.]

El 30 de mayo de 1498 salió Colon de Sanlúcar de Barrameda, con sus seis buques, en el tercer viaje de descubrimientos. Se propuso tomar diferente derrotero que en el primer viaje. Pensaba partir del cabo de las Islas Verdes, y navegar al su-este hasta la línea equinoccial virando entonces al occidente, á favor de los vientos constantes, y siguiendo aquel rumbo hasta llegar á tierra ó á la longitud de Española. Varias considera-

ciones le habian inducido á adoptar este plan. En los viajes precedentes, cuando costeó el sur de Cuba, bajo la creencia de que fuese el continente de Asia, habia observado que se estendia aun mas hácia el sur. De esta circunstancia, y de los informes de los indios caribes, dedujo que un gran trecho de la tierra firme yăcia al sur de los paises ya descubiertos. El rey Juan II de Portugal parece haber tenido una idea semejante: Herrera recuerda la opinion espresada por aquel monarca, de que habia un continente en el Océano del sur (1). Si era así, suponia Colon que en proporcion que se aproximase al ecuador, y estendiese sus descubrimientos á climas mas sujetos á la tórrida influencia del sol, hallaria en las producciones de la naturaleza, sublimadas por sus rayos, mas preciosas y perfectas

(1) Herrera, Hist. Ind., déc. i, l. iii, c. 9.

cualidades. Fortalecia su dictámen una carta que de órden de la reina le escribió Jaime Ferrer, eminente y docto lapidario, que en el discurso de sus viajes en busca de piedras y metales preciosos, habia visitado el levante y varios sitios del oriente, y conversado con los mercaderes de las remotas partes del Asia y del Africa, y con los naturales de la India, la Arabia y la Etiopía. Se suponia á Ferrer instruido á fondo en la geografia general, y mas especialmente en la naturaleza de los paises adonde procuraba sus ricas mercancías. En esta carta le aseguraba á Colon, que segun su esperiencia, los objetos mas raros de comercio, tales como oro, piedras preciosas, drogas y especias, se hallaban principalmente en las regiones de la línea equinoccial, donde los habitantes eran negros ó de color obscuro; y que hasta que llegára á pueblos de aquella espe-

cie, no creia que hallase tales artículos en mucha abundancia (1).

Colon esperaba encontrarlos hácia el sur. Se acordaba de que los naturales de Española habian hablado de ciertos negros que vinieron una vez á su isla, del sur y del su-este, las puntas de cuyas lanzas eran de una especie de metal que ellos llamaban guanin. Le habian dado muestras de él al Almirante; y ensayadas en España, se vió que se componian de diez y ocho partes de oro, seis de plata, y ocho de cobre; prueba de la riqueza de las minas del pais á donde se habian hecho. Charlevoix conjetura que vendrian aquellos negros de las Canarias, ó de la costa occidental del Africa, y que los arrojaria alguna tempestad á

(1) Navarrete, Colec. t. ii, documento 68.

las de Española (1). Es probable, empero, que estuviese Colon equivocado en cuanto al color, por haber entendido mal á los indios; pues parece dificil que los naturales del Africa ó de las Canarias hubiesen acabado viaje de tanta magnitud en las frágiles é improvistas barcas en que navegaban.

Para averiguar la verdad de estas suposiciones, y en caso de que fuesen correctas, llegar á los favorecidos y opulentos climas del ecuador, habitados por gente de color, semejante á las africanas que viven bajo la línea, tomó Colon en el tercer viaje al Nuevo-Mundo una direccion mucho mas al sur que las que habia seguido antes.

Habiendo sabido que cruzaba una

---

(1) Charlevoix, Hist. Sto. Domingo, l. iii, p. 162.

escuadra francesa por el cabo de San Vicente, volvió al sud-oeste al salir de Sanlúcar; y tocando á las islas del Puerto-Santo y Madeira, donde tomó leña y agua, continuó su viaje á las Canarias. El 19 de junio llegó á Gomera, donde estaba anclado un corsario francés con dos presas españolas. Al ver entrar en el puerto la escuadra del Almirante, se dió el capitan francés al mar inmediatamente, seguido de sus presas; una de las cuales, en la precipitacion del momento, dejó parte de la tripulacion en tierra, haciendo vela con solo cuatro hombres y seis prisioneros españoles. Colon creyó al pronto que serian buques mercantes, alarmados por su guerrera apariencia; cuando supo la verdad, envió tres bajeles á perseguir á los fugitivos, aunque estaban ya demasiado lejos. Pero los seis españoles que iban á bordo de una de las presas, viendo que tenian ayuda

cercana, se volvieron contra sus captores; y habiendo llegado un buque del Almirante, se recobró la presa, y se trajo en triunfo al puerto. Colon cedió el buque al capitan, y entregó los prisioneros al gobernador de la isla, para que los cangease por seis españoles de los que estaban á bordo del corsario.

Dejando la Gomera en 21 de junio, dividió Colon su escuadra fuera de la isla de Ferro: envió tres buques directamente á Española con provisiones. Mandaba uno de ellos Alonso Sanchez de Carbajal, natural de Baeza, marino de mucha intrepidez y honrosos sentimientos; el segundo Pedro de Arana, cordobés y hermano de doña Beatriz Enriquez, la madre de Fernando Colon. Tambien era primo del desventurado gefe que gobernaba la fortaleza de la Navidad, cuando la destruyó Caonabo. El tercero iba á las órdenes de Juan Antonio Columbus

de julio, salió Colon para el sud-oeste con ánimo de continuar hasta la línea equinoccial. Pero las corrientes que iban hácia el norte y nor-oeste entre aquellas islas, impedian su progreso, y le tuvieron dos dias enfrente de la isla del Fuego. Su cima volcánica, que desde lejos parece una iglesia con su torre, y que se decia arrojar á veces llamas y humo, fue el último punto que vieron del Antiguo-Mundo.

Continuando al sud-oeste unas ciento y veinte leguas, se vió el 13 de julio, segun sus observaciones, en el quinto grado de latitud norte. Habia entrado en la region que se estiende por ocho ó diez grados á cada parte de la línea, y se conoce entre los marineros por el nombre de las látitudes calmosas. Los vientos constantes del su-este y nor-oeste se encuentran y neutralizan cerca del ecuador, y producen aquella calma pe-

renne de los elementos. Toda la mar está como un espejo, y los bajeles casi siempre inmobles y con decaidas velas: las tripulaciones jadeando bajo el calor de un sol vertical, que jamas mitiga ninguna fresca brisa. Semanas se pasan á veces para cruzar este muerto trecho del Océano.

El tiempo habia estado por algunos dias nebuloso y opresivo; pero el 13 salió un sol brillante y abrasador. Cayó de pronto el viento, y empezó una profunda bochornosa calma que duró ocho dias. El aire parecia un horno; se derretia la brea, y se abrian las junturas de los buques; se pudrió la carne salada; se secó el trigo como si le hubiesen puesto al fuego; los aros se desprendieron de los barriles de agua y de vino, algunos de los cuales se vertieron, y reventaron otros; y era tan escesivo el calor en los camarotes, que no permitia á la

gente estar en ellos bastante tiempo para remediar los males que estaban sucediendo. Los marineros perdieron la fuerza y el ánimo con aquel ardor insoportable. Parecia que iba á realizarse la antigua fábula de la zona tórrida, y que se acercaban á una region de fuego, adonde no se podia existir. Es verdad, que los cielos estuvieron encapotados parte de este tiempo, y que caian abundantes aguaceros; pero la atmósfera continuaba cargadísima, y combinados en ella el calor y la humedad que tanto relajan la energía de la máquina humana.

En este tiempo sufrió el Almirante estremadamente de la gota; pero como de ordinario, la actividad de su ánimo, junta con la natural ansiedad en que se hallaba, no le permitieron indulgencia ni reposo. Estaba en partes ignotas del Océano, adonde todo dependia de su sa-

gacidad y vigilancia; y era forzoso observar cuidadosamente los fenómenos de los elementos, y los signos que pudiesen presentarse de cercana tierra. Viendo que era el calor tan insufrible, alteró su curso, tomando el rumbo del sud-oeste, con la esperanza de hallar mas lejos una temperatura templada, aun cuando fuese en el mismo paralelo. Habia observado en los viajes anteriores, que despues de navegar cien leguas occidente de las Azores, cambiaban mucho la mar y el cielo, suavizándose ambos, y templándose y refrescándose el aire. Imaginaba que prevalecia una singular blandura y clemencia en el clima de cierta banda del Océano estendida de norte á sur, en la cual el que navegase de este á oeste entraria de repente como si cruzara una línea. El suceso pareció justificar aquella teoría. Despues de seguir su lento camino por algun

tiempo hácia el occidente, atravesando calores y calmas, en una lóbrega y bochornosa atmósfera, salieron súbitamente los bajeles á ciertas rejiones plácidas, adonde agradables y frescas brisas rizaban la superficie de las aguas, y llenaban suavemente las velas. Se quebraron las pesadas y lloviznosas nubes; se aclaró y serenó el cielo, y lució el sol en todo su esplendor, pero con rayos no tan abrasadores.

Pensaba Colon, al llegar á aquella templada banda, virar otra vez al sur, y luego al occidente; pero habian padecido tanto los buques, estaban tan abiertos, y hacian tanta agua, que era necesario buscar cuanto antes algun puerto cómodo adonde rehabilitarlos. Tambien se habian perdido las mas de las provisiones, y casi acabádose el agua. Tomó pues el rumbo directo del occidente, confiado, por el vuelo de las aves y otras

indicaciones favorables, en que presto veria tierra. Dias y dias pasaron sin que se realizase su esperanza. La calamidad y miseria de la tripulacion era cada vez mas urgente; y suponiéndose en la longitud de las islas Caribes, viró al norte en busca de ellas, con ánimo de reparar allí sus buques, y proceder luego á Española (1).

El 31 de julio ya no quedaba mas de un barril de agua en cada buque, y el Almirante esperimentaba grande ansiedad. Al medio dia, un marinero llamado Alonso Perez, que estaba por acaso en las gábias, vió las cimas de tres montañas levantarse en el horizonte. Inmediatamente dió el grito de tierra con inesplicable gozo de la tripulacion. Al aproximarse los buques se observó que

(1) Hist. del Almirante, c. 67.

las tres montañas se uuian en su base. Colon habia determinado consagrar la primer tierra que viese, á la santísima Trinidad. La apariencia de aquellas tres montañas unidas en una, le pareció, en su devocion solemne, casi misteriosa coincidencia; y asi dió á la isla el nombre de la Trinidad, que conserva todavía (1).

CAPITULO II.

VIAJE POR EL GOLFO DE PARIA.

[1498.]

Dirigiendo la proa á la isla, llegó Colon á su estremidad oriental, á la que dió el nombre de punta de la Galera, por

(1) Ibidem.

tener una roca del mar la figura de un bajel á la vela. Tuvo que esplorar cinco leguas de la costa del sur antes de poder llegar á un anclaje seguro. Al otro dia, primero de agosto, continuó costeando hácia el occidente, en busca de agua y de un buen puerto en que carenar los buques. Le sorprendieron la verdura y feracidad del pais, habiendo esperado hallarle estéril y quemado por su cercanía al ecuador; vió magníficas arboledas y palmares, ricas florestas que llegaban hasta el mar, con manantiales y fuentes en sus sombras. Las costas eran bajas y desiertas; pero se elevaba la tierra hácia el interior, estaba cultivada en muchos lugares, y embellecida con aldeas y separadas habitaciones. En una palabra, la suavidad y pureza del clima, y la verdura y fragancia de los campos le parecieron á Colon comparables á las delicias de la temprana primavera, en

la hermosa provincia de Valencia en España (1).

Anclando en la que él llamó punta de la playa, envió los botes á tierra por agua. Allí con gozo suyo hallaron los marineros un abundante y cristalino arroyo en que llenaron sus cascos. Pero no habia puerto seguro para los buques, ni podian encontrar á ningun isleño, aunque hallaron huellas de sus pies, y varios aparejos de pesca, que habian abandonado en la precipitacion de su fuga. Tambien observaron huellas de animales que los marineros supusieron cabras, pero debian haber sido de los muchos ciervos en que, como se vió despues, abundaba la isla.

---

(1) Carta de Colon á los soberanos desde Española. — Navarrete, Colec. t. i.

Mientras asi la costeaban, el primero de agosto, vió Colon tierra al sur, estendiéndose desde lejos por mas de veinte leguas. Era aquel trecho bajo de costa que interceptan los numerosos brazos del Orinoco; pero el Almirante, suponiendo que fuese una isla, le dió el nombre de isla santa; no imaginando, que entonces, por la vez primera, veia el continente, la tierra firme que con tantos desvelos habia buscado.

El 2 de agosto continuó navegando al sud-oeste de la Trinidad, á cuyo cabo puso punta del Arenal. Se adelantaba hácia un promontorio correspondiente de tierra firme, formando un estrecho paso con una roca alta en el centro, á que dió el nombre del Gallo. Cerca de este paso anclaron los buques. Al aproximarse á él salió de tierra una grande canoa con veinte y cinco indios dentro, y llegando á tiro de ballesta, saludó á los

buques en idioma que nadie á bordo entendia. Deseando ver mas de cerca aquella gente, y hacerles preguntas acerca de su pais, probó Colon atraerlos á bordo con amistosos signos, y enseñándoles espejos, vasijas de metal pulido, y varios juguetes relumbrantes; pero todo fue en vano. Siguieron contemplando los bajeles en muda maravilla por mas de dos horas, pero con los canaletes en la mano, y prontos á huir, al ver la menor intencion de acercárseles. Se hallaban sin embargo bastante próximos para distinguirlos bien. Eran jóvenes, bien formados, con cabello largo y mas blancos que todos los indios vistos hasta entonces. Estaban desnudos, escepto la cabeza que traian ceñida con bandas y redecillas de algodon, y los lomos que cubrian y rodeaban telas de varios colores. Venian armados de arcos y flechas, estas con plumas y puntas de

hueso; y tambien traian escudos que los defendiesen. Nunca se habia visto antes tal pieza de armadura entre los habitantes del Nuevo-Mundo.

Viendo que eran ineficaces todos sus esfuerzos para atraerlos, quiso Colon probar el poder de la música. Sabia cuánto gustaban los indios de bailar al son de sus rústicos tamboriles, y al canto de sus romances tradicionales. Mandó que se ejecutase una escena análoga á bordo del buque, adonde mientras cantaba un marinero al son del tambor y de otros instrumentos, bailarian los grumetes segun la costumbre española. Mas no bien empezó la sinfonía, cuando los indios, equivocándola por una señal hostil, levantaron los escudos al pecho, asieron de los arcos, y dispararon una descarga de saetas. Esta ruda salutacion recibió respuesta de las armas de dos ballesteros, que los pusieron en preci-

pitada fuga, y acabó así aquella singular escena.

Aunque tan temerosos del buque del Almirante, se acercaron sin pavor ni duda á una de las carabelas, y poniéndose bajo la popa tuvieron parlamento con el piloto que le dió un gorro y un manto al que parecia gefe. Gozosísimo con el regalo, convidó al piloto á ir á tierra, adonde le trataria bien, dándole otros regalos en cambio. Cuando dió su consentimiento, se fueron á la playa á esperarlo. El piloto mandó su bote para pedir licencia al Almirante; visto lo cual por los indios, sospecharon alguna traicion, y saltando en su canoa huyeron con velocidad increible, y no se les volvió á ver (1).

---

(1) Hist. del Almirante, c. 88. — Pedro Mártir, déc. i, l. vi. — Las-Casas,

El color y otros caracteres físicos de estos salvajes causaron mucha sorpresa y especulacion en el ánimo del Almirante. Suponiéndose en el séptimo grado de latitud, aunque estaba en el décimo, habia esperado hallar los naturales semejantes á los del África bajo el mismo paralelo, negros, mal formados y con pelo crespo ó mas bien lana; y eran, al contrario, aquellos indios de bella forma, con cabellos largos, y mas blancos que los que vivian menos próximos al ecuador. Tambien el clima que debia ser mas cálido en las cercanías de la línea, parecia mas templado. Estaba en la canícula, y sin embargo refrescaban tanto las noches y las mañanas, que les precisaba cubrirse como en invierno. Así

Hist. Ind., l. i, c. 133, MS. — Carta de Colon á los soberanos de Castilla. — Navarrete, Colec. t. i.

sucede en muchas partes de la zona tórrida, especialmente en tiempos calmosos y sin viento. La naturaleza templa el calor del suelo en aquellas latitudes durante la noche con abundantes y duraderos rocíos. Quedó Colon al principio perplejo al observar tales contradicciones del órden natural, segun la observacion del Antiguo-Mundo: tambien se oponian á las esperanzas que habia fundado, siguiendo la teoría de Ferrer el lapidario; pero contribuyeron mucho á la formacion de otra teoría que se estaba combinando en su activa imaginacion, y de que se hablará á su tiempo.

Despues de anclar en la punta del Arenal, se permitió á las tripulaciones ir á tierra y resfrescarse en los bosques umbríos y verdes praderías de la isla. No hallaron manantiales de agua; pero abriendo pozos en la arena, pronto obtuvieron bastante para llenar sus cascos.

Colon vió entre tanto que era su anclaje estremadamente peligroso. Pasaba una corriente rápida desde el oriente, por el estrecho formado entre la tierra firme y la Trinidad, fluyendo, segun él dice, dia y noche con tanta furia como el Guadalquivir cuando sale de madre. En el paso entre la punta del Arenal y la que le correspondia en tierra firme, la corriente se hallaba estrechada, y rugía y parecia hervir hasta tal punto, que pensó Colon que la cruzarian bancos y rocas, impidiendo la entrada con otras que habia mas distantes, sobre las cuales resonaban las ondas como sobre los escollos de una costa pedragosa. A este paso, por su airada y temible apariencia, le dió el nombre de Boca de la Sierpe. Se hallaba, pues, entre dos dificultades: las contínuas corrientes parecian impedir su vuelta por un lado, mientras las rocas que asediaban el otro, amenazaban

destruir al que intentase pasarlas. Estando á bordo de su buque, ya tarde por la noche, despierto á causa de los dolores de su enfermedad y de los cuidados de su ánimo, oyó un terrible bramido hácia el sur. Al mirar en aquella direccion, vió levantarse la mar en la forma de una grande colina, cubierta de espuma, tan alta como un navío, y precipitarse hácia el bajel con nunca oido estrépito. Al acercarse esta terrible ola, mas terrible y pavorosa en la obscuridad de la noche, tembló por la seguridad de sus buques. Su propia nao se levantó con violencia á tal altura, que temió Colon que se volcase ó cayese sobre las rocas. Arrastró tambien otro buque de su anclaje y le puso en eminente peligro. Las tripulaciones se vieron consternadísimas, y temieron perecer en aquel movimiento y violencia de las aguas; pero pasó y se desvaneció la mon-

tañosa ola despues de un grande choque con la contra-corriente del estrecho (1). Se supone que causaria esta convulsion repentina el aumento de aguas de alguno de los rios que entran en el golfo de Paria, desconocido aun á Colon.

Deseando salir de aquella vecindad peligrosa, envió botes á la otra mañana á sondear el agua de la Boca de la Sierpe, y averiguar si era ó no posible para los buques pasar por ella al norte de la isla. Volvieron con grande gozo, diciendo que habia muchas brazas de agua, y corrientes por ambos lados para entrar ó salir pòr él. Y como se levantase una brisa favorable, se dió al punto á la vela; y pasando seguro por el formidable

(1) Carta de Colon á los soberanos de Castilla, Navarrete, Colec. t. i. — Herrera, Hist. Ind., déc. i, l. iii, c. 10. — Hist. del Almirante, c. 69.

estrecho, se vió pronto mas allá de él, salvo y en una mar tranquila. Estaba en el lado interior de la isla. A la izquierda se estendia aquel dilatado golfo conocido despues con el nombre de Pária, que suponia fuese la mar, hasta que gustando el agua, vió con sorpresa que era dulce. Continuó navegando hácia el norte, con direccion á una montaña del nor-oeste de la isla, catorce leguas de la punta del Arenal. Allí vió dos elevados promontorios, uno enfrente de otro, el primero en la isla de la Trinidad, y el otro al oeste en el cabo de Pária, que se dilata desde el continente y forma el lado del norte del golfo; pero creyéndolo Colon una isla, le dió el nombre de la isla de Gracia.

Entre estos cabos habia otro pasaje mas peligroso que la Boca de la Sierpe, por estar rodeado de breñas, entre las cuales forzaba la corriente su paso con

rugidora turbulencia. A este le dió Colon el nombre de Boca del Dragon. No queriendo chocar con sus aparentes peligros, viró al norte el domingo 5 de agosto, y navegó por el interior de la supuesta isla de Gracia, con intencion de continuar hasta ver el fin de ella, y virar de nuevo entonces al norte, entrar en alta mar y dirigirse á Española.

Era una hermosa costa, toda llena de puertos; los campos cultivados en muchos lugares, cubiertos de árboles frutales unos, de magestuosas florestas otros, y regados por muchos rios. Lo que mas admiraba á Colon era que fuese dulce el agua, y mejor mientras mas adelantaba; pues se hallaba en la estacion del año en que los varios rios que desembocan en el golfo, vienen hinchados por las lluvias, y vierten tales cantidades de agua dulce, que neutralizan la sal del Océano. Tambien le sorprendió la

suave placidez del mar, que parece tan tranquilo y seguro como un grande puerto; y así, no habia necesidad de buscar anclaje.

Hasta entonces le fue imposible tener comunicacion alguna con los habitantes de aquellas regiones del Nuevo-Mundo. Las costas que habia visitado, aunque cultivadas á veces por la mano del hombre, estaban silenciosas y desiertas; y escepto la gente fugitiva que ocupaba la canoa de la punta del Arenal, no habia visto los naturales. Deseaba en estremo encontrar algun ente humano que rompiese aquel silencio y le diese noticias del pais. Despues de navegar muchas leguas por la costa, ancló el lunes 6 de agosto en un sitio en que vieron señales de cultura, y envió botes á las playas. Hallaron huellas de hombres, fuegos que habian encendido, restos de peces asados, y huellas por donde

acababan de pasar; tambien habia una casa sin techo ni individuo alguno dentro. La costa era montañosa, cubierta de bellas arboledas frutales, y abundante en monos. Siguiendo hácia el occidente, á donde era mas igual la tierra, ancló Colon en un rio.

Inmediatamente se acercó una canoa con tres ó cuatro indios á la carabela mas inmediata de la orilla, cuyo capitan, fingiendo que deseaba acompañar los indios á tierra, saltó á su canoa, la volcó, y con la ayuda de los marineros aseguró á los indios que iban nadando. Cuando se los trajeron al Almirante, presto disipó su miedo con la benignidad acostumbrada; les dió cuentas, cascabeles y azucar, y los envió contentísimos á tierra, á donde los aguardaban sus compatriotas. Este buen trato tuvo, como solia, los mas favorables efectos. Los indios que poseian canoas,

de rama en rama innumerables pájaros de espléndido plumage. Era el aire suave y templado, y estaba lleno de la fragancia de las flores; y mil ricas fuentes y cristalinos arroyos conservaban universal frescura y lozanía en las plantas. Tanto agradó á Colon la amenidad de aquella parte favorecida de la costa, que le puso el nombre de los Jardines.

Vinieron innumerables indios en sus canoas, que eran de mejor construccion que todas las hasta entonces vistas, grandes y ligeras, y con un camarote en medio para el uso del amo y su familia. Convidaron á Colon en nombre de su rey á saltar en tierra. Muchos traian collares y láminas bruñidas al rededor del cuello de aquella especie inferior de oro, llamado guanin por los indios. Decian que venia de un pais que señalában con la mano, no lejos de allí al occiden-

te; pero añadian que era peligroso el viaje, ó porque los habitantes fuesen caníbales, ó el sitio lleno de animales venenosos. Pero lo que repentinamente llamó la atencion y despertó la avaricia de los españoles, fue ver al rededor de los brazos de algunos de ellos sartas enteras de perlas. Le dijeron á Colon que las cogian en la costa, al norte de Pária, que él suponia aun isla; y le enseñaron las conchas de madre perla de donde las habian tomado. Deseoso de adquirir mas informes, y de procurarse muestras de perlas que enviar á España, despachó los botes á la orilla. Al desembarcar los españoles, salieron muchos indios á recibirlos, mandados por el primer cacique y su hijo. Los trataron con profundo respeto como descendientes del cielo, y los llevaron á una casa espaciosa, residencia del cacique, á donde los festejaron con sencillez y hospitali-

dad : consistia el banquete en pan, frutas de escelente gusto, y las variedades de licor de que ya se ha hablado. Mientras estuvieron en la casa, se mantuvieron todos los hombres á un lado, y las mugeres á otro. Acabada la colacion del cacique, fueron en casa de su hijo, que les dió otra semejante. Era gente muy afable, aunque poseia al mismo tiempo mas intrepidez, ánimo y aire marcial que los hijos de Cuba y de Española. Aunque tan cerca de la línea equinoccial, dice Colon, eran mas blancos que ningunos de los que hasta entonces habia visto, cuando él esperaba hallarlos del color de los etíopes. Llevaban adornos de oro, pero de inferior calidad : un indio tenia un pedazo del tamaño de una manzana. Habian domesticado muchas especies de loros: una de verde claro, con cuello amarillo, y las puntas de las alas de brillante carmin; otras del ta-

maño de gallinas, de escarlata subida, con algunas plumas azules en las alas. Daban francamente sus loros á los españoles; pero lo que estos mas codiciaban, eran las perlas, de que vieron muchos collares y brazaletes entre las mugeres indias, que los cambiaban alegres por cascabeles ú otros juguetes de metal, y así se juntaron hermosas muestras de perlas que mandó el Almirante á los soberanos (1).

La bondad y buen acogimiento de estas gentes era mas apreciable por la inteligencia y franqueza marcial que su porte indicaba. Parecian dignos del bello pais en que vivian. Era causa de mucho sentimiento para ellos y para los españoles el no poder entenderse. Hablaban,

(1) Carta de Colon. — Herrera, Hist. Ind., déc. i, l. iii, c. ii. — Hist. del Almirante, c. 70.

empero, por signos: la mútua benevolencia hizo su comercio fácil y agradable; y á la hora de vísperas volvieron á bordo los españoles, altamente satisfechos de sus huéspedes.

CAPITULO III.

CONTINUACION DEL VIAJE POR EL GOLFO DE PARIA. — VUELTA Á ESPAÑOLA.

[1498.]

La cantidad de perlas finas halladas entre los naturales de Pária era bastante para inflamar las vehementes anticipaciones de Colon. Corroboraba este hallazgo la teoría de Ferrer, el docto lapidario, indicando que á medida que se aproximase al ecuador, encontraria en mayor abundancia las mas raras y preciosas producciones de la naturaleza.

Su imaginacion activa se llenaba con innata rapidez de cuantas circunstancias locales parecian favorecer sus deseos, y combinándolas deducia de ellas las mas brillantes consecuencias. Habia leido en Plinio que se engendran las perlas de las gotas de rocío que caen en las bocas de las ostras: si así era, ¿qué lugar mas propicio para su nacimiento y multiplicacion que la costa de Pária? El rocío en aquellas regiones era grueso y abundante, y habia tal plenitud de ostras, que se suspendian en racimos de las raices y ramas de la orilla del agua. Cuando entraba en el mar una rama y se sacaba despues de algun tiempo, salia cubierta de ostras. Las-Casas, observando las altas conclusiones de Colon, dice, que el marisco de que se acaba de hablar, no era de la especie que produce las perlas, la cual, por natural instinto, como si supiese la carga preciosa quc en

sí lleva, se oculta en las mas profundas aguas (1).

Imaginando todavía que la costa de Pária fuese una isla, y deseoso de circunnavegarla y de llegar al sitio adonde decian los indíos que abundaban las perlas, salió Colon de los Jardines el 10 de agosto, y continuó costeando por el golfo hácia el occidente, en busca de una salida para el norte. Vió porciones de tierra firme hácia el estremo del golfo, que supuso fuesen islas, y les llamó Isabeta y Tramontana, imaginando que la deseada salida estaria entre ellas. Al paso que adelantaba, disminuia y se dulcificaba el agua, hasta que no se atrevió á ir mas lejos con su buque, demasiado grande para aquella especie de descubrimientos, pues requeria tres brazas de agua. Ancló,

(1) Las-Casas, Hist. Ind., c. 136.

pues, y envió una pequeña carabela llamada el Correo, para averiguar si habia salida al Océano entre las supuestas islas. Volvió la carabela al dia siguiente diciendo, que al estremo occidental del golfo habia una abertura de dos leguas, que conducia á un golfo interior circular, rodeado de cuatro aberturas que parecian pequeños golfos, ó mas bien bocas de rios, de donde fluian grandes cantidades de agua dulce que desalaban el mar vecino. En efecto, por una de aquellas bocas sale el grande rio Cuparipari, ó como se llama ahora, el Pária. A este golfo interior y circulár dió Colon el nombre de golfo de las Perlas, por la equivocada idea de que abundaban en sus aguas, aunque de hecho no existen. Todavía imaginaba que las cuatro aberturas del golfo serian intérvalos entre las islas, aunque afirmaban los marineros que toda la tierra que vie-

ron era un solo continente (1). Como fuese imposible ir mas lejos hácia el occidente con sus buques, no le quedó otro recurso que deshacer su camino, y buscar salida al norte por la boca del Dragon. Hubiera deseado continuar esplorando esta costa, porque se creia en una de aquellas opulentas regiones pintadas como las mas favorecidas de la tierra, y cuyas riquezas crecian en proporcion á su proximidad al ecuador. Consideraciones imperiosas le obligaron, empero, á acortar su viaje, y á volver á Santo Domingo. Las provisiones de sus buques estaban casi concluidas, y las destinadas á la colonia empezaban á desmejorarse. Tambien su salud se hallaba muy deteriorada. Ademas de la gota, que le afligió la mayor parte del viaje,

(1) Hist. del Almirante, c. 78.

padecia de los ojos, por las fatigas de la vigilia que casi le privaban de la vista. Ni aun el viaje de la costa de Cuba, dice él mismo, en que pasó treinta y tres dias, casi sin dormir, habia injuriado tanto sus ojos, ni desordenado tanto su constitucion, ni causádole tantos dolores, como el de la costa de Pária.

El 11 de agosto se dió, pues, á la vela para la boca del Dragon, llevándole con mucha velocidad las corrientes, é impidiéndole desembarcar en los Jardines. El domingo 13 ancló cerca de la Boca, en un buen puerto, á que llamó de los Gatos, de una especie de mono llamado Gato-Paulo, en que abundaban aquellas cercanías. A las orillas del mar vió muchos árboles, que segun creyó, producian el mirabolano, fruto peculiar de los paises del oriente. Habia muchos árboles que crecian en el agua con ostras pegadas á sus ramas, y las bocas

ligroso estrecho, que dijo podia con mucha propiedad llamarse la boca del Dragon.

Viró luego al occidente, navegando por la parte esterior de la costa de Pária, que suponia aun isla, y deseando visitar el golfo de las Perlas, que imaginaba estaria al fin de ella, abriéndose hácia el mar. Queria tambien averiguar, si, como afirmaba la tripulacion del Correo, aquella cantidad de agua dulce procedia de rios; porque era en su opinion imposible que las corrientes de meras islas; pues tales pensaba fuesen aquellas tierras, pudieran arrojar de su seno tan prodigioso volúmen de agua.

Al salir de la boca del Dragon, vió al nord-este, á muchas leguas de distancia, dos islas, á que él llamó la Asuncion y la Concepcion, probablemente las conocidas hoy con los nombres de Tobago y de Granada. En su navegacion

por la costa del norte de Pária vió varias islas pequeñas y muchos puertos, á algunos de los cuales dió nombres, por los que ya no se conocen. El 15 descubrió las islas de Margarita y de Cubagua, despues famosas por sus pesquerías de perlas. La Margarita de unas quince leguas de largo y seis de ancho, estaba bien poblada. La pequeña isla de Cubagua, situada entre la Margarita, y la tierra firme, de que solo distaba cuatro leguas, era seca y estéril, sin leña ni agua dulce, pero con un buen puerto. Al acercarse á esta última vió el Almirante muchos indios, pescadores de perlas, que se entraron tierra adentro. Se envió un bote á comunicar con ellos, y observó un marinero que tenia una de las indias muchas sartas de ricas perlas al cuello. Llevaba el marinero un plato de Valencia, pintado de alegres colores, el cual rompió y presentó los fragmen-

tos á la muger india, que le dió en cambio de ellos considerable cantidad de perlas. Se las llevó al punto al Almirante, que mandó á tierra oficiales bien provistos de platos de Valencia y cascabeles, por los que en poco tiempo se procuraron mas de tres libras de perlas, algunas de gran tamaño, que envió Colon despues á los reyes.

Fuerte tentacion era esta para permanecer por aquellos paises, y visitar otros lugares que decian los indios abundaban en perlas. La costa de Pária continuaba estendiéndose ademas hácia el occidente tan lejos cuanto la vista alcanzaba, levantándose en altas sierras, y provocando el exámen de si era, ó no, como empezaba Colon á creerlo, parte del continente asiático. Pero se vió obligado, muy contra su voluntad, á abandonar esta investigacion interesante.

La enfermedad de los ojos se habia

agravado tanto, que ya no podia hacer observaciones por sí mismo, y tenia que guiarse por las de los pilotos y marineros. Se dirigió pues á Española, pensando descansar alli de las fatigas del viaje, y reponer su salud, mientras enviaba á su hermano el Adelantado á completar los descubrimientos de aquel pais importante. Despues de navegar cinco dias al nor-oeste, llegó á la isla Española el 19 de agosto, cincuenta leguas al occidente del rio Ozema, punto de su destinacion, y ancló á la otra mañana en la pequeña isla Beata.

Se admiró de hallarse tan equivocado en sus cálculos, y tan lejos del destinado puerto; lo que atribuyó con razon á la fuerza de la corriente que salia de la boca del Dragon, la cual mientras se habia mantenido á la capa por las noches, para evitar las rocas, condujo insensiblemente sus buques al occidente.

Estas aguas que corren al traves del mar Caribe, y la continuacion de cuyo movimiento se llama ahora Gulf Stream (corriente del golfo), eran tan rápidas, que el 15, cuando habia poco viento, anduvieron los buques setenta y cinco leguas en veinte y cuatro horas. Colon suponia que el ímpetu de su movimiento habria abierto el pasaje llamado Boca del Dragon, adonde era de creer que hubiese penetrado por el estrecho istmo que unia antes á la Trinidad con el estremo de Pária. Tambien pensaba que su operacion constante habria carcomido é inundado los bordes del continente, produciendo por grados aquella franja de islas que se estiende desde la Trinidad á las Lucayas ó Bahamas, y que segun su idea, formaba antes parte del sólido continente. En corroboracion de su dictámen, hace mérito de la forma de estas islas, que son estrechas de

norte á sur, y se prolongan al contrario y en la direccion de la corriente. La isla Beata, adonde ancló Colon, está á unas treinta leguas occidente del rio Ozema, en que esperaba ver el puerto de mar que debió haber formado su hermano. Las fuertes y mantenidas corrientes orientales, y la prevalencia de vientos del mismo punto, podian detenerle por mucho tiempo en la isla, y hacer lento y precario lo demas del viaje. Envió el bote á tierra para procurarse un mensagero indio, que llevara cartas á su hermano el Adelantado. Seis indios vinieron á bordo, uno de ellos armado con una ballesta española. El ánimo ansioso del Almirante se alarmó desde luego, al ver armas de aquella especie en la posesion de un indio. No era artículo de tráfico, y temió que solo por la muerte de algun español habria venido á sus manos. Supuso que hubiesen cai-

do aun mayores desgracias sobre la colonia en su larga ausencia, y que habria habido encuentros con los naturales.

Despachados los mensajeros, volvió á darse á la vela, y llegó á la boca del Ozema el 30 de agosto. Le recibió por el camino una carabela, á bordo de la cual venia el Adelantado, que, habiendo recibido su carta, se apresuró con afectuoso ardor á darle la bienvenida. La entrevista de los hermanos causó mútua satisfaccion y alegría; ambos se amaban, ambos habian sufrido mucho en aquella larga separacion, y cada uno esperaba confiado recibir alivio del otro. Don Bartolomé parece que tuvo siempre grande deferencia por el brillante ingenio, comprensivo ánimo, y alta reputacion de su hermano; mientras este ponia grande confianza, en tiempos difíciles, en el conocimiento del mundo,

actividad infatigable, y corazon de leon del Adelantado.

Llegó Colon hecho casi una ruina de sí mismo. Sus viajes eran siempre fatigosos, teniendo que navegar por entre desconocidos peligros, y que mantener ansiosa vigilia á todas horas y en todos tiempos. Al paso que le dominaban la enfermedad y los años, se hacian aquellas pruebas mas severas. Su constitucion debió haber sido admirablemente vigorosa; pero el temperamento mas fuerte, espuesto á demasiados trabajos, en un periodo avanzado de la vida, cede á la enfermedad y al dolor. En el último viaje le habia oprimido la fiebre, quebrantádolo la gota, y desordenádose todo su sistema por una incipiente vigilia; salió á tierra pálido, trémulo y casi ciego. Su espíritu, empero, superior siempre á las aflicciones y decadencias del cuerpo, esperaba con

magníficas anticipaciones el resultado de sus recientes descubrimientos, que pensaba proseguir desde luego por medio de su osado y emprendedor hermano.

CAPITULO IV.

ESPECULACIONES DE COLON RESPECTO Á LA COSTA DE PARIA.

[1498.]

Los grandiosos y notables fenómenos de la naturaleza que se habian presentado en el discurso de este viaje, escitaron poderosamente el ánimo contemplativo de Colon. Al considerar aquellos vastos raudales de agua dulce que fluyen en el golfo de Pária, y desde él se precipitan con tanta fuerza en el Océa-

no, formó una de sus sencillas pero grandes conclusiones. No los podian producir una ni muchas islas; debia ser algun potente y caudaloso rio, que hubiese errado por dilatadísimos territorios, acopiando sus aguas, y vertiéndolas en impetuosos torrentes en el Océano. El pais, pues, que contenia tal rio, debia ser un continente. Entonces supuso, que los varios trechos de tierra que habia visto al rededor del golfo, estaban generalmente unidos. Que la costa de Pária se dilataba mucho hácia el occidente, mas allá de una sierra que se descubria desde Margarita; y que la tierra opuesta á la Trinidad, en vez de ser isla, continuaba por inmenso espacio hácia el sur, mucho mas allá del ecuador, hasta llegar á aquel hemisferio no conocido aun por los hombres civilizados. Consideraba todo aquello como una dilatacion del continente asiático;

suponiendo asi que la mayor parte de la superficie del globo era tierra firme. Sustentaba esta última opinion con citas de autores de alto nombre, antiguos y modernos, Aristóteles y Séneca, san Agustin y el cardenal Pedro de Aliaco, á cuyos escritos daba siempre grande valor. Tambien hace mérito especial de la asercion del libro de Esdras, en que se asegura, que de las siete partes del mundo, seis son tierra firme, y solo una está cubierta de agua.

La tierra, pues, que rodeaba el golfo de Pária, no era mas en su sentir que el borde de un casi ilimitado continente, estendiéndose mucho al oeste y al sur, incluyendo en sí las regiones mas preciosas de la tierra, y situado bajo las mas propicias estrellas y benigno cielo, pero todavía desconocido é inculto, libre para ser descubierto y apropiado por cualquier nacion cristiana. Quie-

ra el Señor, esclama en su carta á los soberanos, dar larga vida y salud á vuestras altezas, para que puedan proseguir esta noble empresa, de que pienso que Dios recibirá grande servicio, España vasto aumento y grandeza, y los cristianos mucho consuelo y delicia, pues que el nombre de nuestro Salvador se divulgará por todas estas tierras.

Hasta aquí las deducciones del Almirante, aunque ardientes, admiten poca cavilacion; pero las llevó mas lejos, terminándolas en lo que podria parecer un mero sueño quimérico. En su carta á los soberanos dice, que en los primeros viajes, cuando navegó al occidente desde las Azores, habia observado á las cien leguas de navegacion un grande cambio en el cielo y las estrellas, en la temperatura del aire y en la calma del Océano. Parecia que se estendiese una línea del norte al sur, mas allá de la

cual todo era diferente. La aguja que se habia préviamente inclinado hácia el nord-este, varió un punto entero al nor-oeste. La mar, hasta entonces clara, estaba cubierta de yerbas tan densas, que en el primer viaje habia temido encallar. Una tranquilidad completa reinaba en los elementos, y era el clima templado y suave en invierno y en verano. Al hacer sus observaciones astronómicas por la noche, despues de pasada la imaginaria línea, la estrella del norte le parecia describir en los cielos un círculo diurno de cinco grados de diámetro.

En el actual viaje habia variado de rumbo y navegado al sur desde el cabo de las islas Verdes para la línea equinoccial. Pero antes de llegar á ella era ya el calor insoportable; y habiéndose levantado viento al oriente, viró al occidente, cuando estaba en el paralelo de

Sierra Leon en Guinea. Muchos dias se habia visto casi consumido por aquel intenso y bochornoso calor, aquel nublado cielo y lluviosa atmósfera, hasta que llegó á la línea ideal mencionada arriba, que se estiende del norte al sur. Entró entonces repentinamente bajo un cielo azul y claro, con tiempo sereno, y suave y templada atmósfera. Mientras mas lejos iba al occidente, mas puro era el clima, el mar mas tranquilo, las brisas mas blandas y aromáticas. Todos estos fenómenos coincidian con los que mas hácia el norte observó en la misma línea en los otros viajes, escepto que alli no habia yerbas, y eran diversos los movimientos de las estrellas. La polar le parecia describir un círculo diurno de diez grados en vez de cinco; aumento que le llenó de admiracion, pero que él dice haber averiguado por medio de observaciones hechas en diferentes no-

ches con su cuadrante. Su mayor altura en los viajes primeros en el paralelo de las Azores, eran diez grados; en el presente viaje y posicion, quince.

Por estas y otras circunstancias se inclinaba á dudar de la teoría recibida respecto á la forma de la tierra. Los filósofos la habian pronunciado esférica; pero no conocian la parte del mundo que él habia descubierto. La antigua, de que ellos trataban, era sin duda esférica; pero la verdadera forma del conjunto suponia él fuese la de una pera, una parte mucho mas elevada que las demas, é inclinándose en espiral hácia los cielos. Esta parte pensaba que estuviese en el interior del recien descubierto continente por debajo del ecuador. Todos los fenómenos que habia observado antes, le parecieron corroborar su teoría. Las variaciones que percibió al pasar la imaginaria línea de norte á sur, concluyó que

tendrian por causa el arribo de los bajeles á aquella hinchazon supuesta de la tierra, á donde empezaban á ascender suavemente hácia los astros, en mas pura y mas celestial atmósfera (1). La variacion de la aguja la atribuia á la misma causa, habiéndola efectuado la frescura y templanza del clima; pues variaba al nor-oeste en proporcion que los buques continuaban su ascenso (2). Así

---

(1) Pedro Mártir refiere, que le habia dicho el Almirante, que desde el clima del mal sano y caluroso aire, habia ascendido por la espalda del mar, que era, por decirlo así, como una alta montaña que iba al cielo. Déc. i, l. vi.

(2) Colon en su ensayo, para esplicar las variaciones de la aguja, supone que la estrella del norte posea la propiedad de los cuatro puntos cardinales, lo mismo que el iman. Que si se toca

tambien la altura de la estrella polár y el círculo que describia en los cielos, aparecian, en su entender, mayores, porque se les miraba desde mayor elevacion con menos oblicuidad, y al traves de una atmósfera mas pura; y estos fenómenos se hallaria que aumentaban, mientras mas se acercase al ecuador el navegante, desde la eminencia de aquella parte de la tierra.

Tambien notó la diferencia de la temperatura, vegetacion y gente de este pais del Nuevo-Mundo, comparadas con las del mismo paralelo en Africa. Alli el calor era insoportable, la tierra seca y

---

la aguja con una parte del iman, señalará al oriente; con otra al occidente, &c. Por lo que, añade, los que preparan ó magnetizan las agujas, cubren el iman con un paño, de modo que solo queda fuera la parte que hace mirar al norte. Hist. del Almirante, c. 66.

estéril, los habitantes negros, con crespa lana, mal formados, estúpidos y brutales por naturaleza. Aqui al contrario, aunque el sol estaba en Leon, era moderado el calor del medio dia, frescas las mañanas y tardes; el campo verde y fructífero, y cubierto de hermosas florestas; la gente mas blanca que la que habia descubierto en paises mas al norte, con cabello largo, formas elegantes y bien proporcionadas, ánimos vivos, y disposicion valerosa. Todo esto en latitud tan cercana al Ecuador, lo atribuia á la superior altura de aquella parte del mundo, por la que habia subido á una region mas celestial del aire. Al volver al norte por el golfo de Pária, vió que disminuia de nuevo el círculo descrito por la estrella polar. La corriente de la mar aumentaba tambièn su rapidez, desgastando, como se ha dicho, los bordes del continente, y produciendo por

su operacion incesante las islas contiguas. Esta era nueva confirmacion de la idea de que ascendia yendo háoia el sur, y descendia volviendo al norte.

Aristóteles habia imaginado que la parte mas alta de la tierra y la mas cercana al cielo, estaba bajo el polo antártico. Otros sabios pensaban que estuviese en el polo ártico. De aqui se inferia que ambos partidos eran de dictámen de que una parte de la tierra tenia mas elevacion y nobleza, y mas proximidad al cielo que toda la demas. No creian que esta eminencia estuviese bajo la línea equinoccial, decia Colon, porque carecian de cierto conocimiento del hemisferio del sur, y hablaban solo teóricamente y por congeturas.

Como de ordinario defendia su sistema con la sagrada Escritura. El sol, cuando Dios le creó, decia, salió de la primer parte del oriente, ó de allí la luz

primera. Aquel sitio, segun su idea, debia existir en la mas remota region del oriente, á donde el Océano y los límites de la India se juntan bajo la línea equinoccial, y á donde está situado tambien el punto mas alto de la tierra. Suponia que este ápice del mundo, aunque de inmensa altura, no fuese escabroso ni lleno de precipicios, sino que la tierra se levantase por suaves é imperceptibles grados. Las bellas y fértiles costas de Pária, situadas, segun él, en sus remotos bordes, abundarian necesariamente en aquellos artículos preciosos, propios de los mas favorecidos y escelentes climas. Al penetrar en el interior y ascender gradualmente háçia la cúspide, se veria crecer la belleza y lujo de la tierra, y la esquisita especie de sus producciones hasta terminar en la cima bajo el ecuador. Esta imaginaba él que seria la mas noble y mas perfecta mora-

da de la tierra, gozando por su posicion igualdad de noche y dia, y uniformidad en las estaciones; y como estuviese elevada en una temperatura celestial y serena, se veria exenta de calores y frios, de vapores y nubes, de las tormentas y tempestades que turban y afligen las regiones mas bajas. En una palabra, alli suponia que estuviese la mansion original de nuestros primeros padres, la sede primitiva de la inocencia y ventura humana, el jardin de Eden ó paraiso terrenal. Imaginaba, siguiendo la opinion de los mas eminentes Padres de la Iglesia, que aquel sitio floreciese todavía lleno de su primera santidad y delicias, pero inaccesible á la planta humana, á no ser por divino permiso. Desde aquella altura presumia que bajase, aunque en prolongadísimas ondulaciones, la caudalosa corriente de agua que llenaba el golfo de Pária, y dulcificaba en su ve-

cindad al salobre Océano, brotando de la fuente que dice el Génesis manó del árbol de la vida en los vergeles de Eden.

Tal fue la especulacion singular que por menor esplicó Colon en su carta á los soberanos de Castilla (1), citando diversas autoridades en su apoyo, entre otras las de san Agustin, san Isidoro y san Ambrosio, y fortificando su sistema con varios argumentos de aquella curiosa erudicion especulativa en que estaba tan versado (2). Manifiestan estas teorías cuánto se inflamó su ánimo con la magnificencia de sus descubrimientos. El hombre esperto y ladino, en la frescura y quietud de la vida ordinaria, y en estos dias modernos de cautelosos y

---

(1) Navarrete, Colec., t. i, p. 242.

(2) Véase en las Ilustraciones: SITUACION DEL PARAISO TERRENAL.

sóbrios hechos, puede sonreirse al contemplar tales visiones; pero descansaban entonces en las hipótesis de los primeros sábios; y aun cuando así no hubiera sido, ¿podemos admirarnos de semejante vuelo de la fantasía en un hombre puesto en el mismo caso de Colon? Veia un vasto mundo levantándose, por decirlo así, delante de él, de naturaleza y estension desconocidas é indefinidas, y todavía mera region de congeturas. Cada hora le mostraba una nueva faccion de belleza y sublimidad; islas sin cuento, cuyas roças contenian venas de oro, cuyas florestas estaban recargadas de especias, cuyas costas abundaban en perlas. Interminables sierras, altas costas, numerosos promontorios, estendiéndose por cuanto la vista alcanzaba; ricos valles girando hácia un vasto interior, cuyas distantes montañas, se decia, amurallaban tierras aun mas felices, y regiones

todavía de mayor opulencia. Cuando contemplaba aquel mundo de dorada promision, era con el convencimiento glorioso, de que su propio ingenio lo habia llamado á la existencia, y se complacia en mirarlo con el ojo triunfante del descubridor. Si no hubiera Colon sido capaz de aquellos vuelos entusiasmados de la fantasía, quizá, como otros sábios, habria raciocinado fria y metódicamente sobre la probabilidad de que existiesen paises occidentales; pero nunca osara emprender la audaz aventura de buscarlos á traves de los desconocidos dominios del Océano.

Todavía, enmedio de sus fantásticas especulaciones, encontramos aquel sólido fundamento de sagacidad que formaba la base de su carácter. La conclusion que dedujo de la grande corriente del Orinoco, que supuso viniese de tierra *firme*, fue aguda y notable. Un docto

historiador español (1) ha disculpado tambien ingeniosamente otros pasages de su teoría. *El sospechó*, dice, *cierta elevacion del globo á una parte del ecuador: los físicos posteriores han descubierto ser la tierra una esferóide elevada por todo el ámbito de aquel círculo. Sospechó si la diversidad de temples influia en las agujas náuticas, no pudiendo penetrar la causa de sus inconstantes variedades: la série sucesiva de navegaciones y esperiencias ha hecho mas patente aquella inconstancia, y dado á conocer que un frio riguroso despoja tal vez á las agujas de toda su virtud. Acaso nuevas observaciones justificarán la sospecha de Colon. Aun su error acerca del círculo*

(1) Muñoz, Hist. N. Mundo, l. vi, par. 32.

descrito por la estrella polar que juzgaba aumentarse por ilusion óptica, á medida que el observador se acercaba á la equinoccial, le califica de filósofo superior al tiempo en que vivia.

LIBRO XI.

CAPITULO I.

ADMINISTRACION DEL ADELANTADO. — ESPEDICION Á LA PROVINCIA DE JARAGUA.

[1498.]

Colon se habia prometido descansar de sus muchos trabajos en llegando á Española; pero le esperaba allí una nueva complicacion de turbaciones y ansiedad, destinada á impedir la prosecucion de sus empresas, y á afectar en todo su suerte. Para esplicar estas circunstancias, es necesario repasar sumariamente la historia de las ocurrencias de la isla en el largo intérvalo que estuvo el Almirante detenido en España.

Cuando se dió á la vela para Europa, en marzo de 1496, su hermano don Bartolomé, que quedó de gobernador con el título de Adelantado, tomó inmediatas medidas para ejecutar sus órdedenes con respecto á las minas recientemente descubiertas por Miguel Diaz, hácia el sur de la isla. Dejó á don Diego Colon mandando en Isabela, acudió con muchas fuerzas á las cercanías de las minas, y escogiendo una situacion favorable en el lugar que mas abundaba el oro, erigió una fortaleza, á la que dió el nombre de san Cristóbal. Los trabajadores, empero, hallando granos de oro entre la tierra y piedras que empleaban en su construccion, le pusieron la torre del Oro.

Allí permaneció tres meses el Adelantado, dirigiendo la ereccion del fuerte, y haciendo los preparativos necesarios para esplotar las minas y purificar

los minerales. Impidió mucho el progreso de la obra la escasez de provisiones, pues habia que abandonar con frecuencia el trabajo para enviar partidas en busca de víveres. No existia ya la hospitalidad primitiva de la isla, ni daban los indios sus comestibles libremente. Habian aprendido de los blancos á aprovecharse de la necesidad del estrangero, y á pedirle precio por el pan con que satisfacia su hambre. Tambien se concluyeron pronto los acopios, porque su natural frugalidad é indolencia apenas les permitian juntar mas alimentos que los precisos para el inmediato consumo. El Adelantado halló dificil, por lo tanto, mantener crecidas fuerzas en aquellas cercanías, hasta que hubiese tiempo para cultivar la tierra y criar animales, ó para recibir provisiones de España. Dejando diez hombres de guardia en la fortaleza, con un perro que les ayu-

dase á coger útias, marchó con el resto de su gente, que montaba á unos cuatrocientos, al fuerte de la Concepcion, en el abundante pais de la Vega. En ella pasó el mes de junio, juntando el tributo de aquel trimestre, y recibiendo comestibles de Guarionex y de sus caciques feudatarios. Al mes siguiente (julio de 1496) las tres carabelas mandadas por Niño llegaron de España, con un refuerzo de hombres, y lo que hacia aun mas falta, un repuesto de provisiones. Estas quedaron pronto distribuidas entre los hambrientos colonos; pero desgraciadamente muchas se habian echado á perder en el viaje. Serio infortunio en una comunidad á donde la menor escasez producia tanta sedicion y murmuraciones.

Por estos buques recibió el Adelantado cartas de su hermano, mandándole fundar una ciudad y puerto de mar en

dad que tiene aun aquel nombre. El Adelantado era de espíritu activo é infatigable. Cuando se completó el fuerte, dejó en él una guarnicion de veinte hombres, y salió con el resto de sus fuerzas á visitar los dominios de Behechio, uno de los principales caudillos de la isla. Este cacique, como ya se ha dicho, reinaba en Jaragua, provincia que comprende casi toda la costa occidental de la isla, incluso el cabo Tiburon, y se estiende por el sur hasta Punta-Aguida, ó la pequeña isla de la Beata. Era su distrito de los mas fértiles y populosos, la situacion deliciosa, y las gentes mas suaves y de mejores modales que las demas de la isla. Estando tan lejos de todas las fortalezas, el cacique, aunque tomó parte en la combinacion de los otros gefes, habia hasta entonces estado libre de la invasion y exacciones de los blancos.

Con este cacique residia Anacaona, viuda del formidable Caonabo. Era hermana de Behechio, y se habia refugiado en los estados de este, despues de la captura de su esposo. Pasaba por una de las mas raras beldades de la isla: su nombre significa en lengua india, flor de oro. Poseia ingenio superior al de la generalidad de su raza; y se dice que era escelente poetisa de aquellos romances, ó areitos históricos, que cantaban los indios en sus danzas nacionales. Todos los escritores españoles convienen en que poseia tanta dignidad y gracia, que apenas podria creerse del ignorante y salvaje estado en que habia vivido. No obstante la ruina que cayó sobre la cabeza de su marido por la hostilidad de los blancos, parece que carecia de espíritu vengativo, y no les conservaba rencor. Sabia que provocó el cacique su venganza con voluntaria guerra.

Miraba á los españoles con admiracion, considerándolos casi entes sobrenaturales, y su claro ánimo percibió desde luego la puerilidad é impolicía de resistir sus artes y sus armas. Teniendo mucha influencia con su hermano Behechio, le pidió que escarmentara en el ejemplo de su marido, y que conciliase la amistad de los españoles; y se cree que sabiendo los amistosos sentimientos y poderosa influencia de esta princesa, se decidió el Adelantado á emprender su espedicion (1).

Al atravesar aquellas partes de la isla no visitadas aun por los europeos, adoptó el Adelantado las mismas medidas tomadas en semejante ocasion por el Almirante: puso su caballería en la van-

(1) Charlévoix, Hist. Sto. Domingo, l. ii, p. 147. — Muñoz, Hist. N. Mundo, l. vi, §. 6.

guardia, y entró con marcial alarde por las ciudades indias, con banderas desplegadas, y al son de tambores y trompetas, inspirando mucho terror y admiracion á los naturales.

Despues de treinta leguas de camino, llegó al rio, que saliendo de las montañas de Cibao divide el sur de la isla. Atravesó su corriente, y mandó por la costa del mar dos partidas de á diez hombres en busca de palo del brasil. Hallaron grandes cantidades, y cortaron algunos árboles, almacenándolos en las cabañas indias, hasta que se pudiesen conducir por mar á la colonia.

Se inclinó despues el Adelaptado con el grueso de su gente á la derecha, y no lejos del rio vió al cacique Behechio que le salia á recibir con numeroso ejército de indios, armados de flechas y lanzas. Si habia sido su intencion oponerse á la entrada de los españoles en las flo-

restas de su dominio, le hubo de imponer la formidable apariencia de estos. Dejando, pues, las armas, se acercó amistosamente al Adelantado, protestando que estaba de guerra con el solo objeto de subyugar ciertos pueblos de los de la orilla del rio; al mismo tiempo le preguntó el motivo de aquella incursion de los españoles. Al Adelantado le dijo que venia de paz á visitar sus territorios, y á pasar con él algunos dias de amistoso trato en Jaragua. Logró apaciguar tan bien las sospechas del cacique, que dispersó este su ejército, y envió veloces mensageros que anunciasen la llegada, y mandasen hacer preparativos para un recibimiento digno de tan distinguido huésped. A medida que se internaban los españoles por los territorios del caudillo, y atravesaban los distritos de sus caciques inferiores, les traian estos pan

de casaba, cáñamo, algodon y las variás producciones de la tierra. Al fin, se acercaron á la residencia de Behechio, grande y bien situada ciudad, cerca de la costa y de una anchurosa bahía.

Los españoles habian oido muchas descripciones de la deliciosa y suave region de Jaragua, en parte de la cual algunas de las tradiciones indias fijaban los campos Eliseos. Tambien habian oido celebrar la hermosura y urbanidad de los habitantes, cuya conducta confirmó tan favorables nociones. Al acercarse á la ciudad, treinta mugeres de la familia del cacique salieron á recibirlos cantando sus areitos, ó romances tradicionales, y bailando, y ondulando ramos de palma. Las matronas llevaban delanteras de algodon bordado, que bajaban hasta la mitad del muslo; las vírgenes venian enteramente en cueros, con una redeci-

lla por la cabeza, y el cabello serpeando por los hombros. Tenian bellísimas proporciones, delicado y suave cutis, y el color moreno, claro y agradable. Segun Pedro Mártir, al verlas los españoles salir de sus verdes bosques, casi imaginaron que se les aparecian las fabulosas driadas, ó las hadas y ninfas nacidas de las fuentes que cantaron los antiguos poetas (1). Cuando llegaron á don Bartolomé, se arrodillaron, y le presentaron graciosamente sus verdes ramos. Despues venia la célebre cacique Anacaona, reclinada en una leve litera que seis indios conducian. Como las otras mugeres, solo cubria su desnudez con un delantal de algodon de varios colores; la cabeza ceñida de una olorosa guirnalda de flores blancas y encarnadas, y collar y braza-

(1) Pedro Mártir, déc. i, l. 5.

letes de lo mismo. Recibió al Adelantado y sus compañeros con la gracia y cortesía que le eran naturales, no manifestando hostilidad hácia ellos por la suerte de su esposo. Al contrario, pareció haber concebido desde el principio grande admiracion y amistad por los estrangeros.

Fueron conducidos el Adelantado y sus oficiales á la casa de Behechio, adonde se les sirvió un banquete de utias, grande variedad de pescado de mar y rio, con las raices y gustosas frutas que formaban el principal alimento de los indios. Alli conquistaron los españoles por primera vez su repugnancia al guanaco, favorito plato de los indios, que aquellos miraban con disgusto como una especie de serpiente. El Adelantado, deseando acostumbrarse á los usos del pais, fue el primero que gustó este animal, habiéndole Anacaona amablemente in-

citado á ello. Sus compañeros imitaron el ejemplo, y le hallaron gustosísimo y delicado; y desde aquel tiempo en adelante gozó el guanaco de alta reputacion entre los epicúreos españoles (1).

(1) A aquellas serpientes, parecidas al cocodrilo escepto en el tamaño, las llaman Guanas. Hasta entonces ninguno de nuestros hombres osó aventurarse á probarlas, por razon de su horrible deformidad y asquerosa vista. Pero el Adelantado, incitado por las chanzas de Anacaona, hermana del rey, determinó probar las serpientes. Mas cuando sintió la carne de ellas tan delicada para su lengua, se entregó á comerlas sin ningun miedo, lo cual visto por sus compañeros, no se quedaron atras en apetito: tanto que no tenian otra conversacion que el buen gusto de aquellas serpientes, que decian ser mas agradables que nuestros

Concluido el banquete, se alojó don Bartolomé con seis de sus principales caballeros en la casa de Behechio; los demas quedaron distribuidos en las de los caciques inferiores, adonde durmieron en hamacas de algodon, lecho usual de los indios.

Dos dias permanecieron con el amistoso Behechio, divertidos con varios juegos y festividades indias, entre las cuales fue la mas singular y pomposa la representacion de una batalla. Dos escuadrones de indios, armados con arcos y flechas, salieron repentinamente á la plaza pública, y empezaron una escaramuza, semejante á las corridas de cañas y alcancías. Gradualmente se acaloraron

---

faisanes y perdices. — Pedro Mártir, déc. 1, libro 5, traduccion inglesa de Eden.

peleando tan de veras, que cuatro quedaron muertos y muchos heridos; circunstancia que parecia aumentar el interés y gusto de los espectadores. La contienda hubiera proseguido y ensangrentádose mas, á no mediar el Adelantado y otros caballeros pidiendo que cesase el juego. Cuando acabadas las fiestas hubo ya producido el trato familiar mútua confianza, comunicó el Adelantado al cacique y á Anacaona el objeto verdadero de su visita. Les dijo, que su hermano el Almirante habia venido á la isla por órden de los reyes de España, grandes y poderosos monarcas, con muchos reinos bajo su imperio. Que estaba á la sazon en la corte para dar cuenta á los soberanos del número de caciques tributarios que quedaban en la isla, dejándolo á él de gobernador interino; y que venia espresamente como tal á poner á Behechio bajo la proteccion de sus

monarcas, arreglando al mismo tiempo el tributo que deberia pagarles, del modo que le fuese al cacique mas conveniente. Mucho embarazó aquella peticion á Behechio, sabiendo los padecimientos que habian caido sobre otros pueblos de la isla, en consecuencia de la codicia de los españoles por el oro. Replicó que habia sabido que el oro era el grande objeto que habia traido á los blancos á la isla, y que pagaban tributo de él algunos de sus compañeros caciques; pero que no se hallaba en parte alguna de sus territorios, ni apenas sabian sus súbditos lo que era. A esto replicó el Adelantado con mucha destreza, que nada estaba mas lejos de la intencion, ó deséos de sus soberanos, que exigir tributo de las especies no producidas en sus dominios; pero que podia pagarlo en algodon, cáñamo y pan de casave, en que parecian abundar aquellos paises. El ros-

tro del cacique se reanimó al oir aquella esplicacion, prometió alegre el cumplimiento de lo que se le pedia, y mandó al instante órdenes á todos sus caciques subordinados, previniéndoles sembrasen abundancia de algodon para el pago del primer tributo. Habiendo concluido las necesarias estipulaciones, se despidió el Adelantado amistosísimamente de Behechio y de su hermana, y partió para Isabela.

Así con amistosas y sagaces negociaciones, se sometió tranquilamente una de las mas dilatadas provincias de la isla. Si no hubiesen contrariado la sabia policía del Adelantado los escesos de hombres turbulentos é indignos, hubiera podido dar la Española una grande renta, sin violencia ni opresion. En todas las situaciones parecen haber sido aquellas sencillas gentes muy tratables, resignando humildes y aun alegres sus

derechos á los blancos, cuando las trataban estos con humanidad.

CAPITULO II.

ESTABLECIMIENTO DE UNA CADENA DE PUESTOS MILITARES. — INSURRECCION DE GUARIONEX, EL CACIQUE DE LA VEGA.

[1496.]

Halló don Bartolomé en Isabela, como de ordinario, un teatro de miseria y abatimiento. Muchos habian muerto en su ausencia, los mas estaban enfermos. Los que aun conservaban su salud, se quejaban de la escasez de los alimentos; los otros de la falta de medicinas. Las provisiones que se les habian distribuido, de las que algunos meses antes trajo Pedro Alonso Niño, ya estaban con-

sumidas. Los colonos, en parte por enfermedad, y en parte por pereza, habian descuidado la labranza de los campos vecinos; y los indios, de quien principalmente dependian, ultrajados por su opresion, huyeron de aquellas cercanías á las montañas, prefiriendo antes vivir de raices y yerbas en sus fragosas cumbres, que permanecer en la riqueza de la llanura, sujetos á las injurias y crueldades de los blancos. La historia de esta isla presenta contínuas imágenes de la miseria, la hambre y la pobreza que la sed del oro produjo. Habia hecho indiferentes á los españoles hácia los mas fáciles, y tambien mas ciertos y saludables manantiales de riqueza. Todo trabajo parecia inútil, cuyas ventajas no fuesen directas. En vez de cultivar el feraz suelo que los rodeaba, y sacar tesoros verdaderos de su superficie, pensaban en la posesion de raudales de oro,

y perecian de hambre en medio de la fertilidad.

Apenas concluyeron los comestibles traidos por Niño, empezaron los colonos sus acostumbradas murmuraciones. Se creian olvidados por Colon, que en las comodidades y delicias de la corte jamás pensaba en sus padecimientos; y como no tuviesen bajeles en el puerto, los desesperaba la imposibilidad de todo medio de enviar á España noticias de sus desastres y peticiones de socorro.

Deseando quitar esta última causa de descontento, y dar á sus ideas y esperanzas objeto que los ocupase, mandó el Adelantado construir dos carabelas para el servicio de la isla. Con la mira de librar la colonia de tanto indivíduo inútil y mal contento, en aquel tiempo de escasez, distribuyó los que estaban demasiado enfermos para trabajar, ó

tomar las armas, en el interior, donde gozarian el beneficio de mejor clima, y mas abundantes provisiones de los indios. Estableció al mismo tiempo una cadena de puestos militares entre Isabela y el nuevo puerto de Santo Domingo. Se componia cada uno de estos de cinco casas fuertes, rodeadas de chozas. El primero estaba á nueve leguas de Isabela, y se llamaba La-Esperanza. Seis leguas mas allá Santa Catalina. Cuatro y media mas lejos Santiago; y á cinco leguas de este, el Fuerte de la Concepcion, cuidadosamente erigido, por estar al pie de las montañas doradas de Cibao, en la vasta y populosa Vega, y á media legua de la residencia de su cacique Guarionex. Habiendo libertado á Isabela de aquella gente inútil, sin dejar en la ciudad mas que los que estaban demasiado enfermos para salir de ella, ó se necesitaban para su

servicio y defensa, y la construccion de los buques, volvió el Adelantado á Santo Domingo con un cuerpo de la gente mas hábil y dispuesta.

Establecidos así los puestos militares, tuvieron el deseado éxito de intimidar por algun tiempo á los indios; pero empezaron á manifestarse nuevas hostilidades, nacidas de una causa muy diversa. Entre los misionarios que habian acompañado al padre Boil al Nuevo-Mundo, habia dos de celo mucho mas vehemente que el de su superior. Cuando volvió aquel religioso á España, se quedaron ellos en la isla, consagrados ardientemente á su ministerio. El uno se llamaba Roman Pane, pobre ermitaño, como él mismo se titula, del orden de san Gerónimo; el otro era Juan Borgoñon, franciscano. Residieron algun tiempo entre los indios de la Vega, celosamente empeñados en convertirlos. Ya

habian tenido buen éxito con una familia de diez y seis personas, cuya cabeza recibió en el bautismo el nombre de Juan Mateo. Pero la conversion del cacique Guarionex era el grande objeto de sus piadosas labores. Lo dilatado y rico de sus dominios hacian importantísima su conversion para los intereses de la colonia; y tambien los buenos religiosos la consideraban medio de atraer sus muchos súbditos al dominio de la Iglesia. Por algun tiempo se prestó gustoso el cacique á sus exhortaciones; aprendió el Padre nuestro, el Credo y el Ave-María, y obligó á su familia á que los repitiese cotidianamente. Los otros caciques de la Vega, y de las provincias de Cibao, reprobaban su conducta y se mofaban de él, por conformarse á las leyes y costumbres de los estrangeros que habian usurpado sus posesiones y oprimido su patria. Se queja-

ban los frailes de que en consecuencia de aquellas malas comunicaciones habia el catecúmeno caido en la infidelidad; pero se dice que fue efecto su apostasía de una causa mas grave. Sedujo á su muger favorita, ó la trató con desdoro uno de los principales españoles; y el indignado cacique renunció una fe y religion, que á su parecer admitia tales atrocidades. Perdida ya toda esperanza de efectuar la conversion de Guarionex, se fueron los misionarios á los dominios de otros caciques, llevando en su compañía á Juan Mateo, el convertido indio. Antes de su marcha edificaron una capillita, poniendo en ella altar, crucifijo é imágenes, para el uso de la familia de Juan Mateo.

Los frailes se habian apenas alejado, cuando entraron varios indios en la capilla, hicieron pedazos las imágenes, las hollaron con los pies, y las enterraron

en un campo inmediato. Esto se ejecutó, segun decian, por órden de Guarionex, en desprecio de la santa religion de que era apóstata. Llegó queja de tan monstruoso crímen al Adelantado, que mandó que acto contínuo se instituyese proceso, y se castigasen los culpables con arreglo á las leyes. Era aquella época rigurosísima en la legislacion eclesiástica, particularmente entre los españoles. Todas las heregías, todas las recantaciones de la fe, todos los actos de sacrilegio cometidos por moro ó judío, se castigaban en España con el fuego. Tal suerte esperaba á los pobres é ignorantes indios, convictos de aquel ultrage contra la Iglesia. Es dudoso que Guarionex tuviese parte en el crímen, y probable que hubiese mucha exageracion al describirlo. Una prueba del crédito que merecian las declaraciones, puede sacarse de cierto caso recordado por Ro-

man Pane, el *pobre heremita*. El campo en que se enterraron las efigies estaba sembrado de raices parecidas al rábano ó al nabo, muchas de las cuales en las cercanías de las imágenes crecieron milagrosamente en la forma de cruces (1).

El cruel suplicio que padecieron aquellos indios, en vez de amedrentar á sus compatriotas, los llenó de horror y de indignacion. No estaban acostumbrados á tan severa regla, ni á justicia tan vengativa; y como carecian de ideas claras y de sentimientos vehementes de religion, no comprendian la naturaleza ni las consecuencias del delito que habian cometido. Hasta el mismo Guarionex, hombre por naturaleza moderado y pa-

(1) Escritura de Fr. Roman. Hist. del Almirante.

cífico se indignó altamente al ver aquella usurpacion de poder dentro de su territorio, y la inhumana muerte dada á sus súbditos. Los otros caciques percibieron su irritacion, y trataron de persuadirlo á juntarse con ellos en una insurreccion repentina, y por un esfuerzo simultáneo y vigoroso romper el yugo de sus opresores. Guarionex dudó algun tiempo. Conocia la proeza marcial de los españoles. Le aterraban sus caballos, y tenia á la vista el desastrado fin de Caonabo. Pero la desesperacion le dió osadía, y el ver en el dominio de aquellos estrangeros la ruina segura de su raza. Los escritores primitivos hablan de una tradicion admitida entre los habitantes de la isla, respecto á este Guarionex. Pertenecia á una antigua línea de caciques. Su padre, en tiempos muy anteriores al descubrimiento, habiendo ayunado por cinco dias, segun sus prácticas

supersticiosas, pidió al zemi, ó dios penate, revelaciones de las cosas futuras. Recibió por respuesta, que en algunos años vendria á la isla una nacion cubierta de ropas, que destruiria todas sus costumbres y ceremonias, dando á sus hijos la muerte, ó reduciéndolos á penosa servidumbre. Esta tradicion la inventarian probablemente los bucios, ó sacerdotes indios, despues que empezaron los españoles á manifestarse tan rigorosos. Se ignora si tuvo algun efecto en disponer el ánimo de Guarionex á la hostilidad contra los estrangeros. Algunos han asegurado que le obligaron á tomar las armas las importunidades de sus súbditos, que todavía se lisonjeaban de obtener un buen éxito de su empresa, amenazándole con escoger otro caudillo si él rehusaba mandarlos; ctros alegan el ultrage cometido contra su muger favorita, como causa principal

de su irritacion (1). Probablemente la combinacion de todas estas causas indujo al desgraciado cacique á escuchar los consejos de los caudillos vecinos, y á entrar en la liga. Se tuvo entre ellos una consulta secreta, en que se concertó que el dia del pago del tributo, cuando podria juntarse un crecido nûmero de indios sin causar sospecha, se lanzarian repentinamente sobre los españoles y los harian pedazos (2).

Por algunos medios recibieron los oficiales del fuerte de la Concepcion noticia de este intento. No siendo mas que un puñado de hombres, rodeados de tribus hostiles, temieron por su seguridad. Despacharon inmediatamente un mensagero indio al Adelantado, que se hallaba en Santo Domingo, pidiéndole

(1) Las-Casas, Hist. Ind. l. i, c. 121.

(2) Herrera, déc. i, l. iii, c. 65. — Pedro Mártir, déc. 6, l. 5.

pronto socorro. El hacer que llegase esta carta á sus manos, era cosa importante, pues la seguridad de la colonia dependia de ella. Podrian interceptar al mensagero indio, y quitarle el pliego; pues los naturales habian descubierto que aquellos papeles tenian el maravilloso poder de comunicar noticias, é imaginaban que hablasen. Se enrolló, pues, la carta en una caña que llevaba como baston el mensagero. Le interceptaron en efecto; pero afectó ser mudo y cojo, intimando por señas que iba de vuelta á su casa; y apoyándose en la caña salió cojeando con estrema dificultad. Se le dejó ir, y él continuó adelantando débilmente hasta perder á los otros de vista, y entonces recobró su ligereza, y entregó la carta segura y rápidamente en Santo Domingo (1).

(1) Herrera, Hist. Ind., déc. i, l. iii. c. 6.

El Adelantado, con su prontitud y actividad características, salió inmediatamente con un cuerpo de tropas para la fortaleza; y aunque su gente estaba muy debilitada por la escasez de alimentos, duro servicio y largas marchas, se apresuraron veloces hácia su destino. Jamás llegó ayuda mas á tiempo. Ya estaban los indios juntos en la llanura, por millares, armados á su manera, y esperando la señal para dar el golpe. Despues de consultar con el comandante de la fortaleza, y los otros oficiales principales, dispuso el Adelantado el órden de sus procedimientos. Averiguando los sitios á donde los principales caciques habian distribuido sus fuerzas, señaló un oficial y algunos hombres para cada cacique, con órden de precipitarse á una hora señalada de la noche á las poblaciones donde dormian, sorprenderlos, atar á los caciques, y traerlos prisione-

ros, antes que sus súbditos pudiesen juntarse para la defensa. Como Guario-nex era la persona de mas importan-cia, y su captura seria probablemente la mas dificil y peligrosa, la tomó á su car-go el Adelantado mismo á la cabeza de cien hombres.

Esta sagaz estratagema, fundada en el conocimiento del amor que profesan los indios á sus caudillos, y tan propia para evitar la efusion de sangre, tuvo completo éxito. Como carecian las ciu-dades de muros y defensas, entraron los españoles tranquilamente en ellas á me-dia noche; y dirigiéndose con rapidez á las casas de los caciques, se apoderaron de hasta catorce de ellos, los ataron, y se los llevaron presos al fuerte, antes de que se hiciese el menor movimiento pa-ra su defensa ó rescate. Los indios, he-ridos de terror y confusion, no hicieron resistencia ni mostraron hostilidad al-

guna; rodearon sí la fortaleza, en grandes multitudes desarmadas, y llenaron el aire de lamentosos y tristes alaridos, implorando la libertad de sus caudillos. El Adelantado completó su empresa con el ánimo, sagacidad y moderacion con que la habia hasta allí conducido. Obtuvo informes de las causas que habian originado aquella conspiracion, y de las personas mas culpables. Dos de los caciques, principales motores de la insurreccion, y que mas habian abusado de la fácil naturaleza de Guarionex, sufrieron la muerte. En cuanto á este infeliz caudillo, el Adelantado averiguó las injurias que habia sufrido, y la lentitud con que habia buscado la venganza. Le perdonó, pues, magnánimamente, y aun, segun Las-Casas, procedió con rigurosa justicia contra el español cuyos ultrages habian herido tan profundamente su corazon. Tambien estendió el

Adelantado su lenidad á los otros gefes de la conspiracion. Temia que las medidas severas indignasen á sus súbditos, ó los entristeciesen haciéndoles abandonar la Vega; así les prometió grandes favores y premios, si continuaban firmes en su lealtad; amenazándolos con terribles castigos, si otra vez intentaban rebelarse. Aquella clemencia inesperada del Adelantado subyugó el corazon de Guarionex. Hizo un discurso á su pueblo, señalando el irresistible poder y valor de los españoles, su mucha lenidad para con los criminales, y su generosidad para con los fieles, exhortándolos vehementemente á cultivar su amistad en adelante. Los indios le escucharon con atencion; las alabanzas de los blancos las confirmaban ellos en su mente, por el ejemplo estraordinario de moderacion que acababan de ver en el Adelantado. Cuando concluyó el cacique, le

llevaron á hombros embebecidos de alegría, llenando el aire de cantares y gozosas esclamaciones. La tranquilidad de la Vega quedó restaurada por algun tiempo (1).

CAPITULO III.

VIAJE DEL ADELANTADO Á JARAGUA PARA RECIBIR EL TRIBUTO.

[1497.]

Con toda su energía y discrecion, halló el Adelantado dificil dirigir los ánimos turbulentos y orgullosos de los colonos españoles. Su descontento é impaciencia de todo saludable freno crecia

---

(1) Pedro Mártir, déc. i, l. 5. — Herrera, Hist. Ind., déc. i, l. iii, c. 6.

diariamente. Les era insoportable el rigoroso poder de un estrangero, que no bien habian empezado á desmandarse, cuando ya los sujetaba con firme y férrea mano. Don Bartolomé no tenia á sus ojos la misma legitimidad de poderío que su hermano. La espléndida reputacion del Almirante daba dignidad y grandeza á su nombre. Era el descubridor de aquellos páises, y el legado legítimo de los soberanos; sin embargo, aun á él mismo les costaba trabajo ȯbedecer. Pero al Adelantado le miraba la mayoría como á un mero intruso, apoyándose para adquirir poder en los méritos y servicios de su hermano, y sin autoridad alguna de la corona. Hablaban con indignacion de la larga ausencia del Almirante, y del olvido en que estaba de sus necesidades; ignorando, sin duda, la mucha ansiedad que por ellos sufria, mientras estaba detenido en España. La

sagaz órden del Adelantado, para la construccion de las carabelas, los entretuvo algun tiempo. Miraban con interés vehemente su progreso, como medio de obtener alivio ó de abandonar la isla. Don Bartolomé sabia, que hombres quejumbrosos y descontentos no deben estar jamás ociosos. Buscaba contínuos medios de tenerlos en movimiento; y tambien era congenial á su vigoroso espíritu un estado de actividad constante. Por este tiempo llegaron mensajeros de Behechio, cacique de Jaragua, diciéndole que tenia grandes cantidades de algodon, y otros artículos en que se habia de pagar su tributo, prontos para la entrega. El Adelantado reunió inmediatamente una numerosa comitiva, que salió alegre á visitar de nuevo aquella region opulenta y feliz. Otra vez los recibieron con cantares, bailes, y demostraciones de amistad y

respeto, Behechio y su hermana Anacaona. Esta parecia gozar de mucha popularidad entre los naturales, y tener en Jaragua casi tanto poder como su hermano. Su afabilidad natural y la suave dignidad de sus modales cautivaron mas y mas la admiracion de los españoles.

El Adelantado encontró treinta y dos caciques inferiores en la casa de Behechio, esperando su llegada con los respectivos tributos. El algodon que habian traido era tanto, que se habia llenado una de las casas. Habiéndolo entregado, ofrecieron gratuitamente al Adelantado darle todo el pan de casaba que pidiese. La oferta era muy aceptable en el estado de necesidad de la colonia; y don Bartolomé envió á Isabela por uno de los buques, que estaba casi concluido, mandando que viniese cuanto antes á Jaragua, para cargar de pan y de algodon.

En el entretanto, aquella gente amable y generosa prodigó toda especie de bondades á los españoles; les trajeron de todas partes grandes cantidades de provisiones, y los mantuvieron como huéspedes en perpétua festividad y banquetes. Los primitivos escritores españoles, cuyas fantasías estaban inflamadas por las descripciones de los viajeros, y que no podian formar idea de la sencillez de la vida salvaje, especialmente en aquellas partes, que se suponia lindaban con el Asia, hablan con frecuencia, en términos de magnificencia oriental, de las diversiones de los naturales, de los palacios de los caciques, y de los caballeros y damas de la corte, como si describiesen la estancia de un potentado asiático. Las pinturas de Jaragua tienen, empero, diferente colorido; y representan la vida salvaje en su perfeccion de indolente descanso, y descansados go-

ces. Las turbulencias que afligian otros puntos de la infeliz Haiti, no habian alcanzado aun á los habitantes de aquella agradable region. Viviendo entre bellas y fructíferas arboledas, al borde del mar, que parecia por siempre apacible y libre de tormentas, con pocas necesidades, y esas pronto satisfechas, existian emancipados de la suerte comun del trabajo, y pasaban la vida en no interrumpida calma. Cuando vieron los españoles la fertilidad y clemencia de aquel pais, la gentileza de sus habitantes, y la hermosura de sus mugeres, le pronunciaron un completo paraiso.

Al fin, llegó la carabela que debia cargarse de los artículos del tributo. Ancló á unas seis millas de la residencia de Behechio, y Anacaona propuso á su hermano que fuesen á ver lo que ella llamaba la grande canoa de los blancos. En su viaje á la costa, se alojó una no-

che el Adelantado en un lugar pequeño, y en la misma casa á donde tenia Anacaona atesorados los artículos que creia mas raros y preciosos: varias manufacturas de algodon ingeniosamente labradas, sillas, mesas y diversos muebles de ébano y otras maderas: todos manifestaban mucha habilidad é ingenío para gentes que no tenian herramientas con que hacerlos. Tales eran los sencillos tesoros de la princesa india, de que hizo generosamente muchos regalos á sus huéspedes.

Es inesplicable la maravilla de aquella muger inteligente, cuando vió por primera vez el buque. Su hermano, que la trataba con fraternal cariño y respetuosa atencion, dignas de la vida civilizada, habia preparado dos canoas, brillantemente pintadas y decoradas; una para conducirla á ella con su comitiva, otra para sí y sus capitanes. Anacaona

prefirió entrar con su acompañamiento en el bote del Adelantado. Al aproximarse á la carabela, tiró esta un cañonazo de salva. El sonido de aquel repentino trueno, y la vista de las ondas de humo que arrojaba el buque y se esparcian por la mar, llenaron á Anacaona de desmayo; cayó en brazos del Adelantado, y los que la acompañaban casi se arrojaron al mar de miedo. La risa y animadoras palabras de don Bartolomé no tardaron en restablecer la tranquilidad. Ya mas cerca del buque, resonó súbitamente la música de muchos instrumentos marciales, cuya armonia causó grandísimo placer á los indios. Su admiracion creció al entrar á bordo de la carabela. Acostumbrados á sus sencillas y ligeras canoas, todo les parecia en ella admirable, complicado y sólido, y de vastísima escala. Pero cuando se levaron anclas, se estendieron las velas, y

ayudados por una suave brisa, vieron aquella vasta máquina moverse, al parecer por su propio albedrio, virando de un lado á otro, y jugando, por decirlo así, como un desmesurado mónstruo en el Océano, Behechio y su hermana se miraron el uno al otro en muda sorpresa. Nada parece haber causado tanta admiracion en el ánimo aun del mas estóico salvage, como ver el bello triunfo del ingenio humano en un bajel á la vela.

Habiendo cargado y despachado su buque, hizo el Adelantado muchos regalos á Behechio, su hermana y servidumbre, y se despidió de ellos para volver con su gente á Isabela por tierra. Anacaona mostró grande afliccion por su partida, pidiéndole encarecidamente que aun permaneciese con ellos algun tiempo, y manifestándose temerosa de no haber sabido complacerlo con sus

humildes esfuerzos. Tambien ofreció seguirlo á la colonia; ni pudo consolarse hasta que le prometió el Adelantado volver á Jaragua.

Es imposible no admirar los grandes talentos de don Bartolomé en su pasagero gobierno de la isla. Estraordinario en su vigilancia y actividad, hizo repetidas marchas de grande estension de una provincia remota á otra, y siempre se halló en el punto de peligro al momento crítico. Por medio de un diestro manejo logró con un puñado de hombres deshacer una insurreccion formidable sin efusion de sangre. Concilió con su moderacion los mas inveterados enemigos, y desterró las crueles hostilidades de sus gentes con castigos singulares. Formó sólida alianza con los mas poderosos príncipes, sujetó sus dominios apaciblemente al tributo, y abrió nuevos almacenes de víveres para la colonia,

procurando alivio á sus necesidades inmediatas. Si medidas tan juiciosas hubiesen sido segundadas por los que estaban á sus órdenes, se hubiera vuelto aquel pais teatro de tranquila prosperidad, y producido grandes rentas á la corona sin maltratar á los naturales; pero, como los de su hermano el Almirante, constantemente se malograban sus buenos deseos y sanas providencias, por las viles pasiones y la perversa conducta de los otros. Mientras estuvo ausente de Isabela se habian fomentado nuevos males, que iban pronto á llenar de confusion toda la isla.

CAPITULO IV.

CONSPIRACION DE ROLDAN.

[1497.]

El primer motor de los males que entonces afligieron á la colonia, era un tal Francisco Roldan, hombre que debia las mayores obligaciones al Almirante. Sacado por él de la obscuridad y la pobreza, le habia empleado al principio en ocupaciones domésticas; pero mostrando grande talento natural, y mucha aplicacion, le hizo alcalde ordinario. El tino con que desempeñó este empleo, y la persuasion de su fidelidad y gratitud, indujeron á Colon, á su salida para España, á hacerle alcalde mayor de la isla. Es cierto que no era hombre de educacion; pero como hasta en-

tonces no habia grandes dificultades en las leyes de la colonia, el desempeño de aquellas funciones apenas exigia mas que una razon clara, y un deseo sincero de ejercerlas honradamente (1).

Roldan era uno de aquellos espíritus bajos que se envenenan con el sol de la prosperidad. Habia visto á su bienhechor volver de España aparentemente cubierto de una nube de desgracia; habia pasado mucho tiempo sin que se supiese de él; ya le consideraba del todo fuera de favor, y empezó á calcular los medios de aprovecharse de su caida. Tenia un empleo inferior solo al del Adelantado; el hermano de Colon no gozaba popularidad alguna; creia posible arruinarlos á los dos con los colonos y con el gobierno de España, y por medio de diestra astucia y bulliciosa autoridad, abrir-

(1) Herrera, déc. i, l. iii, c. 1.

se camino al mando de la colonia. El vigoroso y en parte austero carácter del Adelantado, le refrenó por algun tiempo; pero en su ausencia podia Roldan seguir libremente sus maquinaciones. Don Diego, gefe entonces de Isabela, era hombre digno y virtuoso, pero falto de vigor. Roldan se sentia superior á él en talentos y en ánimo; y su amor propio estaba herido de serle inferior en autoridad. Pronto formó un partido de toda la gente audaz y disoluta de la colonia, y secretamente relajó los vínculos del órden y buen gobierno, escuchando y animando el descontento de la gente ordinaria, y dirigiéndole contra el carácter y conducta de Colon y de sus hermanos. Habia estado antes de superintendente de varias obras públicas; esto le habia puesto en comunicacion familiar con operarios, marineros y otros indivíduos de las últimas clases. Su ca-

racter primitivamente bajo, le facilitaba los medios de adaptarse fácilmente á su inteligencia y modales, al paso que su empleo le daba consecuencia para con ellos. Viéndolos llenos de descontento y murmurando de contínuo sobre su mala vida, duro trabajo y larga ausencia del Almirante, afectó lastimarse de sus padecimientos. Sugirió indirectamente que nunca volveria el Almirante, hallándose en desgracia y ruina, en consecuencia de las representaciones de Aguado. Simpatizaba con ellos en el áspero trato que recibian del Adelantado y de su hermano don Diego, que como estrangeros no podian interesarse en su bien, ni sentir propio respeto por el orgullo de un español; así los trataban como á meros esclavos, haciéndolos labrar casas y fortalezas para ellos, ó para dilatar sus estados, y asegurar su poder mientras se paseaban por la isla, en-

riqueciéndose con los despojos de los caciques. Así exasperó los sentimientos del populacho hasta tal punto, que llegaron á formar conspiraciones para asesinar al Adelantado, como único medio de librarse de un odioso tirano. Se concertaron la hora y el sitio para la perpetracion de aquel acto. El Adelantado habia condenado á muerte á un español del nombre de Barahona, amigo de Roldan y de varios conspiradores. Cuál era su crimen no se sabe positivamente; pero por un pasage de Las-Casas se colige con bastante fundamento, que fuese el mismo español que habia violado á la muger favorita de Guarionex, el cacique de la Vega. El Adelantado debia hallarse presente á la ejecucion. Se decidió, pues, que cuando el pueblo estuviese junto, se levantase un tumulto como por acaso, y en la confusion de aquel momento se asesinase á don Bar-

tolomé con un puñal. Afortunadamente para el Adelantado, perdonó al criminal, no se reunió el público, y quedó sin posibilidad el plan de los conspiradores (1).

Mientras don Bartolomé estaba ausente, juntando el tributo en Jaragua, creyó Roldan ver el oportuno momento de traer aquellos asuntos á una crisis. Sondeó los sentimientos de los colonos, y se aseguró de que habia un formidable partido dispuesto á la sedicion. Su plan era crear un tumulto público, contenerlo por medio de su autoridad de alcalde mayor, señalar como causa la conducta opresiva de don Diego y de su hermano, y mientras usurpaba las riendas del gobierno, dar á entender que solo le guiaban el amor de la paz y de

(1) Hist. del Almirante, c. 73.

la prosperidad de la isla, y el de los comprometidos intereses de los soberanos.

No tardó en presentarse pretesto para el propuesto tumulto. Cuando volvió la carabela de Jaragua cargada de tributos indios, y se sacaron estos á tierra, don Diego hizo que tambien se sacase el buque, para protegerlo de cualquier accidente, ó de algun siniestro designio de los colonos desafectos. Roldan inmediatamente señaló esta circunstancia á sus partidarios. Criticó reservadamente la sin razon de sacar el bajel á la playa, en vez de dejarlo flotar para beneficio de la colonia, ó enviarlo á España para hacer saber sus padecimientos. Dió á entender, que la verdadera causa de aquella providencia era el miedo que tenian el Adelantado y su hermano de que llegasen á España informes de su mala conducta; insinuando, que intentaban permanecer solos señores de la isla,

y tener en ella á los españoles como súbditos, ó mas bien como esclavos. La gente se indignó mas y mas al oir aquellas sugestiones. Habian esperado por mucho tiempo la conclusion de las carabelas, como único medio de alcanzar alivio; empezaron pues á clamar abiertamente contra aquellas medidas, y á pedir que se echase el buque al agua, y fuese por víveres á España. Don Diego quiso persuadirlos de la necedad de su demanda, haciéndoles presente, que no tenia el bajel cuerdas ni equipo para tal viaje; pero mientras mas se esforzaba en pacificarlos, con buenas palabras, mas turbulentos y menos razonables se hacian ellos. Roldan tambien se volvió mas osado y esplícito en sus instigaciones. Les aconsejó que se apoderasen de la carabela y la echasen al agua, como solo medio de recobrar su independencia. Entonces podrian quebrantar el despo-

tismo de aquellos arrogantes estrangeros enemigos de corazon de los españoles. Entonces tendrian una vida descansada y placentera, repartiéndose entre sí lo que por cambio pudiesen ganar en la isla, empleando á los indios como esclavos para que trabajasen por ellos, y gozando sin freno toda especie de libertad respecto á las mugeres indias (1).

Don Diego supo aquella fermentacion de la gente, y las varias intrigas de Roldan; pero temia llegar á un rompimiento en el estado en que se hallaba la colonia. Le envió, pues, repentinamente con cuarenta hombres á la Vega, bajo pretesto de atemorizar á ciertos indios que habian rehusado pagar el tributo, y manifestádose dispuestos á la rebelion. Roldan hizo uso de aquella oportunidad para reforzar su partido.

(1) Hist. del Almirante, c. 73.

Se adquirió la amistad y ayuda de los descontentos caciques, justificándolos secretamente en su resistencia al pago del tributo, y prometiéndoles alivio. Aseguró el afecto de sus propios soldados con actos de desmedida indulgencia, desarmando y separando del cuerpo á los que rehusaban una participacion plena en sus proyectos, y volvió con los demas á Isabela, adonde contaba con un poderoso partido entre la gente comun.

El Adelantado habia vuelto para entonces de Jaragua; pero Roldan, viéndose á la cabeza de una fuerte faccion, y usando de la mucha autoridad de su empleo, pidió abiertamente que se echase al agua la carabela, ó permiso para hacerlo él mismo con su gente. Se irritó el Adelantado con esta arrogancia, y negó su súplica perentoriamente, diciendo, que ni él ni sus compañeros eran marineros, ni estaba equipada para el

mar la carabela; y que, ni la seguridad del buque, ni la de la gente, habian de ponerse en peligro y riesgo tan grande.

Conoció Roldan que se habian sospechado sus motivos, y que era el Adelantado adversario demasiado formidable para levantar contra él una sedicion abierta en Isabela. Determinó, pues, llevar sus planes á efecto en algun punto mas favorable de la isla; siempre confiado en que podria disculpar su rebelion contra la autoridad de don Bartolomé, representándola como una oposicion á su despotismo para con los españoles. Tenia setenta hombres resueltos y bien armados á sus órdenes, y pensaba que al levantar su estandarte, se le juntasen todos los desafectos de la isla. Salió por lo tanto repentinamente para la Vega, pensando sorprender el fuerte de la Concepcion, y apoderado de él y del rico pais adyacente, desafiar

sin temor todo el poder del Adelantado.

Se detuvo por el camino en varios lugares indios en que estaban distribuidos los españoles, haciendo por alistarlos en su partido, y prometiéndoles grande ganancia y vida libre. Tambien intentó romper el vasallaje de los indios, ofreciéndoles exonerarlos del tributo. Los caciques con quien se habia entendido antes, le recibieron con los brazos abiertos, especialmente uno que habia tomado el nombre de Diego Marques, cuya poblacion hizo Roldan su cuartel general, por estar cerca de la Concepcion. Se engañó en sus esperanzas de sorprender esta fortaleza. Su gobernador Miguel Ballester era soldado viejo y fuerte, intrépido y cauteloso. Entró en su castillo al acercarse Roldan, y le cerró las puertas. La guarnicion era corta; pero el fuerte, situado junto á una colina y rodeado de un rio, podia resistir

cualquier asalto. Roldan conservaba esperanzas de que fuese Ballester desafecto al gobierno, y entrase gradualmente en sus proyectos, ó de que se hallasen sus hombres dispuestos á desertarse, atraidos por la vida licenciosa que él permitia á los soldados. En las cercanías estaba la ciudad habitada por Guarionex. Se hallaban en ella treinta soldados bajo el mando del capitan García de Barrantes. Roldan llegó á ellos con su fuerza armada, confiando alistar á Barrantes y su partida; mas el capitan se encerró en la casa fuerte, y rehusó permitir á su tropa comunicacion alguna con Roldan. Este amenazó quemar la casa; pero despues de considerarlo mejor, se contentó con apoderarse de los víveres, y volvió hácia la Concepcion que apenas distaba media legua (1).

(1) Herrera, déc. i, l. iii, c. 7.—Hist. del Almirante, c. 74.

CAPITULO V.

MARCHA EL ADELANTADO Á LA VEGA Á SOCORRER EL FUERTE DE LA CONCEPCION. — SU ENTREVISTA CON ROLDAN.

[1497.]

Habia el Adelantado tenido noticia de la traidora conducta de Roldan; pero por algun tiempo dudó si saldria á perseguirlo. Desconfiaba de la lealtad de los que le seguian, é ignoraba hasta dónde pudiera estenderse la conspiracion, ni de quién podia fiarse. Diego de Escobar, alcaide del fuerte de la Magdalena, junto con Adrian de Mojica, y Pedro de Valdivieso, todos hombres principales, eran de la liga de Roldan. Temia que el gobernador de la Concepcion estuviese tambien de su parte, y toda la isla en armas

contra el gobierno. Las nuevas de Miguel Ballester lo reanimaron. Aquel veterano leal le escribió cartas pidiéndole pronto socorro y esponiéndole la debilidad de la guarnicion y las muchas fuerzas de los rebeldes.

Don Bartolomé le dió auxilio con su acostumbrada prontitud, entrando él mismo con un destacamento en la Concepcion. No sabiendo las fuerzas de los rebeldes, ni hasta dónde llegaria la lealtad de sus gentes, se determinó á tomar medidas suaves. Estaba Roldan acuartelado en un lugar que distaba media legua, y le envió un mensaje, reprendiendo la irregularidad de su conducta, y esponiéndole la injuria que debia producir á la isla, y la cierta ruina que le esperaba á él mismo. Le mandó que viniese á la fortaleza, prometiéndole bajo su palabra seguridad personal. Roldan se presentó en el fuerte de la Concepcion,

donde el Adelantado tuvo con él parlamento desde una ventana, preguntándole por qué motivo tomaba armas en oposicion á la autoridad real. Roldan replicó osadamente, que él estaba al servicio de sus soberanos, defendiendo á los españoles de la opresion de hombres que solo buscaban su ruina. El Adelantado le mandó entregar su baston de Alcalde mayor,[1] y someterse pacíficamente al poder de las leyes. Roldan rehusó hacer demision de su empleo, ó ponerse en poder de don Bartolomé, á quien acusaba de querer quitarle la vida. Tambien rehusó someterse á ningun proceso, á menos que lo mandase el rey. Pero deseando hacer ver que no resistia al pacífico ejercicio de su autoridad, ofreció irse á residir con su gente adonde le mandase el Adelantado. Este designó desde luego el lugar del cacique Diego Colon, el mismo natural de las Lucayas

que habia sido bautizado en España, y casádose despues con una hija de Guarionex. Roldan rehusó de nuevo obedecer, diciendo que alli no habia provisiones bastantes para sus gentes, y partió resuelto, como dijo, á buscar mejor residencia en otra parte (1).

Entonces propuso á sus compañeros tomar posesion de la remota provincia de Jaragua y establecerse en ella. Los españoles que la habian visitado, hacian las mas voluptuosas pinturas de la vida de aquellas regiones, de la feracidad del suelo, la dulzura del clima, la hospitalidad y gentileza del pueblo, sus fiestas, bailes y diversiones; y mas que de todo, de la belleza de las mugeres. Las desnudas gracias de las ninfas que bailaron

---

(1) Herrera, déc. i, l. iii, c. 7. — Hist. del Almirante, c. 74.

en Jaragua los habian cautivado. En esta deliciosa region, emancipados de las férreas leyes del Adelantado, y exentos de la necesidad de trabajar, podian gozar una vida de libertad perfecta, y tener á su disposicion un mundo de hermosuras. En una palabra, pintó Roldan un acabado lienzo de los goces desenfrenados, de los sensuales, y de todos los que él sabia que eran la felicidad suprema de gente ociosa y disoluta. Sus compañeros accedieron gustosos á aquella proposicion; pero eran necesarios algunos preparativos para llevarla á efecto. Aprovechándose de la ausencia del Adelantado, hizo una rápida marcha á Isabela, y entrando casi por sorpresa, se esforzó á echar al mar el buque para navegar en él hasta Jaragua. Oyendo don Diego Colon el tumulto, salió á contenerlo con algunas personas distinguidas; pero tal era la fuerza de los

amotinados, y su conducta amenazadora, que se vió en la necesidad de retirarse á la fortaleza con muchos de sus fieles adherentes. Roldan tuvo con él varios parlamentos, y le ofreció ponerse á sus órdenes, con condicion que él se opusiese á las de su hermano. Esta proposicion fue tratada con desprecio. La fortaleza era demasiado fuerte para tomarla por asalto; le fue imposible echar al agua la carabela, y temió que á la vuelta del Adelantado se hallaria entre dos fuerzas. Procedió, pues, á toda prisa á buscar provisiones para la propuesta espedicion á Jaragua. Pretendiendo aun obrar por autoridad oficial y legítima y por leales motivos, en proteccion y defensa de los opresos súbditos de la corona, forzó los almacenes reales con gritos de *¡Viva el Rey!* y proveyó á su gente de armas, municiones, vestidos y cuanto desearon de lo que habia acopia-

do para el público: fue de alli al cercado donde se criaban las reses y animales europeos, tomó de ellas las que juzgó necesarias para su imaginado establecimiento, y permitió á su gente que matase de las restantes las que creyesen suficientes para consumirlas entonces. Cometida esta devastacion, salió en triunfo de Isabela (1). Pero acordándose del pronto y vigoroso carácter del Adelantado, sintió que seria poco sègura su suerte con tan activo adversario á la espalda, el cual desembarazado de aquellas perplejidades, no dejaria de perseguirlo en su futuro paraiso de Jaragua. Determinó por eso marchar de nuevo á la Vega, y ó bien apoderarse del Adelantado, ó bien dirigirle tan ruinoso golpe, que le incapacitara para darle

(1) Hist. del Almirante, c. 74. — Herrera, déc. i, l. iii, c. 7.

molestia alguna en adelante. Vuelto pues cerca del fuerte de la Concepcion, se esforzó por todos los medios, y valiéndose de sutiles emisarios, en persuadir á la guarnicion á que se desertase ó amotinase.

Tenia el Adelantado plenos informes de las maquinaciones del enemigo, y de su peligro personal. Nó osaba salir al campo con sus gentes; porque desconfiaba de la fidelidad de ellas. Sabia que escuchaban atentamente á los emisarios de Roldan, y comparaban los cortos alimentos y dura disciplina de la guarnicion, con la abundancia y libre régimen de los rebeldes. Con el deseo de paralizar estas seducciones, empezó á tratar con mas indulgencia á su gente, y á ofrecerle grandes premios. Asi pudo conservar alguna lealtad entre sus soldados, y por tener su servicio una ventaja sobre el de Roldan, la de estar

de parte del gobierno y de las leyes.

Viendo que sus designios para corromper la guarnicion tenian mal éxito, y temiendo alguna repentina salida del vigoroso Adelantado, marchó Roldàn á cierta distancia, y buscó medios insidiosos de aumentar su poder, y de debilitar el del gobierno. Pretèndia tener tanto derecho como el Adelantado al manejo de los negocios de la isla, y haberse separado de él por ser vengativo, y apasionado en el ejercicio de su autoridad. Le representaba tirano de los españoles y opresor de los indios. En cuanto á él mismo, tomó el carácter de deshacedor de agravios, y campeon de los menesterosos é injuriados. Fingia sentir una indignacion patriótica al ver las afrentas que lanzaba sobre los españoles una familia de arrogantes estrangeros, y decia que iba á librar á los indios de los tributos que para enrique-

cerse ellos mismos les arrancaban aquellos gefes avaros, contra la benéfica intencion de los monarcas españoles. Se relacionó estrechamente con el cacique caribe Manicaotex, hermano del difunto Caonabo, cuyo hijo y sobrino estaban en su poder como rehenes por el pago del tributo. Concilió á este belígero caudillo con regalos y caricias, dándole el título de hermano (1). En efecto, los infelices indios, engañados por sus palabras, y gozosos de tener un protector armado que los defendiese, se sometieron á mil engaños, trayéndole á Roldan provisiones en abundancia y todo el oro que pudieron recoger, y dándole voluntariamente mucho mas graves tributos, que aquellos de que querian librarse.

(1) Las-Casas, Hist. Ind., l. ii, c. 118.

Los negocios de la isla estaban en la situacion mas lamentable. Percibiendo los indios las discusiones de sus tiranos, y animados por la proteccion de Roldan, empezaron á rehusar obediencia al gobierno. Los caciques lejanos dejaron de enviar su tributo; á los que estaban cerca los exoneró el Adelantado, queriendo con tal indulgencia retener su amistad en aquel tiempo de peligro. La faccion de Roldan ganaba fuerza diariamente; vagaban sus partidarios con insolencia por los contornos, sostenidos por los mal aconsejados indios, al paso que los españoles que permanecian leales, temiendo las conspiraciones de los naturales, se veian obligados á mantenerse de contínuo bajo el alcance del castillo, ó encerrados en las casas fuertes de las poblaciones. Los comandantes tenian que paliar toda especie de desaires é insubordinacion de sus propios soldados y

de los indios, temerosos de que la severidad los condujese á la sedicion. Los vestidos y municiones de toda especie, así como las provisiones, se estaban desperdiciando sin miramiento, y la falta de repuestos y de noticias de España llenaba de abatimiento á los que se mantenian fieles. El Adelantado estaba fortalecido en la Concepcion, esperando por dias que le asediase Roldan abiertamente, y con noticias secretas de que se habian tomado medios para acabar con él si salia de la fortaleza (1).

Tal era el estado á que se veia reducida la colonia en consecuencia de la larga detencion de Colon en España, y de los impedimentos que se pusieron á todas sus medidas en favor de la isla por las dilaciones de los gabinetes, y la perversidad y astucia de Fonseca y sus sa-

(1) Las-Casas, Hist. Ind., l. 1, c. 119.

télites. En este momento crítico, cuando la faccion campeaba triunfante, y la colonia estaba al borde del precipicio, vinieron nuevas á la Vega de que Pedro Hernandez Coronel habia llegado al puerto de Santo Domingo con dos buques, municiones, víveres de todas especies y grande refuerzo de tropas (1).

CAPITULO VI.

SEGUNDA INSURRECCION DE GUARIONEX, Y SU HUIDA Á LAS MONTAÑAS DE CIGUAY.

[1498.]

La llegada de Coronel sucedió el 3 de febrero de 1498; á ella se le debió la salvacion de la colonia. Las tropas y ví-

(1) Las-Casas. — Herrera, Hist. del Almirante.

veres que traia, esforzaron las manos de don Bartolomé. La confirmacion real de su título y autoridad de Adelantado, disipó todas las cavilaciones acerca de si era ó no legítimo su mando, y confirmó la fidelidad de sus partidarios; y las noticias de que el Almirante gozaba de alto favor en la corte, y llegaria pronto con una poderosa escuadra, llenó de consternacion á los que entraron en el motin, creyendo que habia caido de la gracia real.

El Adelantado no continuó por mas tiempo en la fortaleza. Salió inmediatamente para Santo Domingo, aunque una fuerza superior de los rebeldes estaba en el lugar del cacique Guarionex, á muy corta distancia. Roldan lo siguió lenta y tristemente con su partida, ansioso de averiguar la verdad de aquellas noticias, de hacerse partidarios, si era posible, entre los que habian llegado

nuevamente, y aprovecharse de cuantas circunstancias pudiesen segundar sus precipitados y peligrosos proyectos. El Adelantado dejó gentes en los pasages de los caminos para impedir se acercasen á Santo Domingo, á algunas leguas de cuyo establecimiento hizo alto Roldan.

Cuando el Adelantado se vió seguro en Santo Domingo, con este aumento de fuerza, y prospectos de cercanos y mayores refuerzos, su magnanimidad prevaleció sobre su indignacion, y trató de apagar las sediciones populares por templados medios, para restablecer la tranquilidad en la isla antes de la llegada de su hermano. Consideró que los colonos habian sufrido mucho por falta de víveres; que su descontento habia crecido al usar él las severidades necesarias; y que muchos habian entrado en la rebelion, dudosos de la legitimidad de su poder.

Al paso, pues, que proclamó el acta real, sancionando su título y funciones, prometió una amnistía por todos los delitos pasados, pero con la espresa condicion de volver inmediatamente á la obediencia. Sabiendo que estaba Roldan con su gente á cinco leguas de Santo Domingo, le envió á Pedro Hernandez Coronel, nombrado por el rey alguacil mayor de la isla, para que le exhortase á volver á sus deberes, ofreciéndole olvido de lo pasado. Confiaba en que las persuasiones de un hombre de honor y discrecion como Coronel, que habia sido testigo del favor que gozaba su hermano en España, convenceria á los rebeldes de lo desesperado de su intento.

Roldan, empero, sintiendo su crímen, y dudoso de la clemencia de don Bartolomé, temía ponerse en sus manos; determinó, pues, impedir que comunicasen sus gentes con Coronel, para que

este no las sedujese con la promesa del perdon. Así, cuando aquel emisario se acercó al campo de los rebeldes, se le opuso en un estrecho paso un cuerpo de ballesteros con arcos tendidos. ¡ Alto allá, traidor! le gritó Roldan; si hubieseis llegado ocho dias despues, todos hubiéramos ya sido unos (1).

En vano se esforzó Coronel con buenas razones y súplicas vehementes en arrancar aquel hombre perverso y turbulento de su carrera. Roldan respondió con audacia, confesándose enemigo únicamente de la tiranía y mal gobierno del Adelantado; pero pronto á someterse al Almirante á su llegada. Él, y muchos de sus confederados principales, escribieron en aquel tenor á Santo Domingo, suplicando á sus amigos defendiesen su causa con el Almirante cuan-

(1) Herrera, déc. i, l. iii, c. 8.

do llegase, y que le asegurasen del deseo que tenian de reconocer su autoridad.

Cuando Coronel volvió con informes de la contumacia de Roldan, el Adelantado los proclamó traidores á él y á sus compañeros. Pero este astuto rebelde no permitió á sus gentes quedar sujetas á la seduccion de las promesas, ó al terror de las amenazas; inmediatamente salió con ellas para la prometida tierra de Jaragua, confiado en que sus voluptuosos encantos acabarian de disolver todo principio de honor y de virtud en aquellos mal aconsejados partidarios, por medio de una vida de indolencia y de libertinage.

Entre tanto se hicieron mas notables los malos efectos de sus intrigas con los caciques. Apenas salió el Adelantado de la Concepcion, formaron los indios el proyecto de sorprenderla. Guarionex se puso á la cabeza del movimiento, aguija-

do por las instigaciones de Roldan, que le habia prometido ayuda y patrocinio; y llevado tambien de la falaz esperanza de librar sus señoríos del intolerable dominio de los estrangeros. Por medio de comunicaciones secretas con sus caciques tributarios, se concertó que se alzasen todos simultáneamente contra los soldados que estaban acuartelados en pequeñas partidas en sus lugares; y que les diesen muerte, mientras él, con una fuerza escogida, sorprendia y asaltaba la fortaleza de la Concepcion, valiéndose de la debilidad y desunion de sus defensores. Como podian los indios equivocar el momento señalado, se decidió ejecutar el proyecto la noche de la luna llena.

Uno de los principales caciques, mal observador de los cuerpos celestes, tomó armas antes de la prescrita noche. Le repulsaron los soldados de su lugar. Se dió la alarma poniéndose alerta todos

los españoles. El cacique huyó á donde se hallaba Guarionex, pidiéndole auxilio; pero este gefe, indignado y lleno de desesperacion, le mandó dar la muerte en el acto.

Así que el Adelantado oyó hablar de este suceso, salió para la Vega con una tropa numerosa. No esperó Guarionex su llegada. Vió que eran vanos todos los esfuerzos para deshacerse de aquellos estrangeros, que habian caido como una maldicion sobre la isla. Halló que su amistad no era menos destructiva que su aversion; y temia ya su venganza. Abandonando, pues, sus bellos territorios, y la antes dichosa Vega, huyó con su familia y una corta banda de fieles súbditos á las montañas de Ciguay, elevadas sierras que se estienden por el norte de la isla entre el mar y la Vega. Eran sus habitantes los mas robustos y recios de la isla, y mucho mas formida-

bles que las dóciles razas de las llanuras. Parte de esta tribu fue la que en el primer viaje de Colon manifestó hostilidad á los españoles, cuando en el golfo de Samaná se derramó la primer gota de sangre nativa, vertida por los europeos en el Nuevo-Mundo. El lector se acordará de la franca y confiada conducta de aquellas gentes el dia despues de la accion, y de la intrépida fe con que el cacique entró á bordo de la carabela del Almirante, y se puso en poder de los españoles. A este mismo caudillo, llamado Mayonabex, pidió refugio y hospitalidad el fugitivo régulo de la Vega. Se presentó en su residencia, que era una ciudad india, cerca del Cabo Cabron, á diez leguas occidente de Isabela, é imploró amparo para su muger, sus hijos y una corta comitiva. El generoso cacique de las montañas le recibió con los brazos abiertos. No solo dió asilo á su familia, sino

que le ofreció protegerlo en su infortunio, defender su causa, y participar de su desesperada suerte (1). Los hombres de la vida civilizada aprenden la magnanimidad por preceptos; pero sus mas claras acciones no pueden rivalizár á veces los hechos del no enseñado salvaje, que obra solo en consecuencia de un impulso natural.

CAPITULO VII.

CAMPAÑA DEL ADELANTADO EN LAS MONTAÑAS DE CIGUAY.

[1498.]

Ayudado por su aliado montañés, y por las bandas de recios ciguayos que le

(1) Las-Casas, Hist. Ind., c. 121. MS. — Pedro Mártir, déc. i, c. v.

proporcionó este, hizo Guarionex varios descensos á la llanura, cortando partidas sueltas de españoles; devastando las villas de los naturales que los continuaban obedeciendo, y destruyendo los frutos de la tierra. La llegada del Adelantado, resuelto á desarraigar tan formidable adversario de las cercanías, puso fin á estas molestias. No economizando peligros ni fatigas, ni confiando á otros lo que podia hacer él mismo, salió en la primavera con una banda de noventa hombres, algunos caballos, y un cuerpo de indios, para penetrar las espesuras de las montañas de Ciguay.

Despues de pasar un rápido desfiladero, casi impracticable para las tropas, á causa de sus fragosas peñas y vegetacion escesiva, descendió á un pintoresco valle estendido por la costa, y rodeado de las montañas que se adelantaban al mar. Observaban su progreso por aque-

llos paises los penetrantes ojos de muchos espías indios, escondidos por las rocas y matas. Al buscar los españoles el vado de un rio á la entrada del valle, dos de aquellos escuchas indios se levantaron de entre los arbustos de su orilla. Uno se arrojó de cabeza al agua y escapó á nado: el otro dijo, habiendo caido en mano de los españoles, que seis mil indios estaban emboscados en la opuesta playa, con designio de atacarlos al tiempo de pasar el rio.

El Adelantado avanzó cautelosamente; y hallando un lugar oportuno, entró en el agua con sus tropas. Apenas habian llegado á la mitad de la corriente, cuando salieron los salvajes, pintados con horrorosos colores, y tan disformes, que mas bien parecian furias infernales que hombres. Resonaron las florestas con sus gritos y alaridos. Descargaron una nube de saetas y lanzas, con las cuales, no

obstante la proteccion de sus escudos, hirieron á muchos españoles. El Adelantado continuó su camino al través del rio, y los indios se pusieron en fuga. Algunos murieron allí; pero su ligereza en la carrera, su conocimiento local, y su destreza en atravesar las espesuras, salvó la mayor parte del alcance de los españoles, á quienes incomodaban los petos, escudos, lanzas y ballestas.

Por consejo de uno de los guias indios, siguió el Adelantado por el valle con designio de atacar la residencia de Mayobanex en Cabron. Tuvo por el camino varias escaramuzas con los naturales, que repentinamente salian de sus emboscadas por entre las matas, descargaban sus armas con furiosos gritos de guerra, y se refugiaban de nuevo en las espesuras de sus rocas y florestas inaccesibles á los españoles.

Habiendo hecho varios prisioneros envió uno el Adelantado, acompañado por otro indio de cierta tribu amiga, como mensajero á Mayobanex, pidiéndole entregase al caudillo de la Vega, y prometiéndole amistad y proteccion si asi lo hacia; pero amenazándolo con llevar á fuego y sangre su territorio si se negaba á ello. El cacique escuchó atentamente al mensagero: cuando hubo acabado, *Di á los españoles*, contestó, *que son hombres malos, crueles y tiranos; usurpadores de los territorios de otros, y derramadores de sangre inocente. Yo no deseo la amistad de tales hombres; Guarionex es bueno, mi amigo y mi huésped, y se ha refugiado en mi casa; yo le he prometido protegerlo, y mantendré mi palabra.*

A la vuelta de los mensageros con esta magnánima réplica, ó mas bien reto, vió el Adelantado que nada podia ganar

con negociaciones amistosas. Cuando la severidad era necesaria, sabia obrar como riguroso soldado. Inmediatamente mandó pegar fuego á la ciudad en que estaba y á otras de las cercanías. Luego envió mensageros á Mayobanex, advirtiéndole, que si no entregaba al fugitivo cacique, todos sus dominios sufririan la misma suerte; ni podria ver en direccion alguna mas que el humo y las llamas de sus abrasadas poblaciones. Los malhadados ciguayos, viendo la destruccion que les amenazaba, maldecian la hora en que se refugió Guarionex entre ellos. Rodearon á su caudillo con lastimosos gritos, pidiéndole que salvase la patria entregando al fugitivo. Pero se manifestó inflexible el generoso cacique. Les recordó las muchas virtudes de Guarionex, y los derechos sagrados que tenia á su hospitalidad; y declaró que estaba resuelto á sufrir todos los males, ántes que

dar márgen á que se dijese: *Mayobanex vendió á su huésped.*

Se retiraron tristes los indios, y el caudillo llamó á Guariónex, y le dió nueva palabra de protegerlo, aunque le costase sus dominios. No envió respuesta al Adelantado; y para que nuevos mensageros nó tentasen la fidelidad de sus súbditos, puso gente emboscada, con órden de dar muerte á cuantos enviados se acercasen. No aguardaron estos mucho tiempo antes de ver á dos hombres venir por la floresta, uno de los cuales era un prisionero ciguayo, y el otro un indio aliado de los españoles. Ambos perecieron inmediatamente. El Adelantado los seguia á corta distancia, con solos diez infantes y cuatro caballos. Cuando encontró muertos á sus mensageros en el camino de la floresta, traspasados de flechas, se exasperó altamente, y resolvió conducirse con dureza,

respecto de aquella obstinada tribu. Avanzó, pues, con toda su gente á Cabron, donde estaban Mayobanex y su ejército. A su llegada huyeron los caciques inferiores y sus indios, sobrecogidos de terror de los españoles. Cuando el infeliz Mayobanex se vió así abandonado, se refugió con su familia en cierta remota y escondida parte de las montañas. Muchos ciguayos buscaron á Guarionex para darle muerte, ó entregarlo como ofrenda propiciatoria; pero habia huido á las alturas, por donde andaba solo y errante, en los lugares mas desolados y salvajes.

La robustez de las florestas y la fragosidad de las montañas hicieron esta espedicion en estremo penosa, y mucho mas duradera de lo que habia supuesto el Adelantado. No solo sufria su gente cansancio, sino hambre. Los naturales habian huido todos á las montañas: sus

poblaciones quedaron desoladas y desiertas; todos los víveres de los españoles consistian en pan de casaba, y las raices y yerbas que sus aliados indios podian recogerles, con algunas útias que por acaso cogian, ayudados de sus perros. Dormian casi siempre á la inclemencia del aire, y espuestos á los abundantes rocíos de aquel clima. Por tres meses continuaron su campaña por aquellas breñas, hasta verse rendidos al hambre y al cansancio. Muchos tenian granjas cerca del fuerte de la Concepcion, que exigian su cuidado; estos, por lo tanto, pidieron permiso, pues que ya los indios estaban aterrados y dispersos, para volver á sus mansiones de la Vega.

El Adelantado concedió pasaportes á muchos de ellos, y raciones del corto acopio de pan que le quedaba. Conservó solo treinta hombres, y resolvió exami-

nar con ellos cuantas cavernas tenian las montañas, hasta hallar á los dos caciques. Era difícil, empero, descubrir sus huellas en medio de aquel desierto. No habia quien diese idea alguna de su refugio; todo el pais estaba abandonado. Se encontraban habitaciones humanas, pero vacías; ó si, por acaso, sorprendian algun infeliz indio, bajando de las rocas en busca de alimento, manifestaba siempre completa ignorancia del sitio adonde se ocultaba su cacique.

Sucedió un dia, que varios españoles, mientras cazaban útias, cogieron á dos indios de la comitiva de Mayobanex, que iban á buscar pan á un lugar distante. Los llevaron al Adelantado, quien los obligó á declarar el retiro de su caudillo, y á servir de guias. Doce españoles se ofrecieron á ir en su busca. Poniéndose en cueros, pintándose el

cuerpo como los indios, y envolviendo en palmas las espadas, fueron conducidos por los guias al retiro del desgraciado Mayobanex. Se acercaron á él secretamente, y le hallaron rodeado de su muger, sus hijos, y algunos empleados de su casa, y muy lejos de temer ningun peligro. Los españoles desnudaron las espadas, se precipitaron sobre ellos, y los hicieron á todos prisioneros. Cuando los recibió el Adelantado, abandonó la busca de Guarionex, y volvió al fuerte de la Concepcion.

Entre aquellos presos venia la hermana de Mayobanex. Era muger de otro cacique de las montañas, cuyos territorios no habian aun visitado los españoles; y tenia la reputacion de una de las primeras hermosuras de la isla. El tierno amor que profesaba á su hermano le habia hecho abandonar la seguridad de sus propios dominios, y seguirle por en-

ñoles, y le llevaron encadenado al fuerte de la Concepcion. Despues de tantas insurrecciones y del celo y perseverancia mostrados en ellas, no esperaba Guarionex menos que la muerte de la venganza del Adelantado. Don Bartolomé, empero, aunque riguroso en su policía, no era cruel ni vengativo por naturaleza. Consideró la tranquilidad de la Vega suficientemente asegurada con la prision del cacique, y le mandó detener en la fortaleza como prisionero en rehenes. Habiéndose concluido las hostilidades indias en aquella parte de la isla, y tomado precauciones para impedir su recurrencia, volvió don Bartolomé á la ciudad de Santo Domingo, adonde poco despues de su llegada tuvo el placer de abrazar al Almirante, despues de una ausencia de casi dos años y medio (1).

---

(1) Los sucesos de este capítulo se

Tal fue la intrépida, activa y sagaz administración del Adelantado, en que hallamos evidencia de su mucha capacidad, y del vigor intelectual y físico de aquel hombre formado y casi enseñado por sí mismo. Era escelente marinero, legislador y soldado. Como los de su hermano el Almirante, su ánimo y modales se elevaban espontáneamente al nivel de su rango, sin que los acompañasen la ostentacion ni la arrogancia; y ejercia un poder inesperado y estraordinario, con la moderacion y sobriedad que debiera esperarse de un hombre nacido para el mando. Ha sido acusado de severidad en su gobierno; pero no se ci-

---

han tomado principalmente de Pedro Mártir, déc. i, l. 6; de la historia manuscrita de Las-Casas, l. i, p. 121; y de Herrera, Hist. Ind., déc. i, l. iii, c. 8 y 9.

ta un solo ejemplo de cruel y voluntario abuso de autoridad. Si era severo para con los facciosos españoles, era tambien justo; no nacieron de su rigor los desastres de su administracion, sino de las pasiones perversas de los otros que le obligaron á usarlo; y el Almirante, que tenia mas suavidad de modales y mas benevolencia de corazon, no fue sin embargo mas dichoso en conciliar la buena voluntad y asegurar la obediencia de los colonos. El carácter de don Bartolomé no está suficientemente apreciado en la historia; menos aventurado, menos amable y menos magnánimo que sus hermanos, no les era inferior en osadía y heroismo.

FIN DEL TOMO II.

INDICE

DE LOS

LIBROS Y CAPÍTULOS

QUE CONTIENE ESTE TOMO II.

LIBRO VI.

LIBRO VII.

LIBRO VIII.

LIBRO IX.

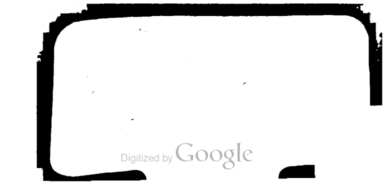
LIBRO X.

LIBRO XI.

ADVERTENCIA.

El párrafo segundo y último de la página 331 del primer tomo, pertenece á la nota del pie de la misma página, y debe colocarse despues del guarismo 1492 de su tercera línea.




Digitized by Google

